

DISCURSO PRELIMINAR DE ZARATRUSTA

1

Tenía Zaratrusta treinta años cuando dejó su patria y el lago de su patria y se marchó a las montañas. Gozó allí de su espíritu y de su soledad, y durante diez años no se cansó de hacerlo. Finalmente, su corazón se transformó, y un día se levantó al amanecer, se encaró con el sol y le dijo: "¡Oh, gran astro!" ¿Crees que serías feliz si no tuvieras a alguien a quien iluminar? Hace diez años que subes a mi cueva; si no fuera por mí, por mi aguija y por mi serpiente ya te habrías cansado de tu luz y de tu camino. Pero nosotros te esperábamos todas las mañanas, te aligerábamos de lo que a ti te sobra y te bendecíamos por ello. Quiero que sepas que estoy harto de mi sabiduría, como la abeja que ha almacenado demasiada miel, y que necesito manos que me pidan. Quisiera dar y repartir hasta que los sabios que haya entre los hombres vuelvan a alegrarse de su locura, y los pobres, de su riqueza. Para eso he de descender a las profundidades, como haces tú al oscurecer, cuando te hundes por detrás del mar, para llevar tu luz incluso a lo que está más abajo del mundo, ¡astro desbordante de riqueza! Al igual que tú, he de hundirme en mi ocaso, como dirían los hombres a quienes quiero descender. ¡Bendíceme, pues, ojo impasible, capaz de contemplar sin envidia incluso una felicidad excesiva! ¡Bendice esta copa ansiosa de desbordarse y de derramar su dorada agua para que lleve por doquier el resplandor de tus delicias! ¡Mira esta copa que anhela volver a vaciarse; mira a Zaratrusta, que quiere volver a ser hombre! Así empezó el ocaso de Zaratrusta.

2

Zaratrusta bajó solo de las montañas, sin encontrarse con alguien. Pero al llegar al bosque se cruzó de pronto con un anciano que había dejado su santa choza para ir a buscar raíces a la arboleda. Y el anciano le dijo a Zaratrusta: "No me eres desconocido, viajero, porque hace años que pasaste por aquí; pero te has transformado. Entonces llevabas tu ceniza a la montaña: ¿es que ahora te propones llevar tu fuego a los valles? ¿No te asusta el castigo que imponen a los incendiarios? Sí, Zaratrusta, te reconozco. Tus ojos son puros y tu boca no le hace ascos a nada. Andas como si fueras bailando. Te has transformado, Zaratrusta. Te has convertido en un niño. ¿Qué quieres hacer entre quienes duermen, tú que estás tan despierto? En la soledad vivías como si estuvieras en el mar y te sostuviesen las aguas. ¿Por qué quieres descender a la tierra, desdichado? ¿Es que deseas arrastrar tu cuerpo por ti mismo?"

Contestó Zaratrusta: "Es que amo a los hombres". Y continuó el santo: "¿Y por qué te crees que me retiré yo al bosque y a la soledad? ¿No lo hice acaso porque amaba demasiado a los hombres? Pero ahora es a Dios a quien amo, no a los hombres. Creo que el hombre es algo demasiado imperfecto. El amor a los hombres me acabaría matando".

Zaratrusta añadió: "Yo no he hablado de amor. Lo que llevé a los hombres es un regalo". "No les des nada - dijo el santo-. Mejor será que les cojas algo y que les ayudes a llevarlo acuestas a su lado; eso será lo que más bien les hará; ¡con tal de que a ti también te lo haga! Pero si te empeñas en darles algo, no les des más que una limosna, y deja que sean ellos quienes te la pidan".

"No -contestó Zaratrusta-: yo no doy limosnas. No soy lo bastante pobre para hacerlo". Al santo le hicieron gracia las palabras de Zaratrusta, y añadió: "Intenta entonces que acepten tus riquezas. La gente desconfía de los eremitas y no cree que les vayamos a regalar nada. Les inquietan nuestros pasos cuando van solos por sus calles. Y cuando de noche están acostados y oyen andar a alguien mucho antes de la salida del sol se preguntan: ¿A donde irá ese ladrón? ¿No te vayas con los hombres; quédate en este bosque! Más te valdrá estar rodeado de animales. ¿No deseas ser como yo, un oso entre los osos, un pájaro entre los pájaros?"

"¿Y qué hace en el bosque un santo como tú?", preguntó Zaratrusta. El santo contestó: "Compongo canciones y las canto. Al componerlas, me río, lloro, hablo entre dientes; de este modo alabo a Dios. Cantando, llorando y hablando entre dientes alabo a quien considero mi Dios. Bueno, ¿y qué regalo nos traes?"

Al oír esto, Zaratrusta se despidió del santo y le dijo: "¿Qué podría yo darte? Déjame que me vaya corriendo, no sea que te quite algo". Y así se separaron el anciano y el hombre maduro, riéndose como si fueran dos niños. Pero cuando Zaratrusta se quedó a solas se dijo: "¿Será posible? ¡Este santo varón aislado en su bosque no se ha enterado todavía de que Dios ha muerto!"

3

Cuando Zaratrusta llegó a la primera ciudad que se alzaba al borde del bosque, encontró en la plaza a un gran genio que se había reunido para presenciar la actuación de un volatinero. Y Zaratrusta se dirigió a la gente diciendo: "Yo os muestro al superhombre. El hombre es algo que hay que superar. ¿Qué habéis hecho para superarlo? Hasta ahora todos los seres han creado algo que estaba por encima de ellos mismos. ¿Es que vosotros queréis ser el reflujo de esa inmensa marea y regresais al animal en vez de superar al hombre? ¿Qué es el mono para el hombre? Un motivo de risa o una dolorosa vergüenza. Habeis recorrido el camino que va del gusano al hombre, y todavía hay en vosotros mucho de gusanos. En otro tiempo fuisteis monos, y aún hoy el hombre es el más mono de todos los monos. El más sabio de vosotros no es más que un ser dividido, un híbrido de planta y de fantasma. Pero, ¿os estoy exortando a que os convirtáis en fantasmas o en plantas?"

¡Yo os muestro al superhombre! El superhombre es el sentido de la tierra. Que vuestra voluntad diga: "¡Que el superhombre sea el sentido de la tierra!" Yo os exhorto, hermanos, a que permanezcáis fieles a la tierra y a que no creáis a quienes os hablan de esperanzas ultraterrenas. Consciente o inconscientemente, esos tales son unos envenenadores. Desprecian la vida, son moribundos y ellos mismos están envenenados. La propia tierra está cansada de ellos. ¡Que se mueran ya de una vez!

En otros tiempos, ofender a Dios era el mayor de los delitos, pero Dios ha muerto y con él han muerto también esos pecadores. Ahora lo más terrible es pecar contra la tierra y valorar más las entrañas de lo inexcrutable que el sentido de aquélla. En otros tiempos, el alma despreciaba al cuerpo, y se tenía en gran estima ese desprecio. El alma prefería un cuerpo flaco, repugnante, y esquelético. De este modo trataba de evadirse del cuerpo y de la tierra. Pero ese alma era a su vez flaca, repugnante y esquelética, y su mayor placer era obrar con crueldad.

Y ahora hermanos, contestadme: ¿Qué os dice vuestra alma de vuestro cuerpo? ¿Acaso no es vuestra alma miseria, suciedad y un bienestar digno de lástima? Realmente, el hombre es un río sucio. Hace falta ser un mar para poder recoger un río sucio sin ensuciarse a su vez.

Yo os muestro al superhombre: él es ese mar; en él puede desembocar vuestro gran desprecio. ¿Cuál es la vivencia mayor que podéis experimentar? ¡El momento del gran desprecio! El momento en que os sintáis asqueados hasta de vuestra felicidad, así como de vuestra racionalidad y de vuestra virtud. El momento en que digáis: "¿Qué importancia tiene mi facultad de razonar? ¿Tiene un ansia de saber semejante a la que el león tiene de comida? Pero si no es más que miseria, y un bienestar digno de lástima!" El momento en que digáis: "¿Qué importancia tiene mi virtud? ¿Es que ha conseguido enardecerme alguna vez? ¿Qué hartazgo estoy de mi bien y de mi mal! ¡Si todo eso no es más que miseria, suciedad y un bienestar digno de lástima!" El momento en que digáis: "¿Qué importancia tiene mi justicia? No me veo yo como un tizón encendido. ¡Pero si el justo debe ser un tizón encendido!" El momento en que digáis: "¿Qué importancia tiene mi compasión? ¿No es la compasión la cruz en la que clavan al que ama a los hombres? ¡Pero mi compasión no es una crucifixión!"

¿Habéis hablado así alguna vez? ¿Habéis gritado así alguna vez? ¡Ojalá os hubiera oído yo gritar así! No es vuestro pecado, sino vuestra moderación lo que clama al cielo; vuestra mezquindad hasta pecando es lo que clama al cielo. ¿Dónde está el rayo cuya lengua os ha de lamer? ¿Dónde está la locura que habría que inyectaros? Yo os muestro al superhombre: ¡él es ese rayo y esa locura!

Una vez que Zaratrústa hubo hablado así, uno de entre la gente gritó: "¡Ya hemos oído hablar mucho del volatinero! ¡Ahora queremos verlo!" Y todo el mundo se rió de Zaratrústa. El volatinero creyó que esas palabras iban por él y comenzó su actuación.

4

Miró Zaratrústa a la gente y se quedó sorprendido. Luego continuó hablando así:

"El hombre es una cuerda tendida entre el animal y el superhombre, una cuerda tendida sobre un abismo. Es peligroso cruzar al otro lado, es peligroso quedarse a medio camino, es peligroso mirar atrás, es peligroso echarse a temblar y es peligroso detenerse. La grandeza del hombre radica en que es un puente y no una meta; lo que hay de digno de ser amado es que es un tránsito y un ocaso. Yo amo a quienes no saben vivir como no sea hundiéndose en su ocaso, pues ellos son los que cruzan al otro lado. Yo amo a los que desprecian mucho, pues ellos son los que veneran mucho; ellos son flechas del deseo lanzadas a la otra orilla. Yo amo a quienes quieren vivir para conocer, y quiere conocer para que alguna vez aparezca el superhombre; y de este modo, quiere su propio ocaso. Yo amo al que trabaja y crea para levantarle la casa al superhombre; al que prepara para él la tierra, el animal y la planta; pues, de este modo, quiere su propio ocaso. Yo amo a quien ama su virtud, pues la virtud es voluntad de ocaso y una flecha del anhelo. Yo amo a quien no se queda ni con una sola gota de espíritu sino quiere ser enteramente el espíritu de su virtud; y, así, cruza el puente bajo la forma de espíritu. Yo amo a quien convierte su virtud en su inclinación y en su destino fatal; y, así, quiere seguir y no seguir viviendo por amor a su virtud. Yo amo a quien no pretende tener muchas virtudes, pues una sola virtud es más virtud que dos, ya que es un nudo más fuerte al que queda sujeto el destino fatal. Yo amo a aquel cuya alma se da por entero y no pretende que se lo agradezcan ni que le devuelvan nada; pues entrega siempre y no quiere conservarse a sí mismo. Yo amo a quien, cuando le favorece la suerte a los dados, se pregunta avergonzado: "¿Estaré haciendo trampas?": pues ése quiere perecer. Yo amo a quien, antes de obrar, lanza palabras de oro y cumple más de lo que promete; pues ése quiere su ocaso. Yo amo quien justifica a las generaciones futuras y redime a las pasadas; pues ése quiere perecer por la generación presente. Yo amo a quien castiga a su dios porque lo ama; pues la ira de su dios acabará haciéndole perecer. Yo amo a quien tiene un alma profunda hasta cuando le hieren, y que puede perecer ante cualquier exigencia insignificante; pues ése cruza el puente de buen grado. Yo amo a quien tiene un alma tan colmada que se olvida de sí, y lo tiene todo dentro de él; pues a ése todo lo hunde. Yo amo a quien tiene un espíritu y un corazón libres; pues su mente no es sino la entraña de su corazón, y su corazón como pesadas gotas que van cayendo una a una del nubarrón suspendido sobre los hombres, pues éstos anuncian el rayo y perecen por anunciarlo. Yo anuncio el rayo y soy como una pesada gota que cae del nubarrón. ¡Y ese rayo se llama el superhombre!"

5

Una vez dijo esto, Zaratrústa miró a la gente en silencio. "Ahí están riéndose de mí" —se dijo—; no me entienden. Mi boca no está echa para esos oídos. ¿Será que antes hay que romperles los oídos para que aprendan a oír con los ojos? ¿Habrá que hacer tanto ruido como un timbal o como un predicador de esos que exhortan a hacer penitencia? ¿Será que sólo se fían de los que se ponen a balbucear? Se sienten orgullosos de algo que tienen. ¿Cómo llamarlo? ¡Ah, sí, cultura! Eso es lo que les distingue de los gañanes. De ahí que nos les guste la palabra "desprecio", refiriéndose a ellos. Apelaré entonces a su orgullo. Les hablaré, pues, de lo más despreciable: del último hombre.

Y Zaratrústa se dirigió a la multitud:

"Ha llegado la hora de que el hombre se trace su propia meta. Ha llegado la hora de que el hombre siembre la semilla de su esperanza más alta. Su tierra es todavía lo bastante rica para ello. Pero un día esa tierra será pobre y floja, y ya no podrá brotar de ella ningún árbol elevado. ¡Ay, llegará un día en que el hombre ya no lanzará más allá de sí mismo la flecha de su anhelo; un día en que ya no sabrá vibrar la cuerda de su arco! En verdad os digo que hay que seguir teniendo un caos dentro de sí para ser capaz de parir una estrella rutilante. Y en verdad os digo que vosotros tenéis todavía un caos en vuestro interior. Pero ¡ay!, llegará un día en que el hombre ya no podrá parir estrellas. Llegará, ¡ay!, el día del hombre más despreciable: el hombre que ya no es capaz de despreciarse a sí mismo.

Yo os muestro al último hombre. "¿Qué es amor? —se pregunta parpadeando el último hombre—. ¿Qué es creación? ¿Qué es anhelo? ¿Qué es estrella?". En ese momento la tierra se ha empequeñecido, y en ella se mueve a saltos el último hombre que todo lo empequeñece. Su especie es tan indestructible como la del pulgón; el último hombre es el que vive más tiempo. "Hemos encontrado la felicidad", dicen guiñándose el ojo los últimos hombres. Han salido de las zonas donde la vida era más dura, pues necesitan calor. Siguen amando al prójimo y se frotan entre sí, pues necesitan calor. Consideran que es un pecado enfermar y desconfiar. Andan con mucho cuidado. Sólo un idiota puede seguir tropezando con las piedras y con la gente. Un poco de veneno de cuando en cuando les produce sueños agradables, y una buena dosis de veneno al final para que la muerte no sea un trance amargo. Siguen trabajando aún por puro entretenimiento. Pero procuran que no sea un entretenimiento demasiado cansado. No son ya ni pobres ni ricos, porque las dos cosas son fastidiosas. ¿Quién va a querer ya gobernar? ¿Y quien obedecer? Ambas cosas son demasiado molestas. Hay un solo rebaño sin ningún pastor. Todos quieren lo mismo, todos son idénticos: quien disiente del sentir general se recluye voluntariamente en un manicomio. Los más perspicaces señalan, guiñándose el ojo: "Antes estaban todos locos". Hoy la gente es inteligente y está al tanto de lo que ha sucedido; por eso no para de burlarse. Sigue habiendo discusiones, pero pronto se llega a la reconciliación; lo contrario hace daño al estómago. La gente tiene su pequeño placer para el día y su pequeño placer para la noche; pero rinde culto a la salud. "Hemos encontrado la felicidad", dicen los últimos hombres guiñándose el ojo.

Al llegar aquí, Zaratrusta dio por finalizado su discurso primero o preliminar, pues le interrumpió el vocerío y el jolgorio de la multitud. "Danos ese último hombre, Zaratrusta –gritaban–; ¡conviértenos en ese último hombre! ¡El superhombre te lo puedes quedar tú!" Y toda la gente se reía y hacían ruidos de rechazo con la boca. Zaratrusta se dijo entristecido para sus adentros: "No me entienden. Mi boca no está echa para esos oídos. Me parece que he vivido demasiado tiempo en las montañas y que he escuchado demasiado a los ríos y a los árboles; ésa es la razón de que ahora les hable como si fueran gañanes. Mi alma está serena y reluciente, como las montañas por la mañana. Pero ellos se creen que soy frío y que me gusta gastar bromas terribles. Ahora me miran y se ríen, y mientras tanto me están odiando. ¡Qué risa más fría la suya!"

6

Sucedió entonces algo que les hizo callar a todos y abrir los ojos como platos. El volatinero había empezado, efectivamente, su actuación; había salido por una puertecita y echado a andar sobre una cuerda tendida entre dos torres, por encima de la plaza y de la gente. Pero cuando se encontraba justo a mitad del camino, la puertecita se volvió a abrir y una especie de bufón vestido de colorines saltó fuera y empezó a andar rápidamente detrás del primero. "¡Adelante, cojitranco!" –le empezó a gritar con una voz terrible– "Venga ya, remolón, pelmazo, mamarracho! ¡Te voy a pisar los talones! ¿Qué haces aquí subido entre dos torres? Tu sitio está dentro de la torre, que es donde deberías estar encerrado para que dejaras paso a uno que es más diestro que tú". Y conforme iba hablando, se acercaba cada vez más al otro. Cuando estaba ya a un solo paso del primero, sucedió eso tan terrible que les hizo callar a todos y abrir los ojos como platos. Gritó como un endemoniado y dio un salto por encima del que le impedía pasar. Al ver éste que su rival le adelantaba, perdió la cabeza a la vez que el equilibrio; tiró el balancín y con más rapidez que éste se precipitó al vacío en un remolino de brazos y piernas. Entonces, la gente pareció un mar agitado por una tempestad: todo el mundo salió a escape atropelladamente, sobre todo del lugar adonde iba a caer el cuerpo.

Zaratrusta fué el único que no se movió de su sitio, y justo a su lado cayó el cuerpo deshecho y malherido, pero vivo aún. Al poco rato, el accidentado recobró el conocimiento y vio que tenía a Zaratrusta de rodillas a su lado, "¿Qué haces aquí? –le dijo por fin–. Ya sabía yo desde hace mucho tiempo que el diablo acabaría poniéndome la zancadilla. Ahora me lleva al infierno. ¿Puedes tú impedirselo?"

"Amigo mío –respondió Zaratrusta–, te juro por mi honor que todo eso que dices no existe: que no hay diablo ni infierno. Tu alma se morirá incluso antes que tu cuerpo. ¡No tengas miedo alguno! El hombre le miró receloso. "Si lo que dices es cierto –añadió–, no pierdo nada al perder la vida. Soy poco más que un animal al que le han enseñado a bailar a base de golpes y de dejarle sin comer". No digas eso –le corrigió Zaratrusta–; tú has hecho del peligro tu profesión, y eso no es de despreciar. Ahora mueres víctima de tu profesión; por eso te enterraré con mis propias manos.

Ya no contestó el moribundo; pero movió la mano como si quisiera estrechar la de Zaratrusta en ademán de gratitud.

7

Caía la tarde entretanto, y la plaza iba quedando sumida en la oscuridad. El gentío se fué dispersando, pues hasta la oscuridad y el espanto terminan cansándose, Zaratrusta, en cambio, seguía sentado en el suelo al lado del muerto, abstraído en sus pensamientos y sin tener conciencia del paso del tiempo. Cuando era ya noche cerrada y soplaban un viento frío sobre aquel individuo solitario, se puso de pie y dijo para sus adentros: "¡Menuda pesca que has hecho hoy, Zaratrusta! En vez de hombres has pescado un cadáver. ¡Qué terrible es la existencia humana y qué carente está todavía de sentido! Cualquier bufón puede trocársela en fatalidad. Quiero enseñar a los hombres el sentido de su existencia, que no es otro que el superhombre, el rayo que surge de ese oscuro nubarrón al que llamamos hombre. Pero ¡qué lejos estoy aún de esa gente! Mi sentido no habla aún a sus sentidos. Para los hombres todavía no soy más que un sujeto medio loco y medio muerto. ¡Qué oscura está la noche, y qué oscuros son los caminos de Zaratrusta! ¡Anda, ven, helado y rígido compañero, que te voy a llevar al lugar donde te enterraré con mis propias manos!"

Dicho esto para sus adentros, Zaratrusta se echó el cadáver auestas y se puso en camino. Y no habría dado cien pasos todavía cuando se le acercó sin que se diera cuenta un individuo, que no era otro que el bufón de la torre, y comenzó a decirle al oído: "Vete de esta ciudad, Zaratrusta, que hay aquí muchos que te odian. Te odian los buenos y los justos, pues piensan que eres su enemigo y que los desprecias; y te odian los creyentes ortodoxos, que te consideran un peligro público. Has tenido suerte con que se rieran de tí, pues realmente les has hablado como un bufón; y has tenido suerte al ponerte al lado de ese perro que ha muerto. Esa humillación te ha salvado; pero ahora vete de esta ciudad, pues de lo contrario mañana saltará por encima tuya, y será un vivo quien salte por encima de un muerto". Dicho esto, desapareció aquel individuo; pero Zaratrusta siguió andando por aquellas oscuras callejuelas.

Al llegar a las puertas de la ciudad, se encontró con los sepultureros, quienes le reconocieron a la luz de una antorcha y empezaron a burlarse de él. "¡Pero si es Zaratrusta con ese perro muerto en brazos!, exclamaron. menos mal que haces tú de sepulturero, porque nuestras manos están demasiado limpias para tocar esa pieza. ¿Es que quieres quitarle al diablo su comida? ¡Pues suerte y que te aproveche! ¡A ver si el diablo es mejor ladrón que tú, y os lleva y os traga a los dos juntos!"

Y se echaron a reír diciéndose cosas unos a otros.

Zaratrusta no abrió la boca y siguió adelante. Cuando llevaba ya dos horas andando, a través de bosques y pantanos, de tanto oír aullar a los lobos hambrientos, empezó él también a sentir el estómago vacío. Se detuvo, pues, adelante de una casa solitaria dentro de la cual se veía una luz. "Me asalta el hambre como si fuera un ladrón –se dijo Zaratrusta–. Entre bosques y pantanos y en plena noche me asalta el hambre. ¡Qué caprichos más raros tiene mi hambre! Muchas veces se me presenta después de comer y hoy no se me ha presentado en todo el día. ¿Dónde habrá estado metida?"

Diciéndose esto, Zaratrusta llamó a la puerta de la casa. "¿Quién viene a sacarme de mis pesadillas?" Un vivo y un muerto –dijo Zaratrusta–. Dame algo de comer y de beber, que me he olvidado de hacerlo durante todo el día. Dice la sabiduría popular que quien da de comer al hambriento reconforta su propia alma".

Se fue el viejo y al poco regresó con un poco de pan y de vino. "¡Qué malas son estas tierras para quien tiene hambre! –dijo–. Por eso vivo yo aquí. Hombres y animales acuden a este ermita. Pero dale de comer y de beber a tu compañero, que él está más cansado que tú". Zaratrusta explicó: "Mi compañero está muerto; me iba a ser difícil conseguir que tomara algo". A mí eso me interesa –dijo el viejo con brusquedad–. Quien llama a mi puerta debe tomar lo que yo le ofrezca. Comed y bebed, y que tengáis buen viaje.

Anduvo Zaratrusta otras dos horas sirviéndose del camino y de la luz de las estrellas, pues estaba acostumbrado a andar de noche y le gustaba contemplar todo lo dormido. Pero al despuntar el día llegó a lo más hondo del bosque, donde ya no había ni rastro del camino. Colocó entonces al muerto en el hueco de un árbol en el suelo tapizado de hierba. Al punto, se durmió, pues, aunque estaba cansado físicamente, su alma continuaba impasible y serena.

Zaratrusta estuvo durmiendo durante mucho tiempo y no sólo la aurora, sino toda la mañana le pasó sobre su rostro. Por fin, abrió los ojos, y, sorprendido, fijó su mirada en el tranquilo bosque y en su propio interior. Acto seguido, se puso de pie rápidamente, como un navegante que ve tierra de pronto, y empezó a lanzar gritos de alegría, pues acababa de dislumbrar una nueva verdad. Y se dijo a sí mismo: "Se ha hecho la luz en mí. Necesito compañeros de viaje que estén vivos, no compañeros muertos y cadáveres a los que pueda llevar a donde me parece. Necesito compañeros que estén vivos, que me sigan porque quieran seguirse a sí mismos, y que vayan a donde yo quiero ir. Se ha hecho la luz en mí: no he de hablar a la gente en general, sino a compañeros de viaje. ¡Zaratrusta no puede convertirse en pastor y en perro de un rebaño! Mi misión consiste en apartar a muchos del rebaño. La gente y el rebaño me tiene que odiar. Los pastores me han de llamar ladrón. Y digo a los pastores porque ellos se consideran a sí mismos creyentes ortodoxos. ¡Mirad a los buenos y a los justos! ¿A quién odian más? Pues al que rompe sus tablas de valores, al que las quebranta y las infringe; es decir, al que es verdaderamente creador.

El creador busca compañeros, no cadáveres, ni rebaños, ni creyentes. El creador busca quien le acompañe en su labor creadora, quien escriba nuevos valores en nuevas tablas. El creador busca compañeros y colaboradores para su reconciliación; pues todo en él está ya maduro. Pero necesita hoces, y por eso arranca espigas enojado. El creador busca compañeros, que sepan afilar sus hoces. Los considerarán destructores y despreciadores del bien y del mal; pero ellos serán los que cosechen y los que participen de la fiesta. Zaratrusta busca quien le acompañe en su labor creadora, quien le ayude a recolectar y quien participe en la alegría de la fiesta. ¿Qué tiene que ver Zaratrusta con rebaños, con pastores y con cadáveres?

Te digo adiós a ti que has sido mi primer compañero. Descansa en paz. Te he buscado una buena sepultura en ese tronco hueco al abrigo de los lobos, pero ha llegado el momento de que me separe de ti. Entre una aurora y otra se me ha revelado una nueva verdad. No he de ser pastor ni sepulturero. No le hablaré nunca más a la gente. Esta es la última vez que hablo con un muerto. Voy a unirme a los que crean, a los que cosechan, a los que celebran fiestas. Les mostraré el arco iris y todos los peldaños que hay que escalar hasta llegar al superhombre. Cantaré mi canción a los que están solos individualmente o en pareja. Inundaré con mi felicidad el corazón de quien todavía tenga oídos para escuchar lo que nadie ha escuchado. Voy derecho a mi meta. Dejaré a medio camino a los que vacilen y a los que se queden atrás. ¡Qué mi marcha signifique su ocaso!"

Estas cosas se decía Zaratrusta cuando el sol estaba en lo más alto del cielo. Miró entonces hacia arriba con aire inquisitivo, pues había oído por encima de su cabeza el grito agudo de una ave. Y vio que un águila trazaba amplios círculos en el vacío y que llegaba colgada a ella una serpiente no como presa, sino amistosamente, pues iba enroscada a su cuello.

"¡Son mis animales!, -exclamo Zaratrusta, lleno de alegría-. El animal más orgulloso y el más inteligente que hay bajo el sol, han salido a explorar el terreno para averiguar si Zaratrusta sigue estando vivo. ¿Y lo estoy, realmente? Más peligroso me ha sido vivir entre los hombres que entre los animales. ¡Qué caminos más peligrosos recorres, Zaratrusta! ¡Mis animales me servirán de guía!"

Después de decirse esto, Zaratrusta se acordó de las palabras del santo que vivía en el bosque. Suspiró entonces y se dijo: "¡Ojalá fuera yo más inteligente! ¡Ojalá lo fuera tan de veras como lo es mi serpiente! Pero esto es pedir lo imposible. Por eso le pido a mi orgullo que vaya siempre del brazo de mi inteligencia. Y si en algún momento mi inteligencia me abandona porque, ¡ay!, le gusta elevarse a las alturas, ¡que mi orgullo siga volando al lado de mi necesidad!"

Este fue principio del ocaso de Zaratrusta.

DISCURSOS DE ZARATRUSTA PRIMERA PARTE

Las tres transformaciones

Os señalo las tres transformaciones del espíritu: la del espíritu en camello, la del camello en león y la del león en niño. Para el espíritu fuerte, sufrido y reverente, hay muchas cosas pesadas; su fortaleza le hace apetecer cosas pesadas, e incluso las más pesadas. "¿Qué hay que sea pesado?", se pregunta el espíritu sufrido, arrodillándose como un camello, ansioso de llevar una pesada carga. "¿Qué es lo más pesado, héroes? -pregunta el espíritu sufrido para que cargue yo con ello y se complazca mi fortaleza?"

¿No es lo más pesado humillarnos para herir nuestra soberbia? ¿O mostrar nuestra necesidad para burlarnos así de nuestra sabiduría? ¿O apartarnos de nuestra causa en el momento en que triunfa? ¿Subir a las altas montañas para tentar al tentador? ¿O alimentarnos de las bellotas y de los pastos del conocimiento y pasar hambre en el alma por amor a la verdad? ¿O estar enfermos y despedir a los que vienen a consolarnos, y hacer amistad con sordos que nunca oyen lo que nosotros queremos decirles? ¿O zambullirse en unas aguas sucias, si son las aguas de la verdad, y no rehuir el contacto con las frías ranas y los calientes sapos? ¿O amar a quienes nos desprecian y dar la mano al fantasma que trata de asustarnos?

Pues con todo esto, que es lo más pesado de todo, carga el espíritu sufrido; como el camello cargado que se interna en el desierto, también él se interna en el desierto. Pero en pleno desierto se produce la segunda transformación: la del espíritu en león ansioso de conquistar su libertad, como si fuera una presa, y ser dueño y señor de su propio desierto. Va en busca de su último amo, decidido a enfrentarse con él, y de su último dios, ansioso de luchar con ese gran dragón y de vencerle. ¿Quién es el gran dragón al que el espíritu no quiere seguir reconociendo como su amo y su dios? "¡Debes!" se llama el gran dragón. Pero el espíritu del león grita: "¡Quiero!", "¡Debes!" le obstaculiza el paso, brillando como el oro; es un animal cubierto cubierto de escamas, en cada una de las cuales brilla el "¡Debes!" con reflejos dorados. En esas escamas refulgen valores milenarios, y el más poderoso de todos los dragones proclama: "En mi cuerpo brillan todos los valores de las cosas. Todos los valores han sido establecidos de una vez para siempre, y yo soy todos ellos. Ningún "¡Quiero!" debe seguir existiendo.

¿Por qué creéis, hermanos míos, que es preciso que el espíritu se transforme en león? ¿Por qué no basta la bestia de carga sufrida y reverente? El león no es capaz de crear nuevos valores, pero sí que puede

conquistar la libertad requerida para esa nueva creación. Conquistar la libertad y una santa negativa incluso frente al deber; para eso hace falta el león. A un espíritu sufrido y reverente, arrogarse el derecho a crear nuevos valores le parece algo terrible: un robo, algo propio de animales de rapiña. El espíritu, que en otro tiempo veneró el "¡Debes!" como lo más sagrado, tiene ahora que descubrir lo que hay de engaño y de arbitrariedad hasta en lo más sagrado para poder conquistar la libertad de su amor. Para esa conquista es necesario el león.

Y ahora, hermanos, decidme: ¿qué es capaz de hacer un niño, que no lo pueda hacer un león? ¿Por qué el rapaz león tiene que transformarse en niño? El niño es inocencia, olvido, un nuevo principio, un juego, una rueda que se pone en movimiento por sí misma, un echar a andar inicial, un santo decir "sí". Para el juego del crear, hermanos, se requiere un santo decir "sí": el espíritu quiere hacer ahora su propia voluntad; al retirarse del mundo, conquista ahora su propio mundo.

Os he señalado las tres transformaciones del espíritu; la del espíritu en camello, la del camello en león y la del león en niño.

Así habló Zaratrústa.

Las cátedras de la virtud

Zaratrústa había oído alabar mucho a un sabio que decía cosas muy sutiles del sueño y de la virtud, lo que le había reportado una gran cantidad de honores y de recompensas. Muchos jóvenes iban a oír sus enseñanzas. A él acudió Zaratrústa y se sentó a escucharle en medio de los jóvenes. El sabio dijo lo siguiente: "El sueño merece que se le honre y que se le respete. Esto es primordial. Rehuid el trato de aquellos que duermen mal y que pasan la noche en vela. Hasta el ladrón respeta el sueño; siempre se desliza por la noche sin hacer ruido. Al sereno, en cambio, no le da vergüenza alguna andar de acá para allá irrespetuosamente con un pito. Dormir es un auténtico arte, y no de los menores; para hacerlo bien, es preciso haber estado despierto todo el día. A lo largo de la jornada tenemos que vencernos a nosotros mismos diez veces, y eso produce un cansancio, que es como un opio para el alma. Diez veces tenemos que reconciliarnos con nosotros mismos; esto es amargo y el que no se ha reconciliado duerme mal. Diez veces al día tenemos que reírnos y alegrarnos; de lo contrario por la noche nos duele el estómago, que es el padre de las grandes tristezas.

Pocos lo saben, pero lo cierto es que hay que tener todas las virtudes para dormir bien. ¿Es que voy a levantar falso testimonio, a cometer adulterio, a desear la mujer de mi prójimo? Todo eso va en contra de un sueño tranquilo. Y aunque poseamos todas las virtudes, hay también que saber prescindir de ellas en el momento oportuno, para que no se peleen entre sí por nuestra causa esas guapas mujercitas. Un sueño tranquilo exige que estés en paz con Dios y con el prójimo, y hasta con el diablo del prójimo; pues de lo contrario rondará tu casa por la noche. Debes honrar y obedecer a la autoridad, incluso la que se esfuerza, porque así lo exige el sueño tranquilo. ¿Qué le vamos a hacer si al poder le gusta andar con unas piernas torcidas? El mejor pastor es el que lleva siempre a sus ovejas a pastar a los prados más verdes; así conviene al sueño tranquilo. No ambicionemos muchos honores ni grandes riquezas, porque eso echa al hígado a perder. Pero dormiremos mal si no tenemos una buena reputación y una pequeña hacienda. Es preferible tener pocos amigos pero buenos, que muchos y malos; pero aquéllos han de saber ir y venir en el momento oportuno. Así conviene el sueño tranquilo. Me encantan los pobres de espíritu, pues contribuyen al sueño tranquilo. Son bienaventurados, especialmente si se les da siempre la razón. Así transcurre el día para el virtuoso. Pero cuando llegue la noche, cuidémonos de no llamar al sueño. El sueño, que es el señor de las virtudes, no admite que le llamen. Examinemos lo que hemos hecho y lo que hemos pensado durante el día. Preguntémosnos, rumiando como una paciente vaca: ¿Cuáles han sido las diez reconciliaciones, las diez verdades, y las diez risas con las que mi corazón se ha recreado? Reflexionando así y arrullados por cuarenta pensamientos, el sueño, señor de las virtudes, acude de pronto sin que lo llamemos. El sueño llama a nuestros ojos, y éstos se vuelven pesados: toca nuestra boca, y ésta bosteza. Con paso silenciosos llega a nosotros el más dulce de los ladrones a robarnos nuestros pensamientos y a dejarnos aturdidos. No podemos ya estar mucho tiempo de pie, y nos acostamos quedándonos dormidos muy pronto".

Mientras Zaratrústa oía al sabio decir estas cosas, se reía en su interior, pues una luz había aparecido en su horizonte. Y se dijo: "Este sabio con sus cuarenta pensamientos me parece un necio, aunque creo que entiende mucho de eso de dormir. ¿Qué felices deben ser los que estén a su alrededor! Un sueño así es contagioso; se contagia incluso a través de gruesas paredes. Hasta su cátedra rezuma un cierto encanto, pues no en vano acuden los jóvenes a oír hablar a este predicador de la virtud. Su enseñanza consiste en que hay que estar bien despierto para poder dormir bien. Y, ciertamente, si la vida careciese de sentido y hubiera yo de escoger un sinsentido, éste sería el sinsentido más digno de elección. Ahora comprendo muy bien que es lo que se buscaba en otros tiempos cuando la gente iba detrás de los maestros de la virtud. Buscaban un sueño tranquilo, que era el resultado de unas virtudes soporíficas. Para todos esos sabios tan reputados de las cátedras, la sabiduría consistía en dormir sin soñar, no pensaban que la vida podía tener un sentido mejor. Y todavía queda alguna gente como este predicador de la virtud, aunque no todos son tan honrados; pero su época ha pasado ya. No hace mucho que están de pie y ya se acuestan. Bienaventurados son los somnolientos, pues no tardarán en dormirse.

Así habló Zaratrústa.

Los transmundanos

Hubo un tiempo en que también Zaratrústa proyectó su ilusión más allá del hombre, al igual que todos los transmundanos. El mundo se me antojaba entonces como la obra de un dios doliente y atormentado; me parecía que era un ensueño y una ficción imaginaria de un dios; un humo de colores ante la vista de un ser divino insatisfecho. Todo —el bien y el mal, el placer y el dolor, tú y yo— me parecía un humo de colores ante la mirada del creador. Para quien sufre, constituye un placer embriagador apartar la vista de su dolor y perderse a sí mismo. Pues bien, en otros tiempos, este mundo, eternamente imperfecto, imagen imperfecta de una eterna contradicción, me parecía un placer embriagador de su imperfecto creador. De este modo, como todos los transmundanos, también yo en otro tiempo proyecté mi ilusión más allá del hombre.

Pero ¿la proyecté realmente más allá del hombre? ¡Ay, hermanos, ese dios que creé era un producto y una locura humanos, al igual que todos los dioses! Era hombre, un pobre trozo de hombre; era yo mismo. ese

fantasma surgió de mi propia ceniza y de mi propio rescoldo. No procedía, ni mucho menos del más allá. ¿Qué ocurrió entonces, hermanos? Me sobrepuse a mí mismo y a mis sufrimientos; llevé mi ceniza a la montaña, descubrí una llama más brillante, y aquel fantasma se esfumó. Ahora, que estoy curado, la creencia en tales fantasmas sería para mí un sufrimiento, una tortura y una humillación. Esto es lo que tengo que deciros a los trasmundanos. Todos los trasmundanos son el fruto del sufrimiento y de la incapacidad, así como de esa felicidad fugaz y embriagadora que sólo experimenta el que sufre mucho. Lo que ha creado a todos los dioses y a todos los transmudanos es ese cansancio, que de un solo salto –de un salto mortal– quiere llegar a la última meta, ese pobre cansancio ignorante, que ya no quiere ni querer.

En verdad os digo, hermanos, que fue el cuerpo el que desesperó de la tierra; con los dedos del espíritu seducido tentaba las paredes últimas. En verdad os digo, hermanos, que fue el cuerpo el que desesperó de la tierra, el que sintió que se le revelaban las entrañas del ser. Y entonces se empeñó en atravesar con la cabeza –y no sólo con la cabeza– esas paredes últimas, para pasar al "otro mundo". Pero ¿qué oculto está a los ojos del hombre ese "otro mundo" deshumanizado e inhumano, esa nada celestial! Y es que las entrañas del ser no se revelan al hombre más que a la manera del hombre. ¿Qué difícil de demostrar es todo ser, y qué difícil resulta que se revele! ¿No es cierto, hermanos, que lo más extraño de todo es lo que mejor se demuestra? Sí; a pesar de todas las contradicciones y confusiones, este yo nuestro es el que más sinceramente nos revela su ser: este yo que crea, que quiere, que valora, y que es la medida y el valor de todas las cosas. Y este ser tan sincero, este yo revela el cuerpo y lo quiere incluso cuando sueña y se forja fantasías y revolotea de un lado para otro con sus alas rotas. El yo aprende a revelarse con mayor sinceridad cada vez; y cuanto más se aprende, más se ensalza y honra al cuerpo y a la tierra.

Mi yo me ha enseñado un nuevo orgullo, y yo se lo enseño a los hombres. Me ha enseñado a no seguir hundiendo la cabeza en la arena de las cosas celestiales, y a llevarla muy erguida; pues, como cabeza terrena que es, ella es la que crea el sentido de la tierra. Una nueva voluntad enseño yo a los hombres: la de querer, aceptar y dar por bueno el camino que el hombre a recorrido a ciegas, y no apartarse ya de él a escondidas, como hacen los enfermos y los moribundos. Pues enfermos y moribundos eran los que despreciaban el cuerpo y la tierra e inventaban las cosas celestiales y las gotas de sangre redentora. ¡Y eso que hasta estos dulces y siniestros venenos los extraían del cuerpo y de la tierra! Trataban de escapar de su miseria, pero las estrellas les quedaban demasiados lejos. Entonces suspiraron: "¡Si hubiera en el cielo caminos por los que pudiésemos evadirnos a otro ser y a otra felicidad!" Entonces se inventaron sus caminos furtivos y sus brebajes de sangre. Esos ingratos se creían liberados de su cuerpo y de esta tierra. Pero ¿a quién sino a su cuerpo y a su tierra debían las delicias y las convulsiones de su éxtasis?

No obstante, Zaratrústa es indulgente con los enfermos. No se enfada por la forma que tienen de consolarse ni por su ingratitud. ¡Que se curen, que se superen a sí mismos y que se creen un cuerpo superior! Tampoco se enoja Zaratrústa con el convaleciente que mira de reojo sus fantasías y que ronda en mitad de la noche la tumba de su dios; pero esas lágrimas son para mí un síntoma de una enfermedad y de un cuerpo enfermo. Entre los que sueñan y están obsesionados con los dioses han habido siempre muchos sujetos enfermizos. Son los que odian con todas sus fuerzas al hombre que tiene sed de conocimiento y a esa virtud más reciente, que se llama "honestidad". Tienen siempre la vista puesta en oscuros tiempos pasados, en los que la ilusión y la fe eran cosas distintas: el delirio de la razón se asemejaba a Dios, y la duda al pecado. Conozco muy bien a esos hombres semejantes a Dios; pretenden que creamos en ellos y que dudar sea pecado. También sé en qué es en lo que más creen tales hombres; y no se trata de mundos ultraterrenos ni de gotas de sangre redentoras; sino del cuerpo, en el cuerpo es en lo que más creen, y consideran que su cuerpo es la cosa en sí. Bien es cierto que piensan que ese cuerpo es algo enfermizo de lo que gustosamente quisieran evadirse; y por ello escuchan a quienes predicán la muerte, ellos, a su vez, predicán mundos ultraterrenos. Mejor será, hermanos, que escuchéis la voz del cuerpo sano, que es una voz más sincera y más pura. Ciertamente, el cuerpo sano, limpio y perfecto habla un lenguaje más sincero y más puro, pues habla del sentido de la vida.

Así habló Zaratrústa.

Los que desprecian el cuerpo.

Esto es lo que tengo que decir a los que desprecian el cuerpo. No quiero que cambien de opinión y de doctrina, sino tan sólo que se despidan de su cuerpo, y que de este modo, se callen para siempre. El niño dice: "Soy el cuerpo y un alma". ¿Por qué no hemos de hablar como los niños? Pero el lúcido, el sabio, dice: "Yo soy cuerpo y sólo cuerpo; y el alma no es más que una palabra que designa algo del cuerpo". El cuerpo es una gran razón, una pluralidad dotada de un único sentido, una guerra y una paz, un rebaño y un pastor. Tu pequeña razón, hermano, ésa a la que llamas "espíritu", es también un instrumento de tu cuerpo, un instrumento humilde y un juguete de tu gran razón. ¡Con qué orgullo dices: "yo"! Pues, aunque no lo quieras creer, tu cuerpo y su gran razón, que no dicen yo pero que constituyen el "yo", son algo mayor aún. Lo que el sentido percibe y el espíritu conoce no tiene su fin en sí mismo. Pero el sentido y el espíritu son instrumento y juguete; tras ellos está también el sí mismo. El sí mismo mira también a través de los ojos de los sentidos, y escucha también con los oídos de los sentidos. El sí mismo está constantemente mirando y escuchando: compara, domina, conquista, destruye. Domina incluso al propio yo. Detrás de tus pensamientos y de tus sentimientos, hermano, hay un amo poderoso, un sabio desconocido, que se llama a sí mismo. Habita en tu cuerpo; es tu cuerpo. Hay en tu cuerpo más razón que en tu más profunda sabiduría. Y ¿quién sería capaz de decir para qué necesita tu cuerpo precisamente tu más profunda sabiduría? Tu sí mismo se burla de tu yo y de sus orgullosos saltos. Se dice: ¿De qué me valen esos saltos y esos vuelos del pensamiento? No son más que rodeos que conducen hacia mi meta. Yo soy las muletas del yo, y quien le apunta sus conceptos. El sí mismo le dice al yo: "¡Experimenta dolor aquí!" Y entonces el yo sufre y considera de qué modo puede poner fin a su sufrimiento. Para eso precisamente ha de pensar. El sí mismo le dice al yo: "¡Experimenta placer aquí!" Y entonces el yo disfruta y considera de qué modo puede seguir gozando. Para eso precisamente ha de pensar.

Esto es lo que tengo que decir a los que desprecian el cuerpo. Su desprecio constituye realmente un aprecio. ¿Qué originó el aprecio y el desprecio, el valor y la voluntad? El propio sí mismo, como creador, se creó el aprecio y el desprecio, el placer y el dolor. El cuerpo, como creador, se creó el espíritu como brazo de su voluntad. Y vosotros los que despreciáis el cuerpo, servís a vuestro desprecio. Yo os digo que también vuestro sí mismo quiere morir y se aparta de la vida. Ya no es capaz de hacer lo que desea por encima de todo: crear algo que está por encima de él. Eso es lo que desea por encima de todo, lo que constituye su anhelo más ardiente. Sin embargo, ya se ha pasado para él el momento de hacerlo; de ahí, despreciadores del cuerpo, que vuestro sí mismo quiera hundirse en su ocaso, y por eso os habéis convertido en despreciadores del cuerpo, ya que no sois capaces de crear por encima de vosotros. Por eso renegáis de

la vida y de la tierra. En la mirada de reojo de vuestro desprecio hay una envidia inconsciente. No sigo vuestros pasos, despreciadores del cuerpo; pues considero que no sois puentes tendidos hacia el superhombre.

Así habló Zaratrústa.

Las alegría y las pasiones.

Si tienes una virtud, hermano, y esa virtud es tuya, no la tienes en común con alguien. Comprendo que quieras llamarla por su nombre, acariciarla, tirarle de las orejas, entretenerte con ella. Pero entonces tienes que compartir su nombre con la gente, convirtiéndote en gente y en rebaño. Más te valdría decir. "Lo que tortura y llena mi alma de dulzura, y lo que es incluso el hambre de mis entrañas, resulta inexpresable y carece de nombre". Tu virtud debe de estar muy por encima de la afinidad de los nombres; y cuando tengas que hablar de ella, no te dé vergüenza hacerlo balbuceando. Di, pues, balbuceando: "Este es mi bien; esto es lo que amo; así me gusta, sólo así quiero el bien. No lo quiero como el mandamiento de un dios, ni como norma o necesidad de los hombres; no quiero que sea para mí una guía hacia mundos ultraterrenos y paraísos. La virtud a la que amo es una virtud terrena que tiene poco de razonable, y menos aún de razón colectiva. Ese pájaro ha construido su nido en mí; por eso lo quiero y lo estrecho en mi regazo. Ahora está incubando en mí sus huevos de oro". Así debes hablar balbuceando cuando alabes tu virtud.

En otro tiempo tuviste pasiones, que considerabas malas; pero ahora no tienes más que tus virtudes y tus alegrías. Y aunque fueras un hombre irascible, o lujurioso, o creyente fanático, o vengativo, todas tus pasiones acabaron convirtiéndose en virtudes, y todos tus demonios en ángeles. En otro tiempo tenías perros salvajes en tu jaula; pero acabaron convirtiéndose en pájaros y en dulces aves cantoras. Has extraído tu bálsamo de tus venenos; has ordeñado a la vaca de tu tribulación, y ahora bebes la dulce leche de sus ubres. En el futuro, ya no provendrá de tí nada malo, a no ser el mal que provenga de la lucha de tus virtudes. ¡Ojalá, hermano, fueras tan afortunado que tuvieses una sola y única virtud; así cruzarías el puente con mayor facilidad. Es un honor tener muchas virtudes, pero es una suerte muy dura; y más de uno se marchó al desierto y puso fin a su vida porque estaba harto de ser batalla y campo de batalla de virtudes.

¿Es que son malas, hermano, la guerra y la batalla? Si, pero constituyen un mal necesario. La envidia, la desconfianza y la difamación entre tus virtudes son algo necesario. Observa con qué afán cada una de tus virtudes ambiciona lo más elevado; cómo quiere que toda tu fuerza se concentre en la cólera, en el odio y en el amor. Cada virtud está celosa de las demás, y ¡qué horribles son los celos! Las virtudes pueden también sucumbir a los celos. Quien se ve rodeado por las llamas de los celos acaba volviendo contra sí mismo el aguijón venenoso, como hace el escorpión. ¿No has visto nunca, hermano, a una virtud calumniarse e inyectarse su propio veneno?

El hombre es algo que tiene que ser superado; por eso has de amar a tus virtudes, pues perecerás por su causa.

Así habló Zaratrústa.

El pálido criminal.

¿A que vosotros, jueces y sacrificadores, no queréis dar muerte al animal hasta que éste no haya inclinado la cabeza? Pues mirad al pálido criminal cómo inclina la cabeza; su mirada pregona el gran desprecio. Sus ojos dicen: "Mi yo es algo que ha de ser superado; mi yo es para mí el gran desprecio del hombre". Juzgarse a sí mismo constituyó su momento supremo. ¿No dejéis que ese individuo que se ha encaramado tan alto vuelva a caer en la bajeza! A quien sufre tanto a causa de sí mismo sólo le puede redimir una muerte rápida. Vuestro acto de matar, jueces ha de ser un acto de compasión, y no de venganza. Y al matar, procurad justificar la vida. No basta con que os reconciliéis con el individuo al que matáis. Vuestra tristeza ha de ser amor al superhombre; así justificareis el que vosotros sigáis con vida. Debéis decir "enemigo", no "malvado"; "enfermo", no "bribón"; "loco", no "pecador". Y tú, juez manchado de sangre, si confesaras todo lo que has hecho de pensamiento, verías cómo todo el mundo te gritaba: "¡Fuera esa inmundicia y ese gusano venenoso!" Pero una cosa es el pensamiento, otra la acción, y otra la imagen de la acción. Entre ellos no gira la rueda de la causalidad. Lo que hace palidecer a ese hombre pálido es una imagen. Cuando realizó su acto, estuvo a la altura de él; pero después que lo hubo cometido, no pudo soportar la imagen de ese acto. Desde ese momento ha vivido obsesionado por ese acto, como si fuera lo único que hubiese hecho en su vida. A eso llamo yo locura; la excepción se convirtió en regla para él. Una raya trazada en el suelo acapara toda la atención de una gallina; de la misma forma, una sola acción realizada por él acapara la atención del criminal. A eso llamo yo locura subsiguiente al acto criminal.

¡Escuchadme, jueces! Hay también otra locura: la que precede a la acción. Es una pena que no os hayáis adentrado suficientemente en todos los vericuetos del alma del criminal. El juez manchado de sangre dice: "¿Por qué ha cometido un asesinato ese criminal?" Porque quería robar. Pero yo os digo que su alma estaba sedienta de sangre, no del botín del robo; que ansiaba gozar haciendo uso del cuchillo. Pero su pobre razón no comprendía esa locura y acabó convenciéndole. "¿Qué importancia tiene la sangre? —dijo—; ¡ni siquiera vas a aprovechar la oportunidad para robar!; ¿es que no quieres tomarte la venganza por tu mano?" Y el hombre se dejó convencer por su pobre razón; las palabras de ésta le pesaban como si fueran de plomo. Y entonces añadió el robo al asesinato, para no tener que avergonzarse de su locura. Ahora es el plomo de la culpa el que pesa sobre él, y su pobre razón se ha quedado paralizada y perpleja. Si pudiera simplemente sacudir la cabeza, se quitaría de encima esa pesada carga; pero ¿quién va sacudir esa cabeza?

¿Qué es ese hombre? Un cúmulo de enfermedades que a través del espíritu se extienden por el mundo en busca de su presa, ¿Qué es ese hombre? Un nudo de feroces serpientes, que pocas veces están en paz entre sí, de forma que cada una tira por su lado y se va al mundo en busca de una presa. ¡Mirad ese pobre cuerpo! Esa pobre alma le interpretó sus pensamientos y sus ansias, y se los interpretó como sed de sangre y como ansia de gozar manejando el cuchillo. El mal —lo que ahora es mal— asalta al que ahora se pone enfermo; ansía hacer sufrir con lo que a él le hace sufrir. Pero hubo otros tiempos, y otros males y bienes. En otro tiempo, la duda y la afirmación de sí mismo constituían un mal. En aquel entonces, el enfermo se convertía en hereje o en bruja, y, como tales, sufrían y querían hacer sufrir. Pero esto no os entra en la cabeza. Me decís que perjudica a vuestras buenas gentes. ¿Pero qué me importan a mí vuestras buenas gentes! Muchas de las cosas de vuestras buenas gentes me producen náuseas; y no me refiero, claro está, a lo que tienen de

malas esas buenas gentes. ¡Qué más quisiera yo sino que esas buenas gentes se vieran atacadas por una locura que las llevara a la perdición, como le ha sucedido a ese pálido criminal! ¿Qué más quisiera yo sino que esa locura se llamase verdad, fidelidad o justicia! Pero esa buenas gentes disponen de su virtud para vivir muchos años y para sumirse en un bienestar digno de lástima. Yo soy un pretil que se alza a orillas de la corriente. ¡El que sea capaz de hacerlo que se agarre a mí! Lo que yo no soy es vuestra muleta.

Así habló Zaratrusta.

El leer y el escribir.

De todo cuanto se ha escrito, yo sólo valoro aquello que el autor ha escrito con su propia sangre. Escribe con sangre y comprenderás que la sangre es espíritu. No resulta fácil entender la sangre ajena; odio a los que leen por pasar el rato. Quien conoce al lector ya no le aporta algo. Un siglo más de lectores, y hasta el espíritu empezará a oler mal. El que todo el mundo tenga la oportunidad de aprender a leer, a la larga echa a perder no sólo al que escribe, sino también al que piensa. En otro tiempo el espíritu era Dios; luego se hizo hombre, y ahora se ha hecho hasta plebe. Quien escribe con sangre, y en forma de sentencias no lo hace para que le leamos, sino para que nos aprendamos de memoria sus escritos. En las montañas el camino más corto es el que va de una cima a otra; pero para recorrerlo hay que tener unas piernas muy largas. Las sentencias han de ser cimas; y aquellos a quienes van dirigidas han de ser hombres altos y fuertes. El aire liviano y puro, el peligro al acecho y el espíritu colmado de una alegre maldad son cosas que se combinan muy bien entre sí. Quiero estar rodeado de duendes, porque soy valiente. El valor que ahuyenta los fantasmas termina creándose sus propios duendes; y es que al valor le encanta reírse. Yo ya no tengo algo en común con vosotros; lo que para vosotros es un nubarrón que presagia una tormenta, para mí es esa nube que veo a mis pies, ese negror y esa pesadez que me producen risa. Vosotros miráis hacia arriba cuando quereis elevaros; yo miro hacia abajo, porque ya estoy en las alturas. ¿Quién de vosotros puede reírse y al mismo tiempo puede estar en las alturas? Quien escala las cimas más altas se ríe de todas las tragedias, ya sean reales o ficticias. Nuestra sabiduría nos quiere valientes, despreocupados, irónicos y violentos; como mujer que es, sólo ama a los guerreros. Vosotros me decís que la vida es una carga muy dura de llevar. Pero ¿de qué os sirven vuestro orgullo por la mañana y vuestra resignación por la noche? Dejaos de blanduras: ¡pues claro que la vida es una carga muy dura de llevar! Pero para eso somos todos unos borricos y unos pollinos robustos y sufridos. ¿Qué tenemos nosotros en común con el capullo de una rosa que se echa a temblar en cuanto le cae encima una gota de rocío? Realmente, amamos la vida, no porque estemos habituados a ella, sino porque estamos acostumbrados a amar.

En el amor hay siempre un poco de locura; pero también hay siempre un poco de razón en la locura. Y yo, que soy amigo de la vida, pienso que las mariposas, las pompas de jabón y los hombres que son como ellas son los que más saben de la felicidad. Zaratrusta se pone a llorar y a cantar cuando ve revolotear a esas almas ágiles, locas, encantadoras y volubles. Yo sólo creería en un dios que supiera bailar. Y cuando vi a mi demonio lo encontré serio, grave, profundo y solemne; era el espíritu de la pesadez. Él es el que hace que las cosas se caigan. No se mata con la cólera, sino con la risa. ¡Venga! ¡Matemos el espíritu de la pesadez! Desde que aprendí a andar no hago más que correr. Desde que aprendí a volar no espero a que me empujen para moverme de un sitio. Ahora soy ligero, ahora vuelo, ahora me veo por debajo de mí, ahora baila un dios por medio de mí.

Así habló Zaratrusta.

El árbol al pie de la montaña.

Zaratrusta había observado que un joven le rehuía. Una noche en que recorría a solas las montañas que rodean la ciudad llamada La Vaca de Muchos Colores, se encontró de pronto a ese joven, que estaba sentado al pie de un árbol y mirando el valle con ojos tristes. Puso Zaratrusta la mano en el tronco del árbol y dijo: "Por mucho que me esfuerce no puedo sacudir este árbol. En cambio, el viento, al que no vemos, lo zarandea y lo inclina hasta donde le parece. Hay unas manos invisibles que son las que más nos zarandean y sacuden". El joven se sobresaltó, se puso de pie y dijo: "Te oigo hablar, Zaratrusta, precisamente en el momento en que estaba pensando en ti". Continuó Zaratrusta: "¿Y eso te ha sobresaltado? Al hombre le pasa lo que al árbol. Cuanto más aspira a las alturas y a la luz, tanto más se empeñan sus raíces en sujetarle a la tierra y más se hunden hacia abajo, hacia lo oscuro, hacia lo profundo, hacia el mal". ¡Eso es; hacia al mal! —exclamó el joven—. ¿Cómo has podido descubrir mi alma?" Zaratrusta se sonrió y dijo: "Hay almas que no las descubrimos hasta que no nos las inventamos. ¡Eso es; hacia el mal! —repitió el joven—. Lo que dices es cierto, Zaratrusta. Desde que trato de elevarme a las alturas, ni yo ni nadie confía en mí. ¿Cómo es posible esto? Cambio demasiado de prisa. Mi hoy desmiente mi ayer. A menudo me salto escalones al subir, y eso no me lo perdona ningún escalón. Cuando llego arriba me siento solo. Nadie me habla, y el frío de la soledad hace que me ponga a temblar. ¿Qué ando yo buscando en las alturas? Mi desprecio aumenta conforme va aumentando mi anhelo; cuanto más subo, más me desprecio. Y me pregunto: ¿Qué andaré yo buscando en las alturas? ¿Qué vergüenza me da subir y tropezar? ¡Cómo me burlo cuando me veo que estoy jadeando! ¡Cómo me odio cuando me veo volando! ¡Qué hartito estoy de las alturas!

Callóse el joven. Zaratrusta miró con detenimiento el árbol junto al que estaban, y dijo: "¡Qué solitario se levanta este árbol aquí, al pie de la montaña, alzando su cabeza por encima de hombres y animales! Ha crecido tanto que si quisiera hablar, nadie lo entendería. Ahora espera y espera; pero ¿qué es lo que espera? Vive muy cerca de donde se asientan las nubes; ¿será que está esperando que lo derribe el primer rayo que salte?" Cuando Zaratrusta dijo esto, el joven se encendió y exclamó: "¡Tienes razón, Zaratrusta! Cuando yo quería subir a las alturas, lo que realmente deseaba era caerme. ¡Y tú eres el rayo que yo estaba esperando! ¡Mira en que estado me encuentro desde que tú viniste a nosotros! Me ha corroido la envidia que te tengo". Al decir esto, el joven se echó a llorar amargamente; pero Zaratrusta le echó el brazo por el cuello y juntos se pusieron a andar.

Cuando ya llevaban un rato caminando, Zaratrusta dijo lo siguiente: "Se me parte el alma. Tu mirada, más aun que tus palabras, me revelan el peligro que corres. No eres libre todavía; sigues buscando la libertad. De tanto buscar y buscar no duermes apenas y estás desecho. Quieres subir a las alturas libres; tu alma ansía las estrellas, pero también tus malos instintos anhelan la libertad. Tus perros salvajes ansían que los sueltes; y cuando tu espíritu trata de abrir todos los cerrojos, ellos ladran de alegría en su jaula.

Tú eres aún prisionero ansioso de conquistar la libertad; a los prisioneros como tú, el alma se les vuelve inteligente; pero, ¡ay!, también se les vuelve perversa y malvada. Incluso el que ha liberado el espíritu tiene que purificarse. Todavía hay en él restos de cárcel y de moho; su mirada ha de volverse pura aún. Sé muy bien cual es el peligro que te acecha; pero te pido por mi amor y por mi esperanza que no arrojes de tí tu amor y tu esperanza. Te ves noble todavía, y noble te ven también los que te detestan y te lanzan miradas hostiles. Saben que una persona noble es un obstáculo para todos. Incluso a los buenos les estorba una persona noble; y aunque la llamen buena, eso no es más que una forma de quitársela de en medio. Quien es noble quiere crear cosas nuevas y una nueva virtud; pero quien es bueno se aferra a las cosas viejas y quiere conservarlas. El peligro que corre una persona noble no es que se vuelva buena, sino que acabe adoptando una actitud insolente, descarada y destructiva. ¿Pues no he conocido yo a personas que perdieron sus esperanzas más altas y que desde ese momento se pusieron a denigrar toda esperanza elevada! Desde ese momento llevaron una vida desvergonzada, entre efímeros placeres y sin trazarse objetivos que fueran más allá de lo que dura un día. Dijeron que el espíritu es también voluptuosidad. Entonces se le quebraron las alas a su espíritu, que ahora arrastran de un lado para otro, manchando todo lo que roe. En un tiempo, ambicionaron convertirse en héroes; ahora son unos libertinos, a los que les fastidia y les horroriza un héroe. Por mi amor y por mi esperanza te lo pido: ¡no deseches al héroe que tienes en tu alma! ¡Sé fiel en tu alma! ¡Sé fiel a tu más elevada esperanza!

Así habló Zaratrústa.

Los predicadores de la muerte.

Hay predicadores de la muerte; y la tierra está llena de gente a la que hay que predicar que renuncien a la vida. La tierra está llena de gente superflua; la vida está echada a perder por tal abundancia de gente. ¡Ojalá que les convenzan para que abandonen esta vida atrayéndoles con el señuelo de "la otra vida"! A los que predicán la muerte se les llama "amarillos" o "negros"; pero os los voy a mostrar también de otros colores. Ahí teneis, por ejemplo, a esos seres terribles que llevan en su interior un animal de presa y que tienen que elegir entre disfrutar del placer o hacerse daño a sí mismos. Esos seres terribles ni siquiera han llegado a ser hombres. ¡Ojalá se pongan a predicar la renuncia a la vida y ellos mismos acaben yéndose de este mundo! Ahí teneis también a los tísicos del alma; acaban de nacer y ya empiezan a morir; no hacen más que buscar doctrinas que les reduzcan al agotamiento y a la renunciación. Querrían morir, y nosotros debiéramos aplaudir su deseo. ¡Guardémonos de resucitar a esos muertos y de perturbar a esos cadáveres vivientes! En cuanto tropiezan con un enfermo, con un anciano o con un cadáver, exclaman: "¡La vida está rechazada!" Pero ellos son los únicos que están rechazados; al igual que sus ojos, que solo perciben un aspecto de la existencia. Envueltos en una capa de tristeza y ávidos de pequeños incidentes que producen la muerte, esperan y esperan, apretando los dientes. O bien se hartan de dulces, como los niños, y luego se rien de su infantilismo; se cuelgan de la cañita de su vida y se burlan de seguir colgando todavía de una caña tan frágil. Su sabiduría señala: "¡Qué necio es seguir viviendo, pero así de necios somos nosotros! ¡Y esta situación es la más necia de la vida!"

Hay otros que dicen: "¡La vida es dolor!; y no mienten. ¿Por qué no ponéis entonces fin a vuestra vida? Si la vida es sólo dolor, ¡acabad con ella! Vuestra virtud debiera estar regida por estos mandamientos: ¡Debes matarte!; ¡debes quitarte de en medio!" Algunos de los predicadores de la muerte dicen: "La concupiscencia es pecado; ¡alejémonos los unos de los otros y no engendremos hijos!" Otros añaden: "¡Qué doloroso es dar a luz! ¿Por qué seguir dando a luz? ¡Si sólo alumbramos seres condenados a sufrir!" Y ellos son también predicadores de la muerte. Hay otros que dicen: "¡Hay que ser compasivos! ¡Tomad todo cuanto tengo! ¡Así la vida me atará menos!" Pero si realmente fueron compasivos, lo que tendrían que hacer es quitarle al prójimo las ganas de vivir. Su auténtica bondad consistiría en ser malvados. Pero ellos lo que quieren es librarse de la vida; ¡qué más les da que, con sus cadenas y regalos, que los demás se aten más fuertemente aún a la vida!

¿Y vosotros, los que vivís en medio de una actividad incesante, frenética, compulsiva, los que andáis siempre inquietos; cómo no os habéis cansado ya de vivir? ¿No sois terreno abonado para que os exhorten a morir? Todos los que gustáis de la actividad frenética, de lo rápido, de lo nuevo y de lo raro, no os soportáis a vosotros mismos; y toda esa diligencia vuestra no es más que evasión y un ansia de olvidaros a vosotros mismos. Si tuviérais más fe en la vida, os entregaríais al instante. No tenéis madera para esperar; ni tan siquiera para hacer el vago.

Por todas partes resuenan las voces de los que predicán la muerte; y la tierra está llena de gente a quien hay que predicar la muerte; o "la otra vida" —que para el caso es lo mismo—, con tal de que se marchen de este mundo.

Así habló Zaratrústa.

La guerra y los guerreros.

Nuestros mejores enemigos no deben de tener consideraciones con nosotros; ni tampoco los auténticos amigos. De modo que voy a deciros la verdad. ¡Hermanos míos en la guerra! Os amo de corazón, pues soy uno de vosotros. Y también soy vuestro peor enemigo. De modo que voy a deciros la verdad.

Sé el odio y la envidia que anidan en vuestros corazones. No tenéis la grandeza suficiente como para no saber de odios y de envidias. Tened entonces la grandeza de no avergonzaros de sentir estas cosas. Y ya que no sois capaces de ser santos del conocimiento, sed al menos guerreros, que son los precursores y los acompañantes de esa santidad.

Veo muchos soldados, ¡pero son guerreros los que yo quisiera ver! Lleváis puesto eso que llaman uniforme, pero ¡ojalá que lo que encubra no sea uniformidad! Habéis de ser de esos hombres que siempre van detrás de un enemigo, de vuestro enemigo. Y a alguno de vosotros no hay más que veros para saber que odiáis. Habéis de buscar a vuestro enemigo, guerrear, y hacerlo por vuestras ideas. Y si vuestras ideas sucumben, vuestra honradez os debe hacer cantar victoria por ello. Debéis amar la paz como medio para nuevas guerras; y la paz breve, más que duradera. Yo os exhorto no a que trabajéis, sino a luchar. No os aconsejo la paz, sino la victoria. ¡Que la lucha sea vuestro trabajo y la victoria vuestra paz! Sólo se puede estar callado y tranquilo cuando se tiene a mano un arco y una flecha; de lo contrario, no se hace más que charlar y discutir. La victoria debe ser vuestra paz.

¿Decís que una causa justa justifica la guerra? Pues yo os digo que la guerra justifica todas las causas. La guerra y el valor han conseguido cosas más importantes que el amor al prójimo. Lo que ha salvado a los que estaban en peligro no ha sido vuestra compasión, sino vuestro arrojo. ¿Preguntáis qué es bueno? Ser valiente es bueno. Que sean las niñas las que digan que bueno es lo bonito y lo que conmueve. Se dice que no tenéis corazón; pero vuestro corazón es auténtico, y me encanta que os avergoncéis cuando obráis con cordialidad. Vosotros os avergonzáis de estar llenos, y otros se avergüenzan de estar vacíos. ¿Que sois feos? ¡Pues muy bien! ¿Envolveos entonces, hermanos, con lo sublime, que es el manto de la fealdad! Cuando vuestra alma se engrandece, se vuelve arrogante, y vuestra sublimidad aparece teñida de malicia. Os conozco. La malicia es algo que tienen en común el arrogante y el débil, aunque ninguno entiende al otro. Os conozco. Debéis tener enemigos a quienes odiar, no enemigos a quienes despreciar. Debéis enorgulleceros de vuestros enemigos; pues, de este modo, los éxitos de vuestros enemigos serán también vuestros éxitos. La rebeldía es lo que caracteriza al esclavo. Vosotros debéis de caracterizaros por la obediencia. Hasta cuando mandéis habéis de estar obedeciendo. El buen guerrero debe preferir el "debes" al "quiero"; y debéis hacer que os manden todo lo que os es grato.

Que vuestro amor a la vida sea realmente amor a vuestra esperanza más alta; y que vuestra esperanza más alta sea la idea más alta que tengáis de la vida. Dejad que os mande la idea más alta que debéis tener de la vida. Es ésta: que el hombre es algo que debe ser superado. Llevad, pues, una vida hecha de obediencia y de guerra. ¿Qué importancia tiene vivir muchos años? ¿Qué guerrero puede pretender que le traten con contemplaciones? Yo no tengo consideraciones con vosotros porque os amo de corazón, hermanos míos en la guerra.

Así habló Zaratrústa.

El nuevo ídolo.

En otros lugares hay aún pueblos y rebaños, pero no en nuestros países, hermanos, donde lo que hay son Estados. ¿Qué es el Estado? Escuchadme, que voy a hablaros de algo que mata a los pueblos. Llamen Estado al más frío de todos los monstruos fríos, al que miente con toda frialdad cuando dice que él es el pueblo. ¡Eso es mentira! Quienes crearon los pueblos poniendo en ellos una fe y un amor fueron creadores que, de este modo, prestaron un servicio a la vida. Pero hay hombres destructivos que ponen trampas para atrapar a la gente y las llaman Estados. Ponen sobre la gente una espada y cien circupiscencias. En los sitios donde aún hay pueblos, no entienden qué es eso del Estado, y lo odian por considerar que tiene mal de ojo y que es un atentado contra las costumbres y las normas. Fijaos en esto: cada pueblo tiene su propio lenguaje para hablar del bien y del mal, que el vecino no entiende; se ha inventado su propio lenguaje relativo a las costumbres y las normas. Pero el Estado miente en todos los lenguajes del bien y del mal; todo lo que dice es falso y todo lo que tiene es producto del robo. Todo él es falso; el muy mordaz muerde con dientes robados. Hasta sus entrañas son falsas. Reconoceréis siempre al Estado porque es una torre de Babel del bien y del mal, una confusión de lenguas, lo que indica que es voluntad de muerte y que se entiende muy bien con los que predicán la muerte.

Ya os he dicho que nace demasiada gente; pues bien, para los que están de más se ha inventado el Estado. Fijaos como atrae a toda esa gente superflua, cómo se la come, cómo la mastica y cómo trata de digerirla. Ruge ese monstruo: "No hay nada en la tierra que esté por encima de mí; yo soy el dedo imperativo de Dios" Y no creáis que son sólo los que tienen las orejas largas y la vista corta quienes se ponen de rodillas. También a los que tenéis un alma grande, ¡ay!, os susurra sus embustes siniestros. Adivina cuáles son los corazones generosos, propensos a entregarlo todo por amor. También adivina quienes sois los que habéis vencido al antiguo Dios. La lucha os ha dejado exhaustos, y ese cansancio vuestro ahora está prestando un servicio al nuevo ídolo. Este nuevo ídolo trata de rodearse de héroes y de hombres honrados. A ese frío monstruo le encanta calentarse al sol de las buenas conciencias. Está disueto a dároslo todo con tal de que le adoréis; de este modo compra el brillo de vuestra virtud y la mirada orgullosa de vuestros ojos. Trata de valerse de vosotros como cebo para pescar a toda esa gente que está de más. Para ello ha ideado un artefacto diabólico, una especie de caballo de troya mortal, al que ha enjaezado magníficamente con honores propios de un dios. Ha inventado una masacre que quiere hacer pasar por vida y que presta un gran servicio a los que predicán la muerte.

Llamo Estado al lugar donde envenenan a todos, ya sean -buenos o malos-; donde todos buenos y malos se pierden; donde se llama "la vida" al lento suicidio de todos. Fijaos en toda esa gente que está de más. Roban las obras de los inventores y los tesoros de los sabios, y a ese robo le llaman cultura. Todo les parece enfermedad y achaque. Fijaos en esa gente que está de más. Amontonan riquezas y, de este modo, se empobrecen. Quieren poder y, por encima de todo, ansían esa palanca del poder que es el dinero. ¡Ellos, que son unos insolventes! ¡Mirad cómo trepan esos ágiles monos! Trepan atropellándose entre sí, y de este modo se hunden en el fango y en las profundidades. Tratan de alcanzar el trono; su locura consiste en creer que la felicidad se asienta en el trono; aunque muchas veces es fango lo que hay en el trono, y muchas otras el trono se asienta en el fango. Todos esos locos me parecen unos monos trepadores y fanáticos. Su ídolo, ese monstruo frío, huele mal, y lo mismo les pasa a todos los que le rinden culto. Hermanos, ¿es que vais a asfixiaros con el aliento que despiden sus hocicos y sus concupiscencias? Mejor sería que rompíerais los cristales y que saltárais por las ventanas hacia el aire libre. ¡Apartaos de ese mal olor; escapad de la idolatría de toda esa gente que está de más!

La tierra sigue a disposición de las almas grandes. Aún hay muchos asientos vacíos para los que están solos -aislados o en pareja-, en los que sopla la brisa perfumada de mares silenciosos. Aún hay una vida libre a disposición de las almas grandes. Quien posee poco no corre el peligro de que lo posean a él. ¡Alabada sea esa pobreza sencilla! Donde acaba el Estado empieza el hombre que no está de más, la canción de quien es necesario, la melodía única e insustituible. ¡Mirad, hermanos, allí donde acaba el estado! ¿Es que no véis el arco iris y los puentes tendidos hacia el superhombre?

Así habló Zaratrústa.

Las moscas de la plaza pública.

¡Refúgiate en tu soledad, amigo mío! Te veo aturdido por el vocerío de los grandes hombres, y acribillado por los agujones de los mediocres. El bosque y la roca son excelentes compañeros de tu silencio. Vuelve

otra vez a ser como ese árbol frondoso al que amas, que se alza silencioso y vigilante sobre el mar. La soledad termina donde empieza la plaza pública; y donde empieza la plaza pública comienza también el vocerío de los grandes comediantes y el zumbido de las moscas venenosas. En este mundo, las mejores cosas no tienen algún valor como no venga alguien y las ponga en escena. A estos actores la gente les llama grandes hombres. La gente no sabe muy bien qué es lo grande, es decir, lo creador, pero se queda encandilada con todos esos comediantes que ponen en escena cosas grandes.

Aunque no lo apreciemos, el mundo gira en torno a los que inventan nuevos valores; pero la gente y la fama giran en torno a los comediantes. ¡Así marcha el mundo! El comediante tiene espíritu, pero también tiene poca conciencia de ese espíritu. Siempre cree en aquello que induce mejor a los demás a creer en él, por supuesto. Mañana tendrá nuevas creencias y pasado mañana otras más nuevas aún. Y es que el comediante, como la gente en general, tiene los sentidos muy abiertos y muda fácilmente de presentimientos. Para él, demostrar es derribar; y convencer, sacar a la gente de sus casillas. Considera que la sangre es el más eficaz de los argumentos. A la verdad que sólo es percibida por los oídos más sensibles la llama mentira y futilidad. Realmente, sólo cree en dioses que armen mucho ruido en el mundo.

En la plaza pública abundan los bufones solemnes, y la gente se siente orgullosa de sus grandes hombres, que para ella son los hombres del momento. Pero la hora les apremia y por eso te apremian también a ti. Quieren que les digas sí o no. ¿Y tú pretendes situarte entre los pros y los contras? Tú, que amas la verdad, no les tengas envidia a esos incondicionales que apremian; pues ¿cuando se ha visto que la verdad marche al lado de un incondicional? Es mejor que huyas de estas gentes tan apresuradas que en medio de la plaza te asaltan con su ¿sí o no? Todos los pozos profundos experimentan con lentitud; han de esperar mucho tiempo para saber qué es lo que cayó en sus aguas profundas. Todo lo grande se da lejos de la plaza pública y de la fama; los inventores de nuevos valores han vivido siempre lejos de ellas.

¡Refúgiate en tu soledad, amigo mío! Te veo acribillado por moscas venenosas. ¡Refúgiate allí donde sopla un viento fuerte y frío! ¡Refúgiate en tu soledad! Ya has vivido mucho tiempo entre gente mediocre y miserable. ¡Huye de su venganza invisible! ¿No ves que no piensan más que en vengarse de ti? No alces tu mano contra ellos. Son legión, y tu destino no es el de convertirse en matamoscas. Esa gente mediocre y miserable es muy numerosa, y tú sabes que las gotas de lluvia y las malas hierbas han acabado derribando a más de un soberbio edificio. Tú no eres una piedra, pero ya te han erosionado muchas gotas. Terminarás resquebrajándote y rompiéndote en pedazos por la acción de muchas gotas. Te veo aguijonado por moscas venenosas, sangrando por cien picaduras; y tu orgullo no te permite siquiera que te enojés. A pesar de todo su candor, ansían sangre; sus almas exiguas tienen sed de sangre; por eso se ponen a dar inocentes picotazos. Pero tú, que eres un hombre sensible, sufres muy intensamente incluso por pequeñas heridas; y antes de que te hayas curado, el mismo bicho venenoso vuelve a posarse en tu mano. Tu orgullo te impide matar a esas moscas golosas. Muy bien, pero procura que tu destino no sea el de tener que soportar toda su venenosa injusticia.

Zumban en torno a ti hasta para alabarte, pero su alabanza es impertinente porque lo que buscan es estar cerca de tu piel y de tu sangre. Te adulan como si fueras un dios o un demonio; se postran ante ti como si fueras un dios o un demonio. ¡Qué más da! ¿No ves que no son más que aduladores y plañideros? Otras veces se ponen amables contigo, pero ésa y no otra ha sido siempre la astucia de los cobardes, ¡ay!, son muy astutos. Sus almas estrechas piensan mucho en ti. Les preocupas, pues cuando se piensa mucho en algo, al final acaba preocupando. Te castigan por todas tus virtudes; realmente, lo único que te perdonan son tus fallos y tus errores. Y tú, que eres indulgente, y ecuánime, dices: "¡Es que ellos no tiene la culpa de ser mediocres"! Pero su alma estrecha considera que toda existencia grande es culpable. Hasta cuando eres indulgente con ellos les parece que les estás despreciando, y te pagan tu amabilidad haciéndote daño a escondidas. Les repuga tu orgullo silencioso, y ¡qué contentos se ponen cuando por una vez eres lo bastante modesto para ser vanidoso!

Lo que observamos en alguien acabamos insufládoselo; ¡ten, pues, mucho cuidado por los mediocres! Ante ti se sienten empujados, y su mediocridad estalla contra ti en llamas de venganza invisible. ¿No te dabas cuenta cómo se les iba la fuerza, al igual que deja de salir humo de un fuego que se apaga? Si, amigo mío, para tu prójimo eres su mala conciencia, pues es indigno de ti. Por eso te odia y quisiera chuparte la sangre. Tu prójimo será siempre una mosca venenosa; lo que hay de grande en ti es precisamente lo que más hace a él ser una mosca venenosa.

¡Refúgiate en tu soledad, amigo mío; allí donde sopla un viento fuerte y frío! Tu destino no es de convertirte en matamoscas.

Así habló Zaratrústa.

La castidad.

Me gusta el bosque. Es un fastidio vivir en las ciudades, pues hay en ellas demasiados lascivos. ¿No es preferible caer en manos de un asesino que en los sueños de una mujer lasciva? Mira esos hombres; con sus miradas están dando a entender que no conocen nada mejor en la tierra que acostarse con una mujer. Hay fango en el fondo de su alma; aunque todavía es peor que en su fango haya también espíritu. ¡Si al menos como animales fueran perfectos! Pero el animal es todo inocencia.

¿Os aconsejo acaso que mortifiquéis vuestros sentidos? No; lo que os aconsejo es que vuestros sentidos sean inocentes. ¿Os aconsejo que seáis castos? En algunos la castidad constituye una virtud, pero en muchos es casi un vicio. Estos últimos practican sin duda la continencia; pero en todo lo que hacen asoma envidiosa esa perra llamada sensualidad. Ese animal insatisfecho les acompaña hasta las alturas de su virtud y hasta las zonas frías del espíritu. ¡Y hay que ver con qué gentileza sabe mendigar esa perra llamada sensualidad un pedazo de espíritu cuando se le niega un pedazo de carne! ¿Que os sentís atraídos por las tragedias y por todo lo que desgarrar el corazón? Sí, sí; pero yo no me fio de vuestra perra. Creo que vuestros ojos son demasiados crueles y que miran con lascivia a los que sufren. ¿No será que vuestra lascivia se ha disfrazado de compasión? Voy a proponeros una parábola: no pocos de los que quisieron expulsar a su demonio terminaron yendo a parar gustosamente al cuerpo de los cerdos.

A quien le resulte difícil practicarla no se le debe aconsejar la castidad; no vaya a ser que acabe arrastrándole al infierno, es decir, al fango y a la lascivia del alma. ¿Que estoy hablando de cosas sucias? Pues no creo que esto sea lo peor. Al hombre que tiene conocimiento le repugna meterse en el agua de la verdad, no cuando está sucia, sino cuando es poco profunda. Ciertamente hay hombres que son castos por naturaleza; son más cordiales que vosotros, y se rién más fácilmente y más a menudo que vosotros. Se rién hasta de su castidad y preguntan qué es eso de la castidad.

¿No es la castidad una estupidez? Sí, sí; pero esa estupidez se nos ha puesto delante sin que la llamáramos. Le hemos ofrecido cobijo y entregado nuestro corazón a ese huésped. ¡Pues que se quede todo el

tiempo que guste!

Así habló Zaratrusta.

El amigo

"Uno siempre a mi alrededor es excesivo —piensa el solitario— Uno por uno acaban siendo dos". Yo y mí están constantemente dialogando con apasionamiento; y esto no lo podríamos soportar sin un amigo. Para el solitario el amigo es siempre el tercero; ese tercero es el corcho que impide que el diálogo de los dos se vaya a pique. Lamentablemente, existen demasiadas profundidades para todos los solitarios. Por eso anhelan un amigo a su altura. Nuestra fe en otros revela lo que quisiéramos creer de nosotros mismos. Nos delata nuestra ansia de amistad. Y eso que muchas veces lo único que queremos es saltar por encima de la envidia mediante el amor. Y con frecuencia atacamos y nos creamos un enemigo para disimular que somos vulnerables. El auténtico respeto que no se atreve a solicitar amistad lo que dice es: "¡Por lo menos, sé mi enemigo!" Quien quiere tener un amigo tiene también que querer luchar por él; y para luchar hay que poder ser enemigo. ¿Es que puedes acercarte mucho a tu amigo sin acabar pasándote a su bando? Nuestro amigo debe ser nuestro mejor enemigo. Cuando te resistas a él es cuando tu corazón debe estar más cerca del tuyo. ¿Que no quieres estar vestido delante de tu amigo? ¿Que tu amigo debe sentirse honrado de que te presentes a él tal y como eres? ¿Pues maldita lo que le importa eso a él! Quién se presenta tal y como es termina suscitando irritación. ¿Qué razón tenéis cuando os asusta la desnudez! Claro, si fuerais dioses os podríais avergonzar de vuestras ropas. Pero, para tu amigo, todo adorno es poco. Y es que has de ser para él una flecha y un anhelo disparados hacia el superhombre.

¿Has visto a tu amigo durmiendo alguna vez para saber qué aspecto tiene? Pues ¿qué es en otros momentos el rostro de tu amigo? No es más que tu propio rostro reflejado en un espejo tosco e imperfecto. ¿Has visto a tu amigo durmiendo? ¿Y no te horrorizó el aspecto que tenía en ese momento?

Amigo mío, el hombre es algo que ha de ser superado. Un amigo debe dominar el arte de adivinar y de quedarse callado. No te empeñes en verlo todo. Tu sueño te debe revelar qué es lo que hace tu amigo cuando está despierto. Tu compasión ha de ser un adivinar, para que estés seguro de que tu amigo quiere que le compadezcas. Quizá prefiera que le mires con los ojos firmes y con la mirada de la eternidad. La compasión para con el amigo debe estar oculta bajo una dura cáscara; debes dejarte un diente al intentar morderla. Así tu compasión será dulce y delicada.

¿Eres para tu amigo aire puro y soledad, pan y medicina? Hay quien no puede romper sus cadenas y, sin embargo, redime a su amigo. ¿Que eres un esclavo? Entonces no puedes ser amigo. ¿Que eres un tirano? Entonces no puedes tener amigos. Durante mucho tiempo, la mujer ha llevado ocultos en su interior un esclavo y un tirano. De ahí que la mujer no esté todavía capacitada para la amistad; sólo conoce el amor. En el amor de la mujer hay injusticia y ceguera respecto a todo lo que no ama. E incluso en el amor lúcido de la mujer sigue habiendo agresión inesperada y rayo y noche al de la luz. La mujer no está capacitada para la amistad. Pero ¿y vosotros que sois hombres? ¿quién de vosotros está capacitado para la amistad? ¿Cuánta pobreza y cuánta avaricia, varones, hay aún en vuestra alma! Lo que vosotros le dais a vuestro amigo se lo doy yo incluso a mi enemigo, y sin que con ello me empobrezca más. Existe la camaradería, sí; pero ¡ojalá exista también la amistad!

Así habló Zaratrusta.

Las mil metas y la única meta.

Zaratrusta ha conocido muchos países y muchos pueblos, y, de este modo, ha podido saber lo que era el bien y el mal para ellos. En ningún lugar de la tierra ha encontrado Zaratrusta palabras más poderosas que las de bueno y malo. Ningún pueblo podría vivir sin haber valorado antes; pero para sobrevivir, sus valoraciones han de diferir de las que hace el pueblo vecino. He descubierto que muchas cosas que un pueblo consideró buenas, para otro constituyen una afrenta y un oprobio. Muchas cosas que aquí se juzgan malas, las he encontrado en otro sitio adornadas con los honores de la púrpura. Nunca se han entendido entre sí los pueblos vecinos. Siempre se han sorprendido los pueblos de las locuras y de las maldades de los pueblos que les rodeaban. En cada pueblo hay una tabla de valores. Pero daros cuenta de que es la tabla de sus superaciones; fijaos que es la tabla de su voluntad de poder.

Todo lo que resulta difícil a un pueblo le parece digno de alabanza. Llama bueno a lo que es imprescindible y al mismo tiempo difícil; y considera santo a lo que le hace superar el trance más grave, a lo más extraño, a lo más difícil. Lo que le posibilita dominar, vencer y brillar, para espanto y envidia de su vecino, es para él lo elevado, lo primordial, la medida y el sentido de todo. Realmente, hermano mío, una vez que sepas cuál es la necesidad, la tierra y el cielo, y quién es el vecino de un pueblo, conocerás con toda certeza la ley de sus superaciones y el motivo de que ascienda por esa escala hacia su esperanza.

"Has de ser siempre el primero y aventajar a los demás. Tu alma celosa no debe amar a nadie más que a tu amigo". Estos mandamientos estremecían el alma de los griegos, y con ellos recorrieron el camino de su grandeza. "Has de decir la verdad y saber manejar bien el arco y la flecha". Estos preceptos les resultaban gratos y difíciles al pueblo del que proviene mi nombre. "Honra a tu padre y a tu madre, y sométete enteramente a ellos". Esta fue la tabla de superación que se impuso otro pueblo, y de este modo llegó a ser poderoso y eterno. "Sé leal y sacrifica por la lealtad el honor y la vida en aras incluso de causas malas y peligrosas". Con esta enseñanza se dominó otro pueblo, y al dominarse así se colmó de grandes esperanzas.

Han sido los hombres y nadie más que los hombres, los que han determinado qué es lo bueno y qué es lo malo. No lo recibieron, no lo descubrieron, no les vino de lo alto como si fuera una voz del cielo. Fue el hombre quien, para sobrevivir, empezó a infundir valor a las cosas; y él y sólo él fue el que confirió sentido a las cosas. Por eso se llama hombre: es decir, el ser que mide y valora.

Valorar es crear. ¡Oídlo bien, creadores! El hecho mismo de valorar constituye la riqueza y la joya de todo lo valorado. El valor existe solamente porque se da el hecho de valorar. Si no se valorase, la nuez de la existencia estaría vacía. ¡Oídlo bien, creadores! Si cambian los valores es porque cambian los sujetos que los crean. El que ha de crear tiene siempre que destruir. Los primeros que crearon fueron los pueblos, y sólo luego lo hicieron los individuos: realmente, el propio individuo es mas bien una creación reciente. En un tiempo los pueblos se impusieron una tabla del bien. El amor que ansia mandar y el que anhela obedecer crearon conjuntamente para sí esas tablas. El placer de ser rebaño es anterior al placer de ser un

yo; y mientras que la buena conciencia se siga llamando rebaño, quien diga "yo" tendrá mala conciencia. El origen del rebaño no es, por supuesto, el yo astuto, carente de amor, el yo que busca su provecho en el provecho de la colectividad; el yo es más bien la perdición del rebaño. Quienes crearon el bien y el mal han sido siempre hombres amantes y creadores. En los nombres de todas las virtudes arde un fuego de amor y un fuego de ira.

Zaratrústa ha conocido muchos países y muchos pueblos; y en ningún lugar de la tierra ha encontrado un poder mayor que esas obras de los amantes que se llaman "bueno" y "malo". Este poder de alabar y censurar es un auténtico monstruo. ¿Quién puede dominar ese monstruo, hermanos? ¿Quien puede encadenar a ese animal de mil cabezas?

Mil metas ha habido hasta ahora: tantas como pueblos. Ya sólo falta la cadena que sujete esos mil cuellos; falta la meta única. Todavía carece de meta la humanidad. Y ¿no creéis, hermanos míos, que si la humanidad carece de meta también ella falta todavía?

Así habló Zaratrústa.

El amor al prójimo

Os acercáis al prójimo con solicitud y alábais con bellas palabras ese acercamiento. Pero yo os digo que vuestro amor al prójimo se debe a que os amáis mal a vosotros mismos. Os escapáis hacia el prójimo huyendo de vosotros mismos y os empeñáis en considerar que esa es una virtud; pero a mí no me engaña ese desinterés. El "tú" es anterior al "yo"; el "tú" ha sido santificado, pero el "yo" no lo ha sido aun. Por eso se desvive el hombre por el prójimo. ¿Que si os aconsejo amar al prójimo? Más bien os aconsejo que huyáis del que tenéis más cerca y que améis al que está más lejos de vosotros. El amor al que está lejos y al que está por venir es más elevado que el amor al prójimo; el amor a las cosas y a los fantasmas es más elevado que el amor a los hombres. Ese fantasma que va delante de ti, hermano mío, es más hermoso que tú: ¿por qué no le das tu carne y tus huesos? Pero te da miedo y corres a unírte a tu prójimo. No os soportáis a vosotros mismos y no amáis lo suficiente; por eso pretendéis inducir al prójimo a que ame para pavonearos con su error.

Ojalá que no pudiérais soportar a tantos prójimos y a tantos vecinos suyos, porque entonces tendríais que crear a vuestro amigo y su corazón abundante sacándolo de vosotros mismos. No sólo miente el que habla en contra de lo que no conoce. Y así es como habláis de vosotros a los demás, mintiéndoles a ellos y a vosotros mismos. El necio dice que el trato con la gente perjudica el carácter, sobre todo cuando no se tiene. Unos se dirigen al prójimo porque se buscan a sí mismos; otros quisieran evadirse de sí mismos. Como os amáis mal a vosotros mismos, la soledad se convierte para vosotros en una cárcel. Los que os son más lejanos sufren las consecuencias de vuestro amor al prójimo; y en cuanto os juntáis cinco, siempre ha de morir un sexto. No me gustan tampoco vuestras fiestas; siempre me he encontrado en ellas con demasiados comediantes, y hasta los espectadores se comportan con frecuencia como comediantes.

No os recomiendo el prójimo sino el amigo. Que el amigo sea para vosotros la fiesta de la tierra y un presentimiento de lo que será el superhombre. Os recomiendo el amigo de corazón abundante. Pero quien pretende ser amado por corazones abundantes ha de saber ser una esponja. Os recomiendo el amigo en el que el mundo se encuentra ya acabado, como una copa que rebosa bondad; el amigo creador que siempre dispone de un mundo acabado para regalarlo. Del mismo modo que el mundo se desarrolló para él, volverá ahora nuevamente a plegársele en anillos, como se hizo el bien a partir del mal y los fines a partir a partir del azar. Que lo futuro y lo lejano sean para ti la razón de ser de tu presente; en tu amigo has de amar al superhombre como tu razón de ser. No os aconsejo, hermanos, el amor al prójimo; os aconsejo que améis al que está más lejos de vosotros.

Así habló Zaratrústa.

El camino del hombre creador

¿Quiéres retirarte a la soledad, hermano? ¿Quiéres buscar el camino que te conduce a tí mismo? Aguarda un momento y escúchame. Dice el rebaño: "Quien busca se pierde con facilidad. Quien se aísla incurre en culpa". Y tú has formado parte del rebaño durante mucho tiempo. La voz del rebaño seguirá resonando en ti. Y cuando digas: "Ya no tengo la misma conciencia que vosotros", tus palabras tendrán un dejo de lamento y amargura. Fijate que esa amargura tuya será también un eco de la conciencia única; y que en tu tribulación continuará brillando el único resplandor de dicha conciencia. Pero si deseas recorrer el camino de tu tribulación que te conduce a tí mismo, muéstrame el derecho y la fuerza que te asisten para acometer semejante empresa. ¿Eres una nueva fuerza y un nuevo derecho?, ¿eres capaz de hacer que las estrellas den vueltas en torno a tí? ¿Cuántas ansias hay de elevarte!; ¿cuántos ambiciosos se convulsionan! Muéstrame que tú no eres ni ansioso ni un ambicioso. Abundan tanto, ¡ay!, los grandes pensamientos que hacen lo que el fuelle, que al inflarse se queda aún más vacío. ¿Te consideras libre? Quiero saber cuál es la idea que te domina y no si te has sacudido un yugo. ¿Eres de los que tiene el derecho a sacudirse un yugo? ¿Pues más de uno perdió el último valor que le quedaba al salir de la esclavitud! ¿Libre de qué? ¿Qué le importa eso a Zaratrústa? Tu mirada ha de decidir qué es lo que ha de ser bueno y malo para ti y de imponerte tu propia voluntad como si fuera una ley. ¿Eres capaz de ser tu propio juez y el guardián de tu propia ley? ¿Es como una estrella arrojada al vacío del espacio sideral y al soplo de la soledad. Tú que eres uno sólo, sigues todavía sufriendo a causa de la muchedumbre, hoy conservas aún todo tu valor y todas tus esperanzas. Pero ha de llegar un día en que te agobiará la soledad, en que se doblegará tu orgullo y tu valentía se resentirá. Ha de llegar el día en que exclamarás: "¡Estoy sólo!" Ha de llegar un día en que perderás de vista tu altura y contemplarás muy de cerca tu bajeza; y tu propia sublimidad te espantará como si se tratase de un fantasma. Ha de llegar un día en que exclamarás: "¡Todo es falso!" Hay sentimientos que tratan de matar al solitario; y si no lo consiguen, entonces son ellos los que tiene que morir. ¿Estas tú dispuesto a convertirte en tu asesino?

¿Conoces ya, hermano mío, la palabra desprecio? ¿Y el tormento de la justicia que consiste en ser justo con quienes te desprecian? Tú fuerzas a muchos a que muden la opinión que tiene de ti, y eso te lo hacen pagar caro. Te acercaste a ellos y, sin embargo, pasaste de largo; eso no te lo perdonarán nunca. Te elevas por encima de ellos, pero a medida que asciendes, el ojo de la envidia te va viendo más pequeño; y en el que vuela se ceba el odio más enconado. "¿Cómo vosotros vais a ser justos conmigo? -has de decir-; elijo

vuestra injusticia porque esa es la suerte que me corresponde". Al solitario le arrojan injusticia y soledad, pero, hermano mío, si quieres ser una estrella, no por eso los vas iluminar menos. ¡Ah!, y guárdate de los buenos y justos, que siempre están dispuestos a crucificar a quien se inventa su propia virtud y que odian al solitario. Guárdate igualmente de la santa simplicidad. Para ella sólo es santo lo simple, y le gusta jugar con fuego: con el fuego de las hogueras donde se quema a seres humanos. Guárdate, en fin, de tus arrebatos amorosos. El solitario está demasiado dispuesto a echar una mano a todo al que encuentra a su paso. Hay gentes a las que no debes tender una mano, sino una zarpa, y mejor aún si esa zarpa está provista de unas garras bien afiladas.

Con todo, el peor enemigo con quien te puedes topar eres tú mismo; tú mismo te estas acechando en cuevas y bosques. Solitario que recorres el camino hacia ti mismo, repara que ese camino pasa por ti mismo y por tus siete demonios. Te verás a ti mismo como un hereje, una bruja, un hechicero, un loco, un escéptico, un impío y un malvado. Has de desear consumirte en tu propia llama; pues ¿cómo te vas a renovar si antes no quedas reducido a cenizas? Solitario que recorres el camino de todo hombre creador, te quieres crear un dios con tus siete demonios. Solitario que recorres el camino del que ama, te amas a ti mismo y por eso te desprecias como sólo desprecian los que aman. El que ama quiere crear porque desprecia. ¿Qué sabe del amor quien no ha tenido que despreciar precisamente lo que amaba?

Retírate a tu soledad, hermano, llevándote contigo tu amar y tu crear; sólo mucho después irá detrás de ti la justicia renqueante. Retírate a la soledad, hermano, y llévate tus lágrimas; que yo amo quien quiere crear por encima de sí y perece por ello.

Así habló Zaratrusta.

Las mujeres viejas y jóvenes

¿Por qué te deslizas tan a escondidas en el crepúsculo Zaratrusta? ¿Qué escondes con tanto esmero bajo tu manto? ¿Es algún tesoro que te han regalado? ¿Es que ha nacido un niño? ¿O es que tú, que eres amigo de la gente malvada, frecuentas los caminos de los ladrones?

En efecto, hermano mío -dijo Zaratrusta-. Es un tesoro que me han regalado; se trata de una pequeña verdad. Pero es revoltosa como un niño, y si no le tapo la boca se pondría a chillar como una loca. Cuando hoy, a la puesta del sol, hacía a solas mi camino, me encontré con una vieja que le dijo a mi alma: "Mucho nos has hablado, Zaratrusta, incluso a nosotras las mujeres, pero nunca has dicho ni una sola palabra sobre la mujer". Yo le contesté: "Sólo a los hombres se les ha de hablar de la mujer". "Háblame a mí también de la mujer -insistió ella-; soy lo bastante vieja para olvidarme al poco rato de todo lo que me digas". Accedí al ruego de la vieja y le dije lo siguiente: "Todo en la mujer es un enigma, y todo lo de la mujer no tiene más que una solución: el embarazo. El hombre es un medio para la mujer: el fin es siempre el hijo. Pero ¿qué es la mujer para el hombre? El hombre de verdad quiere siempre dos cosas: peligro y juego. Por eso busca a la mujer, que es el más peligroso de los juguetes. El hombre ha de ser educado para la guerra, y la mujer para el recreo del guerrero; todo lo demás son tonterías. Al guerrero no le gustan los frutos muy dulces. Por eso le gusta la mujer, pues hasta la más dulce tiene en sí un tanto de amargor. La mujer entiende a los niños mejor que el hombre, y eso que éste es más niño que ella. En todo hombre de verdad hay siempre un niño que no quiere más que jugar. ¡Adelante, mujeres, descubrid en el hombre al niño que lleva dentro! La mujer ha de ser un juguete puro y delicado como una piedra preciosa, iluminado por las virtudes de un mundo que no existe todavía. En vuestro amor, mujeres, ha de brillar el rayo de una estrella. Que vuestra voluntad diga: ¡Ojalá nazca de mi seno el superhombre! Que haya valentía en vuestro amor. debéis hacer frente con vuestro amor a aquel que os infunde miedo. Que todo vuestro honor radique en vuestro amor, pues fuera de eso, la mujer sabe poco del honor. Por eso que vuestro honor sea amar siempre más de lo que os aman y no quedaros nunca a la zaga. Cuando la mujer ama, el hombre ha de temerla, porque esa mujer no se amilana ante ningún sacrificio y no concede valor a nada que no sea su amor. Cuando la mujer odia, el hombre ha de temerla, porque en el fondo de su alma la mujer es mala. ¿A quién odia más la mujer? "A ti es a quien más odio -le dijo el hierro al imán-; porque me atraes, pero no eres lo bastante fuerte para retenerme". El hombre es feliz diciendo "quiero"; la mujer lo es diciendo "quiere". Cuando la mujer obedece porque ama de todo corazón, piensa: "En este instante el mundo ha alcanzado la perfección". La mujer tiene que obedecer y hallarle una profundidad a su superficie. Y es que el ánimo de la mujer es superficie, una fina película movediza y agitada que sobrenada en aguas poco profundas. El ánimo del hombre, en cambio, es profundo; su torrente se abalanza ruidoso por grutas subterráneas. La mujer intuye su fuerza, pero no la entiende".

Entonces me dijo la viejecita: "Has dicho cosas muy gratas, Zaratrusta; sobre todo para la gente joven. Es curioso que conociendo tan poco a las mujeres digas de ellas cosas tan atinadas. ¿Será que para la mujer nada es imposible? Voy a agradecerte tus palabras diciéndote yo ahora una pequeña verdad. Me la han enseñado mis muchos años. Envévela bien y tápale la boca, porque si no lo haces, esa pequeña verdad se pondrá a gritar como una loca" ";Dime esa pequeña verdad!", le dije yo. Y la mujer me dijo: "¿Vas con mujeres? ¡No te olvides del látigo!".

Así habló Zaratrusta.

La picadura de la víbora

Un día Zaratrusta se quedó dormido bajo una higuera, y como hacía calor, se tapó la cara con el brazo. Se le acercó entonces una víbora y le picó en el cuello. Zaratrusta se despertó gritando de dolor. Al apartar el brazo de su rostro vió a la serpiente, y ésta, al reconocer a Zaratrusta por su mirada, dio torpemente la vuelta y se dispuso a huir. Pero Zaratrusta le dijo: ";No te vayas, que aún no te he dado las gracias!" Has hecho bien al despertarme, porque me queda todavía mucho camino que recorrer". Poco podrás andar ya -añadió la víbora entristecida-. Mi veneno es mortal. Zaratrusta sonrió: "¿Quién ha visto nunca que un dragón sucumba al veneno de una serpiente? Anda, toma de nuevo tu veneno, que no eres lo bastante rica para regalármelo". Entonces la víbora se acercó otra vez a su cuello y le lamió la mordedura.

Cuando Zaratrusta le contó lo sucedido a sus discípulos, éstos lo preguntaron: "¿Y cuál es la moraleja de esa historia, Zaratrusta?" Y Zaratrusta les contestó: "Los buenos y los justos me acusan de hundir los cimientos de la moral; pues bien, mi historia es inmoral. Cuando tengáis un enemigo, no le devolváis bien por mal, porque así le humillaríais. Es mejor que le deis a entender que os ha hecho un bien. Vale más que

os encolericéis a que humilléis a otro; y no me gusta que bendigáis a quienes os malidicen. Es mejor que, en cierta medida, también vosotros los maldigáis. Si se ha cometido con vosotros una gran injusticia, cometed vosotros al punto cinco pequeñas., porque es terrible ver a un solo hombre llevando sobre sí la carga de la injusticia. ¿No sabéis eso de que una injusticia compartida es una injusticia menor? Pues sólo debe cargar con la injusticia quien sea capaz de soportar su peso. Es más humano vengarse un poco que no hacerlo. Y si el castigo no constituye a la vez un derecho y un honor para el transgresor repudio entonces vuestro castigo. Es más noble quitarse a sí mismo la razón que mantenerla, sobre todo cuando se la tiene; pero para hacer eso hay que ser muy rico. Rechazo esa justicia vuestra tan fría; a los ojos de vuestros jueces se asoma siempre el verdugo y su fría cuchilla. ¿Dónde está esa justicia que es amor comprensivo y clarividente? Inventad, entonces el amor, que carga sobre sí no sólo los castigos, sino también todas las culpas. Inventad, entonces, la justicia que absuelve a todos, menos a los que se atreven a juzgar. ¿Queréis oír una cosa más? Pues yo os digo que en quien trata de ser radicalmente justo, hasta la mentira se convierte en amor a los hombres. Y ¿cómo voy yo a ser radicalmente justo? ¿Cómo voy a poder darle a cada uno lo suyo? Básteme con darle a cada uno lo mío. Cuidad, en fin, hermanos, de no ser injustos con ningún solitario! ¿Cómo podemos pretender que olvide un solitario, si no se puede desquitar? El solitario es como un pozo profundo. Es fácil tirar una piedra a un pozo; pero una vez que ha caído al fondo no hay modo de sacarla. ¡Guardaos de ofender al solitario! Pero si le habéis agraviado, ¡matadlo también!

Así habló Zaratrusta.

Los hijos y el matrimonio

Quiero hacerte a ti y sólo a ti, hermano mío, una pregunta, que lanzo a tu alma, como una sonda, para saber su profundidad. Eres joven y deseas casarte y tener hijos. Pero mi pregunta es: ¿Tienes derecho a aspirar a tu paternidad? ¿Has triunfado, te has vencido a ti mismo, has dominado tus sentidos, eres señor de tus virtudes? -te pregunto-. ¿O tu deseo es una manifestación de tu instinto animal, de tu necesidad sexual, de tu soledad, o de que que estás insatisfecho de tí mismo? Porque lo que yo quiero es que sean tu victoria y tu libertad las que anhelan un hijo, ya que a ellas debes erigir monumentos vivientes. Debes edificar por encima de ti, pero antes has de ser tú un edificio bien construido en cuerpo y alma. Reproducirte ha de ser un crear algo que sea superior a ti. Para eso te ha de ayudar el matrimonio. Has de crear un cuerpo más elevado, un movimiento inicial, una rueda que gire por sí misma; en suma: has de crear a un creador.

Llamo matrimonio a la voluntad que tiene una pareja de crear a alguien qu sea superior a quienes le crearon. Llamo matrimonio al respeto que se tienen entre sí quienes coinciden en desear eso. Que ése sea el sentido y la verdad de tu matrimonio. Porque ¿cómo llamar a lo que la gente que está de más llama matrimonio?; ¿cómo llamar a esa miseria del alma compartida por una pareja, a esa suciedad del alma que afecta a una pareja, a ese bienestar digno de lástima que presenta una pareja? A todo eso le llaman matrimonio, y aseguran que esa union ha sido bendecida por el cielo. ¡Yo rechazo ese cielo de la gente que está de más! ¡Rechazo a esos animales prisioneros en esa red celestial! ¡Y tampoco quiero saber nada de ese dios que se acerca renqueando a bendecir lo que él no ha unido! ¡No os riáis de esos matrimonios! ¿A qué hijo no le dan sus padres ganas de llorar? Yo encontraba digno a ese hombre, creía que estaba a la altura del sentido de la tierra; pero cuando vi a su mujer, me pareció que la tierra era una casa de locos. Cuando un santo y una gansa como ésa se aparean, debería temblar la tierra. Ese hombre que se había lanzado en pos de la verdad acabó trayendo como botín esa mentirijilla engalanada a la que se llama matrimonio. Ese otro que rehuía el trato de los demás y que seleccionaba a sus amigos con criterio muy estricto, acabó echando a perder su compañía con eso a lo que llama matrimonio. Aquel otro que buscaba una criada que fuese virtuosa como un ángel, acabó convirtiéndose en criada de una mujer y viéndose forzado a convertirse en ángel. He descubierto que ahora todo el que va a comprar algo anda con mucho tiento y abre mucho los ojos, pero que hasta el más astuto se compra a su mujer a ciegas. ¿Y llamáis amor a esa serie de pequeñas estupideces a las que pone fin el matrimonio que las convierte en una única y duradera estupidez?

¡Ojalá que el amor que tenéis a la mujer y el que ella os tiene sea una compasión mutua entre dioses que sufren y se duelen a escondidas! Pero casi siempre todo se reduce al mero encuentro de dos animales. Incluso lo que hay de mejor en vuestro amor no es más que el símbolo de un éxtasis y un ansia dolorida. Es una antorcha que ha de guiaros hacia caminos más elevados. Un día tendréis que amar a algo que está por encima de vosotros. ¡Id, pues, aprendiendo ya a amar! Y para ello tenéis que beber el cáliz de la amargura de vuestro amor. Hasta en el cáliz del mejor amor hay un poco de amargura; por eso el amor despierta la sed del superhombre, por eso suscita tu sed de creador. Esa voluntad que te impulsa al matrimonio, ¿es esa sed de creador, es esa flecha y ese anhelo que apuntan al superhombre, hermano mío? ¿Sí? En tal caso, considero que esa voluntad y ese matrimonio es algo santo.

Así habló Zaratrusta.

La muerte voluntaria

Hay muchos que mueren demasiado tarde y algunos que mueren demasiado pronto. Aún nos resulta extraña esa máxima que aconseja morir a tiempo. Y eso es precisamente lo que enseña Zaratrusta: que hay que morir a tiempo. Claro que ¿cómo podemos pretender que muera a tiempo quien nunca a vivido a tiempo? Mas le valiera no haber nacido. Eso es lo que tiene que desearle Zaratrusta a la gente que está de más. Pero hasta los que están de más conceden importancia a su muerte. Y es que la nuez vacía quiere que la casquen. Todos le dan importancia a la muerte, pero la muerte no constituye todavía una fiesta. Los hombres no saben celebrar aún las fiestas más hermosas. Yo os muestro la muerte bienhechora, que es un agujijón y una promesa para quienes están vivos. Quien se realiza por entero muere victorioso, rodeado de personas que esperan y prometen. ¡Habrá que aprender a morir así! No debiera de haber festejo alguno si uno de esos moribundos no consagra los juramentos de los vivos.

Morir así es la mejor forma de hacerlo; y, en segundo lugar, morir luchando dando muestras de que se tiene un alma grande. Tanto el luchador como el victorioso aborrecen esa muerte vuestra entre aspavientos que se acerca a hurtadillas como un ladrón pese a que viene como dueña y señora de vuestra vida. La muerte que yo os predico es la mía, la muerte voluntaria y libre que me llega porque lo quiero. ¿Y cuándo querré que venga? Quien tiene una meta y un heredero desea morir en el momento que sea más conveniente para dicha

meta y para dicho heredero. Y por respeto a esa meta y ese heredero, no colgaré mas coronas marchitas en el santuario de la vida. No quiero ser como esos que hacen cordeles, que han de estirar sus hilos andando hacia atrás. Algunos llegan a una edad tan avanzada que resultan demasiado viejos para sus verdades y sus victorias; una boca desdentada ha perdido el derecho a decir todas las verdades. Y quien aspira a la gloria ha de desprenderse a tiempo de los honores y ejercer el difícil arte de marcharse a tiempo. Todo el que desea que le amen durante largo tiempo sabe muy bien que no hay que dejarse engullir en el momento en que se tiene mejor sabor. Claro que existen manzanas agrias que han de esperar hasta los últimos días del otoño para madurar, ponerse amarillentas y ajarse, todo al mismo tiempo. En unos envejece antes el corazón, y en otros el espíritu. Unos son ya viejos en plena juventud; pero quien llega tardamente a la juventud se mantiene joven durante largo tiempo. A algunos se les malogra la vida; porque llevan en el corazón un gusano venenoso que les roe; esos tales han de cuidar tanto más que no se les malogre también el morir. Algunos no llegan a madurar y se pudren en la plenitud del verano de su vida. Su cobardía les hace quedarse agazapados entre sus ramas. Muchos de los que viven están de más y se quedan durante demasiado tiempo entre sus ramas. ¡Ojalá se desecadenara una tempestad que hiciese caer del árbol a toda esa gente podrida y agusanada! ¡Ojalá viniera alguien que predicase una muerte rápida, porque tendría el efecto de una auténtica tempestad que sacudiría eficazmente los árboles de la vida! Pero, desgraciadamente, sólo oigo predicar la muerte lenta, y la paciencia con las cosas de la tierra. ¡Ah, ¿así que predicáis la paciencia con las cosas de la tierra? ¡Pues habéis de saber que son las cosas de la tierra las que tienen demasiada paciencia con vosotros, hócicos blasfemos!

Aquel hebreo a quien adoran los que predicán la muerte lenta murió prematuramente, y para muchos fue una fatalidad que muriese tan pronto. ¡Qué ganas le entraron de morir a aquél Jesús cuando todavía no conocía más que los llantos y la melancolía de los hebreos, junto con el odio de los buenos y justos! Tal vez hubiera aprendido a vivir y a amar la vida; incluso a reír. En verdad os digo hermanos, que murió prematuramente. El mismo se hubiese ido retractando de sus doctrinas si hubiese llegado a mi edad, pues era lo bastante noble para hacerlo. Pero no había alcanzado aún la madurez. El amor juvenil está todavía falto de madurez, y lo mismo sucede con el odio juvenil a los hombres y a la tierra. El joven no ha desplegado aún ni las alas de su espíritu ni las de su carácter. Pero el hombre maduro es más infantil y menos melancólico que el joven; sabe más de la muerte y de la vida. Libre para la muerte y libre en la muerte, el santo comprende la vida y la muerte como un decir "no" cuando ya no es hora de decir "sí".

Amigos míos, que vuestra muerte no sea una blasfemia contra los hombres y contra la tierra! Eso es todo lo que pido a la miel de vuestra alma. ¡Que en vuestra agonía siga brillando vuestro espíritu y vuestra virtud, como el arrebol del crepúsculo en torno a la tierra! De lo contrario, la muerte se os habrá malogrado. Así quiero morir yo también, para que por mi amor améis la tierra; a ella deseo volver para hallar el descanso en aquélla que me engendró. Zaratrusta tenía un blanco ante sí y a él lanzó su pelota. Vosotros, amigos, sois ahora mis herederos; a vosotros os lanzo mi pelota de oro. No hay algo que me complazca tanto, amigos míos, como veros lanzar la pelota de oro. Perdonadme, pues, que demore aún un poco en la tierra.

Así habló Zaratrusta.

La virtud dadivosa

1

Cuando Zaratrusta salió de la ciudad que tanto amaba y que se llamaba La Vaca de Muchos colores, le acompañaban muchos que se decían sus discípulos. Lloraron así a un cruce de caminos, y Zaratrusta les dijo que prefería seguir solo, pues le gustaba andar en soledad. Entonces sus discípulos le regalaron como despedida un bastón cuyo puño de oro llevaba labrada una serpiente enroscada al sol. Zaratrusta aceptó complacido aquel bastón, y apoyándose en él, les dijo a sus discípulos: "¿Por qué creéis que el oro ha llegado a ser el valor supremo? Os lo voy a decir: porque es raro, inútil y reluce con dulces reflejos, prodigándose siempre. Si llegó a ser el valor supremo es porque constituye un símbolo de la virtud suprema. La mirada del hombre dadivoso reluce como el oro. La luna y el sol se armonizan entre brillos de oro. La virtud suprema es rara, inútil, y reluce con dulces reflejos. La virtud dadivosa es la virtud suprema. Lo leo en vuestros corazones, discípulos míos: también vosotros, como yo, aspiráis a la virtud dadivosa. ¿Qué tenéis vosotros en común con los gatos y los lobos? Vuestro anhelo en ser vosotros mismos víctimas y regalos; por eso ansiáis acumular todas las riquezas de vuestra alma. Vuestra alma codicia insaciable joyas y tesoros, pues en su afán de dar, vuestra virtud es insaciable. Lo absorbéis todo, para que todo vuelva a brotar de vuestro manantial como dádivas de vuestro amor, a decir verdad, ese amor tan ansioso de darse ha de convertirse en ladrón de todos los valores; pero yo considero que ese egoísmo es saludable y santo. Hay otro egoísmo, pobre y famélico, dispuesto siempre a robar: el egoísmo de los enfermos, el egoísmo enfermo. Mira todo lo que reluce con ojos de ladrón; observa a quien tiene delante una mesa repleta con la avidez del hambriento, y ronda constantemente la mesa de los dadivosos. Esos hambrientos revelan una enfermedad y una degeneración invisibles: la avidez de robo habla desde esos cuerpos enfermos.

¿Y que es para vosotros, hermanos, lo malo y lo peor? ¿A que es la degeneración? Ciertamente, y donde falta un alma dadivosa siempre encontramos degeneración! Como subimos de la especie a la superespecie, nos horroriza ese sentido degenerante que exclama: "¡Todo para mí!" Nuestro sentido vuela hacia arriba; y, de este modo simboliza a nuestro cuerpo, simboliza una elevación. Los diferentes nombres de las virtudes son también símbolos de elevaciones. El cuerpo atraviesa la historia como algo que deviene y que lucha. ¿Y qué es el espíritu para él? El que pregona sus luchas y sus victorias, su compañero y su eco. Todos los nombres del bien y del mal son símbolos: no definen, sólo gesticulan; hay que ser un necio para intentar hacer ciencia de ellos. Estad alerta hermanos, en los momentos en que vuestro espíritu quiere mediante símbolos, porque allí está el origen de vuestra virtud. En esos instantes, vuestro cuerpo está elevado y regenerado: su gozo extasía al espíritu impulsándole a crear, a valorar, a amar y a ser el bienhechor de todo. Cuando vuestro corazón se desborda espumeante, anchuroso y colmado, como un río, constituyendo una bendición y un peligro para quienes viven en sus orillas, estáis presenciando el origen de vuestra virtud. Cuando os situáis por encima de alabanzas y censuras, y vuestra voluntad, como la del amante, quiere dar órdenes a todo, estáis presenciando el origen de vuestra virtud. Cuando despreciáis lo agradable y la molición, y no podéis soportar a los blandos, estáis presenciando el origen de vuestra virtud. Cuando no tenéis más que una única voluntad y consideráis que el curso de las cosas es necesario, estáis presenciando el origen de vuestra virtud. Esa virtud es, realmente, un bien y un mal nuevos, una corriente caudalosa nueva, la voz de un manantial nuevo. Esa nueva virtud es poder, es pensamiento dominador enroscado a un alma inteligente; es un sol de oro, con la serpiente del conocimiento enroscada a él..."

Al llegar a este punto, Zaratrusta guardó silencio unos instantes y miró cariñosamente a sus discípulos. Luego volvió a hablar con otro tono de voz: ¡Mantenéos fieles a la tierra, hermanos míos, con toda la fuerza de vuestra virtud! Que vuestro amor dadivoso y vuestro conocimiento estén al servicio de la tierra. Os lo pido encarecidamente. No permitáis que vuestra virtud huya de las cosas terrenas y que sus alas se estrellen contra paredes eternas. Es lamentable que en todo tiempo y lugar se haya extraviado volando tanta virtud. ¡Volved a traer a la tierra, como yo hago, esa virtud que se ha extraviado volando! Devolvedla otra vez al cuerpo y a esa tierra para que esta sea su sentido, para que tenga un sentido humano! El espíritu y la virtud se han perdido volando hasta ahora de cien modos y de cien modos se han extraviado. Todo ese delirio y ese horror habitan, ¡ay!, todavía en vuestro cuerpo; en él se han hecho carne y voluntad. El espíritu y la virtud han ensayado de cien modos y de cien modos se han extraviado. El hombre, sí, ha sido un puro ensayo. ¡Cuánta ignorancia y cuánto error se han encarnado en nosotros! No solo se abre paso entre nosotros la razón milenaria, sino también la locura de los siglos. Y es que ser heredero constituye un peligro. Todavía seguimos peleando, día a día, con ese gigante que es el azar, y hasta ahora toda la humanidad ha estado regida por el sinsentido y el absurdo. ¡Que vuestro espíritu y vuestra virtud, hermanos, sirvan al sentido de la tierra! ¡Renovad el valor de todas las cosas! ¡para eso habéis de luchar, para eso habéis de crear! El cuerpo se purifica con el conocimiento; y los instintos del hombre que tiene conocimiento se santifican; el alma del hombre elevado se torna alegre. Médico, cúrate a tí mismo, que así curarás también a tu enfermo. La mejor ayuda que le puedes aportar es que él vea con sus propios ojos que tú te curas a tí mismo. Existen todavía mil senderos que están por explorar: mil formas de salud y mil islas de la vida que esten escondidas. El hombre y la tierra del hombre continúan para mí sin agotar y sin descubrir. ¡Estad alertas y escuchad, solitarios! Del futuro llegan vientos con un silencioso batir de alas, una buena nueva anda buscando oídos lo bastante sensibles para que la perciban. Los que hoy vivís en soledad, apartaos de todos, seréis un pueblo en el futuro; de los que os habéis elegido a vosotros mismos ha de surgir un día un pueblo elegido, y de él surgirá el superhombre. En verdad os digo que la tierra será un día un lugar de curación, y que ya hoy la envuelve un nuevo aroma salutífero y una nueva esperanza.

Dicho esto, Zaratrusta se calló como quien no ha dicho aún su última palabra; quedóse dudando un rato sosteniendo el bastón en la mano. Al fin, continuó cambiando el tono de su voz: "Ahora, queridos discípulos, proseguiré yo solo mi camino. Idos también vosotros a solas por el vuestro. Esa es mi voluntad. Mi consejo, realmente, es que os alejéis de mí y que me evitéis; mejor aún, que os avergonzáis de mí, porque quién sabe si no os habré engañado. El hombre que tiene ese pensamiento no sólo ha de saber amar a sus enemigos, sino que ha de saber odiar a sus amigos. Recompensa mal a su maestro quien quiere seguir siendo siempre su discípulo. ¿Por qué no vais a deshojar vosotros mi corona? Me veneráis; pero, ¿y si un buen día se viene abajo vuestra veneración? ¡Tened cuidado no vaya a ser que mi estatua os aplaste! Decís que creéis en Zaratrusta; pero ¿qué le importa eso a Zaratrusta? Vosotros sois mis creyentes, pero ¿qué importancia tienen todos los creyentes? Me encontrásteis a mí antes de que os hubiérais buscado a vosotros mismos. Y eso es lo que les pasa a todos los creyentes; de ahí que su fe tenga tan poco valor. Ahora os mando que me perdáis a mí y que os encontréis a vosotros mismos; y sólo volveré a estar entre vosotros cuando todos hayáis renegado de mí. Entonces buscaré con otra mirada a mis ovejas perdidas, hermanos míos, y entonces os amaré con otro amor. Llegará un día en que seréis amigos míos e hijos de una única esperanza. Entonces quiero estar a vuestro lado por tercera vez para que festejemos juntos el gran mediodía. Y el gran mediodía será el momento en que el hombre se encuentre a mitad del camino entre el animal y el superhombre, cuando celebre su marcha hacia el ocaso como su esperanza suprema, por ser la marcha hacia su nuevo amanecer. Al llegar ese momento, el que se hunda en su ocaso se bendecirá a sí mismo por pasar al otro lado, y el sol de su conocimiento brillará para él en el mediodía. Que cuando ese mediodía llegue sea ésta vuestra última voluntad: "¡Los dioses han muerto; ahora queremos que viva el superhombre!"

Así habló Zaratrusta.

SEGUNDA PARTE

"Sólo volveré a estar entre vosotros cuando todos hayáis renegado de mí. Entonces buscaré a mis ovejas perdidas, hermanos míos; y entonces os amaré con otro amor".

Zaratrusta. Primera parte; "La virtud dadivosa".

El niño del espejo

Zaratrusta regresó a las montañas y a la soledad de su cueva, alejándose de los hombres y esperando como el sembrador que ha lanzado la simiente. No obstante, pronto se impacientó, deseando volver junto a aquellos a quienes amaba, pues aún tenía mucho que darles. Y es que realmente, no hay nada más difícil que cerrar por amor la mano que antes estaba abierta y avergonzarse de hacer regalos. Transcurrieron meses y años mientras él seguía en su soledad, viendo como aumentaba su sabiduría y sufriendo por su creciente abundancia. Una mañana se despertó antes de que saliera el sol, estuvo largo rato meditando en su lecho y finalmente se dijo: "¿Qué ha sido lo que me ha asustado tanto en sueños, que me ha hecho que me despertara? He soñado que se me acercaba a mí un niño con un espejo en la mano. "Mírate en el espejo, Zaratrusta", -me dijo-. pero cuando lo hice lancé un grito y me estremecí. No era mi rostro lo que ví allí reflejado, sino el de un diablo que se reía con una mueca burlona. Al punto entendí lo que mi sueño significaba y lo que me quería advertir. ¡Mi doctrina corría peligro! La cizaña pretende hacerse pasar por trigo! Mis enemigos se han vuelto poderosos y han desfigurado la imagen de mi doctrina, hasta el punto de que aquellos a quienes

quiero más se han llegado a avegonzarse de lo que les dí. He perdido a mis amigos, por lo que ha llegado el momento de salir en su busca.

Diciéndose esto, Zaratrusta se puso en pie de un salto; no como quien se asfixia y busca aire sino como un vidente y un cantor iluminado por el espíritu. Su águila y su serpiente le miraron asombradas, pues su rostro se le iluminó con resplandores de aurora por la dicha que presentía. "¿Qué me ha pasado animales míos? -dijo Zaratrusta- ¿No estoy transformado? ¿No se ha abatido sobre mí una felicidad semejante al huracán? Esta felicidad mía es una locura, y a buen seguro que dirá insensateces. ¡Es tan joven aún! ¡Sed indulgentes con ella! Me ha herido mi propia felicidad, y habrán de curarme todos los que sufren. He de descender otra vez hasta mis amigos y también hasta mis enemigos. Otra vez he de hablar, obsequiar y dar lo mejor que tengo a aquellos a quienes amo. Mi impaciente amor se desborda a raudales hacia levante y hacia poniente. Mi alma se precipita hacia los valles, desde esta montaña silenciosa y desde esta tormenta de dolor. ¡Cuánto tiempo he permanecido en soledad!; ¡si hasta ya me he olvidado de guardar silencio! Todo mi yo se ha convertido en una boca, en un torrente que se despeña ruidoso de los riscos, ansioso de inundar los valles con mis palabras. ¡Pues que así sea! ¿Qué importa que el río de mi amor se lance por un lugar infranqueable? ¿Cómo no va hallar ese río su salida hacia el mar? Tengo dentro de mí un lago solitario que se nutre a sí mismo, pero el río de mi amor se lo lleva hacia el mar.

Se abren nuevos caminos a mi paso; aflora a mis labios una nueva forma de hablar. Como les pasa a todos los creadores, me he cansado de las lenguas antiguas; mi espíritu no quiere seguir caminando con un calzado gastado. Toda forma de hablar se me antoja muy lenta. ¡Subo a tu carro, tempestad, y hasta a ti te he de fustigar con el látigo de mi furor! Como un grito de júbilo, he de recorrer el ancho mar hasta encontrar las islas afortunadas donde habitan mis amigos y mis enemigos. ¡Cómo amo a todos aquellos a los que pueda hablar! Hasta mis enemigos participan de mi felicidad. Cuando monte en mi salvaje corcel, nada me será más útil que mi lanza; ella será siempre el mejor escudero de mis pasos. ¡Arrojaré esa lanza contra mis enemigos! A ellos habré de agradecer el que pueda lanzarla. Qué tensa y qué cargada se encuentra ya mi nube! Cómo ansío arrojar mi granizo a lo profundo, entre las carcajadas de mis rayos. Mi pecho se dilatará entonces poderoso y arrojará su tempestad sobre los montes. Sólo así podré hallar desahogo y alivio. Semejantes a una tempestad se aproximan mi felicidad y mi libertad; pero mis enemigos crearán que es el maligno el que vocifera por encima de sus cabezas. Y también vosotros, mis amigos, os asustaréis de mi sabiduría salvaje; quizá hasta os déis a la fuga, como mis enemigos. ¡Ojalá pudiera atraeros otra vez a mi lado tocando la dulce flauta del pastor! ¡Ojalá supiera rugir con dulzura la leona de mi sabiduría! ¡Cuántas cosas no habremos aprendido juntos mi sabiduría y yo! Mi sabiduría salvaje quedóse encinta en la soledad de los montes, y alumbró su última cría entre ásperos peñascos. Ahora, esa vieja y salvaje sabiduría recorre enloquecida el árido desierto a la búsqueda de la suave hierba. Sí, amigos míos, en la suave hierba de vuestros corazones y de vuestro amor ansío que ella deposite lo que ama con amor entrañable".

Así habló Zaratrusta.

En las islas afortunadas

Caen los higos del árbol, dulces y sabrosos, y al caer se abre su roja piel. Yo soy como un viento del norte para esos higos maduros. Al igual que ellos, caen sobre vosotros amigos mis enseñanzas; bebed su jugo, saboread su dulce pulpa. Es otoño; el cielo está diáfano en este atardecer. ¡Mirad esta plenitud que nos rodea! ¡Qué hermoso es mirar hacia mares lejanos, en medio de tanta abundancia! En otros tiempos, cuando se miraba hacia mares lejanos, se pensaba en Dios. Os he enseñado a que ahora penséis en el superhombre. Dios es una conjetura. Pero yo quiero que vuestras conjeturas no se adelanten a vuestra voluntad creadora. ¿Podréis acaso, crear un Dios? Entonces, ¡no me habléis de dioses! ¡Al superhombre sí que podéis crearlo! Quizá no podréis crearlo vosotros, pero podríais convertirlos en padres y ascendientes del superhombre. ¡Que ésa sea vuestra mejor creación! Dios es una conjetura; pero yo quiero que vuestras conjeturas no rebasen la esfera de lo concebible. ¿Podríais concebir a Dios? ¡Ojalá que vuestra voluntad de verdad signifique para vosotros transformarlo todo en algo que el hombre pueda concebir, ver y palpar! Y habéis de empezar creando eso que llamáis mundo; vuestra razón, vuestra imagen, vuestra voluntad y vuestro amor han de crearse ese mundo para ellos, y, por supuesto, para vuestra felicidad, hombres que tenéis conocimiento. ¿Cómo íbais a poder soportar la vida sin esa esperanza, vosotros que conocéis? Como no habéis nacido ni en lo incognoscible ni en lo irracional, no podéis asentáros allí. Y si queréis que os abra por entero mi corazón: si existieran los dioses, ¿cómo iba yo a poder soportar el no ser uno de ellos? Luego, no hay dioses. Aunque, realmente, soy yo el autor de esta conclusión, es ella la que me deduce a mí; a ella debo mi existencia. Dios es una conjetura pero ¿quién puede apurar todo el tormento de esa conjetura sin que ello le provoque la muerte? ¿Se ha de arrebatar su fe al creador?; ¿debe impedírsele al águila que se remonte a las mayores alturas? Dios es una idea que tuerce todo lo derecho y que tira por tierra cuanto está en pie. ¿Podría abolirse el tiempo? ¿Va a ser falso cuanto lo perecedero? Con sólo pensarlo, los huesos del hombre sufren un torbellino y un vértigo que hasta hacen que su estómago vomite. A suponer eso le llamo yo la enfermedad del vértigo. A todas esas doctrinas de lo uno, lo inmóvil, lo saciado y lo imperecedero, las considero malas y enemigas del hombre. ¡Todo lo imperecedero no es más que un símbolo! Y los poetas mienten demasiado. Los mejores símbolos son los relativos al tiempo y al devenir, y ellos han de alabar y justificar todo lo perecedero.

Crear: he aquí lo que alivia el dolor y aligera la vida; pero para llegar a crear es preciso atravesar crisis muy dolorosas y sufrir numerosas transformaciones. Sí, creadores, habéis de sufrir muertes muy amargas a lo largo de vuestra vida; porque sólo así podréis proclamar y defender todo lo perecedero. Para que el creador pueda convertirse en el niño que vuelve a nacer, ha de querer ser también la parturienta y sufrir sus dolores. En verdad os digo que yo he tenido que abrirme paso a través de cien almas, de cien cunas, de cien dolores de parto. He tenido que despedirme muchas veces y conozco esos momentos desgarradores en que hay que decirse adiós. Pero así lo quiere mi voluntad creadora y mi destino. O, por decirlo más abiertamente ese es el destino que quiere mi voluntad. En mí sufre y se halla como si estuviese prisionero todo cuanto siente; pero siempre me socorre mi voluntad trayéndome un mensaje de alegría. El querer os hará libres: ésa es la verdadera doctrina sobre la voluntad y la libertad que os enseña Zaratrusta. ¡Lejos de mí el cansancio de los que ya no quieren, no valoran, ni crean! También en el conocer siento tan sólo el placer de mi voluntad de crear y de devenir, y si mi conocimiento es inocente, es porque en él hay voluntad de crear. Esta voluntad me ha alejado de Dios y de los dioses.

¿Que iba yo a poder crear si hubiera dioses? Mi ardiente voluntad de crear me impulsa siempre hacia los hombres como el cincel es impulsado hacia la piedra. En la piedra, hombres, duerme una imagen para mí; es la imagen de mis imágenes. ¡Qué triste es que esa imagen haya de dormir en la piedra más tosca y más dura! Mi cincel golpea con furia su prisión, mientras que de la piedra se van soltando trozos; ¿qué más da? He de

acabar mi obra, pues siento que una sombra se va acercando a mí; no hay nada más callado y sutil que la hermosura del superhombre, que ha venido ante mí como una sombra. Desde entonces, hermanos, ¿qué pueden ya importarme a mí todos los dioses?

Así habló Zaratrusta.

Los misericordiosos

Me he enterado amigos, de que hay quien se burla de mí diciendo: "¡Mirad a Zaratrusta! ¡No camina entre nosotros como si fuéramos animales! Más valdría que hubieran dicho: "El que tiene conocimiento camina entre los hombres como lo haría entre los animales". Y es que, para el que tiene conocimiento, el hombre no es más que un animal de mejillas sonrosadas. ¿Por qué es así? ¿No será porque se ha tenido que avergonzar tantas veces? El que tiene conocimiento, amigos, exclama: "¡Toda la historia del hombre es vergüenza, vergüenza, vergüenza!" Esta es la razón de que la persona noble se imponga el precepto de no avergonzar a alguien y de avergonzarse ante todos los que sufren. En verdad os digo que no soporto a los misericordiosos, que son bienaventurados, que se alegran en su misericordia; les falta vergüenza, si he de ser compasivo no quiero que me tengan por tal; y cuando lo soy, prefiero serlo a distancia. Quisiera, además taparme la cara y salir a escape de allí antes de que me reconozcan. ¡Así tenéis que obrar también vosotros, amigos míos! Ojalá que el destino ponga siempre en mi camino hombres como vosotros, que no sufran, con los que pueda compartir mis esperanzas, mi comida y mi miel. Realmente, he hecho cosas en favor de gente que sufría, pero siempre me pareció que obraba mejor cuando aprendía a ponerme contento. Desde que empezó a existir, ¿qué poco se ha alegrado el hombre! Y ése es, hermanos, nuestro único pecado original; pero si aprendemos a estar más alegres, nos olvidaremos mejor de hacer daño a los demás y de idear nuevas formas de perjudicar a los otros. Por eso me lavo la mano que ha ayudado al que sufría, y por eso me limpio incluso el alma. Y es que me dió vergüenza ver como se avergonzaba el hombre que sufría, y cómo ultrajaba yo su orgullo al tratar de ayudarle. Los grandes favores no suscitan gratitud, sino deseo de venganza, y si no somos capaces de olvidarnos del pequeño favor que nos han hecho, éste acaba convirtiéndose en un gusano que nos roe. ¡Sed reacios a la hora de aceptar favores! Honrad a quien os hace un favor aceptando su ayuda! Siempre les aconsejo esto a quienes no tienen algo que dar. Yo soy de los que dan; me gusta dar a mis amigos, como amigo. Respecto a lo que no conozco y a los pobres, ¡que cojan ellos mismos los frutos de mi árbol, porque así sentirán menos vergüenza! Y en cuanto a los mendigos, lo mejor sería suprimirlos radicalmente, pues tanto molesta darles como no hacerlos. Lo mismo vale para los pecadores y para quienes tienen mala conciencia. Creedme, amigos: los remordimientos de conciencia enseñan a morder. Con todo, no hay algo peor que los pensamientos mezquinos. En verdad os digo que es preferible una mala acción que un pensamiento mezquino. Claro que me podríais decir que el placer que comportan las acciones mezquinas nos ahorra más de una mala acción grave; pero, en este terreno, no deberíamos andar con ahorros. La mala acción es como una úlcera: escuece, irrita y supura; habla bien a las claras. Dice abiertamente: "Mira que soy una enfermedad". Pero el pensamiento mezquino es como un hongo: se agazapa, se esconde y no quiere estar en sitio alguno hasta que todo el cuerpo queda podrido y marchito por los hongos. Por eso, a quién está poseído por el demonio, le susurro al oído: "Es mejor que engordes a tu demonio. También hay para ti una forma de ser grande". ¡Ay, amigos, sabemos demasiado de todo el mundo! Con nuestra mirada podemos leer en el interior de muchos, pero aún así nos resulta imposible penetrar a través de ellos. Es difícil vivir entre los hombres porque, ¡resulta tan difícil guardar silencio! Y con quienes somos más injustos no es con los que más aborrecemos, sino con aquéllos que nos son indiferentes. Sin embargo, si tienes un amigo que sufre, sé un refugio para su dolor; pero al mismo tiempo, sé un lecho duro, un lecho de campaña, pues así le serás de más utilidad. Y si un amigo te hace un mal, dile: Te perdono el daño que me has hecho, pero cómo te voy a poder perdonar el daño que te has hecho a tí mismo?". Así es como habla el que ama mucho; un amor así está por encima del perdón y de la misericordia. Hemos de controlar con firmeza nuestro corazón, pues si le damos rienda suelta, siempre termina haciéndonos perder la cabeza. ¿No son los misericordiosos los que cometen mayor necesidades? Hay en el mundo algo que haya provocado mayores sufrimientos que las necesidades de los misericordiosos? ¡Ay de quienes aman sin saber estar a la altura de su compasión! Un día me dijo el diablo: "También Dios tiene un infierno, y es su amor a los hombres" Y otro día le oí decir: "Dios ha muerto. Le ha matado su compasión por los hombres". Estad, pues, prevenidos contra la misericordia; de ella procede el nubarrón que se cierne sobre el hombre. En verdad os digo que conozco los signos del tiempo. Y recordad esto: todo gran amor está por encima de la compasión, pues ansía crear lo que ama: "Me ofrezco por entero a mi amor, y al prójimo como a mí mismo"; así es como hablan los creadores. Pero no hay un creador que no sea duro.

Así habló Zaratrusta.

Los sacerdotes

En cierta ocasión llamó Zaratrusta a sus discípulos y les dijo: "Ahí hay unos sacerdotes, pero aunque son mis enemigos, pasad por su lado en silencio y con las espadas envainadas. También hay héroes entre ellos; hay muchos que sufren demasiado, y por eso se empeñan en hacer sufrir a los que les rodean. Son malos enemigos. Nada hay más vengativo que su humildad. Quien les ataca se mancha fácilmente, pero mi sangre será honrada incluso en la de ellos".

Cuando hubieron dejado atrás a los sacerdotes, Zaratrusta se sintió triste. Estuvo debatiéndose un rato con su dolor, y luego dijo: "Me dan pena esos sacerdotes; pero a la vez me repugnan; claro que desde que vivo entre los hombres eso es para mí lo de menos. He compartido y comparto su sufrimiento. Los considero unos cautivos y unos réprobos. Ese a quien llaman su Redentor les ha cargado de cadenas. Les ha encadenado con valores falsos y hueca palabrería. ¡Ojalá les redima alguien de su redentor! En otro tiempo creyeron que arribaban a una isla, cuando el mar se los llevó muy lejos, y la isla resultó ser un monstruo dormido. No hay peores monstruos para los mortales que los valores falsos y la palabrería hueca. Durante mucho tiempo duerme en ellos a la espera de la fatalidad. Pero, por fin, llega, se acerca y devora todo cuanto se ha asentado allí. ¡Mirad cómo se han asentado los sacerdotes! A sus antros perfumados de empalagosos aromas les llaman iglesias. ¡Qué luz más falsa la suya, qué aire más enmohecido; ahí no puede elevarse, el alma a las alturas! Porque su fe les dice: "¡Pecadores, subid las escaleras de rodillas! En verdad os digo que prefiero ver a un desvergonzado que a toda esa gente que baja los ojos con aire avergonzado y devoto. ¿Quién se construyó esos antros y esas escaleras para hacer penitencia? ¿No sería alguien que quería

escondese porque le daba vergüenza el aire puro? Mi corazón no volverá a las moradas de ese Dios hasta que el limpio cielo no se asome por las bóvedas derruidas y llegue hasta la hierba y las rojas amapolas que crezcan entre las grietas de los muros.

Llamaron Dios a lo que les contrariaba o les causaba dolor; y, a decir verdad, su devoción tuvo mucho de heroísmo. No supieron amar a su Dios como no fuera crucificando al hombre. Quisieron vivir como cadáveres y en cuanto tales se amortajaron de negro. Hasta en sus pláticas y homilias percibo yo el mal olor de las cámaras funerarias. Quienes les rodean es como si vivieran cerca de esos negros estanques en los que canta el sapo su tristona y monótona salmodia. Para que yo llegara a creer en su redentor tendrían que empezar por entonar mejores canciones, y yo encontrar a sus discípulos más redimidos. Desnudo quería yo verlos, pues sólo la belleza puede exhortar a hacer penitencia. Pero, ¿a quién va a persuadir esa tribulación embozada? Verdaderamente, sus mismos redentores no vinieron de la libertad, ni del séptimo cielo de la libertad. Nunca caminaron, realmente, sobre las alfombras del conocimiento. El espíritu de esos redentores estaba cuajado de huecos, y en cada uno de ellos colocaron esa quimera, ese tapahuecos al que llamaron Dios. Su espíritu se había ahogado en compasión, y cuando se hincharon y se desbordaban de compasión, siempre notaba en la superficie una gran necedad. ¿Con qué celo conducían a gritos su rebaño por su propio sendero! ¿Como si para ir al futuro no hubiera más que un camino! A decir verdad también esos pastores formaban parte del rebaño de ovejas. Esos pastores tenían un espíritu raquítico y un alma voluminosa; pero, hermanos míos, ¿qué territorios más pequeños han sido hasta hoy las almas más voluminosas! Por todos los caminos por donde pasaron fueron escribiendo signos de sangre. era tanta su necedad que llegaron a decir que la verdad se demuestra con sangre. ¿Pero si la sangre es el peor testigo de la verdad; si la sangre envenena hasta la doctrina pura, convirtiéndola en fanatismo y en odio de los corazones! ¿Qué prueba el que alguien vaya a la hoguera por defender su doctrina? ¿Más valdría que fuese la doctrina la que surgiera de su propia hoguera! Cuando se juntan un corazón ardiente y una cabeza fría surge el torbellino, el redentor. Ha habido hombres mucho más grandes y de mucha más clase que esos violentos torbellinos a los que la gente llama redentores. Hermanos, si queréis encontrar el camino que lleva a la libertad, habréis de ser redimidos por hombres muy superiores a todos esos redentores. Todavía no ha llegado el superhombre; pero yo ya he visto al desnudo a los dos hombres. Al más grande y al más pequeño. ¿Y cuánto se parecen entre sí! En verdad os digo que al más grande lo seguí encontrando todavía demasiado humano.

Así habló Zaratrústa.

Los virtuosos

Cuando los sentidos están adormecidos, hay que hablarles con un lenguaje de rayos y truenos. Pero la voz de la belleza habla quedo: sólo se insinúa a las almas despiertas. Hoy mi escudo se ha reído y ha vibrado con suavidad: ha sido una risa santa y una vibración de la belleza. Mi belleza se ha reído hoy de vosotros, virtuosos. Me llegó su voz que me decía: "¿Quiere ser recompensado!" ¿Pretendéis que se os pague por vuestra virtud? ¿Queréis el cielo a cambio de la tierra, y la eternidad a cambio de vuestro presente? ¿Y ahora os enfadáis conmigo porque os aseguro que no hay nadie que pague ni que contabilice? A decir verdad, yo ni siquiera enseño que la virtud tiene en sí misma su propia recompensa. ¿Eso es lo que me apena! Han tenido la mala idea de introducir siempre juntos en el fondo de todo el premio y el castigo; y no por que no bastara, también los han puesto en el fondo de vuestras almas, como si fuera el colmillo de un jabalí. ¿Reja de arado quisiera yo ser para vuestras almas! Todo sus secretos han de salir a plena luz del día y cuando estés al sol, revueltos y destrozados por el suelo, vuestra mentira estará también de vuestra verdad: que estéis demasiado limpios para escuchar palabras tan sucias como las de venganza, castigo, recompensa o represalia.

Amáis a vuestra virtud como la madre al hijo: pero ¿cuándo se ha visto que una madre pretenda que le paguen por su amor? Vuestra virtud entre ??? sí mismo vuestro al que tanto queréis. Hay en vosotros ansia del anillo, que sediento de alcanzarse así mismo se esfuerza en doblarse y en girar. Vuestros actos virtuosos son semejantes a la estrella que se extingue; su luz continúa siempre en camino y sigue su marcha; ¿y cuándo dejará de hacerlo? También la luz de vuestra virtud sigue en marcha, aunque la obra esté ya realizada. Cuando ésta esté ya muerta y olvidada, los rayos de su luz proseguirán su marcha. ¿Que vuestra virtud sea vuestro sí mismo, y no algo que os sea ajeno, una epidermis, un manto! Pero hay también algunos para quienes la virtud es un retorcerse bajo un látigo. Supongo que muchas veces habréis oído sus gritos. Otros se consideran virtuosos porque les da pereza tener vicios; y cuando sus odios y sus envidias se desprecizan, se despierta su "justicia", restregándose los ojos medio dormidos. No faltan tampoco otros a quienes parece que les están tirando desde abajo: son sus demonios que les arrastran; Y cuanto más se hunden mayor es el brillo de sus ojos y tanto más codician a su dios. También habrán llegado a vosotros los gritos de estos últimos; son los que exclaman: "Todo lo que no soy yo, ¡ése , son para mí Dios y la virtud!"

Hay otros que llevan tanto peso que rechinan como carros que marchan cuesta abajo, cargados de pedruscos: hablan mucho de dignidad y de virtud , pero es a sus frenos a lo que llaman virtud. Otros son como relojes a los que hay que dar cuerda a diario; producen su tic-tac mecánicamente, y pretenden que a ese tic-tac se le llame virtud. Estos me divierten, siempre que me encuentre con uno de esos relojes le daré cuerda con mis burlas, y él encima se pondrá a ronronear. Otros se jactan de tener la justicia en el puño, y en su nombre cometen crímenes contra todo lo que les rodea, hasta el punto de que el mundo se ahoga en la injusticia. Me dan náuseas cuando les oigo hablar de "virtud"; y cuando dicen "soy justo", suena como si dijeran: "¡estoy vengado!" Con su virtud quieren arrancarle los ojos a sus enemigos; y se ensalzan sólo para humillar a los demás. También hay otros que se sientan en su ciénaga y se ponen a decir desde el cañaveral: "La virtud consiste en sentarse en silencio cada uno en su ciénaga. No mordemos a nadie, huimos de los que muerden, y opinamos de todo como nos dictan".

Los hay incluso amantes de estos???, que piensan que la virtud es una especie de gesto, y sus rodillas están siempre dispuestas a hincarse en el suelo y sus manos a juntarse para alabar la virtud. Pero ¿qué lejos de todo eso está su corazón! Aún quedan otros que consideran que es una virtud decir: "¿Qué necesaria es la virtud!"; pero lo que piensan que es realmente necesario es la policía. Y no son pocos los que, desconociendo cuánto hay de elevado en el hombre, llaman virtud a ver de cerca lo mezquinos que somos; de ahí que consideren virtuosa esa mirada suya tan malvada. Los hay que llaman virtud a su deseo de ser ensalzados y glorificados; otros reservan este nombre para su deseo de verse abatidos. En suma, de una manera o de otra , casi todos creen que son partícipes de la virtud; y cada uno cree que, por lo menos, sabe lo que es el bien y el mal.

Pero Zaratrústa no ha venido a decirle a toda esa gente mentirosa y necia que ni sabe ni puede saber en que consiste la virtud. He venido, amigos míos, para que os canséis de esas viejas palabras que habéis

aprendido de los necios y de los mentirosos; para que os hartéis de palabras tales como premio, castigo, retribución o justa venganza; para que os canséis de decir que una acción es buena si es desinteresada. ¡Que en vuestra acción esté presente vuestro sí mismo, como lo está la madre en el hijo! ¡Que esto sea para vosotros la virtud! Sí, os he quitado esas cien palabras que vuestra virtud tenía como apreciados juguetes. Por eso os irritáis conmigo, como aquellos niños que estaban jugando en la playa y que se echaron a llorar cuando una ola se llevó sus juguetes. Pero esa misma ola les traerá nuevos juguetes y depositará a sus pies un montón de conchas de colores. Del mismo modo que eso consolará a los niños, así os sucederá a vosotros, amigos: también para vosotros habrá consuelo y un montón de conchas de colores.

Así habló Zaratrústa.

La chusma

La vida es una fuente siseante ??? de alegría, pero allí donde acuda también la chusma a beber, los pozos quedan envenenados. Me gusta todo lo puro, por eso no soporto los hocicos burlones y la sed insaciable de los impuros. Miran al fondo del pozo, y allí veo reflejada su repulsiva sonrisa. Con su lascivia han envenenado la santidad de las aguas; y, al llamar placer la chusma echar humo cuando se acerca la chusma al fuego. En su mano, la fruta se vuelve empalagosa y blanduzca; cuando miran al árbol, le secan las ramas y lo desgajan, dejándolo al arbitrio de los vientos. Muchos de los que se apartaron de la vida en realidad lo hicieron para escapar de la chusma; no querían compartir con ella su agua, ni su fuego, ni sus frutas. Muchos de los que huyeron al desierto y que padecieron sed junto a las fieras, lo único que pretendían era no tener que sentarse al lado de los camelleros en torno a la cisterna. Y muchos de los que llegaron como un ángel exterminador y como una tormenta de granizo sobre la cosecha, solo tratan de ponerle el pie en la boca a la chusma para hacer que se callara. Hay algo más difícil de aceptar que el hecho de que la vida conlleve hostilidad, muerte y crucifixión. Me refiero a aquello que dije una vez, faltándome poco para que se me atragantara la pregunta: ¿Pero cómo? ¿Es que la vida necesita incluso de la chusma? ¿Son también necesarios los pozos envenenados, las hogueras pestilentes, los sueños obscenos e incluso los gusanos en el pan de la vida? No ha sido el odio, sino el asco, lo que se ha cebado insaciable en mi vida. ¡Pobre de mí! Muchas veces he llegado a fastidiarme del espíritu al comprobar que también la chusma es ingeniosa. Y volví la espalda a los poderosos cuando vi que lo que llamaban poder consistía en regatear y chalanear por el orden de la chusma. Me he tenido que tapar los oídos e irme a vivir entre pueblos con idiomas distintos al mío para no oírles ni entenderles cuando se pusieran a chalanear y regatear por el poder. Me he tapado la nariz alejándome con disgusto por el pasado y el presente, porque ¡cómo apestan el pasado y el presente a chusma que le da por escribir! He vivido mucho tiempo como un paralítico que se hubiera vuelto ciego, sordo y mudo para no tener que convivir con la chusma que le da por el poder, por escribir o por disfrutar del placer. Penosa y calladamente mi espíritu subía escaleras, aliviándose con limosnas de placer y llevando una vida semejante a la del ciego que se tiene que servir de un bastón.

¿Qué me sucedió entonces? ¿Cómo me libré de mi asco? ¿Quién me rejuveneció mis ojos? ¿Cómo volé hacia esas alturas adonde la chusma no se amontona en los pozos? ¿Fue mi propio asco lo que me dio alas y fuerzas para encontrar manantiales? Si, ciertamente, hube de remontarme hacia lo más alto para poder encontrar la fuente del placer. ¡Y al final la encontré, hermanos míos! Aquí, en lo más alto, brotó para mí la fuente del placer. ¡Y hay una vida de la que se puede beber sin tener que compartirla con la chusma! ¡Qué excesivamente generoso fluye tu caudal, oh, fuente del placer! ¡Cuántas veces vacías la copa por volverla a llenar! Tengo que aprender a acercarme a ti más humildemente, porque mi corazón me impulsa a ti con demasiada violencia. Un verano breve, cálido, melancólico y feliz arde en mi corazón. ¡Cómo anhela tu frescor mi corazón estival! Ya ha pasado la vacilante aflicción de mi primavera; y los copos malsanos de las nevadas tardías. Me he transformado por entero no sólo en verano sino en un mediodía de verano; en un verano en plenas cumbres, entre frescos arroyos y dulce silencio. Venid, amigos míos, venid para que el silencio me resulte más grato todavía, que ésta es nuestra altura y aquí está nuestra patria. Vivimos en un lugar demasiado alto y escarpado para que puedan subir los impuros con su sed.

¡Lanzad, amigos míos, vuestros ojos en este manantial de mi alegría! No por eso se enturbiarán mis aguas; os devolverán la risa de su pureza. Construyamos nuestro nido en el árbol del futuro: a nosotros, a los solitarios, las águilas nos traerán el sustento en sus picos. Tened por seguro que no será una comida que también los impuros puedan saborear; les parecería que están comiendo fuego y se quemarían los hocicos. No, no es este un lugar para los impuros. Nuestra alegría les parecería a ellos y a sus espíritus una cueva de hielo. Queremos vivir como los fuertes vientos, por encima de ellos, teniendo por vecinas a las águilas, al lado de las nieves eternas, muy cercanos al sol. Al igual que los vientos quiero yo soplar entre ellos, y cortar con mi aliento su espíritu. Es mi propio futuro quien así lo desea. Porque ¿qué es Zaratrústa para todos los llanos sino un intenso viento? Y este, es el consejo que da a sus enemigos, el que dirigido a todos los que escupen y vomitan: ¡tened mucho cuidado de escupir contra el viento!

Así habló Zaratrústa.

Las tarántulas

¡Mira el agujero de la tarántula! ¿Quieres verla? Está tejiendo su tela. Tócala y verás como se echa a temblar. Ya se acerca sin que haya que insistirle. ¡Bienvenida, tarántula! En tu lomo negro tu emblema triangular; también sé lo que tienes en tu alma. En ella está asentada la venganza. Allí donde tú muerdes aparece una concha negruzca. El veneno de tu venganza hace bailar a las almas en loco torbellino. Tu veneno levanta en las almas torbellinos de venganza. Os estoy hablando en parábola; me refiero a vosotros, los que levantáis torbellinos en el alma, los que habláis de igualdad. Os tengo por tarántulas que tratan de vengarse a escondidas. pero voy a sacaros de vuestros escondrijos; por eso me río de vosotros frente a frente con estas carcajadas que viene desde arriba; por eso destrozo vuestra tela, para ver si la furia os saca de ese antro de embustes; para ver si aparece la venganza en vosotros que tanto y tanto habláis de la justicia. ¡Que la venganza redima al hombre! He aquí el puente tendido hacia mi esperanza suprema; el arco iris que aparece después de la larga tempestad.

¡Qué distinto es, en cambio, lo que se proponen los tarántulas! Se dicen entre sí: "Pensamos que la justicia consiste en que las tempestades de nuestra venganza se extiendan por todos los rincones del mundo" Los corazones de las tarántulas se juran a sí mismos: "Queremos vengarnos y burlarnos de todo aquél que no sea de los nuestros. De ahora en adelante, virtuoso será aquél que ansíe la igualdad. Gritaremos contra

todo lo que signifique poder". ¡Predicadores de la igualdad!, lo que os hace que estéis pidiendo a gritos igualdad no es otra cosa que el delirio tiránico de vuestra impotencia; de este modo, vuestra tiránica conscopicencia se disfraza de virtud. Vanidad amargada y envidia reprimida -vanidad y envidia que tal vez habéis heredado de vuestros padres- surgen en vosotros como llamas y quimeras de venganza. Lo que el padre callaba, ahora lo dice el hijo. ¡Cuántas veces he visto que el hijo era la revelación del secreto que el padre escondía!

Se parecen a los exaltados; pero no es su corazón lo que les entusiasma sino la venganza. Y cuando se vuelven fríos y sutiles no es a causa del espíritu, sino de la envidia. Su envidia es también lo que les lleva en pos de lo que piensan. esto es lo que caracteriza a su envidia: que van siempre demasiado lejos y acaban sintiéndose tan cansados que se echan a dormir sobre la nieve incluso. En todas sus demandas resuena la venganza; en todos sus elogios hay algo que hace daño; ser jueces es la dicha suprema para ellos. Pero yo os aconsejo, amigos, que desconfiéis de quienes se sienten tan inclinados a castigar. Son gente de mal corazón y de mala ralea; a sus ojos se asoman el verdugo y el sabueso. Desconfiad de todos los que se pasan la vida hablando de su justicia. No es sólo miel lo que falta en sus almas; y si se consideran a sí mismos los "buenos y justos", no olvidéis que para ser fariseos no les falta más que poder.

No quisiera, amigos míos, que se me mezclase y se me confundiese con ellos. Hay quienes predicán una doctrina similar a la mía respecto a la vida, y que al mismo tiempo son predicadores de la igualdad y tarántulas. Hablan a favor de la vida, a pesar de estar ellos agazapados en sus agujeros como arañas venenosas y alejados de la vida, porque de ese modo tratan de hacer daño. Con esas artimañas tratan de hacer daño a quienes ostentan el poder, dado que éstos se avienen mejor con los que predicán la muerte. De no ser por esto, las tarántulas predicarían otras doctrinas, pues fueron ellos precisamente quienes en otros tiempos calumniaron el mundo y quemaron herejes. No quisiera, pues, que se me mezclase y se me confundiese con esos predicadores de la igualdad. Mi idea de la justicia me dice que los hombres no son iguales. ¡Y no deben llegar a serlo! Si yo no pensara así, ¿cómo iba a poder amar al superhombre? Los hombres han de encaminarse al futuro a través de mil puentes y senderos, y cada vez se ha de ir implantando en ellos más guerra y más desigualdad. esto es lo que me dicta mi gran amor. En sus luchas han de convertirse en inventores de imágenes y fantasmas para entablar con ellos su batalla suprema. Los términos con que se designan valores como bueno y malo, rico y pobre, alto y bajo, etc, han de ser también armas y estandartes que proclamen que la vida debe estar constantemente superándose a sí misma. La propia vida quiere ser edificada hacia lo alto con pilares y peldaños, pues necesita altura para dislumbrar horizontes lejanos y bellezas gozosas. Al precisar altura le hacen falta escalones, y la superposición de estos, así como que la gente que asciende esté a distintos niveles.

¡Fijaos bien, amigos míos!: en este agujero de la tarántula se alzan las ruinas de un antiguo templo. ¡Contempladlas con ojos iluminados! Quien hizo un día de sus pensamientos una torre conocía, como el más grande de los ???, el misterio de la vida. Este símbolo tan evidente nos enseña que, hasta en la belleza, existe lucha y desigualdad, y que hay una guerra por el poder y la supremacía. Del mismo modo que las bóvedas y los arcos entablan un divino combate, se derrumban y luchan cuerpo a cuerpo entre luces y sombras llenos de aspiraciones divinas; así queremos nosotros, amigos, oponernos, a la manera divina, en nuestras aspiraciones, con idéntica confianza y hermosura.

¡Ay de mí! ¡Me ha picado mi vieja enemiga, la tarántula! ¡Con su confianza y su hermosura divinas me ha picado en un dedo! Tal vez habrá pensado que ha de hacerse justicia, que no puede quedar inmune un hombre que entona himnos en favor de la enemistad. ¡Ay de mí! ¡Se ha vengado! Con su venganza va a hacer ahora que mi propia alma se ponga a bailar en loco torbellino. ¡Venid, amigos míos, atadme a una columna para impedir que baile! Prefiero ser un santo estilista que dejarme arrastrar por un torbellino vengador. Cuando quiere bailar no lo hace como aquellos que han sufrido la picadura de una tarántula. ¡No baila tarantelas!

Así habló Zaratrústa.

Los sabios famosos

Todos vosotros, sabios famosos, habéis estado al servicio del pueblo y de sus supersticiones, pero no habéis servido a la verdad. Por eso se os ha respetado y venerado; por eso toleraron vuestra incredulidad, que no era más que un ardid y un rodeo para llegar al pueblo. Así es como el señor deja al esclavo que se regodee, divirtiéndose además con su petulancia. Pero a quien el pueblo aborrece con odio similar al que sienten los lobos por los perros, es el espíritu libre, enemigo de las cadenas, no adorador de nadie, que habita en pleno bosque. El sentido que el pueblo ha tenido de la justicia ha consistido siempre en sacar espíritu libre de su cobijo. Y todavía azuza hoy contra él sus perros más feroces. Siempre se ha dicho que la verdad está en el pueblo, y que pobres de los que se pongan a investigar. Como el pueblo os veneraba quisistéis darle la razón; y a eso sabios famosos, lo llamasteis "voluntad de verdad". Siempre os deciais: "Procedo del pueblo, y de él procede también la ley de Dios". En vuestra defensa del pueblo habéis sido siempre más pacientes y astutos que los asnos. Y más de un poderoso, que quería estar a buenas con el pueblo, enganchaba su carro a un borriquillo: a un sabio famoso.

Pero ahora yo quisiera, sabios famosos, que os quitárais al fin vuestra piel de león y la tirareis muy lejos de vosotros. Me refiero a la piel moteada de la fiera, a esas melenas de investigador, de experimentador, de inventor. para que yo llegue a creer en vuestra veracidad tendríais que romper antes en mil pedazos esa voluntad reverente y veneradora que tenéis. Yo llamo veraz al hombre que tras haber roto en mil pedazos su corazón reverente y venerador, se retira al desierto sin dios alguno. En la arena amarillenta del desierto, quemado por el sol y abrasado por la sed, dirige ávidamente miradas de soslayo a los oasis donde abundan las fuentes y en los que descansan seres vivos a la sombra de los árboles. Su sed, empero, no le impulsa a imitar a esos blandos y muelles, pues donde hay oasis también se encuentran imágenes de ídolos. Una voluntad semejante a la del león ha de querer ser hambrienta, violenta, solitaria, sin Dios. La voluntad del hombre veraz se ha liberado de los placeres del esclavo, se ha redimido de dioses y de adoraciones; es intrépida, animadora, grande y solitaria. Los veraces, los espíritus libres, siempre han vivido en el desierto, como dueños y señores de sí mismos. En cambio, los sabios famosos y bien alimentados viven en las ciudades: son animales de tiro. A decir verdad, siempre han estado tirando, como asnos, del carro del pueblo. Y no es que yo se lo eche en cara, pero los tengo por asnos y por animales de tiro, por muy ricamente que vayan enjaezados. En muchas ocasiones han sido buenos servidores, dignos de alabanza. Pues la virtud reza: "Si tienes que servir, busca a aquel a quien sea más útil tu servicio. El espíritu y la virtud de tu amo han de aumentar por el hecho de que tú estes a sus órdenes. Así también te engrandeces tú, a la par que lo hace el espíritu y la virtud de tu señor". Habría, pues, que decir en vuestro honor que, realmente, vosotros, sabios famosos al servicio del pueblo, habéis crecido a la vez que lo hacía el espíritu y la virtud del pueblo, y que éste ha crecido conforme lo hacía vuestro espíritu y

vuestra virtud. Pero, para mí, seguís siendo pueblo, incluso en vuestras virtudes de un pueblo corto de vista que no sabe lo que es el espíritu.

Y el espíritu de vida que, en vivir se desgarrar a sí mismo, aumentando su propio saber con su propio tormento. ¿A que no lo sabéis? Y la felicidad del espíritu consiste en estar ungido por las lágrimas y consagrado entre llantos como víctima propiciatoria. ¿A que no lo sabíais? Y la ceguera del ciego, su andar a tientas y sus titubeos deben ser testimonios del poder del sol al que miró. ¿A que no lo sabíais? Y quien busca el conocimiento ha de aprender a edificar con montañas; porque, para el espíritu, es poca cosa trasladar montañas simplemente. ¿A que no lo sabíais? Sólomente conocéis las chispas del espíritu; pero no veis que el espíritu es yunque y la crueldad un martillo.

No conocéis realmente el orgullo del espíritu, pero menos podríais soportar su modestia si tratara de manifestarse; y nunca habéis podido arrojar vuestro espíritu a un pozo de nieve, porque no tenéis el suficiente ardor. Eso es lo que hace que no sepáis nada de los éxtasis de su frialdad. Os familiarizáis excesivamente con el espíritu, y con frecuencia convertís la sabiduría en un asilo y hospital para malos poetas. No soís águilas, y por eso no habéis experimentado el gozo en el terror del espíritu. Y quien no es un pájaro no debe de anidar sobre el abismo. Os encuentro tibios, y no hay conocimiento profundo que no sea frío. Los pozos más íntimos del espíritu tiene la temperatura del hielo y constituyen un alivio para las manos ardientes de los que trabajan. ¡Qué honorables y rígidos os presentáis ante mí, sabios famosos! Se ve que no estáis impulsados por el viento y por una voluntad poderosa. ¿No habéis visto nunca una vela surcando el mar, combada, hinchada y temblorosa por la fuerza del viento? pues mi sabiduría salvaje camina sobre el mar como una vela que temblase por la fuerza del espíritu. ¿Cómo ibais a poder acompañarme vosotros, servidores del pueblo, sabios famosos?

Así habló Zaratrasta.

La canción de la noche

Es de noche, a esta hora suenan más fuertes todos los surtidores. También mi alma es un surtidor. es de noche, sólo a esta hora surgen las canciones de los que se aman. Y también mi alma es la canción de uno que ama. hay en mí algo que no ha sido satisfecho, algo insaciable, que trata de expresarse. Hay en mí un anhelo de amor que se expresa también en el lenguaje del amor. Soy luz; ¡y ojalá fuera noche! Pero en esto consiste mi soledad: en estar rodeado de luz. ¡Ojalá fuera noche y oscuridad! ¿Cómo me nutriría de los pechos de la luz! ¡Incluso a vosotros os bendeciría, luceros rutilantes, luciérnagas del cielo! ¡Qué dichoso me harían vuestros dones de luz! Pero yo vivo en mi propia luz; yo me bebo las llamas que brotan de mí. No conozco la dicha de aceptar, y a menudo he pensado que el que roba debe ser más dichoso que el que acepta. Y en esto consiste mi pobreza: en que mi mano siempre da sin descanso. Y en esto consiste mi envidia: en ver los ojos del que espera con avidez y las noches en claro del anhelo. ¡Infelices vosotros los que dais! ¡Eclipse de mi sol! ¡Anhelo de anhelar! ¡Hambre devoradora a pesar de la hartura! Ellos toman de mí, pero ¿les llevo al alma? Entre dar y aceptar media un abismo, y el abismo más chico es el más trabajoso de salvar. De mi propia belleza surge un hambre: quisiera hacer sufrir a quienes ilumino, y robar a los que colmo de regalos. ¡Hasta ese punto llegan mis ansias de crueldad! Retirar mi mano cuando otra me suplica, vacilar igual que la cascada cuando ha de despeñarse. ¡Hasta ese punto llegan mis ansias de maldad! Esta es la venganza que trama mi plenitud, esta es la crueldad que nace de mi soledad. Mi alegría de dar se me ha agotado dando; mi virtud se ha cansado de sí por ser tan abundante. Quien está siempre dando se halla expuesto a perder la vergüenza; a quien siempre reparte se le encallecen las manos y el corazón de tanto repartir. Mis ojos no se empañan llorando de vergüenza al ver a los que piden: mi mano endurecida ya no siente el temblor de las manos colmadas. ¿Adónde se han marchado el llanto de mis ojos y el plumón de mi corazón? ¿Qué solos están los generosos! ¡Que silencio recae a todos los que brillan! Muchos soles discurren por el ??? vacío, hablándole con su luz a todo lo que es oscuro: pero, ante mí, se callan. Tal es la hostilidad de la luz frente al que brilla; prosigue su camino despiadada. ¡Qué injustos, en lo más hondo de sus corazones, son los soles que caminan respecto a todo lo que brilla; que fríos para con otros soles! Iguales a huracanes se desplazan los soles por sus órbitas, siguiendo inexorables su sola voluntad; de aquí que sean tan fríos. Solamente vosotros los oscuros y lóbregos, podéis sacar calor de lo que brilla; solamente vosotros mamáis leche y consuelo de las ubres de la luz. El hielo me rodea; se me abrasan las manos al tocarlo. Me consume la sed de vuestra sed. Es de noche; ¿por qué he de ser yo luz, y sed de lo nocturno, y soledad? Es de noche: como una fuente brota el deseo de mí, el deseo de hablar. Es de noche: a esta hora suenan más fuertes todos los surtidores. También mi alma es un surtidor. Es de noche: sólo a esta hora surgen las canciones de los que se aman. Y también mi alma es la canción de uno que ama.

Así habló Zaratrasta.

La canción del baile

Cierto atardecer iba Zaratrasta y sus discípulos por el bosque buscando una fuente, cuando he aquí que llegaron a un verde prado, rodeado de árboles y arbustos. Había allí un grupo de muchachas bailando entre sí, que al ver a Zaratrasta, interrumpieron su danza. Se acercó Zaratrasta a ellas y les dijo amablemente: "Seguid bailando, lindas muchachas! No soy un ogro ni un enemigo de la gente joven. Soy el abogado de Dios ante el diablo, y el diablo es el espíritu de la pesadez. ¿Cómo iba a ser yo entonces enemigo de las danzas divinas que bailan unas muchachas tan livianas como vosotras, con esos piecitos y esos finos tobillos? Ciertamente, soy un bosque, y un bosque de tenebrosos árboles; pero quien no se asusta de mi oscuridad encuentra también rosas al pie de mis cipreses. Puede que encuentren incluso al diocesillo preferido de los jóvenes: el que se ha tumbado al lado de la fuente descansando con los ojos cerrados. El muy haragán se ha quedado dormido a plena luz del día. ¿Se cansaría quizá de cazar mariposas? No os disgustéis, hermosas bailarinas, si yo fustigo un poco a ese diocesillo. Es posible que me ponga a dar gritos y que se eche a llorar. Pero incluso llorando invita a la sonrisa. Ya veréis como él mismo, con esos ojos llorosos, os pedirá que bailéis. Y yo entonaré mi canto para que podáis hacerlo. Si, cantaré una canción para que bailéis, que a la vez sea una burla contra el espíritu de la pesadez; contra ese excelso y poderoso diablo mío, del que dicen que es el señor del mundo.

He aquí la canción que cantó Zaratrasta para que Cupido y las jóvenes bailaran: "El otro día, vida, te miré a los ojos, y creí que me sumergía en un insondable abismo, pero tú me sacaste con un anzuelo de oro;

y te reíste burlona ante cuanto te dije que eras insondable". Así es como hablan los peces -me dijiste-; que consideran insondable aquello que no pueden sondear. Pero yo sólo soy voluble, salvaje, mujer de cuerpo entero, y nada virtuosa. Si bien para vosotros, hombres, me llamo "la profunda", "la fiel", "la sempiterna", "la llena de misterio". Pero es que vosotros, los hombres virtuosos, me otorgáis el regalo de vuestras propias virtudes. Así reía ella, la increíble. Pero yo no la creo ni a ella ni a su risa cuando picaramente me habla de sí misma. Y cuando hablaba a solas con mi sabiduría salvaje, me dijo muy airada: "Tan sólo porque quieres, anhelas y amas, alabas a la vida". Me sentí muy tentado de responderle airado y de confesarle la verdad. Decirle que la verdad es la forma peor de contestarle a nuestra sabiduría. Aquí estamos los tres,. Yo sólo amo a la vida en el fondo de mi corazón, y la amo más sobre todo cuando la odio. El que sea bueno por la sabiduría -con frecuencia demasiado bueno- se debe al hecho de que me recuerda a la vida. Tiene sus mismos ojos, su misma risa, y hasta su mismo anzuelo de oro. ¿Tengo yo la culpa de que se parezcan tanto las dos? Cuando en cierta ocasión me preguntó la vida: ¿Quién es esa tal sabiduría?, le contesté al momento: ¡Ah, sí, la sabiduría! Estamos sedientos de ella y nunca saciamos esa sed; la miramos a través de velos, tratamos de apresarla con redes. ¿Es tal vez hermosa? ¿Qué se yo! Pues hasta las carpas más viejas muerden su cebo. Es voluble y ???; muchas veces la he visto morderse los labios y peinarse a contrapelo. Puede que sea malvada y pérfida, una auténtica mujer; pero cuando habla mal de sí es cuando resulta más atrayente. Cuando la vida oyó mis palabras sonrió con picardía y entornó los ojos: "¿De quién estas hablando?, me dijo-. ¿No será por ventura de mí? Y aunque tengas razón, ¿cómo me dices todo eso en mi propia cara? Háblame ahora también de tu sabiduría. "Entonces, ¡ay!, volviste a abrir los ojos, vida amada, y me pareció que yo tornaba a sumergirme en un insondable abismo".

Así habló Zaratrústa; pero cuando acabó el baile y las muchachas se marcharon, se sintió triste. "Hace ya un buen rato que se ha ocultado el sol -dijo al fin- . El prado está muy húmedo y llega de los bosques un vientecillo frío. Algo desconocido me rodea, y me mira con aire pensativo. ¡Cómo! ¿es que vives aún, Zaratrústa? ¿por qué?, ¿para qué?, ¿de qué?, ¿adónde vas?, ¿de dónde vienes?, ¿cómo?, ¿no es una estupidez seguir viviendo? ¡Ay!, amigos míos, todas esas preguntas las está haciendo la noche en mi interior. Perdonad que esté triste. Ha caído la noche. ¡Perdonadme que haya caído la noche!"

Así habló Zaratrústa.

La canción de los sepulcros

Ahí está la isla de los sepulcros, tan silenciosa; y ahí estan también los sepulcros de mi juventud. Voy a llevar a ella una corona inmarcesible de vida. Movido por este propósito crucé el mar. ¡Oh, visiones de mi juventud, miradas de amor, divinos instantes! ¡Qué pronto habéis muerto para mí! Hoy os recuerdo como recuerdo a mis muertos. De vosotros, mis muertos amados, me llega una suave fragancia que apacigua mi corazón y mi llanto. ¡Qué conmovido y aliviado se siente con este perfume el corazón de este solitario navegante! Sigo siendo el más rico y envidiable, ¡yo, el más solitario! Ya que os tuve a vosotros y vosotros que me tuvisteis a mí, decidme: ¿a quién se le han caído del árbol, como a mí, esas manzanas de rosa? Sigo siendo el he ??? y el suelo de vuestro amor, amadísimos míos, sobre todo en vuestro recuerdo florecen virtudes silvestres de todos los colores! Habíamos sido hechos, ¡ay! para estar muy ??? benévolos y extraños prodigios, y no acudisteis a mi y a mi deseo como tímidos pajarillos, sino como confiados en quien confianza. Sí, hechos, como yo, para la lealtad y para delicadas cavidades????, ahora he de llamaros por vuestra infidelidad, ¡miradas e instantes divinos: aún no he aprendido vuestro nombre! ¡Qué pronto habéis muerto para mí, fugitivos! Pero ni vosotros huisteis de mí ni yo huí de vosotros; somos, pues, vosotros y yo, inocentes de vuestra infidelidad. Para matarme a mí os han estrangulado, ¡pájaros cantores de mi esperanza! La maldad de mis compañeros de juegos disparó sus flechas contra vosotros, amados míos, para herirme el corazón. Y dio en el blanco. Hubisteis de morir, en plena juventud, tan prematuramente, porque erais lo que mi corazón más apreciaba, lo que yo poseía y a mí me poseía. Lanzaron su flecha contra mi flanco más débil. Y ese flanco erais vosotros, cuya piel recordaba al suave terciopelo, o mejor, a la sonrisa que muere por una mirada.

He aquí lo que tengo que decir a mis enemigos: ¿qué son los homicidios todos comparados con lo que me habéis hecho a mí? El daño que me habéis hecho es peor que cualquier homicidio; me habéis quitado algo que nunca poder recuperar. Por eso me dirijo a vosotros. Habéis asesinado las visiones de mi juventud y los prodigios que yo más apreciaba. Me habéis arrebatado mis compañeros de juego, mis espíritus bienaventurados. Para venerar su memoria deposito esta corona y esta maldición. ¡Una maldición contra vosotros, enemigos míos, que acortasteis mi eternidad, como se quiebra una voz en medio del frío de la noche! Tan sólo percibí el fugaz relampagueo -un instante brevísimo- de unos ojos divinos. ¡En qué momento más oportuno me dijo a mí un buen día mi pureza: ¡Todos los seres son para mí divinos! Entonces caisteis sobre mí como inmundos fantasmas. ¿Hacia donde se iría aquella hora propicia? "Todos los días han de ser santos para mí", me dijo en otro tiempo mi sabiduría juvenil: palabras, realmente de una gaya ciencia. Y fue entonces cuando vosotros, enemigos míos, me robásteis mis sueños y me los cambiasteis por tormentosos insomnios. ¡Ay de mí! ¿Adónde irá a parar mi gaya ciencia! En otro tiempo anhelaba auspicios felices. Entonces hicisteis que se cruzaran en mi camino un búho horrible y monstruoso. ¡Ay de mí! ¿Adónde huyeron entonces mis más tiernos afanes? En otro tiempo prometí renunciar a todo lo que pudiera producirme náuseas; entonces convertisteis a mis allegados y a mis prójimos en llagas purulentas. ¡Ay de mí! ¿Dónde huyó mi más noble promesa? En otro tiempo recorría como un ciego senderos de felicidad; entonces lanzasteis inmundicias al camino del ciego, hasta que él sintió náuseas de aquel viejo camino. Y cuando logré lo que era más difícil para mí y celebré el triunfo de mis superaciones, entonces hicisteis que cuantos me querían se pusieran a gritar que yo era quien más daño les hacía. Así habéis actuado siempre: cargasteis lo mejor de mi miel y el trabajo de mis mejores obras. Mandasteis contra mi generosidad los mendigos más insolentes, y persuadisteis a los desvergonzados más redomados para que vinieran a solicitar mi compasión. Con eso minasteis mis virtudes en su fe. Y cuando ofrecí en sacrificio lo que había de mí de más sagrado, vuestra "piedad" añadió al punto sus dones más grasientos; de este modo, hasta lo más sagrado que había en mí quedó ahogado en el vaho de vuestra grasa. En otro tiempo quise bailar como nunca lo había hecho, por encima de todos los cielos, y fue entonces cuando sedujisteis a mi más querido cantor. Aquel cantor se puso a entonar un canto tan triste y tan horrible que mis oídos retumbaron como ante un tétrico cuerno. ¡Cantor asesino, instrumento de maldad, tú, el más inocente! Ya estaba yo dispuesto para lanzarme a mi baile mejor, y entonces asesinaste mi éxtasis con tus sones. Únicamente bailando consigo expresar el símbolo de las cosas supremas, ¡y ahora tengo mis miembros paralíticos, sin poder expresar mi símbolo supremo! Mi más alta esperanza se ha quedado sin expresar y sin redimir. Murieron todas las visiones y consuelos de mi juventud. ¿Cómo pude llegar a soportarlo? ¿Cómo cicatricé y sobreviví a tamañas heridas? ¿Cómo resucitó mi alma de esos sepulcros? Sí, hay algo en mí invulnerable, algo que no se puede sepultar, algo que logra que las

rocas salten: mi voluntad, que a través de los siglos avanza silenciosa e inmune. Mi vieja voluntad quiere ahora abrirse camino usando de mis pies. Aún subsistes idéntica a ti misma, la más paciente de todas, ¡voluntad mía! Siempre lograste abrirte paso a través de todos los sepulcros. En ti subsiste aún lo irredento de mi juventud, y como la vida y la juventud, te has sentado, henchida de esperanza, sobre las ruinas amarillentas de los sepulcros. Sí, aún te tengo por la fuerza capaz de destruir todo sepulcro. ¡Salve, voluntad mía!; que sólo donde hay sepulcros hay también resurrecciones.

Así habló Zaratrústa.

La superación de sí mismo

"Voluntad de verdad": ¿no es así como llamáis vosotros, los sapientísimos, a lo que os impulsa y enardece? Voluntad de hacer pensable todo lo existente: así llamo yo a vuestra voluntad. Queréis hacer pensable cuanto existe, porque, con una justificada desconfianza, dudáis de que sea yo pensable. Pero todo lo existente ha de adaptarse y someterse a vosotros; ¡así lo dicta vuestra voluntad! Ha de allanar y someterse al espíritu, como si se tratara de un espejo que refleja una imagen. De este modo, sapientísimos, vuestra voluntad es una voluntad de poder, y lo es hasta cuando habláis del bien y del mal y hacéis valoraciones. Queréis crear un mundo ante el que podáis arrodillaros: esa es vuestra última esperanza y vuestra embriaguez. Los que no son sabios -es decir, el pueblo- son como el río por el que navega una barquilla, en la que se asientan solemnes y embozadas las tablas de valores. Habéis lanzado vuestra voluntad y vuestros valores al río del devenir: lo que el pueblo considera bueno y malo me revela una vieja voluntad de poder. ¡Hombres sapientísimos!, vosotros fuisteis los que colocasteis a tales pasajeros en esa barquichuela, y quienes les disteis pompa y nombres orgullosos: ¡vosotros y vuestra voluntad de dominio! Y ahora el río lleva vuestra barca: y tiene que llevarla. Poco importa que rompan las olas en su quilla, entre encolerizada espuma. Vuestro peligro y el fin de vuestro bien y vuestros mal, sapientísimos, no es el río, sino aquella misma voluntad, la voluntad de poder. La inagotable y fecunda voluntad de vivir. Esto para que entendáis lo que digo sobre el bien y el mal, voy a hablaros de la vida y de la especie a la que pertenece todo ser viviente.

Yo he ido en pos de lo que vive, he recorrido los caminos más grandes y más chicos para conocer su especie. He recogido su mirada en un espejo de cien lunas, cuando estaba cerrada su boca, para que fueran sus ojos los que me hablaran. Y sus ojos me hablaron. Allí donde encontré seres vivos oí hablar siempre de obediencia. Y es que todo ser vivo es obediente. Esto es lo segundo que vi: que sólo se manda a quien no sabe obedecerse a sí mismo. Así es la especie de los seres vivos. Y lo tercero es: que resulta más difícil mandar que obedecer. Y no sólo esto, sino que quien manda ha de soportar el peso de quienes obedecen, corriendo el peligro de que le aplasten. En todo acto de mandar he visto siempre un ensayo y un riesgo. Siempre el ser vivo que manda se arriesga a sí mismo; y hasta cuando se manda a sí mismo ha de expiar su acto de mandar; ha de ser juez, vengador y víctima de su propia ley. ¿Cómo puede ser esto? -me preguntaba yo- ¿Qué es lo que induce a los seres vivos a obedecer y a mandar, y a que obedezcan incluso cuando mandan? ¡Escuchad, pues, mis palabras sapientísimos! ¡Examinad seriamente si he penetrado en el corazón mismo de la vida, si he llegado hasta las mismas raíces de su corazón!

Siempre que he visto un ser vivo he encontrado voluntad de poder: hasta en la voluntad del siervo encontré la voluntad de ser señor. Al más débil le induce su voluntad a servir al más fuerte, porque esa voluntad quiere dominar a lo que es más débil aún: se trata de un goze del que no quiere privarse. Y del mismo modo que el más pequeño se doblega ante el que es mayor que él, para dominar y disfrutar de poder sobre el que es más pequeño todavía, así también el mayor se doblega y expone su vida por amor al poder. La entrega del más fuerte se caracteriza por ser una temeridad y un riesgo, así como un juego de dados con la muerte. Allí donde hay sacrificio, servicio y miradas de amor se da también voluntad de dominio. El débil penetra en la fortaleza a través de tortuosos caminos, hasta que llega al corazón del poderoso y le roba el poder. -Mira me dijo la vida revelándome un secreto-, yo soy lo que siempre ha de superarse a sí mismo. A eso le llamáis vosotros voluntad de crear o instinto de los fines, de algo más alto, más lejano, más discreto: pero todo eso constituye una única realidad, un único misterio. Prefiero hundirme en mi ocaso y renunciar a esa única cosa; y es que, en realidad donde hay ocaso y otoño se autoinmola por el poder. ¡Y yo he de ser lucha, devenir, fin y contradicción de los fines! Quien comprenda mi voluntad comprenderá también las sendas tortuosas que ha de recorrer. Cualquier cosa que yo cree, y la ame como la ame, pronto habré de ser su adversario y el adversario de mi amor: así lo quiere mi voluntad. Incluso tú, hombre que tienes conocimiento, no eres más que un sendero y una huella de mi voluntad; y es que, ciertamente, mi voluntad de poder sigue también las huellas de mi voluntad de verdad. No dio, por supuesto, en el blanco de la verdad quien lanzó contra ella la expresión "voluntad de existir": ¡esa voluntad no existe! Pues lo que no existe no puede querer, y lo existente no puede apetecer lo que ya tiene. Sólo hay voluntad donde hay vida; pero lo que yo digo es que no se trata de una voluntad de vida, sino de una voluntad de poder. Hay muchas cosas que el ser viviente aprecia más que su propia vida, pero en su propio acto de apreciación se expresa la voluntad de poder.

Esto fué lo que me enseñó la vida, y en base a ello, sabios, pude descifrar yo el enigma de vuestros corazones. En verdad os digo que no existen un bien y un mal que sean imperecederos. Han de estar constantemente superándose a sí mismos por sí mismos. Con vuestros valores, con vuestro lenguaje relativo al bien y al mal, vosotros, los que valoráis, ejercéis la violencia, y ése es vuestro amor oculto, el esplendor, la emoción y el desbordamiento de vuestra alma. Pero de vuestros valores emana una violencia más fuerte y una nueva superación: chocando contra ella se rompe la cáscara y el huevo. Quien quiera ser un creador en el ámbito del bien y del mal ha de ser antes un destructor y un quebrantador de valores. De este modo, para realizar el mayor bien hay que cometer el mayor mal: en eso consiste la bondad creadora. Aunque nos duela, sapientísimos, hay que hablar de esto, porque es peor silenciarlo; todas las verdades que se silencian terminan volviéndose venenosas. Rompamos todo lo que podamos romper de nuestras verdades! Hay todavía mucho que edificar.

Así habló Zaratrústa.

Los sublimes

¡Qué silencioso es el fondo del mar!; ¿quién diría que oculta monstruos juguetones? Mi profundidad es

inconmensurable, pero por ella flotan enigmas y radiantes carcajadas. Hoy he visto a un hombre sublime, a un solemne, a un penitente del espíritu. ¡Y cómo se ha reído mi alma de su fealdad! El sublime guardaba silencio, con el pecho erguido como los que aspiran aire con fuerza. Estaba adornado de feas verdades; su botín de caza y sus vestidos se encontraban hechos jirones, tenían muchas espinas, pero no vi en él ninguna rosa. Todavía no había aprendido a reír, no conocía la belleza. Era un cazador que regresaba huraño del bosque del conocimiento. Volvía a su casa después de haber luchado con feroces animales, pero por su aspecto severo parecía que él también era un animal salvaje, una fiera indómita. Ahí está aún, como un tigre, dispuesto a lanzarse sobre su presa. Pero a mí no me van esas almas tensas; no me gusta esa gente tan reservada. ¿Me decís, amigos míos, que sobre gustos no hay nada escrito? ¡Pero si toda la vida es una lucha por cuestión de gustos! El gusto es a un tiempo, la pesa, la balanza y el que las maneja; ¡Pobre del ser viviente que trate de vivir sin luchar por las pesas, por la balanza y por los que las manejan! La belleza de un individuo sublime empezará cuando se canse de su sublimidad, sólo entonces querría yo probarlo y saborearlo. Y sólo cuando se aleje de sí mismo podrá saltar por encima de su sombra y entrar en su sol. ¡Cuánto tiempo ha estado viviendo a la sombra!; ¡qué pálidas tiene las mejillas ese penitente del espíritu!; casi se ha muerto ese hombre de tanto esperar. Aún hay desprecio en sus ojos y asco en su boca. Ahora está descansando, sí, pero su descanso no se ha tendido todavía al sol. Debería hacer como el toro; y su felicidad habría de oler a tierra, y no al desprecio de la tierra. Me gustaría verle como un toro blanco mugiendo y resollando delante del arado; y sus mugidos deberían ser una alabanza a todo lo terreno. Su rostro es oscuro todavía; en él proyecta la sombra de la mano, y sus ojos continúan reflejando su sombra. Su propia acción es también el efecto de la sombra sobre él; su mano le deja en penumbra cuando actúa. Todavía no ha superado su acción. Admiro realmente la cerviz de este toro, pero también me gustaría ver en él la mirada del ángel. Asimismo ha de olvidar su voluntad de héroe; quiero que sea elevado, además de sublime: el propio éter debería elevar a ese hombre a voluntad. Ha dominado monstruos y ha descifrado enigmas, pero todavía tendría que redimir sus propios monstruos y resolver sus propios enigmas, convirtiéndolos en criaturas celestiales. Su conocimiento no ha aprendido a sonreír y a no sentir celos, y el torrente de su pasión no se ha sosegado aún en la belleza. Y es que donde debería silenciar y sumergir su deseo no es precisamente en la saciedad, sino en la belleza. La gracia forma parte de la generosidad de los magnánimos. El héroe debería descansar con el brazo sobre la cabeza, y así tendría que superar incluso su reposo; pero precisamente, entre todo, lo que más difícil le resulta al héroe es lo bello. No hay voluntad violenta que no fracase en la conquista de lo bello. Un poco más, un poco menos: es aquí precisamente mucho, es lo más. Lo que vosotros, los sublimes encontráis más difícil es estar de pie, con los músculos relajados y con la voluntad distendida. ¡Qué bello es que el poder se muestre clemente y que descienda hasta lo visible! Y a nadie, exijo más belleza que a ti, violento; que tu bondad constituya tu última superación. Como te creo capaz de todas las maldades, te exijo el bien. ¡Cuánto me he reído del débil, que se cree bueno porque las garras no le funcionan! Debes aspirar a tener la virtud de la columna, que cuanto más alta resulta más bella y delicada, pero a la vez es más dura y resistente en su interior. ¡Sí, hombres sublimes, un día habrás tú también de ser bello y podrás ofrecer el espejo a tu propia belleza! Entonces tu alma se estremecerá de ardientes anhelos divinos, y hasta en tu vanidad habrá adoración. Esto constituye realmente el misterio del alma: que sólo cuando el héroe la ha abandonado se acerca a ella en sueños el superhombre.

Así habló Zaratrústa.

El país de la cultura

Me había alejado demasiado, volando hacia el futuro, y se apoderó de mí un escalofrío de terror. Cuando miré en torno a mí, comprobé que sólo estaba acompañado por el tiempo. Huí entonces hacia atrás, hacia mi hogar, y aquí me tenéis otra vez entre vosotros, hombres del presente, y en el país de la cultura. Por primera vez me acercaba a vosotros con buenos ojos; si, realmente había vuelto con el corazón cargado de buenos deseos. Pero ¿qué me ha sucedido? Que a pesar de mi angustia me eché a reír. ¡Nunca ví nada tan pintoresco! Aunque me temblaban las piernas y el corazón, no paraba de reírme. "Esta es, sin duda, la patria de los mil botes de colores", me dije. Teníais la cara y el cuerpo, hombres del presente, pintados con cincuenta chafarrinones, y me asombré de veros así lejos allí sentados. Estabais rodeados de mil espejos que gorjeaban y copiaban vuestros chillones colorines. No hubiérais podido elegir, hombres del presente, una careta mejor que vuestra propia cara. ¿Quién os hubiera podido reconocer? Estáis pintarrajeados con los signos del pasado, y sobre ellos han trazado oleos, a su vez. Ni los que descifran signos podrían reconocerlos! Aunque los augures examinaran vuestras entrañas, ¿quién iba a decir que las tenéis? Parecéis un amasijo de colorines y de papeles encolados. Todos los tiempos y todos los países miran a través de vuestros velos en total confusión; todas las costumbres y todas las creencias hablan en total confusión a través de vuestros abigarrados gestos. Quien os quitara todos esos velos, adornos, colorines y gestos tendría suficiente material para hacer un espantapájaros. Realmente, yo mismo, soy el pájaro encantado que un día os vió desnudos y en colorines, y alcé el vuelo en cuanto dislumbré que vuestro esqueleto me hacía señas amorosas. Preferiría ser jornalero en el mundo subterráneo y entre las sombras del pasado, puesto que las sombras de los que habitan en el infierno son más gruesas y más rollizas que vosotros. El no poder soportaros ni desnudos ni vestidos, hombres del presente, me amarga las entrañas. Todo lo que hay de siniestro en el futuro, cuanto ha podido espantar a los pájaros extraviados, resulta, sin duda más tranquilizador y más familiar que vuestra "realidad". Pero vosotros os decís: "Somos reales, no tenemos ni fe ni supersticiones"; y os quedáis tan ufanos, sacando mucho el pecho; aunque, a decir verdad, ni siquiera tenéis pecho. ¿Cómo podríais vosotros creer, gente pintarrajeada, si no sois más que pinturas de todo lo que se ha creído en otros tiempos? Sois la refutación andante de la propia fe, quebrantahuesos de todos los pensamientos. Considero que no sois dignos de fe, hombres reales. En vuestro espíritu parlotean todas las épocas, pero todos los sueños y el parloteo de todas las épocas han sido más reales aún que vuestro estar despiertos. Sois estériles, y ésa es la razón de que os falte la fe; pero el que tuvo que crear tuvo también sus sueños proféticos y sus signos estelares; creía en la fe. Sois puertas entornadas detrás de las cuales esperan los sepultureros, y vuestra realidad consiste en que todo merece perecer. ¡Cómo os presentáis ante mí, hombres estériles, con las costillas al aire! Y muchos de vosotros sois conscientes de ello. Incluso alguno ha dicho ya: "Creo que algún dios nos ha quitado algo mientras dormíamos. Seguro que ha bastado para formar con ella una mujer. ¿Es asombrosa la pobreza de nuestra costillas!" Me hacéis reír, hombres del presente; sobre todo cuando os admiráis de vosotros mismos. ¡Pobre de mí si no pudiese reírme de vuestro asombro y hubiera de tragarme toda la bazofia de vuestras escudillas! Pero prefiero tomaros a broma, porque ya tengo bastantes cosas graves con las que cargar. ¡Qué más me da que se posen sobre mi carga algún escarabajo o algún gusano con alas! ¿Es que por eso va a ser mi carga más pesada? No sois vosotros, hombres del presente, quien me vais a fatigar hasta el extremo. ¿Hasta dónde

habré de ascender aún con mi deseo? Desde todas las cumbres busco con la mirada la tierra de mis padres y de mis madres, porque no encontré un hogar en ningún sitio: soy un nómada por todas las ciudades; en todas las puertas me despiden. Los hombres del presente, hacia los cuales no hacía mucho me impulsaba mi corazón, me son extraños y burlescos; de este modo estoy desterrado de la tierra de mis padres y de mis madres. Por eso sólo amo ya a la tierra de mis hijos, la tierra ignota, allende los mares; y gobierno las velas de mi barco para que la busque sin cesar. Quiero reparar en mis hijos el hecho de ser hijo de mis padres, y asimismo quiero reparar en el futuro el presente.

Así habló Zaratrusta.

El conocimiento inmaculado

Cuando ayer vi la luna me pareció que iba a parir un sol: tan abultada y grávida yacía en el horizonte. Pero me engañaba con ese presunto embarazo: antes creeré que la luna es hombre que mujer. Aunque, a decir verdad, ese tímido noctámbulo que se pasea por los tejados sin tener la conciencia tranquila, es poco hombre. Sí, ese monje que hay en la luna resulta lascivo y envidioso: lascivo de la tierra y de todos los gozes de los que se aman. ¡No, no me gusta ese gato de los tejados! Me parece repulsivo todo el que ronda a escondidas las ventanas entornadas. Piadoso y callado, camina sobre alfombras de estrellas pero no me gusta el hombre que anda con sigilo y que ni siquiera hace resonar sus espuelas. Los pasos del hombre honrado hablan por sí solos, mientras que el gato se desliza furtivo por el suelo. Fíjate como avanza la luna con su andar gatuno y desleal.

Esta parábola va por vosotros, hipócritas sentimentales que vais en pos del "conocimiento puro" ¡Yo os llamo lascivos! También vosotros amáis la tierra y todo lo terrenal! ¡Demasiado bien os conozco!; pero en vuestro amor hay vergüenza y mala conciencia. Os parecéis a la luna. Han persuadido a vuestro espíritu a que despreciéis la tierra; pero no a vuestros intestinos que es lo más fuerte que tenéis. Y ahora vuestro espíritu se avergüenza de estar a las órdenes de vuestros intestinos; y su propia vergüenza le hace internarse por senderos torcidos y engañosos. Vuestro espíritu falaz se dice a sí mismo: "Para mí, lo más grande sería contemplar la tierra sin codicia, y no como los perros, con la lengua colgando. ¡Qué feliz sería contemplándola con la voluntad ya muerta, sin la rapacidad ni la ambición del egoísmo, con todo el cuerpo frío y gris, pero con los ojos ebrios como los de la luna!" El seducido se seduce a sí mismo diciéndose: "¡Cuánto me gustaría amar la tierra como la ama la luna y tocar su belleza tan sólo con los ojos! Quisiera tener un conocimiento inmaculado de todo, que consistiera en no desear nada de nada; a excepción de que pudiera colocarme ante todo como un espejo de cien ojos!". ¡Lascivos hipócritas sentimentales!, como no deséais de una forma inocente, calumniáis todo deseo! No amáis la tierra como creadores, como engendradores, como los que gozan del devenir. ¿Dónde se da la inocencia? ¿Dónde hay voluntad de crear! Para mí, quién posee una voluntad más pura es aquél que quiere crear por encima de sí mismo. ¿Dónde se da la belleza? ¿Donde yo tengo que querer con toda mi voluntad; donde quiero amar y hundirme en mi ocaso, para que la imagen no quede reducida a pura imagen! ¡Amar y hundirse en su ocaso son dos cosas que van unidas desde toda la eternidad! Voluntad de amor significa estar dispuesto incluso a morir. ¡Eso es lo que tengo que deciros cobardes!

Pero vosotros pretendéis llamar "contemplación" a vuestra forma vizca y castrada de mirar. Encontráis bello lo que se deja mirar por unos ojos pusilámines. ¡Cómo prostituís, hasta las palabras mas nobles! Estáis malditos, hombres inmaculados del conocimiento puro; sí, estáis malditos a no engendrar jamás, por muy hinchados y preñados que aparezcáis en el horizonte. Os llenáis la boca de nobles palabras; ¡y hemos de creer, mentirosos, que hay una gran abundancia en vuestro corazón? Mis palabras, en cambio, son humildes, despreciadas, torcidas, me contento con alimentarme de las migajas que caen de vuestras mesas. Peor aún así me bastan para decir siempre la verdad a los hipócritas. Si, mis espinas, mis conchas y mis cardos les hacen cosquillas en la nariz a los fariseos. A vuestro lado y en vuestros banquetes el aire está siempre viciado; vuestros pensamientos lascivos, vuestros embustes y vuestros disimulos despiden mal olor. ¡Empezad teniendo fe en vosotros mismos y en vuestros intestinos! Quien no tiene fe en sí mismo, siempre miente. Vosotros "los puros" os tapásteis el rostro con la máscara de un dios; vuestro miserable gusano se ha metido a rastros en la máscara de un dios. Y realmente, conseguís engañar, "contemplativos". Hasta Zaratrusta fue en otro tiempo el bufón de vuestras pieles divinas, nunca sospechó que estuvieran forradas de serpientes. En otro tiempo, hombres del conocimiento puro, creía yo ver en vosotros juegos el alma de un dios. No creí que hubiera un arte superior al vuestro. La distancia, no me permitía copiar vuestro mal olor a excrementos de serpientes, ni la astucia del lagarto, que rondaba lasciva a vuestro alrededor. Pero me acerqué a vosotros y despuntó el día en mí, como ahora despunta para vosotros. ¡Se acabaron los amores de la luna! ¡Mirad allí como se ha quedado la luna atrapada ante los resplandores de la aurora, y qué pálida se ha puesto! ¡Sí, ya surge la ardiente aurora; ya llega su amor a la tierra! El amor del sol es inocencia y afán de crear. ¡Mirad con qué impaciencia se alza sobre el mar! ¿Es que no sentís ya la sed y el cálido aliento de su amor? Quiere sorber el mar y tragarse su profundidad para llevárselo a las alturas; y el deseo del mar se eleva sobre mil pechos. Y es que el mar ansía ser sorbido y besado por la sed del sol, quiere convertirse en aire, en altura, en rastro de luz. ¡En luz, incluso! En verdad, os digo que yo también amo la vida y los mares profundos. Y esto es, es para mí, el conocimiento: ¡que todo lo profundo debe ascender hasta mi altura!

Así habló Zaratrusta.

Los doctos

Estaba yo durmiendo cuando se me acercó una oveja y se comió la guirnalda de hierba que yo llevaba en la cabeza. Una vez que se la hubo engullido, exclamó: "Zaratrusta ya no es un docto". Dicho esto, se marchó muy altiva y displiciente. Me lo ha contado un niño. Me encanta tumbarme aquí, donde juegan los niños, junto al muro agrietado, entre cardos y rojas amapolas. Para los niños sigo siendo un docto; y también para los cardos y las amapolas. Son inocentes hasta en su maldad. Pero yo ya no soy un docto para las ovejas; así lo quiere mi suerte, ¡bendita sea! Pues lo cierto es que salí de la casa de los doctos con un portazo. Durante demasiado tiempo se sentó mi alma hambrienta a su mesa, y yo no estoy preparado para el conocimiento como ellos, que piensan que conocer es algo así como cascar nueces. Amo la libertad, y me gusta el aire libre que orea la tierra fresca; perfiero dormir sobre una piel de buey que sobre los honores y las dignidades de los doctos. Soy demasiado ardiente, y estoy demasiado quemado por mis propios

pensamientos: a menudo no puedo respirar bien, y tengo que salir al aire libre y escapar de los cuartos cubiertos de polvo. Ellos, en cambio, se sientan con toda frialdad a la fresca sombra; no pretenden otra cosa que ser espectadores de todo, y se guardan mucho de sentarse donde el sol caliente los escalones. Al igual que esos que se paran en mitad de la calle con la boca abierta al ver pasar a la gente, así se ponen ellos a mirar boquiabiertos los pensamientos de cuantos pasan ante su presencia. Sin pretenderlo, levantan polvo alrededor cuando se les toca con las manos, como si fueran sacos de harina; pero ¿quién va a sospechar que su polvo procede del grano y de la dorada delicia de los campos estivales? Cuando quieren dárseles de sabios, sus pequeñas sentencias y sus verdades a medias me dan escalofríos; su sabiduría despidе a menudo un hedор a terreno pantanoso; y, a decir verdad, en ella me ha parecido oír el croar de las ranas. Son hábiles, y tienen dedos expertos; ¿qué puede tener en común mi sencillez con su complejidad? Sus dedos saben hilar, hacer nudos y tejer a las mil maravillas; así le tejen calcetines al espíritu! Son buenos relojes, con tal de que se tenga la precaución de ir dándoles cuerda; en ese caso, marcan la hora con exactitud, y produce, al hacerlo, un ruido discreto. Trabajan como molinos y morteros; les echas el grano y ellos lo muelen perfectamente hasta reducirlo a un polvo blanquecino. Se miran los dedos, unos a otros, y no se fían ni del más experto. Inventan con habilidad artimañas y trampas para que caigan en ellas aquellos cuya ciencia cojea. Están siempre al acecho como las arañas. Les he visto cómo preparaban con mucha cautela sus venenos; siempre con guantes de cristal para protegerse las manos. Saben también jugar con dados falsos; y los he visto jugar con tanto ardor que terminaban sudando. Se extrañan los unos a los otros, y sus virtudes me resultan más repulsivas todavía que sus embustes y sus dados amañados. Cuando viví a su lado, me mantuve por encima de ellos, y eso hizo que se enfadaran conmigo. No quieren ni siquiera oír que alguien camina por encima de ellos; por eso pusieron tierra, leña y basura entre su cabeza y mis pies. De este modo ahogaron el sonido de mis pasos; y hasta ahora quienes menos atención me han prestado han sido los doctos. Pusieron entre ellos y yo toda suerte de miserias y de defectos humanos; en su casa le llaman a eso un "falso techo". Con todo, yo sigo caminando con mis pensamientos por encima de sus cabezas, y aunque quisiera caminar sobre mis propios errores, seguiría estando por encima de ellos y sus cabezas. Y es que, como dicta la justicia, los hombres no son iguales y ellos no pueden querer lo que yo quiero.

Así habló Zaratrusta.

Los poetas

"Desde que conozco mejor el cuerpo -dijo Zaratrusta a uno de sus discípulos-, el espíritu no es para mí sino una forma de expresarse; y lo "imperecedero" no es tampoco otra cosa que un símbolo". "Ya te he oído decir eso en otro momento contestó el discípulo; pero entonces añadistes que los poetas mienten demasiado. ¿Por qué dijiste eso?" ¿Que por qué? dijo Zaratrusta; ¿me preguntas el porqué? Yo no soy de esos a quienes se les puede preguntar su porqué. ¿Crees que mi experiencia data de ayer? Hace mucho que vengo experimentando las razones de mis opiniones. Si tuviera que llevar a cuestas todas mis razones necesitaría una memoria del tamaño de un tonel. Bastante hago con retener sólo mis opiniones; y más de un pájaro se me ha ido volando. También me he encontrado a veces alguna paloma en mi palomar, que llegó allí volando, y que se echó a temblar en cuanto le puse la mano encima. ¿Qué te dijo Zaratrusta aquel día? , ¿que los poetas mienten demasiado? Pues Zaratrusta es un poeta también. ¿Crees, entonces, que en ese momento estaba diciendo la verdad? ¿Por qué lo crees? El discípulo contestó: "Yo creo en Zaratrusta". Éste meneó la cabeza y se sonrió. "A mí no me atonta le fe señaló; y menos aún la fe en mí mismo. Pero si alguien, con toda seriedad, afirmara que los poetas mentimos demasiado, tendría razón: nosotros mentimos demasiado. Por otra parte, sabemos muy pocas cosas y aprendemos mal; esa es la razón de que tengamos que mentir. ¿Quién de nosotros, los poetas no ha adulterado su vino? En nuestras bodegas se ha preparado más de un brebaje venenoso; en ellas se han hecho cosas que no se podrían ni describir. Como sabemos poco, amamos con todo nuestro corazón a los pobres de espíritu; sobre todo cuando se trata de mujeres jóvenes. Nos apasiona, incluso lo que cuentan las viejas por la noche. Decimos que es lo "eterno femenino" que hay en nosotros. Y como si existiera una vía secreta para llegar al saber, que estuviese vedada a quienes aprenden algo, creemos en el pueblo y en su "sabiduría". Los poetas creen también que si alguien se tiende sobre la hierba o en una ladera solitaria y aguza el oído, puede llegar a saber algo de lo que pasa entre el cielo y la tierra. Y cuando se ponen emocionalmente tiernos creen que la propia naturaleza se ha enamorado de ellos, y que se acerca furtivamente a sus oídos para susurrarles dulces secretos y amorosas alabanzas. Se jactan de esto ante cualquier mortal. ¡Ay, cuántas cosas existen entre el cielo y la tierra que sólo los poetas se permiten soñar! ¡Sobre todo en el cielo! Pues todos los dioses, sin excepción, son símbolos y ficciones creados por los poetas. Realmente, siempre nos hemos sentido atraídos por las regiones de las nubes, y sobre ellas hemos colocado nuestros monigotes multicolores, y les hemos dado el nombre de dioses y de superhombres. Y es que esos dioses y superhombres pesan tan sumamente poco que pueden tener a las nubes por asiento. Qué hartо estoy de todo lo innacesible que se empeña en pasar a la categoría de acontecimiento! ¿Qué hartо estoy de los poetas!

Cuando Zaratrusta dijo todo esto, su discípulo se sintió molesto con él, pero guardó silencio. También Zaratrusta se quedó callado; sus ojos se habían vuelto hacia su interior y como si miraran hacia un lugar alejado. Por fin suspiró y respiró hondo. Pertenezco al presente y al pasado -dijo después-; pero hay en mí algo que pertenece al mañana, al pasado mañana y al futuro. Estoy hartо de los poetas, de los antiguos y de los modernos; todos me parecen superficiales, unos mares con poca profundidad. No han pensado con suficiente hondura; por eso su sentimiento se sumergió hasta tocar fondo. Lo mejor de sus reflexiones no ha pasado de ser un poco de voluptuosidad y otro poco de aburrimiento. Los sones de sus arpas me parecen fantasmas fugitivos. ¿Qué han sabido ellos hasta ahora de los sonidos ardientes! Tampoco me parecen lo bastante limpios; todos ellos enturbian sus aguas para que den la sensación de profundidad. Les encanta hacer de conciliadores; para mí, son gente dada al eclecticismo y a las medias tintas, seres enredadores. ¿Cuántas veces no habré echado yo mi red en sus mares tratando de pescar buenos peces, pero siempre saqué la cabeza de un dios antiguo! Sólo una piedra le dió el mar al hambriento, y no hay duda de que los poetas provienen del mar. Es cierto que a veces hay piedras dentro de ellos, pero eso hace que se asemejen más a los duros crustáceos. Con frecuencia encontré en ellos lodo salado en lugar de alma. También copiaron del mar la vanidad. ¿No es el mar el más vanidoso de los pavos reales? Hasta delante del más terrible de los búfalos abre el abanico de su cola, sin cansarse nunca de enseñar sus encajes de plata y seda. El búfalo lo mira con aire ceñudo, pues su alma prefiere la arena, y más aún los matorrales frondosos, aunque una ciénaga colma todas sus apetencias. ¿Qué le importan a él la belleza, el mar y los adornos del pavo real? Esta parábola va por los poetas. Sí, su espíritu es el pavo real de los pavos reales, un amor de soberbia. El espíritu del poeta ansía espectadores, aunque sean búfalos. Pero yo estoy ya hartо de ese espíritu, y creo que llegará un día en que también él se cansará de sí mismo. Ya he visto yo poetas que habían cambiado

y que habían vuelto su mirada hacia ellos mismos. He visto venir penitentes del espíritu, surgidos de los propios poetas.

Así habló Zaratrusta.

Los grandes acontecimientos

No lejos de las islas afortunadas, hay otra isla en la que existe un volcán que está echando humo constantemente. Las gentes, y en especial las viejas, dicen que esta isla es una roca situada a la puerta del mundo subterráneo, y que se puede llegar a éste por un estrecho sendero que atraviesa un volcán. Cuando vivía Zaratrusta en las islas afortunadas ancló un barco delante de la isla en la que se alza la montaña humeante; su tripulación saltó a tierra y se puso a cazar conejos. Alrededor del mediodía, cuando el capitán y su gente volvieron a reunirse, vieron de pronto a un hombre que avanzaba hacia ellos por los aires, a la vez que una voz decía con toda claridad: "¡Es el momento! ¡Ha llegado la hora!" Una vez que se hubo acercado a ellos aquella figura y que hubo pasado volando por su lado, como un fantasma en dirección al volcán, comprobaron estupefactos que se trataba de Zaratrusta, pues todos, menos el capitán le conocían y le amaban, con esa mezcla de cariño y de temor que le dijo Zaratrusta al perro de fuego: La tierra -señaló- tiene una piel, y esa piel sufre enfermedades. Una de ellas, por ejemplo, es la que llamamos "hombre"; y otra es la que se llama "perro de fuego", sobre el cual la gente ha dicho y oído muchos embustes. Para desentrañar este misterio he atravesado el mar, y podéis creerme que he visto la verdad completamente desnuda, de los pies a la cabeza. Ahora ya sé cuanto deseaba acerca del perro de fuego, así como también todos esos demonios de las erupciones y de los temblores de tierra que no solo asustan a las viejas. "¡Sal de tu cueva, perro de fuego! -le grité-; ¡acércate a mí y dime cómo eres de profundo! ¿De dónde sacas todo eso que expulsas por la nariz? Bebes abundantemente del mar, pues tu salada elocuencia lo delata. Para ser un perro de las profundidades tomas muchos alimentos de la superficie. Para mí no eres más que el ventrílocuo de la tierra; y siempre que he oído hablar a esos demonios de las erupciones y los temblores los he encontrado tan salados, mentirosos y poco profundos como a ti. Sabéis rugir y oscurecer el día con las cenizas; sois los mayores bocazas que existen, y habéis aprendido hasta la saciedad el arte de hacer hervir el fango. Siempre habrá fango a vuestro alrededor, así como otras muchas sustancias esponjosas, porosas y comprimidas, que quieren saltar a la libertad. ¿Libertad?: He aquí vuestro rugido predilecto, pero yo ya no confío en los grandes "acontecimientos", que están rodeados de aullidos y humaredas. ¡Creedme, ruidoso e infernal amigo! Los mayores acontecimientos, no son nuestros momentos más ruidosos, sino los más callados. El mundo no gira en torno a los inventores de nuevos valores; gira de un modo que nadie puede oírlo. ¡Confíesalo! ¡Qué pocas cosas han ocurrido siempre cuando se disipa su estruendo y tu humareda! ¿Qué importancia tiene que una ciudad quede arrasada o una estatua sepultada en el fango? Dedico estas palabras a los que destruyen estatuas. No hay una estupidez mayor que la de echar sal al mar, o estatuas al fango. En el barro de vuestro desprecio yacía la estatua.; pero su esencia pretende que, a partir del desprecio, renazca una nueva vida, a una belleza purificadora. ¡Miradla, los que la derribasteis; ved como surge de nuevo con rasgos más divinos y con esa belleza encantadora que genera el sufrimiento! Incluso os dará las gracias por haberla derribado. Por eso aconsejo a todos los monarcas y a todas las iglesias, a todo aquel a quien los años o la virtud han debilitado, que se dejen derribar para volver así a la vida, y para que la virtud vuelva a ellos".

Esto fue lo que le dijo al perro de fuego, el cual me interrumpió gruñendo con esta pregunta: "¿Has dicho iglesias?; ¿qué es eso?" La Iglesia -le respondí- es una especie de Estado; y precisamente la más falsa de todas. Pero cállate perro hipócrita, que tú debes de conocer perfectamente a los de tu calaña. El Estado es como tú, un perro hipócrita; le gusta hablar como a ti, con humareda y otros rugidos, para hacer creer, al igual que tú, que su palabra brota de las entrañas de las cosas. Pretende que se le considere el animal más importante de la tierra; y todo el mundo se lo cree".

Al oír mis palabras, el perro de fuego se enfureció, y parecía que los celos le habían trastornado. "¿Cómo? -exclamó-; ¿el animal más importante de la tierra?, ¿y todo el mundo lo cree así?" Echó tanto humo por sus horribles fauces, a la vez que lanzaba espantosos aullidos, que creí que iba a acabar sofocado a causa de la ira de los celos. Al final se fué tranquilizando y jadeando menos. Cuando ya se había apaciguado, le dije sonriendo: "El hecho de que hayas montado en cólera, perro de fuego, viene a darme la razón. Y para cargarme más todavía de razón, escucha lo que te voy a decir de otro perro de fuego como tú, que habla, sin duda alguna, desde el corazón de la tierra. Su aliento es de oro, una lluvia de oro, así lo quiere su corazón. Le tienen sin cuidado el humo, las cenizas y la lava. De su seno brota una risa sonora, semejante a una nube irisada, y le disgustan tus salivazos y el ruido de tus deteriorados intentos. El extrae oro y risas del corazón de la tierra; porque has de saber que el corazón de la tierra es de oro" Oído esto, el monstruo ya no pudo seguir escuchando. Se avergonzó, metió el rabo entre las patas, ladró abatido y se fué arrastrándose al interior de su cueva.

Esto es lo que contó Zaratrusta, pero sus discípulos apenas le escuchaban y ardían en deseos de narrarle la historia de los marineros, los conejos y el hombre que habían visto volando. "¿Qué queréis que piense de todo eso? -preguntó Zaratrusta-, ¿Acaso soy un fantasma? Habrá sido mi sombra. ¿No habéis oído hablar del viajero y su sombra? Voy a tener que atarla más corto, porque de lo contrario, va a dañar mi reputación". Movió otra vez la cabeza en señal de confusión y repitió: "¿Qué queréis que piense de todo eso? Porque gritaría el fantasma eso de "es el momento!, ¡ha llegado la hora!" ¿Sé que ha llegado la hora?"

Así habló Zaratrusta.

El adivino

"Y vi que una inmensa tristeza descendía sobre los hombres. Hasta los mejores se habían cansado de sus obras. Surgió una doctrina, y con ella esta convicción: "¡Todo está vacío, todo da igual, todo está

consumado!" Y desde todos los montes el eco repetía: "¡Todo está vacío, todo da igual, todo está consumado!" Ciertamente, hemos recogido la cosecha; pero, ¿por qué se nos han echado a perder todos los frutos? ¿Qué maleficio descendió de la luna la pasada noche? Todo nuestro esfuerzo ha resultado inútil, nuestro vino se ha vuelto veneno; el mal de ojo ha marchitado nuestros sembrados y nuestros corazones. Nos hemos quedado resacos, y si cayera fuego sobre nosotros, quedaríamos reducidos a cenizas, pero hasta el fuego se ha ido de nosotros. Se han ido secando todas las fuentes, y hasta el mar ha retrocedido. La tierra trata de abrirse, pero los abismos no quieren tragarnos. "¿Dónde encontrar un mar en el que nos podamos ahogar?"; ése es nuestro lamento, que se extiende por encima de los pantanos. Realmente, estamos tan cansados que nos faltan fuerzas hasta para morir. Seguimos despiertos, sobrevivimos, sí, pero en cámaras funerarias".

Zaratrústa oyó decir todo esto a un adivino, y su predicción le llegó tan adentro, que acabó trastornándole. Iba errante de un lado a otro, cansado y entristecido; terminó pareciéndose a esa gente de la que hablaba el adivino. "En verdad os digo -manifestó a sus discípulos- que bien poco falta ya para que llegue ese largo crepúsculo. ¿Cómo voy a poder superarlo y preservar mi luz? ¡Ójala no se apague en medio de tristezas tan grandes! Mi luz ha de alumbrar mundos remotos y noches muy lejanas". Con el corazón así de dolorido, Zaratrústa iba errante de un lado a otro, sin probar bocado, sin beber durante tres días, sin descansar apenas, y sin decir palabra. Al final se quedó profundamente dormido, y sus discípulos velaban sus sueños, sentados a su alrededor, y aguardando con inquietud a que se despertara para ver si le volvía el habla y superaba su tribulación. Esto fue lo que dijo Zaratrústa al despertar, mientras sus discípulos escuchaban sus palabras, que parecían llegar a ellos desde muy lejos:

"¡Escuchad el sueño que he tenido, amigos míos, y ayudadme a descifrar su significado! Para mí este sueño sigue siendo un enigma. Su sentido yace oculto dentro de él, y aún no ha desplegado sus alas. Soñé que había renunciado a toda forma de vida, y que me había convertido en un vigilante nocturno, en un guardián de tumbas, allá en la montaña solitaria en la que se alza el castillo de la muerte. Allí cuidaba de los ataúdes, pues las sombrías bóvedas estaban llenas de ellos, como si fueran trofeos de victoria ganados por la muerte. La vida, que había sido vencida, me contemplaba desde los ataúdes de cristal. Se respiraba allí un olor de eternidades reducidas a polvo, mi alma yacía en el suelo cubierta de polvo y sofocada. ¿Quién hubiera podido airear su alma? Estaba constantemente inmerso en una claridad de medianoche, a su lado se acurrucaba mi soledad; y, como tercer compañero, el peor de mis enemigos, un silencio de muerte entrecortado por estertores de agonía. Llevaba conmigo mis llaves, las más oxidadas de las llaves, y con ellas podía abrir las puertas más chirriantes. Cuando éstas se abrían, unos ruidos agudos y desagradables, similares a los graznidos de cornejas irritadas, se extendían por aquellas interminables galerías. Sí, aquel pájaro lanzaba siniestros chillidos, porque le molestaba que alguien interrumpiera sus sueños. Con todo lo más terrorífico y lo que más me oprimía el corazón era el fúnebre silencio que reinaba, cuando todo enmudecía y yo me quedaba allí, sentado y solo, inmerso en el mismo. Así iba pasando el tiempo lentamente; si es que seguía existiendo el tiempo aún, cosa que en realidad yo ignoraba. Por fin, sucedió algo que me despertó. Tres fuertes golpes resonaron en la puerta semejantes a otro tantos truenos; por tres veces los ecos de las bóvedas devolvieron los golpes convertidos en aullidos. Me acerqué a la puerta. "¡Alpa!" exclamé. ¿Quién trae su ceniza a la montaña? Introduje la llave en la cerradura, tratando de abrir la puerta con todas mis fuerzas, pero ésta no cedió ni un ápice. De pronto, un viento huracanado abrió violentamente las puertas de par en par, y entre gritos y lúgubres silbidos, me arrojó un negro ataúd. Este estalló silbando, rugiendo y chirriando; de él surgieron mil carcajadas en diferentes tonos de miles de niños, de buhos, de ángeles, de locos y de mariposas del tamaño de un niño, empezaron a reírse de mí entre silbidos y gestos de burla. Me embargó un terrible miedo; me arrojé al suelo y grité despavorido como nunca lo había hecho. Entonces, mi propio grito me despertó y me hizo volver en mí".

Este fue el sueño que describió Zaratrústa, acto seguido, se callo, pues no sabía que significaba. En ese momento, el discípulo al que más amaba se puso rápidamente en pie, le cogió de la mano y le dijo: "Tu propia vida nos ofrece la interpretación de tu sueño, Zaratrústa. ¿No eres tú mismo ese viento que silba de un modo chirriante y que abre violentamente las puertas de los castillos de la muerte? ¿No eres tú mismo también ese ataúd repleto de maldades de mil colores y de grotescas figuras angelicales de la vida? Ciertamente, Zaratrústa desciende a todas las cámaras funerarias, como mil carcajadas infantiles en diferentes tonos, riéndose de todos esos vigilantes nocturnos, que guardan sepulcros y que producen siniestros tintineos al agitar sus llaves. Con tus carcajadas les espantarás y les tirarás al suelo; su desmayo y su despertar serán una muestra del poder que tienes sobre ellos. Aunque venga el largo crepúsculo y la mortal fatiga; tú nunca desaparecerás de nuestro cielo, porque eres el defensor de la vida. Nos has hecho ver nuevas estrellas y nuevas maravillas nocturnas; ciertamente, has tendido sobre nosotros la risa misma, como un toldo de muchos colores. Desde ahora, de los ataúdes saldrán risas de júbilo, risas infantiles, mientras que un fuerte viento huracanado barrerá toda fatiga y todo desfallecimiento. Tú mismo eres prenda de ello, testigo y adivino. Realmente, has soñado con tus propios enemigos: por eso ha sido éste el más difícil de tus sueños. Pero del mismo modo que tú despertaste y volviste en ti, así deberán ellos despertar y volverse a ti".

Así habló el discípulo, y todos rodearon a Zaratrústa; le cogían de las manos tratando de que se levantara, de que desechara su tribulación y de que volviese a estar con ellos. Pero Zaratrústa, que se mantenía sentado muy rígido en su lecho, les miraba de forma extraña, como quien vuelve a su hogar después de un largo viaje. Fue, así, mirándoles uno a uno, examinó sus rostros, y no dió muestras de conocerles. Cuando le levantaron del lecho y le pusieron de pie, cambió de pronto la expresión de su mirada; comprendió todo lo que le había pasado, y mesándose la barba dijo con fuerte voz: "¡Vamos! Esto llegará en su momento. Ahora, discípulos míos, haced que nos sirvan pronto una buena cena. De este modo expiaré la pesadilla que he tenido. Que el que ha interpretado mi sueño, coma y beba a mi lado; ya le enseñaré yo un mar en el que podrá ahogarse". Así habló Zaratrústa, que luego se quedó un largo rato mirando al discípulo que le había interpretado el sueño, y moviendo la cabeza pensativo.

Así habló Zaratrústa.

La redención

Un buen día en que Zaratrústa pasaba por el puente grande, salieron a su encuentro unos cuantos lisiados y mendigos. Un jorobado se dirigió a él diciéndole: "Fíjate, Zaratrústa, como el pueblo aprende también de ti y empieza a creer en tus enseñanzas; pero para que su fe en ti sea completa falta una cosa aún: que nos convenzas a nosotros, los lisiados, antes que nada. Aquí tienes dónde escoger, y ahora es un buen momento para ello. Puedes hacer que los ciegos vean, que los paralíticos anden, y que los que han de cargar con una gran joroba se sientan aliviados de su peso. pienso que éste sería el mejor medio de lograr que los tullidos creyeran en Zaratrústa". Pero Zaratrústa respondió así al que había hablado: "Suele decir la

gente que quien le quita al jorobado su joroba le despoja también de su espíritu; y que si se le devuelve la vista al ciego, vería las muchas cosas malas que hay en el mundo y acabaría maldiciendo a quien le curó. El que hace andar a un paralítico -sigue enseñando el pueblo- le causa el mayor de los perjuicios porque en cuanto pueda correr le acompañarán los vicios y le arrastrarán consigo. ¿Porque no va aprender Zaratrusta del pueblo, si éste aprende de Zaratrusta? Desde que habito entre los hombres, lo que menos me importa es que a uno le falte un ojo, a otro una oreja, al de más acá una pierna, y a los de más allá la lengua, la nariz o la cabeza. He visto y continúo viendo cosas peores, algunas de ellas tan repugnantes que preferiría no referirme a ellas, si bien tampoco quisiera callarlas todas. Y es que hay hombres a quienes les falta todo, a excepción de algo que tienen en exceso: hombres que no son más un ojo enorme, un hocico gigantesco o una barriga descomunal: lisiados al revés, les llamaría yo. Y cuando vine otra vez de mi soledad y atravesé este puente por primera vez, no podía creerme lo que estaba viendo. Estuve mirando y volviendo a mirar, hasta que llegué a decirme: "¡Pero si eso es una oreja, una oreja del tamaño de un hombre!", observé luego con mayor atención y descubrí que dentro de la oreja se movía algo tan pequeño, miserable y frágil que daba pena verlo. Aquella oreja monstruosa reposaba en una varita sumamente delgada, y esa varita era un hombre. Mirando aquello con unos cristales de aumento, incluso se habría podido distinguir una carita en la que se reflejaba la envidia, y un alma disminuida pero hinchada, meciéndose en la varilla. La gente del pueblo me aseguró que el propietario de aquella oreja descomunal no era un hombre cualquiera, sino un gran hombre, un genio. Pero la verdad es que nunca he tenido mucha fe en el pueblo cuando habla de grandes hombres; por eso continué pensando que aquel individuo era un lisiado al revés, que tenía muy poco de todo y que le sobraba mucho de una cosa".

Una vez que Zaratrusta dijo todo esto al jorobado y a todos aquellos en cuyo nombre hablaba éste y por los que intercedía, se dirigió muy disgustado a sus discípulos y añadió: "En verdad os digo, hermanos míos, que camino entre los hombres como entre fragmentos y miembros de hombres. No hay para mí nada tan terrible como encontrar al hombre despedazado, con sus pedazos diseminados como sobre un campo de batalla en el que se hubiera producido una tremenda carnicería. Y cuando me refugio en el pasado encuentro siempre lo mismo: fragmentos de cuerpo, miembros separados y azares espantosos, pero no hombres. No hay nada más insoportable para mí que el pasado y el presente de la tierra sino fuese yo también un vidente de todo lo que está por venir en el futuro, la verdad es que no podría vivir. Uno que ve, que quiere, que crea, incluso un futuro, un puente hacia ese futuro, y tal vez, ¡ay! un tullido junto a ese puente; todo eso es Zaratrusta. También vosotros os preguntáis a menudo: ¿quién es Zaratrusta para vosotros?, ¿qué nombre le daremos? Al igual que yo, vuestras respuestas han sido en realidad preguntas: ¿Es alguien que promete, o alguien que cumple?; ¿un conquistador o un heredero?; ¿un poeta o un hombre que dice la verdad?; ¿un libertador o un domador?; ¿un hombre bueno o uno malvado? Yo ando entre los hombres como entre fragmentos del futuro, de ese futuro que dislumbro. Todo cuanto pienso y deseo no tiene otra finalidad que la de pensar y unificar esos fragmentos, esos enigmas y esos azares espantosos. ¿Cómo iba a poder soportar yo mi propia humanidad, si el hombre no fuera al mismo tiempo poeta, descifrador de enigmas y redentor del azar? Para mí redención no sería otra cosa que redimir a los que fueron y transformar todo "fue" en un "así lo quise yo". Ese libertador que ha de traeros la alegría se llama voluntad. Ya los sabéis, amigos míos; pero sabed también que esa voluntad sigue estando prisionera. El querer nos hace libres; pero ¿qué nombre habrá que darle a lo que sigue manteniendo y encadenando a ese mismo libertador? "Fué": ése es el nombre que hay que dar al rechinar de dientes y a la más solitaria tribulación de la voluntad. La voluntad, impotente ante lo que está ya hecho, es un mal espectador de todo lo pasado. La voluntad no puede querer hacia atrás, su más solitario dolor es no poder tampoco romper en pedazos el tiempo y la voracidad del tiempo. El querer nos hace libres; ¿en qué piensa entonces el querer para liberarse de su dolor y escapar de su calabozo? Pero todo prisionero, ¡ay!, acaba volviéndose loco; y la voluntad cautiva se redime también a sí misma de un modo enloquecido. Su rabia secreta es que el tiempo no se vuelva hacia atrás; la piedra que no puede remover se llama "lo que fue, fue". Esta es la razón de que remueva las piedras con rabia y con despecho, y de que trate de vengarse en todo lo que no sienta rabia y despecho como ella. De este modo, la voluntad, aún siendo la libertadora, se ha vultoso causante de dolor, al vengarse en todo cuanto es capaz de experimentar sufrimiento, dado que ella no puede querer hacia atrás. En eso y sólo en eso consiste la venganza misma: en la versión de la voluntad contra el tiempo y contra su "fue". Si, hay una gran locura en nuestra voluntad; y todo lo humano está maldito porque esa locura ha llegado a adquirir un espíritu. El "espíritu de la venganza": he aquí aquello en lo que hasta ahora los hombres han estado pensando más; y allí donde había dolor, debía haber siempre un castigo. "Castigo": ése es el nombre que se da a sí misma la venganza; con este término engañoso la muy hipócrita finge tener una buena conciencia. Y como el que quiere experimentar el dolor de no poder querer hacia atrás, el querer mismo, y toda vida, habrían de acabar convirtiéndose en un puro castigo. Así se han ido acumulando nubes por encima del espíritu, hasta que se llegó a la locura de proclamar que todo perece, y que por ello mismo, merece perecer. La locura llegó al extremo de asegurar que la justicia no es otra cosa que la ley misma del tiempo según la cual ha de devorar a sus propios hijos. Y esa locura continúa afirmando: "El orden moral de las cosas se funda en la ley y en el castigo. ¡Ay!, ¿cómo puede haber una redención del curso de las cosas y de ese castigo que es la existencia? ¿Cómo va a ver redención si hay una ley eterna? Como esa piedra llamada "fue" es, ¡ay!, inamovible, todos los castigos han de ser eternos. Si no es posible aniquilar ninguna acción, ¿cómo va a poder aniquilarla el castigo? Lo que hay de eterno en ese castigo de existir consiste en que también la existencia tiene que volver a ser eternamente acción y culpa, a menos que la voluntad termine redimiéndose a sí misma, y el querer se convierta en no querer".

Así habló la locura, pero vosotros hermanitos míos, ya conocéis esa canción de fábula de la locura. Yo os aparté de todas esas canciones de fábula cuando os dije que la voluntad es creadora. Todo "fue" es un fragmento, un enigma y un azar espantoso, hasta que la voluntad añade: "¡Pero así lo quise, y así lo querré!" ¿Acaso lo ha dicho ya? ¿Cuándo va a decirlo? ¿Se ha liberado ya del yugo de su locura? ¿Se ha convertido ya su locura en su propia libertadora y en su propia suministradora de alegría? ¿Ha relegado al olvido el espíritu de venganza y el rechinar de dientes? ¿Quién le ha enseñado a reconciliarse con el tiempo, y eso que está más allá de toda reconciliación? La voluntad que es voluntad de poder ha de querer algo que está más allá de toda reconciliación. ¿Pero como puede lograrlo? ¿Quien le ha enseñado incluso a querer hacia atrás?"

Cuando Zaratrusta llegó a este punto de su discurso se calló de repente, como si estuviera muy asustado. Miró a sus discípulos con ojos horrorizados que parecían atravesar como flechas sus pensamientos más íntimos. Al poco rato volvió a sonreír y añadió en un tono tranquilo: "¡Qué difícil es vivir entre los hombres, porque cuánto trabajo cuesta guardar silencio! Sobre todo, a un hablador". Así habló Zaratrusta; y el jorobado, que había estado escuchándolo todo tapándose la cara con las manos, cuando oyó reír a Zaratrusta, le miró con curiosidad y le preguntó en un tono pausado: ¿Por qué nos habla Zaratrusta a nosotros de un modo distinto a como lo hace a sus discípulos?" Y Zaratrusta respondió: "¿Qué tiene esto de raro? A los jorobados hay que hablarles de una forma jorobada". "De acuerdo -señaló el jorobado-; y a los discípulos hay que hablarles de una forma franca y abierta. Pero ¿por qué entonces les habla Zaratrusta a sus discípulos de un modo distinto a como lo hace cuando habla consigo mismo?"

Así habló Zaratrusta

La prudencia para con los hombres

No es la altura lo terrible, sino la pendiente; la pendiente desde la cual se lanza la mirada hacia abajo, mientras se alarga la mano hacia arriba. Debido a esa doble voluntad, el vértigo se apodera del corazón. ¿Habéis adivinado, amigos míos, que también se da en mi corazón una doble voluntad? En eso, en eso consiste mi pendiente y mi peligro. Mi mirada se proyecta hacia la altura, pero mi mano pretende afirmarse y apoyarse en el abismo. Mi voluntad se aferra al hombre; me encadena al hombre, porque me siento impulsado hacia arriba, hacia el superhombre: hacia allí tiende mi otra voluntad. Esta es la razón de que viva entre los hombres como un ciego, como si no los conociese; que mi mano no pierda totalmente su confianza en algo firme. ¡No os conozco, hombres! Esta niebla y este consuelo me rodean a menudo. Estoy sentado delante de mi pórtico, esperando que pase cualquier pícaro y preguntándome: ¿quién me querrá engañar? He aquí una primera muestra de mi pudencia para con el hombre, ¿cómo iba ser el hombre el lastre de mi globo? Me vería impulsado entonces hacia la altura y hacia la lejanía con demasiada velocidad. Mi horóscopo me indica que viva sin preocupaciones. El que no quiera morir de sed entre los hombres ha de aprender a beber en todos los vasos; y el que pretenda conservar su pureza entre los hombres ha de aceptar lavarse incluso en aguas sucias. A menudo me he dicho para consolarme: ¡No te acobardes, viejo corazón! Si te ha sucedido alguna desgracia, disfruta de ella, como si fuera tu felicidad. Esta es mi segunda muestra de prudencia para con los hombres: que antes perdone a los vanidosos que a los orgullosos. Pero ¿no es la vanidad herida la madre de todas las tragedias? Cuando, por el contrario, es el orgullo el herido, se genera algo mejor que el orgullo. Para que la vida resulte amena ha de ser un espectáculo bien representado; y para ello se requieren buenos cómicos. Creo que los vanidosos son buenos cómicos, pues representan bien sus papeles y les gusta que la gente disfrute viéndolos; todo su espíritu radica en esa voluntad. Representan su propio papel y se inventan a sí mismos. ¡Cuánto me gusta contemplar la vida a su lado, porque así me curo de mi melancolía! Sed pues, indulgentes con los vanidosos porque son los médicos de mi melancolía y consiguen que centre mi atención en el hombre como un espectáculo. Por otra parte, ¿quién es capaz de medir toda la modestia del vanidoso? Yo soy bueno y compasivo con él a causa de su modestia. Quiero aprender de vosotros a confiar en mi mismo; se nutre de vuestras miradas y devora los elogios en vuestras propias manos. Si decís de él grandes mentiras, es capaz hasta de creer en vuestros embustes, pues en lo más íntimo de su corazón se pregunta sollozando: ¿quién soy yo? Si la virtud auténtica es la que se ignora a sí misma, el vanidoso ignora su modestia. Esta es mi tercera muestra de prudencia para con los hombres: que no deje que vuestro miedo me impida disfrutar contemplando a los malvados. Del mismo modo que no encuentro sabios a vuestros sabios, la maldad del hombre me parece que no está a la altura de su fama. Con frecuencia me he preguntado, moviendo la cabeza, ¿porqué seguís haciendo sonar vuestro cáscabel, serpientes? Realmente, aún le falta al mal un futuro, y su más cálido sur no ha sido descubierto todavía por el hombre. ¡A cuántas cosas que no tienen más de doce pies de ancho o tres meses de duración se las considera ¡ay, las peores maldades!; día llegará en que aparezcan en el mundo dragones mucho mayores. Pues para que no le falte su dragón al superhombre, un superdragón que sea un émulo digno de oponerse a él, es preciso que muchos soles ardientes caldeen la humedad de la selva virgen, pero antes será necesario que vuestros gatos monteses se conviertan en tigres, y vuestros sapos venenosos en cocodrilos; pues el buen cazador ha de tener piezas de importancia. Y es que, a decir verdad, en vosotros, los buenos y justos, hay muchas cosas que hacen reír; sobre todo ese miedo vuestro a eso que hasta ahora se ha dado en llamar "demonio". Tan ajeno resulta lo grande a vuestra alma, que hasta el superhombre os parecerá terrible a causa de su bondad, y vosotros, los sabiohondos, huiríais del calor del sol de la sabiduría, en cuyos rayos abrasadores baña alegre el superhombre su desnudez. En cuanto a vosotros, los hombres superiores con los que me he topado, sabed que me suscitáis una duda, que me hace contener la risa: la duda de si no llamaríais "demonio" a mi superhombre. ¡Qué aburridos me han resultado a mí esos hombres elevados y óptimos! Cuando me puse a su "altura", sentí ansias de subir más arriba, lejos de ellos hacia el superhombre. Cuando vi desnudos a los mejores de ellos, sentí que un escalofrío recorría mi cuerpo, que me crecían alas para emprender el vuelo hacia lejanos horizontes. Si, entonces me remontaba hacia los más remotos futuros, hacia las regiones más meridionales que jamás pudo idear artista alguno: hacia allí, donde a los dioses les avergüenza llevar vestidos. Pero a vosotros, mis prójimos y semejantes, os deseo ver disfrazados y engalanados, vanidosos y ufanos, como "buenos y justos". También quiero yo sentirme disfrazado entre vosotros, para no conoceros, a vosotros y a mí: he aquí una muestra más de mi prudencia para con los hombres.

Así habló Zaratrusta

La hora más silenciosa de todas

¿Qué me pasa amigos? Estoy confuso, aturdido, obediente en contra de mi voluntad, dispuesto a marcharme, ¡ay!, muy lejos de vosotros. Sí, Zaratrusta ha de regresar otra vez a su soledad; pero en esta ocasión el oso volverá sin alegría a su guarida. ¿Qué me ha pasado? ¿Quién me ha dado la orden de partir? ¡Ha sido mi señora; sí, mi colérica señora! Así lo quiere y así lo manda. ¿Os he dicho cómo se llama? Ayer, cuando caía la tarde, me habló mi hora más silenciosa: ése es el nombre de mi señora. Voy a deciros lo que pasó, pues tengo que contaroslo todo para que vuestro corazón no se endurezca contra el que va a huir de vuestro lado repentinamente.

¿Conocéis el temor de quien está a punto de dormirse? Tiembla de los pies a la cabeza, porque siente que le falta el suelo y que va a empezar a soñar. Os digo esto a modo de parábola; pues ayer, en la hora de mayor silencio, sentí que me faltaba el suelo, y comencé a soñar. Aunque la aguja avanzaba, el reloj de mi vida se detuvo para tomar aliento. Nunca había escuchado hasta ese punto el silencio en torno a mí; mi corazón se estremeció de espanto. Y oí la opaca voz del silencio, que me decía: "¿Lo sabes, Zaratrusta?" Yo le respondí obstinado: ¡Sí, claro que lo sé, pero no quiero decirlo! Y el silencio sin voz volvió a hablarme: "¿No quieres, Zaratrusta? ¿De veras? ¡No te encierres en tu obstinación! Yo lloraba y temblaba como un niño al confesar: "Yo, quisiera, ¡ay!, pero ¿cómo voy a poder hacerlo? ¡Dispénsamelo, porque está por encima de mis fuerzas!" Y el silencio continuó: "¿Qué importancia tienes tú, Zaratrusta? Di tu palabra, y luego hazte pedazos". Respondí: "¿Qué es eso de mi palabra? ¿Quién soy yo? Espero a otro más digno que yo, y ni siquiera merezco hacerme pedazos contra él". Y otra vez volvió a hablarme el silencio: "¿Qué importancia tienes tú? No creo que seas lo bastante humilde. La auténtica humildad tiene la piel más curtida". Y contesté: "¡Cuántas cosas no habrá tenido que soportar hasta ahora la piel de mi humildad! Vivo

a los pies de mi altura ¿Qué altura tiene mi cima? Nadie me lo ha dicho aún, pero conozco muy bien mis valles". De nuevo volvió a hablarme el silencio sin voz: "Zaratrusta, quien ha de transportar montañas, transporta también valles y llanos" Y contesté yo: "Mi palabra no ha transportado montañas todavía, y mis discursos no han llegado a los hombres. Me he dirigido a ellos, pero todavía no les he alcanzado". Volvió a hablarme el silencio sin voz: "¿Qué sabes tú de eso! El rocío cae sobre la hierba en la hora más silenciosa de la noche". Y respondí: "Cuando encontré mi camino y lo seguía, se burlaron de mí. Entonces me tenblaban las piernas. Y me dijeron: "Has olvidado el camino y encima te has olvidado también de andar". Y otra vez volvió a hablarme el silencio sin voz: "¿Qué importancia tiene que se burlen de ti? Tú eres un hombre que se ha olvidado ya de lo que es obedecer. ¡Ahora has de mandar! ¿Acaso no sabes que el más indispensable es el que manda grandes cosas? Es muy difícil hacer grandes cosas, pero más difícil aún es mandar que se hagan grandes cosas. Es imperdonable que, teniendo poder, no quieran dominar". Y yo cotequé: "Para mandar me haría falta tener la voz del león". Oí entonces como un susurro que me decía al oído: "Las palabras más silenciosas son las que traen las tempestades. Los pensamientos que gobiernan el mundo son los que caminan con pies de paloma. Has de andar como una sombra, Zaratrusta; como la sombra de lo que ha de venir. Así mandarás e irás mandando delante de otros". Y yo declaré: "Me da vergüenza". Otra vez volví a oír sin voz alguna: "Es preciso que vuelvas a ser niño, y que dejes de lado la vergüenza. Todavía está presente en ti el orgullo de la juventud; tardaste mucho en llegar a ser joven, pero quien quiere hacerse niño ha de superar su juventud". Estuve un largo rato pensando y temblando; y al final repetí: "¡No quiero!" Una gran risa resonó entonces en torno a mí. ¿Cómo me desgarró las entrañas aquella risa, y cómo me hirió el corazón! Por última vez algo me habló: "Tus frutos han madurado, Zaratrusta; pero tú no estas maduro para tus frutos. Tienes que volver, pues, a tu soledad. ¡Tienes que ponerte tierno aún!" Oí otra vez la risa, como se iba alejando. Luego volvió la calma, y todo quedó sumido en un doble silencio. Yo yacía en el suelo, bañado en sudor.

Ahora habéis oído de mis propios labios quién es el más silencioso de los hombres y quién quiere serlo. ¡Ay, amigos míos! Tendría que deciros algo todavía; tendría que daros algo más. ¿Por qué no os lo doy? ¿Es que soy un avaro?

Dicho esto, Zaratrusta sintió que le embargaba el dolor, porque veía cercano el momento de tener que dejar a sus amigos. Se echó a llorar, sin que nadie pudiera consolarle. Mientras tanto se hizo de noche y, Zaratrusta marchó solo, abandonando a sus amigos.

TERCERA PARTE

"Vosotros miráis hacia arriba cuando queréis elevaros; yo miro hacia abajo porque estoy en las alturas. ¿Quién de vosotros puede reírse y al mismo tiempo estar en las alturas? Quien escala las cimas más altas se ríe de todas las tragedias, ya sean reales o ficticias".

Zaratrusta: Primera parte, "El leer y el escribir".

El viajero.

Hacia la medianoche, Zaratrusta se puso en camino por la cresta de la isla para alcanzar la otra orilla, donde quería embarcarse. Había allí, efectivamente, una cala muy adecuada en la que solían atracar incluso embarcaciones extranjeras, que admitían a bordo a los que querían abandonar las islas afortunadas y hacerse a la mar. Mientras iba subiendo la montaña se acordó Zaratrusta de los muchos viajes solitarios que había emprendido desde que era joven, y los numerosos montes, crestas y pinachos que había escalado. "Soy un viajero, un escalador de montañas -le dijo a su corazón-. No me gustan los llanos, y no puedo quedarme quieto mucho tiempo. Sean cuales sean mi destino y los acontecimientos que me esperen, siempre habrá en ellos que viajar y que escalar montañas; pues, a fin de cuentas, no se tienen vivencias más que de uno mismo. Ya ha pasado el tiempo en que me podían sobrevenir hechos casuales; ¿qué podría sucederme ya que no fuera algo mío? Mi sí mismo y todo cuanto de él estuvo durante mucho tiempo en tierra extraña y disperso entre las cosas y acontecimientos casuales, ya no hace sino retornar, volver por fin a casa. Y sé otra cosa más: que ahora me hallo ante mi última cima y ante todo lo que se me había estado evitando durante largo tiempo. Tengo que emprender, ¡ay!, mi ascenso más difícil. Ahora empieza mi viaje más solitario. Pues los que son de mi estirpe no pueden escapar a semejante hora, al hora que nos dice: "¡En este momento es cuando sigues el camino de tu grandeza! Las cimas y los abismos constituyen ahora una misma cosa. Sigues el camino de tu grandeza; lo que antes constituía tu último peligro es ahora tu refugio postrero. Sigues el camino de tu grandeza; reconfortate el ánimo pensando que detrás de ti ya no queda ningún camino. Sigues el camino de tu grandeza; en este camino nadie ha de seguirte a escondidas. Tus propios pies van borrando el camino que dejas detrás de ti, y sobre él queda escrita la palabra "imposibilidad". Si en adelante encuentras escaleras, aprende a trepar por encima de tu propia cabeza. De no ser así, ¿cómo ibas a seguir subiendo? ¡Por encima de tu propia cabeza y más allá de tu propio corazón! Lo que haya más blando en ti se ha de convertir ahora en lo más duro. Quien se ocupa excesivamente de sí mismo termina contrayendo una enfermedad a causa de ese cuidado excesivo. ¡Bendito sea lo que nos endurece! Nunca alabaré el país en el que corre leche y miel. Para ver mucho hay que empezar por apartar la vista de uno mismo: todo el que haya de escalar una montaña precisa de ese endurecimiento. Pero quien tiene unos ojos inadecuados para ser un hombre de conocimiento no captará más que los aspectos superficiales de las cosas. Tú, en cambio, Zaratrusta, has querido ver el fondo y el trasfondo de las cosas, y por ello has de subir más allá de ti mismo, cada vez más arriba, hasta que puedas ver las estrellas a tus pies. Sí, tener que bajar los ojos para verme a mí mismo e incluso para ver las estrellas: ésta sería mi cima definitiva, la cima que aún me queda por escalar".

Esto se iba diciendo Zaratrusta mientras subía a la montaña. Iba consolando su corazón con estas duras sentencias, pues nunca lo había tenido tan herido. Cuando llegó a la cima vió que el mar se extendía a sus ojos por la pendiente opuesta. Entonces se detuvo y se quedó en silencio un largo rato. En aquella cima la noche era fría, clara y estrellada. "Sé cuál es mi destino -dijose al fin estristecido-. Estoy dispuesto. Ahora empieza mi última soledad. ¡Qué mar más oscuro y más triste se extiende a mis pies! ¡Qué triste perplejidad la de esta noche! ¡Destino y mar! ¡Hacia vosotros tengo que descender ahora! Tengo ante mí mi

montaña más elevada y mi viaje más largo: por eso he de descender más de lo que nunca lo he hecho. Descender al dolor más de lo que nunca lo he hecho, hasta su oleaje más sombrío. Así lo quiere mi destino. Hágase; dispuesto estoy a ello. ¿De dónde proceden las montañas más altas?, me dije en otro tiempo; y averigué que proceden del mar. Este testimonio está escrito en las rocas y en la superficie de sus cumbres. Lo más alto ha de alcanzar su altura partiendo de lo más profundo".

Así habló Zaratrusta en la cumbre más fría de la montaña. Pero cuando descendió hacia el mar y se encontró a solas entre los arrecifes se sintió cansado por la caminata y más lleno de deseos que antes. "Todo sigue dormido -se dijo-; incluso ese mar cuyos ojos parece que me miran asombrados y llenos de sueño. Pero noto que su respiración es cálida, sí, y siento también que, en su dormir sobre duras almohadas, está teniendo sueños agitados. ¡Escucha. Escucha cómo gime a causa de sus malos recuerdos! ¿O se deben más bien sus gemidos a los malos presajios? Estoy triste como tú, monstruo sombrío, y por tu causa me siento disgustado conmigo mismo. ¡Ojalá fuera mi mano lo bastante fuerte, porque de buena gana te libraría de todas tus pesadillas!"

Conforme iba diciendo esto, Zaratrusta se reía de sí mismo, con amargura y melancolía. "Pero, ¿cómo?, Zaratrusta. ¿Tratas de consolar al mar cantando? ¡Ay, Zaratrusta, eres un loco pletórico de amor! ¡Qué feliz eres confiando así! Esa ha sido siempre tu norma de conducta: siempre te has enfrentado a todo lo terrible con ánimo confiado. Hasta has pretendido acariciar a cualquier monstruo. Te bastaba el hálito de un cálido respirar y un poco de piel suave entre las garras para sentirte dispuesto a amar y seducir. El amor es el riesgo que corre el que está sólo: el amor a cualquier cosa que esté viva. ¡Qué ridícula es mi necesidad y la modestia de mi amor!"

Así habló Zaratrusta, y se rió otra vez; pero se acordó de pronto de los amigos a los que había dejado, y, como si se hubiera ofendido en su pensamiento, se enfadó consigo mismo por su causa. De este modo, su risa se deshizo en llanto. Zaratrusta se echó a llorar amargamente, movido por la ira y el anhelo.

La visión y el enigma

1

Cuando se extendió entre los marineros la noticia de que Zaratrusta se hallaba a bordo, pues con él había subido uno que vivía en las islas afortunadas, se despertó una gran curiosidad y expectación. Zaratrusta se mantuvo, sin embargo, en silencio durante dos días, frío y sordo a causa de su tristeza, y sin reaccionar a las miradas ni a las preguntas. El segundo día por la noche se volvieron a abrir sus oídos, aunque continuó sin decir palabra, pues se oían decir muchas cosas raras y peligrosas en aquel barco que venía de lejos y pretendía ir más lejos aún. Zaratrusta era amigo de los que emprenden largos viajes, y no le gusta vivir sin arriesgarse. Así que, de tanto escuchar a los demás, se le desató la lengua y se quebró el hielo de su corazón. Entonces habló de la siguiente manera: "A vosotros, íntimos amigos que estáis siempre buscando e indagando, y a quienquiera que se haya lanzado alguna vez al proceloso mar con velas apropiadas; a vosotros, a quienes embriagan los enigmas y os enamora la luz crepuscular, a aquellos cuyas almas se sienten atraídas por el son de las flautas hacia todos los abismos laberínticos: pues no avanzáis siguiendo a tientes rastros, con mano temerosa, y preferís adivinar que hacer mil deducciones; solamente a vosotros os he yo de contar el enigma que vi, la visión del más solitario de los hombres todos. Hace poco andaba yo sombrío, a la luz crepuscular de cadavérica palidez, con el gesto fruncido, los labios apretados y la mirada hosca, pues, para mí, no había sido sólo un sol lo que se había hundido en un ocaso. Un sendero que subía resuelto por los riscos, siniestro y solitario, incapaz de dar hierba ni maleza, un sendero de monte, crujía bajo la obstinación de mis pisadas. Caminando en silencio, sobre el burión crujido de los guijos, aplastando las piedras que me hacían resbalar, mis pies se iban abriendo camino hacia lo alto. Hacia arriba: a pesar de que el espíritu de la pesadez, mi demonio y mayor enemigo tiraba de mis pies hacia el abismo. Hacia arriba: a pesar de que ese espíritu medio enano y medio topo, paralítico y paralizante, iba sentado en mí y vertía en mi cerebro, a través de mi oído, pensamientos como gotas de plomo. "Zatrusta - me susurraba socarrón, marcando bien las sílabas-, te has lanzado a ti mismo hacia arriba, como piedra de la sabiduría que eres; pero toda piedra arrojada hacia el aire por fuerza tiene que caer. Zaratrusta ¡qué alto te has lanzado, como piedra de la sabiduría, piedra de honda, destructor de estrellas que eres!; pero toda piedra arrojada hacia el aire por fuerza tiene que caer. Te has condenado a ser lapidado, Zaratrusta; pues esa piedra que tan alto has lanzado volverá a caer sobre ti". Callóse aquel enano, y estuvo así durante un largo rato. Pero me sobrecojía su silencio, pues cuando hay dos, la soledad es más intensa que la de uno solo. Yo seguía subiendo y subiendo: soñaba y pensaba, pero todo pesaba sobre mí. Era como un enfermo rendido por el tormento de su sufrir y al que le vuelve a despertar una horrible pesadilla cuando acaba de dormirse. Pero hay en mí algo a lo que llamo valor, que, hasta ahora, ha apagado en mí todo desaliento. Fue ese valor el que hizo que me detuviese y dijese: "¡O tú o yo, enano!" Y es que habéis de saber que no hay quien mate mejor que el valor, el valor que ataca, pues todo ataque se hace al reboblo del tambor. Por otra parte, el hombre es más valiente que todos los animales; por eso los ha vencido a todos. Al redoble del tambor ha vencido incluso a todos los dolores: aunque el dolor por el hombre es el más profundo de todos. El valor mata incluso al vértigo que se siente al borde el abismo. Y ¿cuándo no está el hombre al borde del abismo? El hecho de mirar, ¿no es ver abismos? El valor es quien mata mejor: mata incluso a la compasión; y la compasión es el más profundo de los abismos. Cuanto más mira el hombre al fondo de la vida, más hunde su vista en el dolor. Pero el valor es quien mata mejor, el valor que ataca; pues mata incluso a la propia muerte, porque dice: ¿Y esto era vida? ¡Muy bien! ¡Pues que vuelva a empezar! Con todo, hay en estas palabras mucho de redoble de tambor. Quien tenga oídos para oír, que oiga.

2

Le dije: "¡Deténte enano! ¡O tú o yo! ¡Y yo soy el más fuerte de los dos! No conoces el abismo de mi pensamiento: un abismo que no podrías soportar". Sucedió entonces algo que alivió mi corazón. Aquel enano tan curioso saltó de mis espaldas al suelo y se sentó en cuclillas ante mí, encima de una piedra. En aquel lugar donde nos habíamos parado había una enorme puerta. ¡Fíjate en esa puerta, enano! -le dije-. Tiene dos caras. Hasta aquí conducen dos caminos que nadie ha recorrido por entero. Esa larga vereda que marcha hacia detrás se prolonga una eternidad; y esa larga vereda que marcha hacia adelante se prolonga igualmente. Los dos senderos se encuentran frente a frente; sus cabezas se juntan y convergen en esta puerta grande. En ella se halla escrito su nombre; se llama instante. Mas si alguien recorriese uno de ellos, y se internara en él cada vez más distante, ¿crees tú, enano, que esos caminos serían contradictorios?" Y contestó el

enano con desprecio: "Todo lo que se extiende en línea recta miente. Toda verdad es curva, y el tiempo es circular". Espíritu de la pesadez -le respondí airado-, ¡no tomes las cosas tan a la ligera o te dejaré sentado ahí en cuclillas, cojitranco! "Recuerda que he sido yo quien te ha echo subir e estas alturas". Y luego proseguí: "¡Mira este instante! De esa puerta llamada instante parte hacia atrás un camino sin fin; y detrás de nosotros hay una eternidad. ¿Acaso no tiene que haber sucedido ya alguna vez todo lo que puede suceder. Y si, ya ha ocurrido todo, ¿qué piensas, enano, de este instante de ahora? ¿No tendrá también que haber existido ya esta puerta? ¿Y no están todas las cosas fuertemente ligadas entre sí, de forma que este instante arrastra tras de sí todo lo que está por venir, incluyendo, por tanto, a él mismo? Pues todo lo que puede recorrer también esa larga senda hacia adelante, ¿no ha de volver acaso a recorrer su largo camino? Y esa araña que se arrastra lentamente a la luz de la luna, y esa misma luz lunar, y tu y yo, que estamos delante de esta puerta charlando sobre cosas eternas, ¿no tenemos que haber existido ya todos nosotros alguna vez? ¿Y no tenemos que venir de nuevo y recorrer otra senda que se extiende ante nosotros hacia delante, esa senda larga y horrible? ¿No tendremos que retornar eternamente?" Así dije, bajando cada vez más el tono de mi voz, pues me asustaban mis propios pensamientos y el transcurso de éstos. De pronto oí aullar a un perro por allí cerca. ¿Habéis oído alguna vez aullar a un perro de ese modo? Mi imaginación me transportó de nuevo a fechas ya remotas; sí, a la época de mi infancia, a mi lejana niñez. En aquel momento había oído aullar a un perro así. Apareció además ante mí, con el pelo cruzado, alargando el cuello, mirando al cielo y temblando de terror, en la hora más silenciosa de la noche, en esa hora en que hasta los perros creen en fantasmas. Y me inspiró compasión. En ese preciso momento, apareció la luna llena, en medio de un silencio sepulcral, como un disco de fuego, sobre los techos planos, como si se posara en una propiedad ajena. Eso acabó de desquiciar al perro, pues los perros creen en ladrones y fantasmas. Cuando de nuevo le oí aullar volvió a darme lástima.

Pero ¿qué había pasado con el enano, con la puerta, con la araña y con todo aquel parloteo? ¿Había sido todo un sueño? ¿Estaría ahora despierto? De pronto me encontré entre rocas agrestes, solo y abandonado, en medio del claro de luna más desierto. ¡Pero allí, en el suelo, yacía un hombre! ¡Delante mismo de mí! El perro marchaba a saltos, con el pelo erizado, gimiendo. Me vió entonces llegar y aulló y gritó de nuevo. ¿Había oído yo alguna vez a un perro gritar así en demanda de ayuda? Ciertamente, jamás había visto nada parecido a lo que entonces vi. Un pastorcillo se retorció en el suelo, ahogándose, convulso, con el rostro desencajado, pendiendo de su boca una gran serpiente negra. ¿Había visto yo alguna vez esa expresión de náusea y de terror en algún rostro humano? Posiblemente, aquel pobre pastorcillo se hallaba durmiendo cuando aquella serpiente penetró en su garganta y se aferró a ella mordiéndole. Tiré de aquel reptil con mi mano una y otra vez, pero todo fué inútil. No podía arrancarlo. No pude reprimir este grito: ¡Muérdele! ¡Muérdele! ¡Arráncale la cabeza de un mordisco! Así me gritaban mi horror, mi odio, mi asco y mi compasión. Todo cuanto yo tenía de bueno y de malo gritaba en mí, con un único grito. Vosotros, valientes que me oís; vosotros que estáis siempre buscando e indagando, y cuantos de vosotros se han lanzado con velas apropiadas a surcar mares inexplorados; vosotros que amáis los enigmas: ¡resolved éste que se me planteó; interpretadme la visión del hombre más solitario! Pues aquello fué una visión y una previsión. ¿Qué simbolizaba aquello? ¿Y quién es el que un día tiene que venir? ¿Quién era aquel pastor en cuya garganta se introdujo el reptil? ¿Quién es el hombre en cuya garganta se introducirán las cosas más negras y más pesadas? Pero, tal y como yo le aconsejé gritando, el pastorcillo dio un mordisco con todas sus fuerzas. Luego escupió lejos de sí la cabeza de la serpiente, y se puso de pie de un salto. Ya no era un pastor; ni tan siquiera un hombre: era un ser transfigurado, iluminado, que se reía. Nadie se había reído nunca tanto en esta tierra. Sí, hermanos; yo oí una risa que no era una risa humana; y ahora me devora una sed y un anhelo insaciable. Me devora el ansia de esa risa. ¿Y cómo puedo soportar el seguir viviendo? ¿Y cómo iba a soportar el morirme ahora?

Así habló Zaratrústa.

La bienaventuranza no querida

Con estos enigmas y amarguras en el corazón, Zaratrústa atravesó el mar. Mas cuando se encontraba a cuatro días de las islas afortunadas y de sus amigos, ya se había sobrepuesto de su dolor. Entonces se dijo a sí mismo, pletórico de gozo: Otra vez estoy solo y quiero estarlo. A solas con este cielo sin mancha y este infinito mar. Naturalmente la tarde reina en torno a mí. Fue una tarde cuando hallé a mis amigos por vez primera, y una tarde volví a encontrarlos por segunda vez; fue en esa hora en que la luz se torna aún más callada. Pues cuanto queda de felicidad entre el cielo y la tierra trata de cobijarse en un alma luminosa, la luz se ha vuelto ahora más serena. ¡Oh, tarde de mi vida! También en otro tiempo bajó hasta el valle mi felicidad en busca de cobijo, y halló en él unas almas abiertas y hospitalarias. ¡Oh, tarde de mi vida! ¿Qué no habré dado yo por tener una cosa tan sólo: este plantel viviente de mis pensamientos, este amanecer de mi más elevada esperanza! En otro tiempo el creador buscó compañeros e hijos de su esperanza, pero no pudo hallarlos, como no fuera creándolos él mismo. Ahora estoy, pues, en medio de mi obra, marchando hacia mis hijos y regresando de ellos: Zaratrústa se ha de consumir a sí mismo por amor a sus hijos, pues he descubierto que, en el fondo, sólo amamos a nuestros hijos y a nuestras obras; y que quien se ama a sí mismo da muestras de gran fecundidad. Mis hijos florecen aún en su primera primavera, unos junto a otros, agitados por un mismo viento, como árboles que son de mi jardín y del mejor de mis terrenos. Donde crecen árboles así hay también islas afortunadas. Pero un día habré de transplantarlos y ponerlos separados, para que cada cual aprenda a estar solo y a ser tenaz y prudente. Los quiero duros y flexibles, creciendo junto al mar, aunque sean nudosos y retorcidos, como faros vivientes de la vida invencible. Allí donde se lanzan sobre el mar las tormentas, y donde bebe agua la trompa de los montes, harán guardia mis árboles, día y noche, para ser examinados y reconocidos. Sí, porque esos árboles han de ser examinados y reconocidos, para que se vea si descienden de mí y si son de mi especie; si tienen una ferrea voluntad, si callan aunque hablen, y si están de tal modo dispuestos a entregar que, al hacerlo, están realmente tomando. Para que lleguen un día a ser mis compañeros, para que creen conmigo y celebren las fiestas junto a mí, para que inscriban mi voluntad sobre mis tablas; para la más plena consumación de todo. Por amor a ellos y a sus semejantes, yo debo realizarme; por eso me privo ahora de toda felicidad y me inmolé a toda desdicha: éste es mi último examen y mi último conocimiento. Era, ciertamente, el momento de emprender la marcha; y la sombra del viajero, el instante más prolongado y la hora más silenciosa me decían al unísono: "¡Ha llegado la hora!" Y el viento que soplabá por el ojo de la cerradura me decía: "¡Ven!" Y la puerta que se abría con sigilo me decía: "¡Ve!" Pero yo me hallaba encadenado al amor de mis hijos: el amor me imponía ese lazo, el deseo de amar, el anhelo de ser el botín de mis hijos y de perderme por su causa. Desear significa para mí haberme perdido. Yo os tengo, hijos míos. En esta posesión todo ha de ser seguridad, y nada ha de ser deseo. Pero el sol de mi amor me abrazaba al incubarme. Zaratrústa se cocía en su propio

jugo; y entonces se me disipan las sombras y las dudas. Yo deseaba los fríos del invierno. Suspiraba anhelando que el frío y el invierno me hicieran otra vez tiritar y castañetear los dientes. Y entonces salieron de mí ser gélidas tinieblas. Salió de su tumba mi pasado, y despertaron muchos dolores que estaban enterrados vivos y que sólo dormían envueltos en sus mortajas. Todo me hacía señas como si me gritara: "¡Ha llegado tu hora!" Pero yo no lo oía. Hasta que al fin mi abismo se agitó, y me mordió mi pensamiento. ¡Ay, pensamiento mío, tú que eres abismal! ¿De donde sacaré fortaleza para oírte cavar y no temblar de miedo? El corazón se me sube a la garganta cuando te oigo cavar. Tu silencio, que alcanza honduras abismales, me quiere estrangular. Nunca me atreví a llamarte hacia arriba, porque ya hacia bastante con llevarte conmigo. Ni era yo bastante fuerte para tener la audacia suprema del león. ¡Qué terrible ha sido soportar tu peso!; más día llegará que hallaré la fuerza y la voz del león para llamarte hacia arriba. Y cuando haya logrado esa victoria, desearé otra mayor: una victoria sellará mi consumación. Mientras tanto navego por mares ignotos, adulado por el azar lisonjero; dirijo la mirada adelante y atrás, y nunca veo el fin. No me ha llegado la hora de mi batalla final. ¿O es que acaso me llega en este mismo instante? Con su belleza pérfida me miran el mar y la vida que hay en torno a mí. ¡Oh, tarde de mi vida! ¡Oh dicha que nos llega antes de la noche! ¡Oh puerto en alta mar! ¡Oh paz en medio de lo incierto! ¡Hasta que punto desconfío de vosotros! ¡Como me hace desconfiar vuestra belleza pérfida! Soy igual que el amante que no se fía de las sonrisas acarameladas. Como un celoso que rechaza a su amada, tierno aún en su dureza, así aparto yo de mí esta hora de dicha. ¡Aléjate, hora bienaventurada! ¡Mejor es que te albergues en mis hijos! Date prisa y dales la bendición de mi felicidad, antes incluso de que caiga la tarde. Se pone el sol y se acerca la noche. Vete, felicidad mía.

Así habló Zaratrústa, y durante toda la noche estuvo esperando que llegara a él su infelicidad; mas su espera fue inútil. La noche siguió siendo serena y silenciosa, y la felicidad se fue acercando a él con mucha lentitud. Cuando llegó la aurora, rióse Zaratrústa interiormente, diciéndose burlón: "La dicha me persigue; eso me pasa porque no persigo a las mujeres. Y la dicha es mujer".

Antes de la salida del sol

¡Oh cielo que sobre mí te extiendes, cielo claro y profundo, abismo luminoso! Al contemplarte me estremezco de divinos deseos. Mi profundidad consiste en lanzarme a tu altura. Mi inocencia radica en albergarme en tu pureza. El dios aparece velado por su hermosura, de este modo me ocultas tus estrellas. Al no hablarme, me revelas tu sabiduría. Te has elevado mudo sobre el rugiente mar; tu amor y tu vergüenza se revelan a mi alma agitada. ¡Cuán hermoso has venido hasta mí, envuelto en tu hermosura! Me has hablado en silencio, manifestando tu sabiduría. ¡Cómo he adivinado yo el poder de tu alma! Antes que el sol llegase has venido tú a mí, el más solitario de los hombres, siempre fuimos amigos, compartimos las penas, los miedos y la hondura. Hasta un mismo sol nos es común. No nos hablamos, pues sabemos demasiado de todo; juntos callamos y juntos sonreímos a nuestro saber. ¿Acaso no eres tú la luz de mi hogar? ¿No es tu alma gemela de mi conocimiento? Juntos lo hemos aprendido todo: a superarnos y a sonreír sin nubes; sí, a sonreír sin nubes hacia abajo, con la mirada limpia, desde una gran distancia, mientras a nuestros pies se deshacen, en vapores de una fina llovizna, la coacción, la fatalidad y la culpa. Y cuando andaba a solas, ¿de quién estaba hambrienta mi alma por las noches, en medio de las sendas perdidas? Y cuando yo subía las montañas; ¿a quién sino a ti buscaba en ellas? Y todas mis andanzas y escaladas, ¿es que eran otra cosa que una necesidad y un recurso de un hombre desvalido? Toda mi voluntad tan sólo anhela volar, volar dentro de ti. ¿A quién odiaba más que a esas nubes que pasan empañando tu brillo? Odiaba hasta mi odio, porque a ti te empañaba. Esas nubes que pasan me inspiran aversión, porque son como gatos de presa que se acercan furtivos tan sólo para quitarnos lo que tú y yo tenemos; la inmensa e ilimitada afirmación. Tenemos aversión a esas nubes que pasan, que se interponen y entremeten, que son mitad y mitad, sin haber aprendido a bendecir ni a maldecir a fondo. Prefiero estar sentado dentro de mi tonel bajo un cielo cubierto, o hundirme en un abismo sin cielo, que verte a ti empañado por las nubes que pasan, ¡oh, cielo luminoso! ¡Cuántas veces he querido amarrarlas con el dorado alambre de algún rayo quebrado, o golpear, como el trueno a modo de timbales, su panza de caldera! He querido ser ese timbalero enfurecido porque esas nubes me roban tu "sí", tu "así sea", ¡oh, cielo que te extiendes por encima de mí, impoluto, brillante, abismo luminoso!; y a ti te roban mi "sí" y "así sea" Pues prefiero el estrépito, el trueno y los estragos que provoca el mal tiempo a esta calma gatuna, sospechosa y furtiva; pues no hay hombres a quienes yo más odie que a los que andan sin ruido, que son tan medias tintas; y que, como esas nubes que pasan, no saben decidirse y están siempre dudando. De un cielo luminoso no vino esta sentencia esclarecida: "Quien no sepa bendecir debe aprender a maldecir." Incluso en las noches más encapotadas brilla esa estrella en mi cielo. Pero yo soy un hombre que bendice, que dice "sí", cuando tú estás presente, impoluto, brillante, abismo luminoso. Como una bendición llevo yo a los abismos mi clara afirmación. Me he convertido en alguien que bendice y que afirma. ¡Durante cuánto tiempo he estado yo luchando para tener un día las manos liberadas y poder bendecir! Mi bendición es ésta: estar sobre todo, como su propio cielo, como la bóveda de su techo, como su azulada campana y su eterna paz. ¡Bienaventurado quién bendice así! Porque todas las cosas fueron bautizadas en la pila de la eternidad, más allá del bien y del mal; incluso el bien y el mal no son sino sombras que huyen, húmedos pesares, nubes que pasan. Realmente, no blasfemo, sino que os bendigo cuando os digo que por encima de todo están esos cielos que son el azar, la inocencia, el acaso y la arrogancia. "Acaso", he aquí la más antigua nobleza del mundo, que yo he devuelto a todo, liberándole de estar sujeto a fines. Sobre todas las cosas le he puesto yo esa campana azul que son esta libertad y esta serenidad celeste, al enseñarles esto: que sólo hay una cosa que resulta imposible: la racionalidad. No obstante, en todo lo existente hay algo de razón, un grano de saber, esparcido entre estrella y estrella, como una levadura que está mezclada en todo: la locura es la causa de que la sabiduría esté mezclada en todo. Es posible que exista en todo un poco de sabiduría, pero en todas las cosas he encontrado la feliz certidumbre de que prefieren bailar con los pies del azar. ¡Oh cielo que te extiendes por encima de mí, tan puro y elevado! Para mí tu pureza consiste en esto: en que no existe ninguna araña eterna y ninguna telaraña eterna de la razón; en que tú eres para mí una pista de baile para azares divinos; en que tú eres para mí una divina mesa de juego donde juegan divinos jugadores con dados divinos. Pero ¿es que te sonrojas? ¿Acaso digo lo que no debiera? ¿Acaso he blasfemado queriendo bendecirte? ¿O tu rubor se debe a un rubor compartido? ¿Es que acaso me ordenas que me vaya en silencio, porque ya viene el día? ¡Qué profundo es el mundo!, más incluso de lo que piensa el día. No a todas las cosas les es posible hablar antes que lleguen el día. Pero ya viene el día, y hemos de separarnos. ¡Oh, cielo que te extiendes por encima de mí, vergonzoso y ardiente! ¡Oh felicidad mía que antecede al despuntar del sol. El día ya se acerca, y hemos de separarnos.

Así habló Zaratrústa.

Cuando Zaratrusta volvió a pisar tierra firme, no se fue directamente a su montaña y a su cueva, sino que hizo muchos recorridos, recogiendo informaciones de aquí y de allá, de forma que llegó a decir en broma de sí mismo: "Soy como un río que, a través de sus meandros, retornará a su origen". Pues quería saber que había sido del hombre durante su ausencia: si había crecido, o si, por el contrario, se había hecho más pequeño. Cierta día vio una serie de casas nuevas que le dejaron sorprendido. "¿Qué significan esas casas?" -exclamó-. Verdaderamente no las ha puesto ahí ninguna alma grande como símbolo de sí misma. ¿Las habrá sacado del cajón de sus juguetes algún niño tonto? Pues ¡ojalá que otro niño las vuelva a meter en él! ¿Pero es que en esos cuartos y en esas habitaciones pueden entrar varones? Más bien me parecen casas de muñecas de gente golosa, que se deja ella misma engolosinar. Paróse Zaratrusta a reflexionar, y finalmente exclamó entristecido: "¡Todo se ha hecho más pequeño! No veo más que puertas bajas. Quizá aún puedan pasar por ellas las gentes de mi estirpe, pero se tiene que inclinar. ¿Qué ganas tengo de volver a mi patria, para no tener que inclinarme ante los pequeños!" Zaratrusta miró al horizonte y lanzó un profundo suspiro. Ese mismo día pronunció su discurso sobre la virtud que empequeñece.

Atravieso este pueblo con los ojos bien abiertos. pues sus gentes no me perdonan que no envidie sus virtudes. Quisieran morderme cuando les digo que las gentes pequeñas precisan virtudes pequeñas, y porque no me cuesta trabajo aceptar que las virtudes pequeñas son necesarias. Me siento aquí como gallo en corral ajeno; me persiguen las gallinas a picotazos, pero no por eso les guardo rencor a las gallinas. Soy indulgente con ellas, como con cualquier molestia mostrarse espinoso con los pequeños me parece una sabiduría propia de erizos. Cuando por la noche se reúnen en torno a la lumbre, todos hablan de mí, pero ninguno piensa en mí. Ese es el nuevo silencio que he conocido: el ruido que hacen a mi alrededor tiende un manto sobre mis pensamientos. Murmuran entre dientes: "¿Qué querrá de nosotros este nubarrón? ¿Con tal que no nos traiga la peste!" Hace poco se me acercó un niño, y su madre tiró violentamente de él. "¡Apartad a los niños! -gritó-. Esos ojos queman las almas de los niños." Tosen cuando les hablo, creyendo que así se previenen contra los fuertes vientos. No adivinan siquiera cómo ruge mi felicidad. "Ahora no tenemos tiempo para Zaratrusta" -objetan-; pero ¿qué importa un tiempo que, para Zaratrusta, no tiene tiempo? Y hasta cuando me ensalzan, ¿cómo iba yo a dormirme sobre mis alabanzas? Sus aplausos son para mí un cilicio, que, aún después de quitármelo, me sigue haciendo daño. También he aprendido entre ellos esto: que quien alaba se imagina que devuelve, pero en realidad está queriendo que le den más. Preguntad a mis pies si les gusta el modo que tienen de ensalzar y atraer. A ese son y compás, no quieren ni danzar ni quedarse quietos. Quisieron atraerme hacia la pequeña virtud, alabándomela, trataron de arrastrar mis pies hacia el compás de la pequeña felicidad. Atravieso este pueblo con los ojos bien abiertos; su gente está empequeñecida, y sigue empequeñeciéndose más: ello se debe a su doctrina de la felicidad y de la virtud. Y es que también son molestos en su virtud, porque quieren comodidades; y lo único que se ajusta a las comodidades es una virtud pequeña. También ellos aprenden a andar a su modo y a marchar hacia adelante, bien que renqueando, como diría yo. Por eso constituyen un obstáculo para quienes tienen prisa. Hasta los hay que andan bien delante mirando hacia atrás, y alargando el cuello. ¡Cuánto me gustaría atropellar a esos tales! La piel y los ojos no deben mentirse ni desmentirse entre sí. Pero ¡hay tantas mentiras entre la gente pequeña! Algunos de ellos quieren, pero la mayoría se deja querer. Algunos son sinceros, pero la mayoría son unos malos cómicos. hay entre ellos comediantes que no saben que lo son y comediantes que no querrían serlo; hay muy pocos que sean sinceros, y menos aún que sean comediantes sinceros. Como no abundan los hombres, las mujeres se masculinizan. Pues quien es bastante hombre puede redimir a la mujer en la mujer. La mayor hipocresía que vi en ellos es que incluso quienes mandan fingen las virtudes de los que obedecen. "Yo sirvo, tú sirves, nosotros servimos", sermonean esos gobernantes hipócritas. ¡Pobres de aquéllos entre los cuales el primer señor no es más que el primer servidor! También se perdió mi curiosa mirada observando sus hipocresías, y comprobé que eran felices como moscas al ver cómo zumbaban en torno a los cristales soleados. Donde veo bondad veo debilidad; donde veo justicia o misericordia veo debilidad. Son redondos, justos y bondadosos los unos para con los otros; como lo son las granos de arena para con los granos de arena. Lo que llaman resignación no es más que contentarse con una pequeña felicidad, y al mismo tiempo mirar de reojo a otra pequeña felicidad. Realmente, solo buscan una cosa: que nadie les haga daño. Por eso son amables con todos y hacen bien a todo el mundo. Pero eso no es más que cobardía, aunque lo llamen virtud. Y cuando quieren hablar con dureza yo sólo los encuentr roncós; pues, efectivamente, la menor ráfaga de aire les enloquece. Son astutos y sus virtudes tienen los dedos ágiles; pero como no tienen puños, no pueden esconder los dedos en ellos. Consideran que virtud es todo lo que amansa y domestica; así han conseguido convertir al lobo en perro, e incluso al hombre en el mejor animal domestico del hombre. "Nosotros nos situamos en el centro dicen haciendo aspavientos, a igual distancia del gladiador moribundo que del cerdo satisfecho". Pero eso es mediocridad aunque lo llamen moderación.

Atravieso este pueblo y dejo caer algunas palabras, que ellos no saben recoger ni retener. Se extrañan de que no haya venido a condenar placeres y vicios; y, a decir verdad, también he venido a prevenirles contra los cacos. También se extrañan de que no haya venido a hacer más despierta y más aguda su listeza; como si no contarán ya con un número suficiente de listos cuyas voces rechinan en mis oídos como pizarrines. Y cuando les grito: "¡Arrojad de vosotros todos esos diablillos pusilánimes que lleváis dentro, y que siempre están dispuestos a gimotear, a juntar las manos y a rezar!", ellos exclaman: "¡Este Zaratrusta es un ateo!" Los que más gritan son los que hay entre ellos que predicán resignación; y a éstos precisamente me encanta gritarles al oído: "¡Sí, soy Zaratrusta, el ateo!" ¡Vaya con los que predicán resignación! Donde quiera que hay algo pequeño, enfermo y tiñoso, allí están ellos arrastrándose como piojos; sólo el asco que me dan impide aplastarlos. ¡Pues bien!, voy a dedicar este sermón a sus oídos: Soy efectivamente, Zaratrusta, el ateo; y pido que el que sea más ateo que yo me permita gozar de sus enseñanzas. Soy Zaratrusta, el ateo; ¿dónde hallaré a los que son iguales que yo, a aquéllos que se dan a sí mismos su propia voluntad, y rechazan toda resignación? Soy Zaratrusta, el ateo, y cuezo en mi puchero el azar: sólo cuando el azar está ya cocido, lo acepto y lo convierto en mi sustento. Ciertamente, más de un azar ha llegado a mí con

arrogancia, pero mi voluntad se mostró aún más arrogante; y entonces me pidió de rodillas que le diera cobijo amistosamente, diciéndome en tono persuasivo: "¡Mira, Zaratrusta, sólo un amigo se presenta así ante un amigo!" Pero ¿para qué hablar, si nadie tiene oídos como los míos? Por eso quiero gritar a los cuatro vientos: ¡Cada vez os vais haciendo más pequeños, gentes pequeñas! ¡Os estáis deshaciendo, comodones! ¡Os estáis arruinando! Y todo por esa multitud vuestra de pequeñas virtudes, de pequeñas omisiones, de pequeñas resignaciones. Vuestro patrimonio consiste en una indulgencia y en una condescendencia excesivas; crecéis en ese terreno; mas para hacerse grande, un árbol ha de echar duras raíces entre duras rocas. También vuestras omisiones contribuyen a tejer la tela del futuro de la humanidad; incluso vuestra nada es una telaraña y una araña que se alimenta de sangre del futuro. Y cuando tomáis algo, pequeños virtuosos sois como ladrones; pero hasta los granujas tienen un honor que les dicta: "Sólo se debe hurtar cuando resulte imposible robar". "Hay que dar", dice otra de las doctrinas de la resignación; pero yo os aseguro, comodones, que hay que tomar, y que cada vez se irá tomando más de vosotros. ¡Ojalá arrojaseis muy lejos todo ese querer a medias, y aprendiéseis a ser decididos tanto para la pereza como para la acción! ¡Ojalá me entiendíseis cuando os digo que hagáis siempre lo que queráis, pero que antes habéis de ser capaces de querer! Amad al prójimo como a vosotros mismos; pero antes tenéis que amaros a vosotros mismos; tenéis que amar con gran amor y con gran desprecio. Ois ¿para qué hablar si nadie tiene unos oídos como los míos? En medio de esa gente, yo soy mi propio precursor, mi propio canto del gallo a través de oscuras callejuelas. ¡Pero la hora de esa gente se acerca! ¡Y también llega la mía! Cada hora que pasa se van haciendo más pequeños, más pobres, más estériles. ¡Pobre vegetación y pobre tierra! Pronto estará ante mí como hierba seca y como rastros; cansados de sí mismos, más sedientos de fuego que de agua. ¡Hora bendita del rayo! ¡Secreto de antes del mediodía! Un día habré de convertirles en torrentes de fuego, en profetas con lenguas de fuego. Sí, ha de llegar un día en que anuncien con sus lenguas de fuego: "¡Ya, ya se acerca el gran mediodía!"

Así habló Zaratrusta.

En el monte de los olivos

El invierno, que es un huésped terrible, se ha albergado en mi casa. Tengo las manos amoratadas de su amistoso apretón. Yo honro a este huésped maligno, pero disfruto dejándole solo y escapándome de él. Con los pies calientes y los pensamientos calientes también corro a un lugar donde no sopla el viento, al rincón soleado de mi monte de los olivos. Allí me burlo de mi severo huésped, y le agradezco que mate las moscas de mi casa y que haga callar muchos ruidos pequeños. Él no soporta oír zumbas ni a un solo mosquito, y deja la calle tan solitaria que a la luz de la luna le da miedo entrar en ella de noche. Es un huésped riguroso y duro, pero yo le honro; y no me pongo a rezar al panzudo dios del fuego, como hacen los afeminados. Prefiero dar diente con diente a adorar ídolos. Es mi forma de ser. Y en concreto, detesto a los ídolos de fuego, ardientes, humeantes y enmohecidos. Cuando amo a alguien, le amo más en invierno que en verano; y, desde que se ha asentado el invierno en mi casa, me burlo de mis enemigos con mayor cordialidad. Con mayor cordialidad, ciertamente, incluso cuando me meto en la cama; mi felicidad bien arropada continúa allí riéndose y alardeando; hasta mis sueños engañosos se rien. ¿Arrastrarme yo? ¡Nunca jamás me he arrastrado ante los poderosos! Y si alguna vez menti, lo hice por amor. Por eso soy feliz en mi lecho invernal. Encuentro más caliente un lecho sencillo que otro lujoso, porque tengo celos de mi pobreza, y en invierno mi pobreza me es más fiel que nunca. Comienzo el día cometiendo una mala acción, y me río del invierno dándome un baño de agua fría; eso disgusta mucho a mi severo amigo del hogar. También me gusta hacerles cosquillas con una velita de cera, para que libre al cielo de ese crepúsculo color ceniza. Pero cuando soy peor es de madrugada, a primeras horas; a esa hora en que las sogas hacen rechinar las garruchas de los pozos, y relinchan los caballos por las grisáceas calles. Entonces espero impaciente a que se ilumine el cielo, ese cielo invernal de nevadas barbas, como un anciano de blancos cabellos, ese cielo invernal tan reservado que con frecuencia oculta en secreto su sol. ¿Será de él de quien he aprendido a estar tanto tiempo callado? ¿O ha sido él quien lo ha aprendido de mí? ¿O lo hemos inventado los dos al mismo tiempo, independientemente? Todo lo bueno tiene mil orígenes; todo lo bueno salta a la existencia retozando alocadamente, lleno de alegría. ¿Cómo iba a hacerlo una sola vez? El largo silencio es también algo bueno, alocado y travieso; e igualmente lo es el mirar, como lo hace el cielo al invierno, desde un rostro luminoso de ojos redondos, guardando en secreto nuestro sol y nuestra indomable voluntad solar. Sí, ciertamente este arte y esta malicia del invierno los he aprendido muy bien. Mi malicia y mi arte preferidos consisten en que mi silencio ha aprendido a no delatarme a causa del hecho mismo de que yo esté callado. Haciendo ruido con palabras y con dados me distraigo engañando a mis solemnes guardianes: a todos esos espías concienzudos tengo que ocultarles mi voluntad y mis fines. He inventado el silencio largo e iluminado para que nadie pueda husmear en mi interior ni en mi voluntad más íntima. He conocido a muchas personas inteligentes que se tapaban la cara con un velo y que enturbiaban el agua para que no se pudiera ver a través de aquél ni debajo de éste. Pero siempre había gente más desconfiada o más astuta que acudía a ellos, y pescaba sus peces más escondidos. De entre los que guardan silencio considero que los más inteligentes son los luminosos, los valientes, los transparentes; su fondo es tan profundo que ni siquiera las aguas más claras lo dejan ver.

¡Oh, tú, cielo silencioso del invierno, de níveas barbas y blanca cabeza, que te alzas sobre mí! ¡Oh, tú, símbolo celeste de mi alma y de su malicia! ¿Voy a tener que ocultarme como el que traga oro, para que no me abran el alma? ¿Voy a tener que usar zancos, para que todos esos envidiosos y tristonos que me rodean no reparen en mis largas piernas? Como iba a poder soportar mi felicidad la envidia de esas almas ahumadas, apolladas, consumidas, agriadas y amargadas? Por eso sólo les enseño el cielo y el invierno de mis cumbres; y no les dejo ver que la montaña está también ceñida por cinturones de sol. No oyen más que el silbido de mis tempestades invernales, pero ignoran que también navego por cálidos mares, como el lánguido, pesado y ardiente viento del mediodía. Se compadecen de mis desgracias y de mis azares, pero mi lema es: "¡Dejad que el azar venga a mí, porque es inocente como un niño!" ¿Cómo podría soportar mi felicidad si no la envolviera yo en desgracias y miserias invernales, en gorros de piel de oso polar y en mantos de nieve; si no me diera lástima la compasión de esa gente envidiosa y tristonas; si yo suspirase y temblase de frío delante de ellos, y si dejara pacientemente que me envolvieran en su misericordia? La locura sabía y la benevolencia sabía de mi alma consiste en no ocultar su invierno ni sus tempestades de frío; en no esconder siquiera sus sabañones. Para unos, la soledad es la huida característica del enfermo; para otros, es la huida ante los enfermos. ¡Que todos esos miserables y bizcos bribones que me rodean me oigan tiritar y gemir a causa del frío del invierno! Tiritando y gimiendo así escapo incluso de sus confortables casas. ¡Que gimán conmigo y se compadezcan de mis sabañones!"; Incluso a nosotros nos va a congelar ese Zaratrusta en el hielo del conocimiento!"; así se lamentan. Mientras tanto, recorro con los pies calientes, mi monte de los olivos, y en su rincón soleado canto y me burlo de toda compasión.

Así habló Zaratrusta.

El pasar de largo

De este modo, atravesando despacio muchas ciudades y pueblos, Zaratrusta volvía dando un rodeo a sus montañas y a su cueva. Y he aquí que llegó también sin darse cuenta a la puerta de una gran ciudad. Salióle allí al encuentro un loco echando espumarajos que extendió los brazos para cerrarle el paso. El pueblo le había puesto a este loco el apodo de "el mono de Zaratrusta", porque imitaba su forma de hablar y el tono de sus discursos, gustándole también hacer uso de los tesoros de su sabiduría. El loco dijo lo siguiente: "No se te ha perdido nada en este gran ciudad, Zaratrusta, y, en cambio, puedes perderlo todo. ¿Por qué vienes a ensuciarte los pies en este barrizal? Ten compasión de ellos. Mejor será que escupas a las puertas de esta gran ciudad, y que te vayas por donde has venido. Esto es un infierno para los pensamientos de los hombres solitarios; aquí cuecen vivos los grandes pensamientos y los hacen papilla. Aquí se corrompen todos los grandes sentimientos; aquí sólo dejan que se manifiesten los pensamientos más flacos y mezquinos. ¿No notas ya el olor de los mataderos y de los fisgonas del espíritu? ¿No despide esta ciudad el vaho de los espíritus que matan en el matadero? ¿No ves las almas colgadas como harapos deshilachados y sucios? ¿Pues hasta hacen periódicos con esos harapos! ¿No oyes cómo convierten el espíritu en un juego de palabras? Sí, el espíritu vomita un repugnante enjuague de palabras; y con ese enjuague de palabras hacen hasta periódicos. Se reta la gente entre sí, sin saber a qué; se acaloran los unos con los otros, sin saber para qué. Cencerrean con sus hojalatas y tintinean con su oro. Como son fríos tratan de calentarse con aguardiente. Se acaloran, y tratan de refrescarse con el contacto de espíritus congelados. Todos tienen la enfermedad de la opinión pública. Aquí tienen su sede todos los placeres y todos los vicios, pero también hay gente virtuosa; sí, hay mucha virtud asalariada y obsequiosa, con dedos de escribano y nalgas encallecidas a fuerza de esperar; mucha virtud condecorada con estrellitas prendidas en el pecho, y con una prole disecada y sin trasero. También hay aquí mucho beaterío, mucho servilismo crápula, mucha adulación interesada ante el dios de los ejércitos, y que es de arriba, efectivamente, de donde manan las condecoraciones y los escupitajos magnánimos; y hacia arriba es adonde se elevan los pechos que no han sido condecorados aún. La luna está rodeada de su corte, y la corte tiene sus inbéciles; y el pueblo pordiosero, con su obsequiosa virtud de pordiosero, le rinde culto a todo lo que viene de la corte. Todos esos virtuosos imploran al príncipe diciendo: "Yo sirvo, tú sirves, él sirve"; para que les lluevan condecoraciones con las que puedan adornar sus raquíticos pechos. Pero lo mismo que hasta la luna da vueltas en torno a lo terreno, también lo hace el príncipe en torno a lo más terreno de todo: el oro de los tenderos. El dios de los ejércitos no es el dios de los lingotes de oro; el príncipe propone, pero es el tendero quien dispone. Por todo lo que hay en ti de luminoso, de fuerte y de bueno, te lo pido Zaratrusta. Escupe a esta ciudad de tenderos y vete por donde has venido. La sangre que aquí corre por las venas está corrompida, aguada y cubierta de espuma. Escupe a esta gran ciudad, que es el gran vertedero donde fermentan todos los detritus. Escupe a la gran ciudad de las almas deprimidas y los pechos escualidos, de los ojos febriles y los dedos pringosos; a la ciudad de los impertinentes, de los sinvergüenzas, de los malos escritores, de los charlatanes, de los ambiciosos sin freno; en donde abunda todo lo podrido, infame, lascivo, sombrío, carcomido, ulcerado y supurante. ¿Escupe a esta gran ciudad, y vete por donde has venido!"

Al llegar aquí, Zaratrusta interrumpió a aquel loco, que echaba espumarajos, y le tapó la boca. ";Cállate de una vez! -le gritó-. Hace tiempo que me estan dando asco tus palabras y tus modales. ¿Por qué has estado viviendo tanto tiempo a orillas de la ciénaga, hasta acabar convirtiéndote en una rana y en un sapo? ¿No corre también por tus venas una sangre cenagosa, putrefacta y espumeante, que te ha enseñado a croar y a blasfemar así? ¿Por qué no te has retirado al bosque o te has puesto a labrar la tierra? ¿No está el mar lleno de fértiles islas? Desprecio tu desdén. ¿Por qué no te has hecho a tí mismo todas esas consideraciones que me estas haciendo a mí? Mi desdén y mi pájaro amonestador sólo han de alzar el vuelo desde el amor y no desde la ciénaga. Te aman mi mono, loco que echa espumarajos; pero yo prefiero llamarte mi cerdo gruñón. Con tus gruñidos echas a perder el elogio que yo he hecho de la locura. ¿Acaso no gruñes porque nadie te ha adulado lo bastante? Por eso te has asentado aquí, junto a esta basura, para poder gruñir con una excusa y vengarte de este modo. ¡Te he descubierto! Pero tu lengua de loco me perjudica aún en aquello que lleva razón. Y aunque mis palabras llevan cien veces razón, jamás tendrán razón si eres tú quien las dices". Así hablo Zaratrusta, y contempló aquella gran ciudad. Suspiró y estuvo callado durante un largo rato. Al fin dijo: "También a mí me da asco esta gran ciudad. ¿Cuánto me gustaría que la redujera a cenizas una columna de fuego! Pues el gran mediodía ha de venir precedido por columnas de fuego; pero él tiene ya señalados su momento y su destino. Voy a darte un consejo, loco, antes de despedirme de ti: "Donde amar ya no es posible, ¡se debe pasar de largo!" Así habló Zaratrusta; y pasó de largo por delante del loco y de la gran ciudad.

Los apóstatas

¡Ay!, ¿ya está marchito y gris todo lo que en esta pradera hace un momento crecía fragante y multicolor? ¿Cuánta miel de esperanza he extraído yo de aquí para llevarla a mis colmenas! Todos esos corazones jóvenes están ya envejecidos; y no es que sean viejos, sino que están cansados y son vulgares e indolentes. Ellos dicen que se han vuelto piadosos otra vez. No hace mucho les veía yo salir a una hora temprana, corriendo con decididos pies; pero los pies de su conocer se han cansado, y ahora hasta traicionan la valentía que mostraban por la mañana. Ciertamente, había algunos que, en otro tiempo, hasta hacían piruetas propias de un bailarín. La risa que hay en mi sabiduría les hizo señas, y entonces se pusieron a reflexionar. Y ahora los veo encorvados y arrastrándose hacia la cruz. En otro tiempo, revoloteaban en torno a la luz como mariposillas o como jóvenes poetas. Ahora, que son un poco más viejos y un poco más fríos, se han convertido en unos hombres sombríos que refunfuñan acurrucados en torno al fuego. ¿Es que se desanimó su corazón porque me había tragado la soledad como lo hubiera hecho una ballena? ¿Habían estado alerta inútilmente sus oídos, deseosos de oír mis clarines y mis gritos de heraldo? ¿Qué pocos, ay, son los que mantienen su corazón valiente y arrogante durante mucho tiempo!; y de entre éstos, qué pocos tienen un espíritu paciente. Todos los demás, en cambio, son unos cobardes. Y el resto, son precisamente la mayoría, los de todos los días, los que están de más, los superfluos, toda una legión de cobardes. Quien es como yo vivirá experiencias como las mías; sus primeros compañeros serán cadáveres y bufones. Pero los compañeros

que vengan después creerán en él: será un animado enjambre, con mucho amor, mucha locura y mucha veneración adolescente. Quien sea de mi estirpe y viva entre hombres no debe ligar su corazón a tales creyentes. Quien sabe lo mudable y cobarde que es la condición humana no ha de confiar en esas primaveras y en esos prados de flores multicolores. Si esos creyentes, pudieran obrar de otro modo, a buen seguro que querrian hacerlo. Los que se andan con medias tintas acaban corrompiendo a todo el conjunto. ¿Qué hay de lamentar en que se marchiten las hojas? Déjalas que caigan y que se vayan volando, Zaratrusta, y no te lamente. Es preferible que las barras con tu fuerte viento; que soples a esas hojas, Zaratrusta, para que se aleje cuanto antes de ti todo lo que está marchito.

2

Hemos vuelto a ser piadosos, declaran estos apóstatas; aunque hay algunos que son demasiado cobardes para reconocerlo. A éstos les miro a los ojos y les digo a la cara mientras se sonrojan: "Sois de esos que se ponen a rezar. Y rezar es vergonzoso. No para todo el mundo, pero sí para ti, para mí y para todo el que tiene la cabeza en su sitio. ¡Para ti es vergonzoso rezar! Tú ya lo sabes: a ese demonio cobarde que llevas dentro le encanta juntar las manos y cruzar los brazos, y quiere sentirse más cómodo aún, ese demonio cobrade es el que te dice al oído: "¡Existe un Dios!" Pero eso te sitúa entre los oscurantistas, a quienes la luz no les concede ni un minuto de reposo. Ahora te ves obligado a hundir la cabeza, cada vez más, en la noche y en las tinieblas. Verdaderamente, has escogido bien el momento, pues en esta hora las aves nocturnas han emprendido el vuelo. Ha llegado la hora de los enemigos de la luz; ha llegado la hora solemne del descanso, la hora de fiesta en la que "no se hace fiesta". Lo oigo y lo huelo: ha llegado para ellos la hora de cazar y de ir en procesión. Y no se trata, por supuesto, de una cacería salvaje, sino de la cacería apacible y cautelosa de los que se ponen a husmear, y andan y rezan sin hacer ruido. Se trata de cazar santurrones y espirituales. Ya están preparadas de nuevo las ratoneras destinadas a atrapar corazones. Y cuando levanto la cortina, se escapa inmediatamente alguna mariposilla nocturna. ¿Se había acurrucado allí, junto a otra mariposilla? Lo pregunto porque percibo por todos los sitios el olor de pequeñas comunidades agazapadas; y donde hay cenáculos se da también la gente que reza y que esparce el tufillo de los que rezan. Permanecen juntos noches enteras diciéndose: "¡Volvamos a ser como niños, e invoquemos a nuestro Señor!"; y tienen al mismo tiempo la cabeza y el estómago echados a perder a causa de los devotos confiteros. O pasan largas veladas mirando a alguna astuta araña, que está al acecho con una cruz, y que predica también astucia a otras arañas, enseñando "que es bueno tejer la tela al pie de las cruces". O dedican todo el día a pescar con caña a orillas de la ciénaga, creyéndose profundos por eso; y donde se pesca donde no hay peces yo no lo considero ni siquiera superficial. O aprenden a tocar el arpa, con una fervorosa alegría, acudiendo a un coplero de esos que pretenden ganarse con su instrumento el corazón de las jovencitas, porque están cansados de las viejas y de sus alabanzas. O experimentan escalofríos de terror junto a algún sabio medio loco, que espera que se le aparezcan los espíritus en habitaciones a oscuras, mientras que el espíritu huye por completo de allí. O escuchan atentamente a algún músico viejo, charlatán y vagabundo, que se inspiró en la melancolía del viento para arrancar de su instrumento sonidos quejumbrosos, y que ahora silba al ritmo del aire predicando las tristezas con tristes cantos. Algunos de ellos se han convertido incluso en serenos, que sólo saben tocar el pito y hacer rondas por la noche, desvelando cosas antiguas que se durmieron hace mucho tiempo. Cuando anoche pasé junto a la tapia del jardín oí ciertas frases relativas a esas cosas antiguas: procedía de dos de esos serenos tristes y frágiles. "Como padre, no se preocupa suficientemente de sus hijos y los hombres que son padres saben hacerlo mucho mejor". ¡Es demasiado viejo! Ya no se preocupa ni poco ni mucho de sus hijos, contesta el otro sereno. "¿Pero tiene hijos realmente? Nadie lo puede probar, si él mismo no lo demuestra. Desde hace mucho estoy yo queriendo que lo demuestre de una vez por todas". "¿Qué él lo demuestre? ¿Pero es que ése ha demostrado algo alguna vez? Le resulta más difícil demostrar. Lo que realmente le importa es que se crea en él". ¡Sí, sí! La fe le hace feliz: la fe en él claro. Los viejos son así. A nosotros nos pasa lo mismo. De este modo hablaban aquellos dos serenos, que tanto miedo tenían a la luz. Y, en seguida se pusieron a tocar tristemente sus silbatos. Esto pasaba anoche, junto a las tapias del jardín. Yo sentí que mi corazón se retorcia de risa, que quería partirseme, pero no sabía cómo, y hasta me hice daño de tanto contenerme. Yo estoy seguro de que me moriré de risa viendo a un burro borracho, u oyendo a los serenos, como anoche, dudar de Dios. Pero ¿no hace ya mucho tiempo que se acabaron semejantes dudas? ¿Quién puede tener hoy la pretensión de despertar de su sueño a esas cosas antiguas, que tanto temen a la luz y que un día se durmieron? Efectivamente, hace ya tiempo que se acabaron los antiguos dioses; y por cierto que esos dioses tuvieron un final feliz. Su muerte no se produjo tras un ocaso. Eso es una mentira que ha corrido por ahí. La verdad es que se murieron de tanto reirse. La cosa sucedió cuando un dios pronunció la frase más atea de todas: "No hay más que un sólo Dios, y no tendrás a otros dioses junto a mí". Era un viejo dios, huraño, celoso, al que así se sobrepasaba. Entonces todos los otros dioses se echaron a reir, se agitaron en sus asientos y exclamaron: "¡Pero si la divinidad consiste precisamente en que existan dioses, y no un solo dios!" El que tenga oídos para oír que oiga.

Así hablo Zaratrusta en aquella ciudad a la que amaba, y que se llamaba La Vaca de Muchos Colores. Desde allí sólo le quedaban dos días de camino para regresar a su cueva y sus animales; y su alma estaba constantemente alegre ante la proximidad de su retorno.

El retorno a casa

¡Soledad, patria mía, soledad! He vivido durante tanto tiempo como un salvaje, en tierras extrañas y salvajes, que ahora que vuelvo a ti asoma el llanto a mis ojos. Amenázame con el dedo, como amenazan las madres; sonrieme, como sonrien las madres, y dime: ¿Quién fué el que un día se alejó, como un tormentoso viento? ¿Quién fué el que se despidió de mí diciendo: "He pensado tanto tiempo en soledad que hasta me he olvidado de guardar silencio?" ¿Es esto lo que has aprendido ahora? Yo lo sé todo, Zaratrusta. Sé que tú, que eres único, has estado abandonado viviendo entre muchedumbres, de lo que estuviste a mi lado. Una cosa es estar abandonado y otra estar solo. Ahora ya lo sabes. Y también sabes que serás siempre un extraño y un salvaje entre los hombres; sí, un extraño y un salvaje, aun cuando te amen. Porque lo que ellos quieren por encima de todo es que se les trate con indulgencia. Aquí, en cambio, estás en tu casa, en tu patria, en tu hogar; aquí puedes decirlo todo y exponer abiertamente tus razones. Aquí no se avergüenza nadie de sus sentimientos íntimos y porfiados. Aquí todas las cosas acuden cariñosas a oírte hablar, colmándote de halagos, porque quieren cabalgar sobre tu espalda. Aquí cabalgas tú sobre todos los símbolos, poniendo rumbo hacia todas las verdades. Aquí puedes hablar a todas las cosas con sinceridad y con franqueza, porque a ellas les suena como un elogio el que alguien les hable con rectitud. En cambio, estar abandonado es algo

muy distinto. ¿Lo recuerdas Zaratrusta? Cuando tu águila te habló desde una rama, estando tú en el bosque, indeciso, sin saber adónde dirigirte, al lado de un cadáver dijiste: "¡Mis animales me servirán de guía! Más peligroso me ha sido vivir entre los hombres que entre los animales". ¡Aquello era abandono! ¿Lo recuerdas Zaratrusta? Cuando estabas en tu isla como un torrente de vino entre cántaros vacíos, dando y repartiendo, escanciando a los sedientos, hasta que acabaste siendo tú el único que tenía sed en medio de tanto borracho, entonces te lamentabas por las noches: "¡No es más dichoso el que toma que el que da? ¿No es más dichoso el que roba que el que toma?" ¡Aquello era abandono! ¿Lo recuerdas también, Zaratrusta? Cuando llegó tu hora más silenciosa, que tanto te alejó de ti mismo, y te dijo susurrándote con malicia: "¡Di tu palabra y luego hazte pedazos!"; cuando esa hora te hizo tan penosa tu espera y tu silencio, desanimando tu modesto valor: ¡aquello era abandono!

¡Soledad, patria mía, soledad! ¡Qué dulce y tiernamente me resulta tu voz! Nada nos preguntamos, y nada nos echamos en cara; nos abrimos el uno al otro, y juntos atravesamos puertas abiertas. Y es que en ti todo es abierto y claro; las horas pasan aquí con pies más ligeros, porque en la oscuridad el tiempo resulta más pesado que a plena luz. Aquí se me revelan todas las palabras, y se me abren los cofres que guardan las palabras relativas al ser; sí, todo se trata de hacerse aquí palabra; aquí todo devenir intenta aprender de mí a hablar. Pero allá abajo, en cambio, toda palabra es vana. Allí lo más prudente es olvidar y pasar de largo. Esto es lo que aprendí allí. El que intente saberlo todo de los hombres habrá de arremeter contra todo; más para eso yo tengo las manos demasiado limpias. Yo ya no quiero respirar donde respiran ellos. ¡Cómo habré podido vivir tanto tiempo en medio de su estrépito y de su mal aliento! ¡Qué agradable silencio me circunda! ¡Qué perfumes más puros me rodean! Este silencio aspira a pleno pulmón un aire no viciado. Este feliz silencio sí que sabe escuchar. Allá abajo, en cambio, todos quieren hablar y nadie es escuchado. Si alguien pregona su saber con toques de campana, los tenderos ahogan su sonido con el tintineo de las monedas. Entre ellos, todo es hablar, pero ya nadie entiende. Todo cae al agua; nada cala en un pozo profundo. Entre ellos, todo es hablar: nada es llevado a término, a nada se pone fin. Todo es cacarear, y nadie quiere mantenerse en su nido incubando sus huevos en silencio. Entre ellos, todo habla, todo es pulverizado a fuerza de palabras, y cuanto ayer resultaba demasiado duro para el tiempo y para sus dientes, hoy cuelga desgarrado y roído de los hocicos de los hombres de ahora. Entre ellos, todo habla. Todo se dice sin la menor discreción. Y lo que en otro tiempo se consideraba un misterio y un arcano de las almas profundas, hoy se encuentra a merced de cualquier pregonero y de otros charlatanes callejeros. ¡Qué extraña eres, naturaleza humana! ¡Qué ruido haces en las oscuras callejas!; pero ya te he dejado a mis espaldas. Mi mayor peligro lo he dejado atrás. La indulgencia y la compasión han sido siempre mis peligros mayores: no hay ser humano que no quiera ser tratado con belevolencia y que le compadezcan. Siempre he vivido entre los hombres reservando verdades, haciendo gestos con las manos, con un corazón embrutecido, diciendo mentirijillas por pura compasión. Me sentaba disfrazado entre ellos, dispuesto hasta a olvidarme de mí mismo, tan sólo por poderlos soportar, y diciéndome: "¡Estúpido!; ¡qué poco conoces a los hombres!" Cuando se vive entre los hombres se acaba por no saberlos conocer. ¡Hay tanto de apariencia en sus semblantes! ¿De qué valen entonces los ojos que ven lejos, que buscan lejanías? Y, necio de mí, cuanto más me ignoraban, yo con más indulgencia los trataba, sin reparar en mí, llegué a acostumbrarme a ser duro conmigo mismo, y con frecuencia vengué en mí mismo aquellas indulgencias. Acribillado por moscas venenosas y horadado como la piedra por las gotas persistentes de la maldad, me hallaba yo entre ellos; y entonces me decía: "¡Todo lo que peca, no tiene la culpa de serlo!" Especialmente, los que se llaman buenos son los que siempre me han parecido moscas más venenosas: ¡con qué inocencia pican y muerden! ¡Cómo iban a poder ser justos conmigo! A quien vive entre los buenos, la compasión les enseña a mentir. La compasión no deja respirar a las almas peores, porque la estupidez de los buenos resulta ilimitada. Allí aprendí a esconderme y a ocultar mis tesoros: pues vi que todos eran unos pobres de espíritu. Esta fue la mentira de mi compasión: el conocerlos bien a todos ellos, el ver y oler en cada uno qué cantidad de espíritu le era suficiente y cuánto le sobraba. A sus anquilosados sabios yo les llamaba sabios, pero no anquilosados: así aprendí a tragarme las palabras. A sus sepultureros yo los llamaba investigadores, y así aprendí a decir unas palabras por otras. Los sepultureros terminan enfermando a fuerza de cavar. Tras los viejos escombros yacen miasmas malsanas. No se deben remover los pantanos. Vale más vivir en las montañas. Felizmente, hoy mis fosas nasales respiran ya de nuevo estos aires del monte. Al fin se han visto libres del olor de los hombres. La espuma de los vientos, similares a espumeantes vinos cosquillea mi alma y la hace estornudar, brindando jubilosa: "¡A tu salud, alma mía!"

Así habló Zaratrusta.

Los tres males

1

En sueños, en el último sueño de la mañana, me hallaba yo tendido sobre una atalaya; más allá del mundo con una balanza en la mano, y pesando el mundo. ¿Por qué me habrá despertado la aurora tan temprano? La muy celosa siempre ha envidiado los ardores de mis sueños matinales. En mi sueño descubrí que el mundo es mensurable para quien tiene tiempo, que es susceptible de ser pesado para el que lo sabe pesar, que unas alas vigorosas lo pueden sobrevolar, que es comprensible para los adivinos aficionados a los enigmas, que unos cascanueces divinos pueden adivinarlo. ¿Cómo habré tenido hoy tranquilidad y paciencia para pesar el mundo este sueño mío, que es un navegante intrépido, mitad barco, mitad ráfaga de viento, silencioso como las mariposas e impaciente como el halcón? ¿Habrá sido mi sabiduría, esa riente sabiduría mía que está despierta todo el día y que se burla de todos los mundos infinitos, la que le ha alentado a ello? Pues como ella declara: "Donde hay fuerza impera el número, porque tiene más fuerza" ¡Qué sereno miraba mi sueño este mundo infinito, sin curiosidad ni indiscreción, sin temores ni súplicas! El mundo se entregó a mí como si fuera una gran manzana, una manzana de oro, de aterciopelada, fresca y suave piel, que se ofreciese a mi mano. El mundo se lanzaba sobre mi atalaya como si un árbol de grandes ramas y firme voluntad, curvado para ofrecer respaldo y apoyo al cansado viajero, me estuviese haciendo señas. El mundo se me ofrecía como si se tratara de unas delicadas manos que me tendieran un cofrecillo abierto para hechizar a unos ojos recatados y reverentes. Ese mundo tan calumniado me parecía a mí hoy humanamente bueno; no lo bastante enigmático para ahuyentar el amor de los hombres, ni lo bastante diáfano para adormecer su sabiduría. ¡Cuánto le agradezco a mi sueño de esta madrugada el que me haya permitido pesar el mundo en este amanecer! Este sueño, que ha consolado mi corazón, vino a mí como algo humanamente bueno. Para hacer como él durante todo el día e imitar lo mejor que contiene, voy a poner en la balanza ahora los tres males mayores, tratando de pesarlos de un modo humanamente bueno. Quien aprendió aquí a bendecir también aprendió a maldecir; ¿cuales son las tres cosas más maldecidas que hay en el mundo? He aquí lo que quiero poner en la balanza: la voluptuosidad,

la ambición de dominio y el egoísmo. Estas son las tres cosas que han sido hasta ahora más maldecidas y calumniadas. Quiero sopesarlas a las tres de un modo humanamente bueno. ¡Vamos allá! Aquí está mi atalaya, y allí se encuentra el mar. Este avanza hacia mí con su superficie rizada como una piel de oveja, tan adúlador como un viejo y leal perro monstruoso de cien cabezas, al que yo amara mucho. ¡Vamos allá! Voy a sostener mi balanza por encima de este mar que ahora avanza hacia mí, y te tengo por testigo a ti, árbol solitario de copa frondosa e intenso perfume, árbol amado. ¿Cuál es el puente por el que el presente se dirige al futuro? ¿Qué fuerza compele a lo alto a descender hacia lo más bajo? ¿Y qué es lo que hace también que lo más alto continúe ascendiendo? Ahora está la balanza en el fiel; en uno de los platillos he puesto tres preguntas difíciles; en el otro se encuentran tres respuestas difíciles también.

2

Voluptuosidad: aguijón y estaca para los que desprecian el cuerpo y se ciñen de cilicios. Los transmudanos la consideran "mundo", y como tal la maldicen, porque se burla y se ríe de todos los maestros de la confusión y del error. Voluptuosidad: fuego lento para la chusma, en el que se abrasa; horno encendido en llamas para todo madero carcomido y para todo andrajo pestilente. Voluptuosidad: algo inocente y libre para los corazones libres, felicidad de jardín terrenal, gratitud rebosante de todo lo futuro, que da gracias al hoy. Voluptuosidad: sólo para los marchitos es un dulce veneno. Para los que tienen una voluntad de león no hay, en cambio, un estimulante: es el rey de los vinos, que se conserva con veneración. Voluptuosidad: la gran felicidad que simboliza toda dicha y toda esperanza suprema; pues a muchas cosas les está prometido el matrimonio y algo más que el matrimonio. Hay muchas cosas que son entre sí más extrañas de lo que son el hombre para la mujer y la mujer para el hombre. Y quien ha entendido totalmente hasta qué punto son extraños el hombre y la mujer, el uno para el otro. Voluptuosidad: ...pero ya basta; quiero poner un cerco a mis pensamientos y a mis palabras, para que los cerdos y los exaltados no invadan mis jardines.

Ambición de dominio: látigo de fuego para los más duros entre los duros de corazón; espantoso martirio que la llama luctuosa de la pira donde arden seres vivos reserva para el más cruel. Ambición de dominio: freno maligno impuesto a los pueblos más vanidosos; aquello que se burla de toda virtud incierta, lo que cabalga sobre todos los corceles y encima de todos los orgullos. Ambición de dominio: terremoto que rompe y que destruye todo lo carcomido; algo que avanza como un retumbante alud castigador, destrozando los sepulcros blanqueados; interrogación que surge como el relámpago al lado de preguntas prematuras. Ambición de dominio: ante su vista se doblega y se humilla el hombre, cayendo más bajo que las serpientes y los cerdos hasta que termina estallando en su boca el grito del gran desprecio. Ambición de dominio: maestra terrible del gran desprecio, que les grita a las grandes ciudades y a los grandes imperios: "¡Marchaos!", hasta que son ellos mismos los que gritan: "¡Marchémonos!" Ambición de dominio: que, no obstante, sube también hacia los puros y los solitarios para atraerlos, que asciende hasta las alturas autosuficientes, ardiente como el amor que tiñe el cielo de la tierra de purpúreas y seductoras bienaventuranzas. Ambición de dominio: pero ¿cómo llamar ambición y enfermedad a que lo alto se rebaje a desear el poder? No hay nada, ciertamente. de malsano ni de ambicioso en tales anhelos y descensos. Que la altura solitaria no trate de permanecer eternamente aislada y eternamente autosuficiente; que la montaña descienda hasta los valles, y el viento de las cimas baje a las llanuras. ¿Quién es capaz de dar con el nombre de una virtud que designe un anhelo así? Zaratrústa llamó un día "virtud dadivosa" a este anhelo innombrable.

Fue entonces también -y a decir verdad que fue por primera vez- cuando Zaratrústa llamó bienaventurado al egoísmo, a ese egoísmo sano y saludable que emana del alma poderosa; de un alma poderosa encarnada en un cuerpo elevado, bello, flexible y persuasivo: el bailarín del que es símbolo y resumen un alma contenta de sí misma. La alegría egoísta de semejantes cuerpos y almas se da a sí misma el nombre de "virtud". Ese goze de sí mismo se cobija detrás de las palabras "bueno" y "malo", como si lo hiciera en un bosque sagrado; con los nombres de su felicidad destierra lejos de sí todo lo despreciable. Lejos de sí mismo destierra toda cobardía. Proclama que lo cobarde es malo, y desprecia al que vive siempre preocupado, gimiendo, quejándose, al que trata de sacar provecho hasta de la más mínima oportunidad. También desprecia toda sabiduría llorosa; pues hay también una sabiduría que florece en las tinieblas, una sabiduría de las sombras de la noche, que siempre suspira y dice: "¡Todo es vanidad." Desdeña la confianza tímida y todo el que prefiere los juramentos a las miradas y a las manos tendidas hacia el. Y desdeña también la sabiduría excesivamente desconfiada, porque ésta es patrimonio de las almas cobardes. Pero sobre todo desprecia al que se arrastra como un perro para complacer servilmente a otros, poniéndose de inmediato panza arriba; al humilde; y es que existe también una sabiduría humilde, perruna, sumisa y complaciente. Le inspiran odio y asco los que no quieren defenderse, los que se tragan salivazos venenosos y miradas malignas, los que son pacientes en exceso, los que todo lo aguantan y con todo se contentan; en suma, la estirpe de los lacayos. El egoísmo feliz, escupe sobre todos los que se muestran serviles con los dioses y con sus puntapiés, o con los hombres y sus estupideces; en suma, escupe sobre toda estirpe de siervos. Considera malo a lo que dobla las rodillas en actitud servil y ruin, a la mirada baja y sometida, a los corazones oprimidos, a la gente falsa e indulgente que besa con sus gruesos y cobardes labios. Considera que son una falsa sabiduría los alardes de ingenio de los lacayos, los viejos y agotados, y especialmente toda la perversa, disparatada y pedante necedad ingeniosa de los sacerdotes. ¡Y eso que el juego de la falsa sabiduría de los sacerdotes, de los hastiados de la vida y de aquellos que tienen alma de mujer y de siervo, ha jugado siempre malas partidas al egoísmo! ¡Pero si precisamente el que se jueguen malas partidas al egoísmo debiera ser una virtud y considerarse algo virtuoso! Mientras que todos esos cobardes, arañas con cruces, hastiados del mundo deseaban, con toda razón no ser egoístas. Pero para todos ellos se acerca ya el día, la transformación, la espada del juicio, el gran mediodía; entonces se pondrán muchas cosas de manifiesto. Y el que considera sano y santo al yo, y bienaventurado al egoísmo, ése es el profeta que proclama lo que sabe: "¡Mirad, ya está cerca el gran mediodía!"

Así habló Zaratrústa

El espíritu de la pesadez

1

Mi voz es la voz del pueblo. Hablo con demasiada franqueza, con demasiada tosquedad para los elegantes y remilgados; aunque todavía me resultan más extrañas mis palabras a los chupatintas. Mi mano es la de un loco. ¡Pobres de las mesas, de las paredes y de todo lo que se presta a que un loco lo llene de garabatos y dibujos! Mi pie es una pezuña de caballo; con él troto y brinco por montes y colinas, de un lado para otro,

y con el placer de correr se me mete el diablo en el cuerpo. ¿Será que tengo un estómago de águila?; pues me enloquece la carne de cordero. Si, no hay duda alguna de que tengo estómago de pájaro. Me alimento de cosas muy sencillas, y siempre sobriamente; estoy presto a volar y me impaciento por remontar el vuelo. ¿Cómo no ha de haber, pues, en mí algo de pájaro? Pero si hay algo en mí que me hace semejante a los pájaros, es que soy enemigo del espíritu de la pesadez: y enemigo mortal, acérrimo, archienemigo. ¿Adónde no habrá volado, hasta perderse mi enemistad? Podría entonar un canto sobre esto, y quiero hacerlo; aunque esté yo aquí a solas, en un lugar desierto; aunque sólo me escuchen mis oídos. Hay otros cantores a los que sólo una estancia llena de gente les pone suave la garganta, expresiva la mano, sugerentes los ojos, alerta el corazón; pero no soy de éstos.

2

Aquel que un buen día enseñe a volar a los hombres habrá cambiado de sitio todos los hitos de piedra; incluso éstos volarán, para él, por los aires; y ése tal vez volverá a bautizar a la tierra y la llamará "la ligera". El avestruz corre más aprisa que el corcel más veloz, pero también esconde la cabeza en la pesada tierra; igual le pasa al hombre que aún no puede volar. ¿Qué pesadas le resultan la tierra y la vida!; pero así lo quiere el espíritu de la pesadez. Sin embargo, yo enseño que quien quiera hacerse tan ligero que acabe siendo pájaro, ha de amarse a sí mismo. Y no con el amor de los enfermos o de los febriles, pues en éstos hasta el amor propio despiende mal olor. Yo enseño que hemos de aprender a amarnos a nosotros mismos con un amor saludable y sano, a soportarnos a nosotros mismos y no vagabundear de un lado para otro. Ese vagabundeo se ha dado a sí mismo el nombre de "amor al prójimo". Con esta expresión se han dicho hasta hoy las mayores mentiras y se ha incurrido en las mayores hipocresías; y en especial lo han hecho quienes resultaban más pesados a todo el mundo. A decir verdad, aprender a amarse a sí mismo no es un mandamiento para hoy ni para mañana, si no que es lo más sutil, la más sagaz, la última y más paciente de todas las artes. ¿Qué oculto está para su poseedor aquello que posee!; y no hay tesoro que desenterremos más tarde que aquel que nos pertenece: eso es obra del espíritu de la pesadez. Casi en la misma cuna nos proporciona palabras y valores pesados: "bien" y "mal" se llama ese patrimonio; y sólo en función de él se nos perdona la vida. Dejamos que los niños se nos acerquen a nosotros para impedirles a tiempo que se amen a sí mismos: eso es obra del espíritu de la pesadez. Y nosotros arrastramos fielmente la carga que se nos impone sobre nuestras espaldas y a través de áridas montañas. Cuando nos ponemos a sudar, nos dicen: "¿Qué carga más pesada es la vida!" Pero es el hombre la carga más pesada para el mismo. Y ello porque lleva sobre sus hombros demasiadas cargas ajenas. Al igual que el camello, se arrodilla para que le carguen bien. Así le pasa principalmente al hombre fuerte y paciente, en el mora la veneración. ¿Cuántas pesadas cargas ajenas, cuantos pesados valores ajenos carga sobre sí! No es de extrañar que la vida le parezca un desierto. Y a decir verdad, también hay cosas propias que resultan pesadas de llevar. Mucho de lo que alberga el hombre en su interior se parece a la ostra: es repugnante, viscoso y difícil de agarrar. Por eso ha de interceder en su favor una concha noble, con nobles adornos; y ha de aprender también el arte de tener una concha, una hermosa apariencia y una sabia ceguera. Nos hemos equivocado muchas veces, respecto al hombre, porque hay muchas cosas que son despreciables y tristes; y sobre todo porque tiene mucho de concha. Hay mucha bondad y mucha fuerza escondida que nunca llegaremos a adivinar: los manjares más exquisitos no encuentran quien los sepa saborear. Las mujeres más delicadas, ya sean gordas o flacas lo saben muy bien. ¿Cuánto destino depende de tan poca cosa! ¿Qué difícil de descubrir es el hombre, y sobre todo, que difícil es descubrirse a sí mismo! ¿Con cuánta frecuencia miente el espíritu respecto del alma! Eso es obra del espíritu de la pesadez. Pero el que llega a decir: "¿Este es mi bien y éste mi mal!", ése se ha descubierto a sí mismo. Gracias a estas palabras hace callar al topo y al enano, que dicen: "¡Esto es bueno para todos y esto es malo para todos!" A decir verdad, tampoco me gustan los que lo consideran todo bueno y piensan que este mundo es el mejor de todos los posibles: a éstos llamo yo omnisatisfechos. La omnisatisfacción, a la que todo le gusta, no constituye el mejor de los gustos. Yo honro las lenguas y los estómagos rebeldes y selectivos que han aprendido a decir "yo", "sí" y "no"; porque tragárselo todo y digerir cualquier cosa es propio de cerdos. Decir siempre "sí" es algo que han aprendido de los burros y de los de su especie. Lo que a mí me gusta es el rojo ardiente y el amarillo intenso: mi sangre busca sangre en todos los colores. Pero aquel que blanquea su casa da pruebas de tener también un alma blanqueada. Unos se enamoran de momias, otros de fantasmas; pero todos por igual son enemigos de la carne y de la sangre. ¿Cuánto me repugnan!, porque yo amo la sangre. Mi gusto no me deja vivir donde todos escupen. Preferiría vivir entre ladrones y perjurios. Nadie tiene oro en la boca; por eso los que más asco me dan son los que se ponen servilmente a lamer escupitajos; aunque no he encontrado a otro bicho humano más repugnante que ese parásito que no quiere amar, pero sí vivir del amor. ¿Qué desgraciados son aquellos que no pueden elegir más que esta alternativa: convertirse o en fieras malvadas o en malvados domadores de fieras! No quisiera yo levantar mi tienda al lado de esos tales. ¿Qué desgraciados son los que se ven obligados a estar siempre esperando!; me repugnan los aduaneros, los tenderos, los reyes y toda esa caterva de guardianes de países o de tiendas. También yo, ciertamente, aprendí a esperar, y mucho: pero sólo para esperarme a mí mismo. Y, sobre todo, aprendí a estar de pie, a andar, a correr, a saltar, a trepar y a bailar. pero mi doctrina es que quien quiera aprender a volar algún día tiene que aprender antes a tenerse de pie, a andar, a correr, a saltar, a trepar y a bailar. Volar no es algo que se coja al vuelo. He aprendido a subir a más de una ventana con escalas de cuerda; he trepado los mástiles más altos. ¿Qué felicidad la de estar encaramado a los más altos mástiles del conocimiento! Llleamar sobre los mástiles, como pequeñas llamas, y llevar un gran consuelo a los navegantes y a los náufragos extraviados, a pesar de no ser más que una débil llamita. He llegado a mi verdad por muchos caminos diferentes y de muchas maneras. No he subido por una única escala hasta llegar a las alturas desde las que mis ojos abarcan el mundo. Siempre me ha costado trabajo preguntar el camino; nunca era de mi gusto. Preferiría interrogar y poner a prueba a los propios caminos. Mi caminar fue siempre un ensayo y una interrogación; y también hay que aprender, ciertamente, a responder a semejantes preguntas. Este es mi gusto; un gusto que no es ni bueno ni malo, pero que es mío; y no me avergüenzo de él, ni tengo porqué ocultarlo. A quienes me preguntaban por el camino les respondía yo: Este es el mío. ¿Dónde está el vuestro? Y es que el camino, el único, no existe.

Así habló Zaratrústa

Las viejas y las nuevas tablas

1

Aquí espero sentado, rodeado de viejas tablas rotas, y de nuevas tablas a medio escribir. ¿Cuando llegará

mi hora, la hora de mi descenso, de mi ocaso? Quiero ir una vez más al lado de los hombres. Es lo que ahora espero, pues antes me han de llegar los signos de que ha sonado mi hora; y esos signos son un león riente y una bandada de palomas. Mientras tanto, me hablo como hombre que dispone de tiempo. Nadie me cuenta nada nuevo; por eso me lo cuento a mí mismo.

2

Cuando aparecí entre los hombres les encontré asentados en una inveterada presunción: todos creían saber, desde hacía mucho tiempo, qué es lo bueno y lo malo para el hombre. Toda discusión en torno a la virtud les parecía algo anticuado y aburrido; y el que quería dormir bien hablaba también del "bien" y del "mal" antes de irse a la cama. Yo puse de manifiesto lo torpe que era este sueño cuando enseñé que nadie, excepto el creador, sabe todavía lo que es el bien y el mal. Pues éste es el que crea la meta del hombre, el que da su sentido y su futuro a la tierra: sólo él crea el hecho de que una cosa sea buena y otra mala. Les mandé, pues, que derribaran todas esas sedes de aquella presunción que son sus viejos púlpitos; les mandé que se rieran de sus maestros de virtud, de sus santos, de sus poetas, de sus redentores. Les mandé, que se rieran de sus austeros sabios, y de todo aquel que se posara, aunque no fuera más que una sola vez, en el árbol de la vida, como un negro espantajo. Me senté al borde de su avenida de sepulcros, junto a los buitres y a la carroña, y me reí de todo su pasado, y del estéril esplendor de ese pretérito que hoy son sólo ruinas. Al igual que los que exhortan a hacer penitencia y que los locos, lancé anatemas contra sus pequeñeces y grandezas. Y es que hasta lo mejor de ellos ¡resulta tan mezquino! ; y hasta lo peor de ellos ¡resulta tan mezquino! De todo me reía. Aparecía y gritaba en mí ese sabio anhelo nacido en las montañas que es mi sabiduría salvaje, ese gran anhelo mío de ruidosas alas. ¡Cuántas veces, en medio de mi risa, me he llevado muy lejos ese anhelo, encima de los montes, volando a las alturas! En esos momentos volaba yo sobrecoigido de espanto, como una flecha, embriagado de sol: hacia futuros muy remotos, que nunca ensueño alguno consiguió vislumbrar, hacia mediodías más cálidos de lo que nunca pudo imaginar un artista, allí donde los dioses se avergüenzan de bailar vestidos. Yo hablo, en efecto, en parábolas, e, igual que los poetas, cojea y balbucea; aunque me da vergüenza tener que seguir siendo todavía un poeta. Volaba hacia allí donde todo todo devenir me parecía una danza insolente de dioses, y el mundo, algo desenfrenado y travieso, que buscara cobijo dentro de sí; como si numerosos ojos estuvieran eternamente escapando de sí mismos, y buscándose a sí mismos, en una feliz contradicción, oyéndose de nuevo y volviéndose a encontrar. Volaba hacia allí donde se me antojaba que el tiempo todo se burlaba gozoso del instante; donde la libertad no era más que pura libertad, que disfrutaba jugando con el aguijón de la libertad: donde volví a encontrarme a mi antiguo demonio, a ese enemigo encarnizado mío que es el espíritu de la pesadez, y todo cuanto ha creado: la coacción, la ley, la necesidad, la consecuencia, la finalidad, la voluntad, el bien y el mal. Pues ¿no será preciso que haya cosas sobre las cuales, y más allá de las cuales, se pueda bailar? Para que existan los ligeros, los más ligeros de todos, ¿no tiene que haber topos y pesados enanos?

3

También allí recogí del camino el término "superhombre", y que el hombre es algo que ha desear superado, que el hombre es un puente y no una meta; que se considera a sí mismo feliz por su mediodía y por su atardecer, como camino que conduce a nuevas auroras; lo que dice Zaratrústa sobre el gran mediodía, y todo cuanto he suspendido sobre los hombres, como si se tratara de otras auroras de purpúreo color. Ciertamente, les hice ver también nuevas estrellas y nuevas noches; y levanté también sobre las nubes, sobre el día y la noche, mi risa, como una tienda de múltiples colores. Les he enseñado todos mis pensamientos y deseos: les he enseñado a pensar como una unidad cuanto hay en el hombre de fragmentario, de enigmático y de terrible azar. Como poeta, descifrador de enigmas y redentor del azar que soy, le he enseñado a crear el futuro y a redimir creativamente todo lo que fue, hasta que la voluntad exclame: "Así lo quise, y así lo querré". Considero que en esto consiste su redención; y les enseñé a llamar redención únicamente a esto. Ahora aguardo mi redención, el momento de ir junto a ellos por última vez; porque quiero volver una vez más junto a los hombres; quiero hundirme entre ellos en mi ocaso, entregándoles con mi muerte mi regalo más rico. Así me lo ha enseñado el sol al hundirse en su ocaso con su inmensa riqueza; cuando esparce en el mar los oros de sus aguas repletas, haciendo que el más miserable de los pescadores bogue con remos dorados. Esto fue lo que vi en otro tiempo, sin hartarme de llorar al contemplarlo. Al igual que ese sol, ansía Zaratrústa hundirse él en su ocaso; pero ahora está aquí, sentado y esperando, rodeado de viejas tablas rotas y de otras tablas nuevas que no se han terminado de escribir.

4

Mira; he aquí una nueva tabla; pero ¿dónde están mis hermanos, que han de bajarla al valle y esculpirla en corazones de carne? He aquí lo que mi gran amor exige de los que están más lejos: "¡No seas condescendiente con tu prójimo!" El hombre es algo que ha de ser superado. ¡Cuántos son los cambios y qué distintos los modos para alcanzar la superación! ¡Compruébalo tú mismo! Pero sólo un bufón dirá que el hombre es algo sobre lo que también se puede saltar. Súperate a ti mismo, incluso en tu prójimo; y no consientas en que te den un derecho que puedes tú robar. Lo que haces nadie puede hacértelo a ti. Ya ves que no hay retribución. Quien no pueda mandarse a sí mismo debe obedecer, y hay quien sabe mandarse, pero le falta mucho para saber obedecerse. Las almas nobles no quieren poseer nada gratis, y menos aún la vida. El miembro de la plebe desea vivir gratis; pero nosotros, que somos diferentes, y a quienes la propia vida se ha entregado, consideramos siempre qué es lo mejor que podríamos dar a cambio. ¡Qué noble es afirmar: "Le damos a la vida lo que ella nos promete!" No se debe querer gozar cuando nosotros no damos a gozar. E incluso no se debe querer gozar. No hay nada más púdico que el goze y la inocencia: ninguno de los dos admite que los busquen. Hay que poseerlos, y buscar, al contrario la culpa y el dolor.

5

Hermanos míos, siempre se sacrifica al precursor. Y nosotros somos precursores. Todos nosotros derramamos nuestra sangre en altares secretos; todos ardemos y nos asamos en honor de los antiguos ídolos. Lo mejor de nosotros es joven todavía, y esto excita los viejos paladares. Nuestra carne es muy tierna y nuestra piel es cual la del cordero. ¿Cómo no íbamos a tentar a los viejos sacerdotes de los ídolos? Dentro de nosotros habita ese viejo sacerdote de los ídolos, que asa lo mejor de nosotros para darse un banquete. Hermanos, ¿cómo no iban a ser sacrificadas las primicias? Pero así lo desea nuestra estirpe; y yo amo a quien no

quiere preservarse a sí mismo. Yo profeso mi más profundo amor a quienes se hunden en su ocaso; porque ésos pasan al otro lado.

7

¡Qué pocos pueden ser veraces! Y el que es capaz, no quiere. Y no hay nadie que quiera serlo menos que los buenos. ¡Ay, los buenos y los hombres buenos no dicen nunca la verdad; ser bueno así es una enfermedad del espíritu. Esos buenos son dóciles, resignados, su corazón repite lo que otros ya dijeron, obedecen a fondo; pero aquel que obedece no se oye a sí mismo. Todo lo que los buenos consideran malo debe de aunarse, para que nazca así, hermanos míos, una sola verdad; ¿Sois lo bastante malos para esa verdad? ¡Qué difícil es que se den unidos la audacia temeraria, la larga desconfianza, la cruel negativa, el hastío y el cortar por lo sano! Pero de esa semilla procede la verdad. Hasta hoy, todo saber ha crecido junto a la mala conciencia. ¡Romped las viejas tablas, hombres que tenéis conocimiento, rompedlas!

8

Cuando hay maderos tendidos sobre el agua, cuando hay pasarelas y balaustradas que se alzan sobre el río, no se creará a nadie que diga que todo fluye. Hasta los idiotas proclaman lo contrario. ¿Cómo? -exclaman-. ¿Que todo fluye? ¡Pero si hay puentes y barandillas por encima del río! Por encima del río, todo es bien sólido: los valores de las cosas, los puentes, los conceptos, todo bien y todo mal. Mas cuando llega ese domador de ríos que es el invierno, hasta los más maliciosos aprenden a desconfiar. Y es que realmente no son los idiotas los únicos que dicen: "¿No estará todo inmóvil?" "¡En el fondo todo está inmóvil!", he aquí una auténtica doctrina invernal, una buena enseñanza para tiempos estériles, un consuelo para aquellos que hibernan o para quien se sienta al amor de la lumbre. "En el fondo todo está inmóvil." Y mientras tanto, el viento del deshielo pregonaba lo contrario. ¡El viento del deshielo!, ese toro reacio al yugo del arado, ese toro furioso y destructor que destroza los hielos con sus astas coléricas. Y ese hielo, a su vez, rompe los puentecillos. Hermanos míos, ¿no fluye todo ahora? ¿No han caído al agua todas las barandillas y pasarelas? ¿Quién puede continuar aferrándose al bien y al mal? ¡Ay de nosotros! ¡Felices de nosotros! Pregonadme, amigos, por todos los rincones, ya que sopla el viento del deshielo.

9

Hay una antigua ilusión que se llama bien y mal. Hasta hoy ha estado girando la rueda de esta ilusión en torno a adivinos y astrólogos. En otros tiempos se creía en adivinos y astrólogos, y por eso se creía que todo era fatalidad: "Debes, puesto que te ves forzado." Pero luego se empezó a dudar de astrólogos y adivinos, y entonces se creyó que todo era libertad. "Puedes, puesto que quieres." Hermanos, hasta hoy, sobre las estrellas y el futuro, no ha habido más que ilusiones, pero no un auténtico saber. Por eso no ha habido sobre el bien y el mal más que ilusiones, pero no un saber.

10

"¡No robarás!" "¡No matarás!" En otros tiempos se consideraba que estas palabras eran sagradas y ante ellas la gente se arrodillaba, bajaba la cabeza y se descalzaba. Pero yo os pregunto: ¿pero es que ha habido alguna vez en el mundo peores ladrones y peores asesinos que estas santas palabras? ¿No es acaso toda vida un robo y un asesinato? ¿Y no se asesinó a la propia vida santificando estas palabras? No se estaba predicando la muerte al considerar como santo a todo lo que iba en contra de la vida, y a todo lo que la desautorizaba? ¡Hermanos míos, romped las viejas tablas, rompédme las!

11

Todo lo pasado me inspira compasión, porque veo que ha sido abandonado a la gracia, al espíritu y a la locura de toda generación que llega y explica valorativamente todo lo que fue como un puente tendido hacia ella. Podría darse también el caso de que viniera un gran déspota, un diablo avisado, que, benévola y malévolamente violentara el pasado hasta convertirlo en un puente tendido hacia él, en un presagio, un heraldo y un canto del gallo. Pero esto constituye el otro peligro, y también me inspira compasión el ver que la memoria del que forma parte de la plebe no se remonta más que hasta su abuelo y que en él acaba el tiempo. De ahí que todo lo pasado fuese abandonado, pues podría ser que algún día la plebe se adueñara de todo y ahogara a todas las épocas en aguas poco profundas. Por esto, hermanos míos, se requiere una nueva nobleza, que se oponga a toda plebe y a todo despotismo, una nobleza que vuelva a grabar la palabra "noble" en nuevas tablas. Pues para que haya nobleza se requieren muchos nobles y muchas clases de nobles. Como ya dije en otra ocasión hablando en parábola: "La divinidad consiste precisamente en que existen dioses, y no un sólo dios."

12

Hermanos míos, os consagro a una nueva nobleza, que os voy a revelar. Habéis de ser para mi creadores y educadores, sembradores del futuro. No se trata, por supuesto, de una nobleza que podáis comprar, como hacen los tenderos con su oro de tenderos, pues todo lo que se ofrece por un precio tiene poco valor. Que de ahora en adelante vuestro honor no venga determinado por el lugar de donde procedéis, sino por aquel a donde os dirigís. Que vuestro honor radique en vuestra voluntad y vuestros pies quieran ir más allá de vosotros mismos, y no en que hayáis servido a un príncipe, -¿qué importancia tienen ahora los príncipes?-, ni en que os hayáis convertido en bastión de lo existente para darle más solidez aún; no en que vuestra estirpe haya llegado a ser cortesana, aprendiendo a vestirse de muchos colores, como el flamenco que se mantiene de pie durante muchas horas en estanques de aguas poco profundas. Porque poder estar de pie constituye para los cortesanos un gran mérito; y todos ellos creen que, en buena medida, la buenaventuranza que les aguarda tras la muerte consiste en que se les permita que se sienten. Tampoco consiste en que un espíritu, al que llaman santo, haya conducido a vuestros antepasados a tierras prometidas; unas tierras que yo no alabo, pues no es digno de alabanza un suelo que ha producido ese árbol tan funesto que es la cruz. Y, a decir verdad, cualquiera que fuera el país a donde ese espíritu santo condujese a sus caballeros,

todas las expediciones fueron siempre precedidas de cabras y gansos, así como de cruzados idiotas. Vuestra nobleza no debe de mirar hacia atrás, hermanos míos, sino adelante. Habrá de ser como si estuvierais proscritos de todos los países de los padres y de los antepasados. El país que debéis tomar es el de vuestros hijos. Que en ese amor radique vuestra nobleza. Que sea un país por descubrir, el mar más remoto: constantemente envío a vuestras velas en su busca. Debéis repetir en vuestros hijos el hecho de ser hijos de vuestros padres; de este modo redimiréis todo lo pasado. Os impongo sobre vuestras cabezas esta nueva tablas.

13

"¿Para qué vivir?" Todo es vanidad. Vivir es trillar paja; vivir es quemarse sin conseguir calor. Aún se sigue considerando "sabiduría" estas viejas monsergas. Como son rancias y despiden el mal olor de las habitaciones cerradas, se les honra más. Y es que el moho también confiere nobleza. esto valía para que se lo dijeran a los niños, porque ellos temen al fuego que les ha quemado. ¿Cuánto de infantilismo hay en los viejos libros sapienciales! Pero quien está siempre trillando paja no tiene derecho alguno a hablar mal de la trilla. A esos estúpidos habría que ponerles un bozal en el hocico. Se sientan a la mesa, sin aportar nada, ni siquiera un buen apetito; y luego se ponen a blasfemar exclamando: "¡Todo es vanidad!" Pero comer bien y beber bien, hermanos míos, no es nada vano. ¡Romped las tablas de los que no se contentan con nada, rompédmelas!

14

"Todo es puro para los puros", dice la sabiduría popular. Pero yo os digo que todo es puerco para los puercos. Por eso los fanáticos y los beatos que bajan la cabeza a la vez que humillan el corazón, predicán que el mundo es un monstruo cubierto de excrementos. Y es que todos ellos tienen inmundicia en su espíritu, y principalmente los que no se conceden tregua ni descanso hasta que no dejan el mundo a sus espaldas: los transmundanos. A éstos les digo a la cara, aunque no suene bien, que el mundo se parece al hombre en que tiene un trasero: eso es cierto; que hay mucha porquería en el mundo: eso es cierto; pero que no por ello es el mundo un monstruo cubierto de excrementos. La sabiduría desea que haya en el mundo muchas cosas que huelan mal: el propio asco da alas y fuerzas para otear manantiales. Hasta en los mejores hay algo que da asco; incluso el mejor sigue siendo algo que se ha de superar. ¿Cuánta sabiduría hay, hermanos míos, en el hecho de que en el mundo abunde la inmundicia!

15

A los piadosos transmundanos les he oído decirse cosas así, aunque, a decir verdad, sin malicia ni falsía, pese a que no hay nada en el mundo más falso y más maligno: "¡Dejad que el mundo sea como es, y no mováis ni un dedo contra eso!" Dejad a quien así lo desee que estrangule, apuñale, hiera y degüelle al que quiera; y no mováis ni un dedo contra eso. Así se aprende a renunciar al mundo. Y en cuanto a tu razón, tú mismo la tienes que agarrar por el cuello y estrangularla, pues también ella pertenece a este mundo. Esto te enseñará a renunciar al mundo." ¡Romped, hermanos míos, estas viejas tablas de los piadosos, rompédmelas! ¡Destruid con vuestras máximas las máximas de los que calumnian al mundo!

16

"Quien aprende mucho se olvida de todos los deseos violentos": He aquí lo que se susurra la gente entre sí por los callejones oscuros. "La sabiduría cansa, nada vale la pena, ni debéis tener deseos". Esta es la nueva tabla que he encontrado expuesta hasta en las plazas públicas. ¡Romped, hermanos míos, esta nueva tabla, rompédmela también! Esta nueva tabla ha sido expuesta por los que están hastiados del mundo, por los que predicán la muerte y por los carceleros, porque es también una prédica en favor de la esclavitud. Han aprendido mal; y no lo más importante; y lo han hecho de una forma demasiado inmadura y rápida; han comido mal y se han indigestado, su espíritu es como un estómago que hubiera sufrido una indigestión: él es quien les aconseja la muerte; porque ciertamente, el espíritu es un estómago. La vida es una fuente de placer; pero para aquellos en quienes habla ese padre de toda pesadumbre que es un estómago indigesto, todas las fuentes están envenenadas. Para quien tiene la voluntad del león, conocer constituye un placer. Pero quien está cansado se encuentra sometido a una voluntad ajena y a merced de las olas. Esto es lo que les pasa siempre a los débiles: que se extravían en su camino; y al final la fatiga les hace decir: "¿De qué ha servido caminar, si todo es igual?" A esa gente le gusta que le digan que nada merece la pena, que no se debe querer nada. Pero eso es predicar en favor de la esclavitud. Zaratrústa, hermanos míos, viene como un viento fresco e impetuoso para todos los cansados del mundo, que a muchas narices les va a hacer incluso estornudar. Mi aliento de libertad flota incluso a través de los muros, y llega hasta las cárceles y hasta los espíritus que están allí encerrados. Yo os enseño que el querer hace libres, pues querer es crear. Y sólo habéis de aprender para crear. También habéis de aprender de mí a aprender, y a aprender bien. ¡Quien tenga oídos para oír, que oiga!

17

La barca está dispuesta; tal vez remando hacia la otra orilla se llegue a la gran nada. ¿Quien querrá embarcarse en ese "tal vez"? Ninguno de vosotros quiere embarcarse en la barca de la muerte. ¿Cómo pretendéis, entonces, estar cansados del mundo? ¡Cansados del mundo! ¡Pero si ni siquiera habéis llegado a desprenderos de la tierra! Siempre os he visto ávidos de tierra, enamorados de vuestro propio cansancio de la tierra. No deja de ser significativo que llevéis el labio colgando, porque en él continúa pesando un deseo pequeñito de tierra. ¿Y no es cierto que flota en vuestros ojos una nubecilla de placeres terrenos no olvidados? Abundan en la tierra los buenos inventos, unos útiles; otros, agradables en virtud de los cuales la tierra es digna de ser amada. Y hay muchas cosas tan bien inventadas que, como los pechos de la mujer, resultan útiles y agradables a la vez. Pero los que estáis cansados del mundo, a los que os da pereza la tierra, debían azotaros. A fuerza de azotes se os volverían a espabilar las piernas. Porque si no sois unos enfermos ni unos bribones decrepitos, de los que la tierra está cansada, sois unos zorros perezosos, o unos gatos golosos y agazapados. Y si no queréis echar a correr de nuevo alegremente; iros al otro mundo. No puede uno empeñarse en curar a quien no tiene cura: esto es lo que os dice Zaratrústa; por

eso debéis ir al otro mundo. Pero hace falta más valor para poner fin a algo que para escribir un nuevo verso: esto lo saben todos los médicos y todos los poetas.

18

Hay tablas, hermanos, que ha creado el cansancio y tablas que ha creado la pereza; y aunque dicen lo mismo, pretenden que se las oiga de modo diferente. Mirad a ese individuo que está a punto de desmayarse. A ese valiente sólo le falta un palmo para llegar a su meta, pero por culpa de la fatiga ahí le tenéis empujado en tumbarse en el suelo. Bosteza ante el cansancio que le produce el camino, la tierra, su meta e incluso él mismo: ese valiente se niega dar un paso más. Ahora le abrasa el sol, y los perros le lamen el sudor, pero el muy terco sigue tumbado ahí, y prefiere darse por vencido: ¡Y eso que está a un palmo de su meta! Habría que llevar a ese héroe al cielo, aunque fuera arrastrándole por los pelos. Pero es mejor que lo dejéis ahí tirado donde se ha tumbado hasta que se apodere de él ese consolador que es el sueño, con un aguacero refrescante. Dejadle acostado hasta que se despierte por sí mismo, hasta que renuncie a su fatiga y a lo que la fatiga le forzaba a hacer. Pero alejad de él a los perros, a los hipócritas perezosos y a todo ese enjambre de sabandijas que son los "cultos", que se regalan con el sudor de los héroes.

19

Trazo alrededor de mí círculos y fronteras sagradas; cada vez son menores los que escalan conmigo montañas que cada vez son más altas. Elevo una cadena de montañas cada vez más sa???. Pero adondequiera que conmigo subáis, hermanos míos, procurad que no suba con vosotros un parásito. El parásito es un gusano que se arrastra sinuoso, y que quiere engordar a costa de vuestros rincones enfermos y heridos. Su arte está en adivinar que lugar de las almas que ascienden se encuentra fatigado, para construir su nido nauseabundo en vuestra aflicción, en vuestro mal humor, en vuestra frágil vergüenza. Allí donde el fuerte se manifiesta débil, y el noble demasiado indulgente se construye él su nido nauseabundo. El parásito habita allí en donde el grande presenta rinconcillos heridos. ¿Cuál es la clase de seres más elevada y cuál la más rastrera? El parásito es la clase más rastrera, pero quien pertenece a la más noble estirpe es el que más parásitos alimenta. Porque, efectivamente, el alma que posee la escalera más larga y que puede descender a las más hondas almas ¿cómo no va arrastrar consigo a un mayor número de parásitos? El alma más grande, la que puede correr a mayores distancias, perderse y vagar dentro de sí misma; la más necesaria, la que se precipita por gusto en el azar, el alma que se sumerge en el devenir, la que posee y quiere sumergirse en el querer y en el desear; la que huye de sí y se alcanza a sí misma en el más amplio círculo; el alma más sabia, aquella a quien la locura invita más dulcemente; la que más se ama a sí misma, en la que todas las cosas tienen su corriente y su contracorriente, su flujo y su reflujo: ¡oh!, ¿cómo no iba a tener ese alma más elevada los peores parásitos?

20

Hermanos míos, ¿será una crueldad deciros que a lo que se cae se le ha de dar también un empujón? Todo lo de hoy está cayendo, decae. ¿Quién va a querer sostenerlo? Pues yo también quiero darle también un empujón. ¿Conocéis esa voluptuosidad que hace rodar a las piedras por profundidades cortadas a pico? ¡Contemplad, a esos hombres de hoy; miradles como ruedan a mis profundidades! Yo soy un precursor de mejores actores, y también un ejemplo. ¡Obrad, hermanos míos, según mi ejemplo. Y a aquél que no pueda aprender a volar, enseñadle al menos a caer más deprisa.

21

Me gustan los valientes, pero no basta con saber manejar muy bien la espada; hay que saber también a quién herir. Y muchas veces hace falta más valentía para contenerse y pasar de largo, a fin de reservarse para un enemigo más digno. No debéis tener más enemigos que aquéllos que sean dignos de ser odiados, pero no aquéllos que no merecen más que desprecio. Tenéis que enorgulleceros de vuestros enemigos, como he enseñado yo en otra ocasión. Es preciso, amigos míos, que os reservéis para un enemigo más digno; por eso debéis pasar de largo junto a muchas cosas, sobre todo por delante de toda esa chusma que os martillea los oídos hablándoos del pueblo y de las naciones. ¡Guardad vuestros ojos de sus razones a favor y en contra! Hay en ellos mucha justicia y mucha injusticia: quien se para a contemplarlo termina encolerizándose. Ver la masa y golpearla es todo uno; marchaos, pues, a los bosques, y dejad en paz vuestras espadas. ¡Seguid vuestro camino! ¡Dejad que el pueblo y las razones sigan a los suyos! Se trata, ciertamente, de caminos oscuros, en los que no brilla ni una sola esperanza. ¡Qué reine el tendero allí donde todo lo que brilla es como el oro de los tenderos! Ya no es tiempo de reyes: lo que hoy se llama pueblo, no se merece un rey. Mirad cómo esos pueblos se comportan ahora cual si fueran tenderos; rebuscan las ganancias más mínimas incluso en las basuras. Se acechan mutuamente, se espían entre sí; y le llaman a eso ser muy buenos vecinos. ¡Felices tiempos aquellos del pasado remoto en que un pueblo se decía a sí mismo: "¡No quiero ser el amo de otros pueblos!" Y es que, hermanos, lo mejor debe dominar, y lo mejor quiere también dominar. Y allí donde se enseña otra cosa es porque falta lo mejor.

22

Si se les diera a éstos el pan gratuitamente, ¿que iban entonces a reclamar? Se entretienen buscando su sustento, y precisan que las vida les resulte dura. Son animales de presa; en su trabajar también hay robo; en su merecer hay también trampas y eso que la vida he de serles dura. Han de ser mejores animales de presa, más finos, más astutos; más iguales al hombre, pues el hombre es, efectivamente, el mejor animal de presa. El hombre se ha apoderado ya de las virtudes de todos los animales, y ésta es la causa de que la vida les resulte más dura que a todos los demás. Sólo los pájaros continúan estando por encima de él. Mas cuando el hombre aprenda a volar, ¿hasta qué alturas, ay?, llegará su rapacidad.

23

Así es como quiero que sean el hombre y la mujer: el uno capaz de guerrear, la otra capaz de dar a luz;

pero ambos capaces de bailar con la cabeza y los pies. ¡Que el día que no hayamos bailado, al menos una vez, sea un día perdido para nosotros! ¡Que tengamos por falsa toda aquella verdad incapaz de arrancar de nosotros ninguna carcajada!

24

Tened mucho cuidado de que vuestro enlace matrimonial no sea una mala trabazón. Lo habéis soldado con tanta rapidez que de ahí se sigue su propio rompimiento. Y más vale romper un matrimonio que querer mantenerlo con ficciones y engaños. Siempre he visto que quienes se han casado mal estaban sedientos de las peores venganzas: y es que tratan de hacer pagar a todo el mundo el que ellos no puedan andar por separado. Por eso yo quiero que quienes sean honrados se digan entre sí: "Nosotros nos queremos: veamos si podemos continuar amándonos. ¿O será una equivocación nuestra promesa? Dadnos un plazo, un matrimonio breve, para ver si podemos mantener nuestra unión durante mucho tiempo. ¡Es una cosa tan grande eso de que dos permanezcan unidos para siempre!" Esto es lo que aconsejo a los honrados; pues, ¿cuál sería mi amor al superhombre y a cuanto ha de venir si aconsejase y hablara de otro modo? ¡Que el jardín del matrimonio, hermanos míos, os ayude no sólo a reproduciros en un mismo nivel, sino a reproduciros superándoos!

25

Quien haya conseguido conocer los antiguos orígenes acabará buscando las fuentes del futuro y los nuevos orígenes. No falta ya mucho tiempo, hermanos míos, para que nazcan nuevos pueblos y para que nuevos manantiales se precipiten ruidosos en nuevas profundidades, pues el terremoto ciega muchos pozos y acarrea sequías, pero también saca a luz energías y secretos ocultos. El terremoto descubre nuevos manantiales. En medio del terremoto de los pueblos antiguos emergen nuevos manantiales. Y si hay entonces alguien que exclama: "Aquí hay un pozo que calmaría la sed de muchos, un corazón para los muchos que anhelan, una voluntad para muchos instrumentos"; entonces se reúne un pueblo en torno a él: es decir, muchos experimentadores. Lo que entonces se experimenta es quien puede mandar y quién ha de obedecer. ¡Y cuánto hay que investigar, adivinar, errar y aprender, y volver a ensayar! Yo os digo que la sociedad humana es un experimento, una búsqueda larga, un buscar a quien tiene aptitudes de mando: un experimento, hermanos míos, y no un "contrato". ¡Romped esa palabra, rompédmela, pues es palabra propia de corazones débiles y de aficionados a las componendas!

26

¿En qué consiste, hermanos, el peligro mayor para el futuro humano? ¿No está en los hombres buenos y justos, con aquellos que dicen y sienten en su corazón que ellos saben lo que es bueno y justo, y que incluso la tienen, compadeciéndose de quién sigue buscándolo? Por mucho daño que ocasionen los malos, el daño de los buenos es el peor de todos. Por mucho que sea el daño de los calumniadores, el daño de los buenos es el peor de todos. Hubo una vez alguien, hermanos míos, que observó el corazón de los buenos justos, y dijo: "Son fariseos". Más nadie le entendió. Los buenos y justos no pudieron entenderle, porque su espíritu está siempre cautivo de su buena conciencia. ¡Qué inconmesurablemente sabia es la idiotez de los buenos! Pero lo cierto es que los buenos han de ser fariseos, que no tienen opción; lo cierto es que los buenos han de crucificar a todo el que se inventa su propia virtud. Mas yo, que soy el segundo en descubrir su país -el país, el corazón, la patria chica de los buenos y justos-, pregunto: ¿A quién es al que odian con más fuerza? Y contesto: ¡Al creador, al que rompe las tablas de los viejos valores, al destructor, a ése que llaman delincuente! Y es que los buenos no pueden crear: siempre son el principio del fin; crucifican al que inscribe nuevos valores en tablas nuevas; sacrifican el futuro en aras de ellos mismos; crucifican todo el futuro de los hombres. Los buenos siempre han sido el principio del fin.

27

¿Habéis entendido, hermanos míos, lo que ahora os digo y lo que os dije un día sobre el último hombre? ¿No es en los buenos y justos donde reside el peligro mayor para todo el futuro de los hombres? ¡Romped a los buenos y justos, rompédmelos! ¿Habéis entendido también, hermanos míos, lo que esto significa?

28

¿Huis de mí? ¿Os doy miedo? ¿También tembláis al oír lo que os digo? Cuando os mandé, hermanos míos, destrozad a los buenos y quebrantar sus tablas fué cuando embarqué al hombre en su alta mar. Pero sólo ahora le viene a él el gran terror, el gran mirar con inquietud en torno a sí, la gran enfermedad, la gran náusea, el gran marco. Los buenos os han mostrado rincones engañosos y seguridades falsas; habéis nacido y os habéis albergado en los embustes de los buenos. Los buenos lo falsean y lo deforman todo hasta la raíz. Pero quien ha descubierto ese país que es el "hombre" ha descubierto también ese otro país que es el "futuro del hombre". Ahora tenéis que convertiros en mis marineros intrépidos y pacientes. ¡Andad erguidos y al paso, hermanos míos, aprended a caminar erguidos! Está rugiendo el mar: muchos quieren servir de vosotros para alzarse de nuevo. Está rugiendo el mar, y todo está en el mar; ¡en marcha, pues, lo que tenéis un corazón de experto marinero! ¡Qué importa el país de nuestros padres! Nuestro timón quiere poner rumbo a donde está el país de nuestros hijos. Hacia él se precipita nuestro gran anhelo, más fogoso que el mar.

29

"¿Por qué eres tan duro? -le dijo una vez el carbón de cocina al diamante-. ¿No somos parientes cercanos?" ¿Y por qué sois vosotros tan blandos? -os pregunto-. ¿No sois hermanos míos? ¿Por qué sois tan blandos, tan dóciles, tan dispuestos a ceder? ¿Por qué hay tanta renuncia, tanta abdicación en vuestro corazón? ¿Por qué es tan poco fatídica vuestra mirada? ¿Pero si no queréis ser fatídicos e inexorables, cómo vas a poder vencer conmigo? Y si vuestra dureza no quiere levantar chispas, y cortar y sajar, ¿cómo vas a poder crear conmigo un día? Porque los creadores son duros; y os ha de hacer felices el dejar vuestra huella sobre milenios, como si de blanda cera se tratara; os ha de hacer felices el escribir, como si fuera

sobre bronce, sobre esa voluntad de milenios que es más dura y más noble que el bronce. Lo más noble radica sólo en lo que es totalmente duro. He aquí la nueva tabla que impongo a mis hermanos, ¡endureceos!

30

¡Oh, tú, voluntad mía, cambio de rumbo de toda necesidad, necesidad mía! ¡Presérvame de todas las victorias pequeñas! ¡Providencia de mi alma, a la que yo llamo destino! ¡Tú que estás dentro de mí, y por encima de mí! Presérvame y resérvame para mi gran destino! ¡Resérvame para tu último momento, voluntad mía, tu última grandeza, para ser inexorable en tu victoria! ¡Ay!, ¿quién no ha sucumbido a su propia victoria? ¿A quien, ¡ay!, no se le oscurecieron los ojos a la hora de ese crepúsculo embriagado? ¿A quien, ¡ay!, no le vacilaron los pies y se olvidó de la forma de andar después de la victoria? ¡Esté yo dispuesto para el gran mediodía, dispuesto y en sazón, como el bronce candente, como la nube grávida de rayos, como la ubre rebosante de leche; preparado para mí mismo y para mi voluntad más escondida, como un arco ansioso de su flecha, y una flecha ansiosa de su estrella; como una estrella dispuesta y en sazón en su mediodía, ardiente, traspasada, dichosa por las flechas de sol que la aniquilan; como el propio sol, como una voluntad solar inexorable, dispuesto a aniquilar en la victoria! ¡Oh, tú, voluntad mía, cambio de rumbo de una necesidad, necesidad mía! ¡Presérvame para la gran victoria!

Así habló Zaratrústa.

1

El convaleciente

Poco después de haber vuelto a la cueva, Zaratrústa saltó una mañana como un loco de su lecho y se puso a dar gritos espantosos y a hacer gestos, como si hubiera alguien acostado en su lecho que no quisiera levantarse. Tanto retumbó la voz de Zaratrústa que sus animales acudieron asustados, mientras los restantes huían de los agujeros y escondrijos cercanos a la cueva de Zaratrústa, volando, aleteando, arrastrándose o saltando, según la suerte les dotara de patas o de alas. Y Zaratrústa habló así: "¡Ponte de pie, pensamiento abismal! ¡Surge de la profundidad de mi ser! Yo soy tu gallo y tu aurora, gusano aletargado. ¡Levántate, arriba! Mi voz te ha de despertar con su canto de gallo. ¡Abre bien los oídos y escucha! ¡Quiero oírte! ¡Arriba, arriba! Hay aquí truenos suficientes como para que puedan oírme incluso los sepulcros. Borra de tus ojos el sueño, el embotamiento y la ceguera! Oyeme hasta con los ojos: mi voz es medicina hasta para los ciegos de nacimiento. Y una vez que despiertes, te quedarás en vela para siempre. No tengo por costumbre despertar de su sueño a abuelas muy ancianas para decirles luego que vuelvan a dormirse. ¡Te mueves, te desperezas, roncas? ¡Arriba, arriba! ¡Lo que tienes que hacer es hablarme, no ponerte a roncar! ¡Es Zaratrústa el que aboga por la vida, por el dolor, por el eterno retorno; y te llamo a ti, el más abismal de mis pensamientos! ¡Qué felicidad! ¡Te oigo venir! ¡Mi abismo habla! ¡He logrado que mi última profundidad se dé la vuelta y que mire a la luz! ¡Qué felicidad! ¡Ven! ¡Dame la mano! ¡Ay! ¡Deja!... ¡Ay! ¡Qué asco! ¡Qué asco! ¡Pobre de mí!

2

Dicho esto, Zaratrústa cayó como muerto al suelo y permaneció allí sin vida durante largo tiempo. Cuando volvió en sí estaba pálido y tembloroso, y se quedó tendido sin ganas de comer ni beber durante días enteros. Siete exactamente duró aquello, más sus animales no le abandonaron ni de día ni de noche, a excepción de las veces en que el águila salía volando en busca de alimento. Cuanto cogía o rapiñaba lo iba colocando en el lecho de Zaratrústa, de modo que éste terminó yaciendo entre bayas amarillas y rojas, racimos de uvas, manzanas de rosa, hierbas aromáticas y piñas. A sus pies se hallaban dos corderos, que el águila había conseguido arrebatar a unos pastores tras mucho esfuerzo.

Por fin, pasados siete días, Zaratrústa se levantó de su lecho cogió una manzana de rosa, la olió y le agradó el perfume. Sus amigos creyeron entonces que había llegado el momento de hablar con él. "Zaratrústa -dijeron-; hace ya siete días que estas ahí tendido, con los ojos cerrados; ¿no deseas ponerte ya de pie? ¡Sal de la cueva, que el mundo te aguarda como un jardín! El viento juguetea con intensos perfumes que ansían acercarse a ti; los arroyos todos desean seguirte en su fluir. Todo siente anhelo de ti, pues has permanecido a solas siete días. ¡Sal de tu cueva! ¡Todas las cosas quieren convertirse en tu médico! ¡Acaso te ha venido un nuevo conocimiento amargo y aplastante? Te has acostado ahí como una masa que lleva levadura, y tu alma se ha henchido y desbordado.

"¡Oh, animales míos! -contestó Zaratrústa-. ¡Seguid hablando y dejad que os escuche! Vuestra charla me anima; cuando se charla, el mundo se me antoja un jardín extendido delante de mis ojos. ¡Qué agradable es que existan palabras y sonidos! ¿No son las palabras y los sonidos arco iris y puentes ilusorios tendidos entre seres que se hallan separados por toda la eternidad? A cada alma le corresponde un mundo diferente, para toda alma el resto de las almas constituye un transmundo. Entre las cosas más semejantes es precisamente donde miente la ilusión de un modo más hermoso; pues el abismo más estrecho es el que resulta más difícil de saltar. ¿Cómo puede haber para mí algo fuera de mí? ¡No existe ningún fuera! Pero nos olvidamos de esto en cuanto empiezan a vibrar los sonidos. ¡Qué grato es olvidarlo! ¿No se han dado a las cosas nombres y sonidos para que el hombre se recree en ellas? ¿No constituye una dulce locura ponerse a hablar? Al hablar, el hombre baila por encima de todo. ¡Qué dulce es toda plática y qué dulces las mentiras todas de los sonidos! Los sonidos hacen que nuestro amor se ponga a bailar sobre arco iris de múltiples colores".

"¡Oh, Zaratrústa! -respondieron a esto sus animales-; para los que piensan como nosotros, todas las cosas bastan: vienen, se dan la mano, ríen, huyen y vuelven. Todo se va y todo vuelve. La rueda de la existencia gira eternamente. Todo muere y todo vuelve a florecer: el año del ser transcurre eternamente. Todo se rompe y todo se recompone. Incluso la morada del ser se edifica a sí misma eternamente. Todo se despidе y todo vuelve a saludarse; el anillo del ser permanece eternamente fiel a sí mismo. A cada instante comienza el ser. La esfera de un "allá" gira en torno a todo "aquí". En todas partes se encuentra el centro; curvo es el sendero de la eternidad.

"¡Tunantes y organillos de manubrio -contestó zaratrústa-, sonriendo de nuevo, ¡qué bien sabéis qué es lo que ha necesitado siete días para realizarse, y cómo aquel monstruo se metió en mi garganta estrangulándome! Pero yo le arranqué la cabeza de un mordisco y la escupí lejos de mí. ¡Y con eso habéis compuesto vosotros una canción de organillo! Pero aquí estoy ahora tendido, cansado por haber mordido y escupido lejos, enfermo aún de mi propia redención. ¿Y habéis estado vosotros contemplando todo esto? ¡Es

que también vosotros sois crueles, animales míos? ¿Habéis querido contemplar mi gran dolor, como hacen los hombres? Porque el hombre es, sin duda, el más cruel de todos los animales. Lo que más le ha agradado hasta ahora en la tierra ha sido presenciar tragedias, corridas de toros y crucifixiones; y cuando se inventó el infierno, se convirtió en su cielo aquí en la tierra. Cuando el gran hombre llora, el pequeño acude corriendo a su lado, con la lengua fuera de avidez; ¡y a eso le llaman compadecerse!" Cuanto ardor hay en las palabras del hombre pequeño, y sobre todo del poeta, cuando acusa a la vida! Escuchadle, pero no dejéis de daros cuenta del placer que hay en toda acusación. La vida confunde a aquellos que la acusan tan sólo con mirarlos. "¿Me amas? dice la insolente. ¿Espera, espera un poco, que aún no tengo tiempo para ti!" El hombre es para sí mismo el animal más cruel. ¡No dejéis de observar cuanta voluptuosidad contienen las quejas y las acusaciones de los que se llaman a sí mismo pecadores, cirineos y penitentes. ¿Estaré yo mismo tratando de acusar al hombre? ¡Ay!, animales míos, si hay algo que he aprendido hasta ahora es que el hombre precisa de lo peor que hay en él para sus mejores cosas; que todo lo peor es su fuerza mejor y la piedra más dura para el supremo creador; que el hombre necesita llegar a ser más bueno y más malo también. El leño del martirio al que estaba clavado no era el saber que el hombre es malo, sino el que yo gritara, entre lamentos, como nadie lo ha hecho hasta ahora: "¡Qué pequeñas son hasta sus peores maldades! ¡Qué pequeñas son hasta sus cosas mejores!" Era el gran asco del hombre, lo que me estrangulaba, lo que se me había metido en la garganta, y lo que había proclamado el adivino: "Todo da igual, nada vale la pena, el saber ahoga". Un largo crepúsculo se arrastraba renqueando ante mí, una tristeza con cansancio de muerte, con embriaguez de muerte, que hablaba en medio de bostezos: "¡Ese hombre pequeño, del que estás tan hastiado, retorna eternamente!" Así bostezaba mi tristeza, arrastrando los pies y sin poder dormirse. La tierra de los hombres se convirtió para mí en una cueva; se hundió su pecho; y todo ser viviente tornóse para mí en podedumbre humana, en huesos y en pasado caduco. Mis suspiros se encontraban sentados sobre todas las tumbas de los hombres, sin poder levantarse; mis suspiros e interrogantes lanzaban siniestros presagios, y estrangulaban, roían y se quejaban de día y de noche: "¡Ay, el hombre retorna eternamente!" Yo ví una vez desnudos al hombre más grande y al hombre más pequeño; ¡y qué parecidos resultaban! ¡Incluso el más grande resultaba demasiado humano, demasiado pequeño! En eso consistía el asco que el hombre me daba y en el eterno retorno incluso del más pequeño. Este era el asco que toda existencia me causaba. ¡Qué asco, qué asco, qué asco!" Así habló Zaratrústa, temblando entre sollozos, pues se acordaba de cuando estaba enfermo. Sus animales le impidieron hablar. "No sigas hablando le dijeron, que estás convaleciente. ¡Sal fuera! ¡Ve al mundo, que ahí está aguardando cual si fuera un jardín! Sal fuera, junto a los rosales, las abejas y las bandadas de palomas; pero sobre todo únete a los pájaros cantores, para que aprendas de ellos a cantar. Cantar es propio de convalecientes; el que está sano prefiere hablar, y cuando canta, su canto no es igual".

"¡Callad, tunantes y organillos de manubrio! -exclamó Zaratrústa, sonriendo a sus animales-. ¡Qué bien sabéis qué es lo que me ha servido de consuelo en estos siete días! Me sirvió de consuelo el tener que cantar otra vez: eso fué lo que me curó. ¿Pretendéis ahora sacar de ello un canto de organillo?" "¡No sigas hablando, Zaratrústa! volvieron a decir sus animales: es mejor que el convaleciente disponga de una lira que sea nueva. Comprende, Zaratrústa, que para esos nuevos cánticos precisas una lira que sea nueva. Canta tú, Zaratrústa, y apaga con tu voz todos los ruidos: cúrate el alma con unos cantos nuevos, para que puedas sobrellevar tu gran destino, un destino distinto al de todos los hombres. Tus animales sabemos muy bien quién eres, Zaratrústa, y en quién te has de convertir. ¡Tú eres el maestro del eterno retorno; no otro es tu destino! ¿Cómo no va a ser tu mayor peligro y tu peor enfermedad el que estes destinado a convertirtte en el primero que enseñe esta doctrina? Fíjate qué bien sabemos lo que enseñas: que todo retorna eternamente, y nosotros con ello, que nosotros ya hemos existido infinitas veces, y todo con nosotros. Enseñas que el devenir transcurre a lo largo de un gran año monstruoso, que una y otra vez ha de invertirse, como un reloj de arena, para volver a pasar y vaciarse: de ese modo, todos esos años son idénticos entre sí, en lo mayor y en lo menor e incluso nosotros somos idénticos a nosotros mismos en cada gran año, en lo mayor y en lo menor. Y si quieres morirte ahora, Zaratrústa, también sabemos lo que te dirías a ti mismo, aunque tus animales te suplican que no mueras nunca. Hablarías sin temblor, más bien, respirarías dichoso, pues a ti que eres el más paciente de todos los mortales, se te quitaría de encima un peso enorme y una gran congoja. "Ahora muero y desaparezco dirías, y dentro de un momento no seré nada. Las almas son tan mortales como los cuerpos. Pero la cadena de causas en la que estoy trabado volverá a producirse, y me creará de nuevo. Yo también formo parte de la serie causal del eterno retorno. Volveré, como este sol, esta tierra, este águila, esta serpiente; y no a una nueva vida, ni mejor, ni parecida: volveré eternamente a esta misma vida, idéntica así misma en lo mayor y en lo menor, para enseñar de nuevo el eterno retorno de todo lo existente; para hablar otra vez del gran mediodía de la tierra y de los hombres, para volver a anunciar el superhombre una vez más a los hombres. He dicho ya mi prédica, y a causa de ella me quedo destrozado: así lo exige mi destino eterno; ¡perezco como anunciador que soy! Ha llegado la hora de que quien se hunda en su ocaso se bendiga a sí mismo. Así termina el ocaso de Zaratrústa".

Dicho esto, los animales se quedaron callados esperando que Zaratrústa les dijese algo; pero éste no se dió cuenta de ellos guardaban silencio. Se encontraba tumbado tranquilamente, con los ojos cerrados, como si durmiera, aunque ya no lo hacía, pues estaba hablando con su alma. Más la serpiente y el águila, al verle tan callado, respetaron el gran silencio en que estaba sumido, y se retiraron cautelosamente.

El gran anhelo

Te he enseñado, alma mía, a decir "hoy", como se dice "alguna vez" y "en otro tiempo", y a pasar bailando por encima de todo aquí, ahí y allá. Te he librado, alma mía, de todos los rincones, y te he apartado del polvo, de las arañas y de la penumbra. Te he lavado de toda vergüenza, de la virtud arrinconada; y te he persuadido a que te muestres desnuda a los ojos del sol. Con esa tempestad a la que llamo "espíritu" soplé sobre un mar revuelto, y expulsé con mi soplo toda nube, estrangulando incluso al estrangulador al que llaman "pecado". Te he otorgado, alma mía, el derecho a decir no, como una tempestad; y si, como dice el cielo raso; ahora estas callada como la luz, y caminas a través de negadoras tempestades. Te he devuelto, alma mía, la libertad sobre todo lo creado y lo increado; ¿Y quién conoce como tú la voluptuosidad del futuro? Te he enseñado, alma mía, ese desprecio que no roe como la carcoma, ese desprecio grande y amoroso, que ama más cuanto más desprecia. Te he enseñado, alma mía, a convencer, para que llevaras a tu terreno incluso a los argumentos: como hace el sol, que persuade a la mar a que ascienda a su altura. He extirpado, alma mía, toda obediencia, todo arrodillarse y todo llamar señor a otro: por eso te he llamado "cambio de rumbo de la necesidad" y "destino". Te he dado, alma mía, nuevos nombres y juguetes de múltiples colores, te he llamado "destino", "límite de los límites", "ombligo del tiempo" y "campana azul". Le he dado a beber a tu tierra, alma mía, toda sabiduría, todos los vinos nuevos, igual que los más fuertes y añejos, de la sabiduría. En ti, alma mía, he derramado todo el sol y toda la noche, todo callar y todo anhelo; de forma que has crecido para mí como una viña. ¡Qué inmensamente rica y cargada estás ahora, alma mía, como una

viña fértil, de repletos y dorados racimos, cual ubres rebosantes! Tu propia felicidad te oprime y apreta, esperando en tu exceso de abundancia, y avergonzada de tu espera. Ya no existe, alma mía, un alma más amorosa, comprensiva y extensa de lo que eres tú. ¿Dónde iban a reunirse más íntimamente el futuro y el pasado que dentro de ti? Te lo he dado todo, alma mía; y por tu culpa me he quedado con las manos vacías; y ahora me dices sonriendo y llena de tristeza: "¿Quién de los dos tiene que dar las gracias? ¿No debe agradecer el dador que acepte el que recibe? ¿No es necesario dar? ¿No es aceptar un modo de apiadarse?" Entiendo, alma mía, tu sonrisa tristona: ¡incluso tu abundancia extiende ahora las manos anhelantes! Tu propia plenitud extiende la mirada por encima de mares agitados, buscando y esperando; el deseo inagotable de la plenitud contempla desde el cielo de tus ojos sonrientes. Y, en verdad, alma mía, ¿quién puede contemplar tu sonrisa sin echarse a llorar? Hasta los propios ángeles se deshacen en lágrimas a causa de la inmensa bondad de tu sonrisa. Tu bondad, tu exceso de bondad, no desea lamentarse y llorar; mas tu sonrisa, alma mía, tiene ansia de lágrimas, y tu boca temblorosa necesita sollozos. Te dices a ti misma: "¿No es llorar una queja, y quejarse acusar?"; y por eso, alma mía, prefieres sonreír a descargar su pena, a desahogar en un llanto a raudales todo el dolor que te causan tu plenitud y ese anhelo de viña que ansía al vendimiador y al podador. Pero tú no deseas llorar, ni desahogar en lágrimas tu tristeza purpúrea; y para eso, alma mía, has de ponerte a cantar. Mira cómo sonrío, ya te exhorté yo a esto; a que cantes, con voz atronadora, hasta acallar los mares y que escuchen tu anhelo; hasta que tu barquilla surque unos mares callados y anhelantes, ese prodigio dorado, en torno a cuyo oro salta cuanto hay de malo y prodigioso, así como muchos animales grandes y pequeños, y cuanto tiene unos pies prodigiosamente ligeros para correr por violáceos senderos hacia el áureo prodigio, hacia la barca voluntaria y hacia su dueño, el vendimiador, que aguarda con su podadera diamantina. El es tu redentor, alma mía, el que no tiene nombre; al que sólo los cánticos futuros podrán ponerle un nombre. Y, en verdad, tu aliento ya contiene el aroma de cánticos futuros; tú ya andas y sueñas, aplacando tu sed en consoladores pozos de resonante hondura, ya descansa tu tristeza en la alegría de los cantos futuros. Todo te lo he dado, alma mía, hasta lo último que poseía; por tu culpa ahora tengo yo mis manos vacías. Mi último regalo era hacerte cantar, decirte que cantarás; y ahora dime: ¿quién de los dos tiene que dar las gracias? Pero es mejor que cantes, alma mía, que cantes para mí; y deja que sea yo quien te dé las gracias.

Así habló Zaratrusta.

La otra canción del baile

1

Acabo de mirarte a los ojos, mi vida, y he visto en tu oscura mirada centelleos de oro; ante tal voluptuosidad mi corazón se ha detenido. He visto brillar una barca de oro sobre aguas tenebrosas, que se mecía, hundiéndose e inundada, lanzándome señales. Lanzaste una mirada a mis pies ansiosos de bailar: una mirada inquieta, sonriente, inquisitiva, insinuante. Por dos veces tan sólo agitaste tus crótalos con tus manos pequeñas, pero ha bastado para que mis pies comenzaran a moverse con ansias de bailar. Se irguieron mis talones, los dedos de mis pies prestaron atención para poder oírte, porque quien baila tiene oídos en los pies. Salté a tu encuentro, más tú retrocediste y escapaste de mí. Llamaron las lenguas de tu cabello suelto dirigidas a mí, cual serpientes que huyeran. Me retiré de un salto de ti y de tus serpientes; entonces te paraste y dándote la vuelta me miraste con ojos anhelantes. Con miradas sinuosas me muestras caminos tortuosos, por donde mi pie aprende a andar con mucha astucia. Te temo si estás cerca; te quiero si estás lejos; me atraes al escapar, y el buscarte me hace detenerme; estoy sufriendo mucho, ¿pero qué no he sufrido muy gustoso por ti? Tu frialdad me entusiasma, tu odio me seduce, tu huida me aprisiona, tus burlas me conmueven. ¿Quién no te va a odiar, con lo atractiva, tentadora, inquisitiva y descubridora que eres? ¿Quién no te va a amar, pecadora, inocente, impaciente, rápida como el viento, de ojos infantiles? ¿Hacia adónde me llevas ahora, criatura prodigiosa, niña traviesa? Y ahora huyes de mí otra vez, dulce presa, niña ingrata. Te sigo, bailando, te sigo, sin darme cuenta apenas de hacia adónde me llevas. ¿Dónde estas? ¿Dame la mano! O tiéndeme al menos alguno de tus dedos. Aquí hay cuevas y arbustos; nos vamos a perder. ¡Alto!, ¡detente! ¿No ves revolotear los buhos y los murciélagos? ¡Eh, buho! ¡Eh, murciélago! ¿Te burlas de mí? ¿Dónde nos encontramos? Has aprendido de los perros a aullar y a ladrar. Me gruñes, cariñosa, con tus blancos dientecillos; tus ojos maliciosos me fulminan tras los rizos de tu pelo ondulado. Bailamos a través de los campos: yo soy el cazador; ¿acaso quieres ser mi perro o mi gamuza? ¡Ven ahora a mi lado!; ¡más rápido, malvada saltarina! ¡Arriba, ahora! ¡Al otro lado!, ¡ay!, me he caído tratando de saltar! ¡Mírame aquí en el suelo, pidiéndote perdón a ti tan arrogante! Me gustaría atravesar contigo caminos más risueños, senderos de amor, por silenciosos bosques de múltiples colores; o rodear el lago aquel en donde nadan y bailan pececillos de oro. ¿Estas ya fatigada? Allá arriba hay ovejas y un rubor vespertino. ¿No es hermoso dormirse oyendo cómo suena la flauta del pastor? ¿Tan fatigada estas? Voy a llevarte en brazos; deja los tuyos sueltos. Y si es que tienes sed, yo podría apagarla, pero quizá tu boca no querrá mi bebida. ¡Oh, serpiente maldita, ágil, flexible, embrujada...! ¿En dónde te has metido? ¡Pero siento en mi cara la huella de tus manos: de manchitas rojizas! ¡Qué hartito estoy de ser siempre tu estúpido pastor! Hasta hoy te he cantado; ¡grita ahora, hechizera!; ahora debes gritar tú para mí! Bailarás gritando para mí al compás de mi látigo. ¿Acaso te creías que no lo había traído?

2

Se tapó entonces la vida sus lindas orejitas y me contestó: "¡No hagas sonar tu látigo de un modo tan horrible! Tú sabes, Zaratrusta, que el ruido mata los pensamientos; y ahora precisamente acuden a mi alma sutiles pensamientos. Los dos somos seres indolentes que no hacemos ni bien ni mal. Hemos encontrado nuestra isla y nuestro verde prado más allá del bien y del mal, para nosotros solos. Por eso tenemos que ser buenos el uno para el otro. Y aunque no nos queramos de todo corazón, ¿vamos, por eso a guardarnos rencor? Tu bien sabes que soy buena contigo, y con frecuencia demasiado buena; la causa de ello es que le tengo celos a tu sabiduría. ¡Ay, esa loca, vieja y estúpida sabiduría! Si alguna vez, ¡ay!, te abandonara, también mi amor te dejaría al momento."

Dicho esto, miró la vida hacia atrás y en torno a sí, y continuó en voz baja: "Tú no me eres lo bastante fiel, Zaratrusta. No me quieres tanto como dices; sé que piensas dejarme muy en breve. Hay una vieja campana muy pesada que retumba de noche, y su sonido llega hasta tu cueva. Cuando la oyes dar la hora en plena noche, de doce a una, yo sé Zaratrusta, lo que acude a tu mente: sé que piensas que pronto vas a abandonarme."

"Sí -contesté titubeante-, pero también sabes esto." Y le dije algo al oído, a través de su pelo despeinado, amarillento y encrespado: "¿Tú sabes eso, Zaratrusta? ¡Pero si nadie lo sabe!" Nos miramos el uno al otro, y, contemplando el verde prado sobre el que empezaba a correr el fresco del crepúsculo, nos echamos juntos a llorar. Pero en aquel momento sentí que quería a la vida más de lo que nunca había querido a toda mi sabiduría.

Así habló Zaratrusta.

3

¡Una!
¡Presta atención, oh, hombre!
¡Dos!
¿Qué dice la profunda medianoche?
¡Tres!
¡Yo dormía, yo dormía!
¡Cuatro!
He despertado de un profundo sueño.
¡Cinco!
El mundo es profundo
¡Seis!
Y más profundo de lo que creía el día.
¡Siete!
Profundo es su dolor.
¡Ocho!
El placer es más profundo que el dolor.
¡Nueve!
El dolor dice: ¡pasa!
¡Diez!
"¡Pero todo placer quiere eternidad!"
¡Once!
"¡Quiere profunda eternidad!"
¡Doce!

Los siete sellos (o La canción del rey del amén!

1

Si soy un adivino y estoy lleno de ese espíritu adivinatorio que camina sobre una alta cresta que divide dos mares, que camina como una pesada nube entre el pasado y el futuro, enemiga de las profundidades asfixiantes y de todo cuanto está tan cansado que no puede morir ni vivir: dispuesta en lo oscuro de su seno a lanzar el rayo y el resplandor que redime, preñada de rayos que dicen ¡sí!, rien ¡sí!, dispuesta a lanzar resplandores adivinatorios y fulgurantes: ¡bienaventurado entonces quien tiene semejante preñez! Pues, realmente, quien ha de alumbrar un día la luz del futuro debe estar suspendido durante mucho tiempo sobre la montaña, cual tormenta cargada.

¿Cómo no he sentir!ansias de eternidad y del nupcial anillo de todos los astros: el anillo del eterno retorno? No he encontrado una mujer de la que haya querido tener hijos, a no ser esta mujer a la que quiero: ¡porque yo te quiero, eternidad!
¡Porque yo te quiero, eternidad!

2

Si alguna vez mi cólera profanó sepulcros, quitó de su sitio mojones que marcan límites y tiró por el suelo viejas tablas ya rotas, arrojándolas por escarpados precipicios.

Si alguna vez mi burla esparció por el viento palabras enmohecidas, y si fui como una escoba para arañas con cruces, o como viento que limpia viejas y asfixiantes criptas.

Si alguna vez me senté jubiloso donde yacen enterrados antiguos dioses, bendiciendo y amando al mundo, junto a los viejos calumniadores del mundo (porque yo amo incluso los templos y las tumbas de los dioses, siempre que entre la mirada inmaculada del cielo por las grietas de las bóvedas; y me agrada sentarme en las ruinas de las iglesias, como la hierba y la roja amapola).

¿Cómo no he de sentir ansias de eternidad y del nupcial anillo de todos los anillos: el anillo del eterno retorno? No he encontrado una mujer de la que haya querido tener hijos, a no ser esa mujer a la que quiero: ¡porque yo te quiero, eternidad! ¡Porque yo te quiero, eternidad!

3

Si alguna vez me llegó un hálito del soplo creador, y de esta celeste necesidad que incluso al mismo azar le hace bailar la danza de los astros.

Si alguna vez reí con la risa del rayo creador, al que sigue, gruñendo aunque obediente, el trueno dilatado de la acción.

Si alguna vez me senté a jugar a los dados con los dioses, en la mesa divina de la tierra, de forma que la tierra tembló, resquebrajóse, y arrojó resoplando manantiales de fuego (pues la tierra para los dioses es una mesa, que tiembla cuando resuenan palabras nuevas y creadoras, y cada vez que los dioses lanzan sus dados).

¿Cómo no he de sentir ansias de eternidad y del nupcial anillo de todos los anillos: el anillo del eterno retorno? No he encontrado una mujer de la que haya querido tener hijos, a no ser esa mujer a la que quiero: ¡porque yo te quiero, eternidad! ¡Porque yo te quiero, eternidad!

4

Si alguna vez bebí a grandes sorbos de aquel jarro espumoso de especias y de mosto donde se encuentra bien mezclado.

Si alguna vez mi mano derramó lo más remoto sobre lo más cercano, y fuego sobre el espíritu, y placer sobre el dolor, y lo más malo sobre lo más bueno.

Si soy un grano de esa sal redentora que hace que todo se mezcle bien en dicho jarro (pues hay una sal que liga lo bueno con lo malo, y hasta lo peor es digno de servir de condimento y de hacer desbordarse la espuma contenida en ese recipiente).

¿Cómo no he de sentir ansias de eternidad y del nupcial anillo de todos los anillos: el anillo del eterno retorno? No he encontrado una mujer de la que haya querido tener hijos, a no ser esa mujer a la que quiero: ¡porque yo te quiero, eternidad! ¡Porque yo te quiero, eternidad!

5

Si amo el mar, y lo que es como él, y lo amo más cuanto más enojado se me opone.

Si se agita en mí el placer de quien hincha las velas en busca de lo ignoto, y disfruto con la dicha que siente el navegante.

Si alguna vez mi alegría exclamó: "Ha desaparecido el litoral, ahora he roto mi última cadena; lo ilimitado ruje en torno a mí; el tiempo y el espacio me lanzan desde lejos sus destellos. ¡Pongámonos en marcha, viejo corazón!

¿Cómo no he de sentir ansias de eternidad y del nupcial anillo de todos los anillos: el anillo del eterno retorno? No he encontrado una mujer de la que haya querido tener hijos, a no ser esa mujer a la que quiero: ¡porque yo te quiero, eternidad! ¡Porque yo te quiero, eternidad!

6

Si es la mía virtud de bailarín, y he saltado a menudo con los dos pies hacia un éxtasis de oro y esmeralda.

Si es la mía una maldad risueña, que habita entre planteles de rosas y setos de azuleñas, pues la risa contiene lo malo, aunque absuelto y santificado por su propia beatitud.

Y si mi alfa y mi omega es que todo el pasado se torne ligero, todo cuerpo bailarín, todo espíritu pájaro; pues éste es, en verdad mi alfa y mi omega.

¿Cómo no he de sentir ansias de eternidad y del nupcial anillo de todos los anillos: el anillo del eterno retorno? No he encontrado una mujer de la que haya querido tener hijos, a no ser esa mujer a la que quiero: ¡porque yo te quiero, eternidad! ¡Porque yo te quiero, eternidad!

7

Si alguna vez extendí sobre mí tranquilos firmamentos y surqué yo mis cielos con alas que eran mías.

Si nadé retozando en profundas lontananzas de luz; y si mi libertad alcanzó la sabiduría del pájaro.

He aquí lo que dice la sabiduría del pájaro: "¡Fíjate, no hay arriba ni abajo! ¡Ve a un lado a otro, ve de arriba a abajo, de adelante hacia atrás, tú que eres ligero! ¡Canta, no hables ya más pues la palabra es propia de los cuerpos pesados y engaña al ligero! ¡Canta, no hables ya más!"

¿Cómo no he de sentir ansias de eternidad y del nupcial anillo de todos los anillos: el anillo del eterno retorno? No he encontrado una mujer de la que haya querido tener hijos, a no ser esa mujer a la que quiero: ¡porque yo te quiero, eternidad! ¡Porque yo te quiero, eternidad!

CUARTA PARTE

"¿No son los misericordiosos los que cometen mayores necesidades? ¿Hay en el mundo algo que haya provocado mayores sufrimientos que las necesidades de los misericordiosos? ¡Ay de quienes aman sin saber estar a las alturas de su compasión! Un día me dijo el diablo: "También Dios tiene su infierno, y es su amor a los hombres". Y otro día le oí decir: Dios ha muerto, le ha matado su compasión por los hombres".

Zaratrústa, segunda parte: "Los compasivos".

La ofrenda de miel

Y otra vez, sin que él se diera cuenta, volvieron a pasar por el alma de Zaratrústa meses y años; pero sus cabellos se volvieron blancos. Un día que estaba sentado a la puerta de su cueva, mirando a lo lejos en silencio (pues desde allí se divisaba el mar en lontananza por encima de tortuosos precipicios), sus animales empezaron a dar vueltas en torno a él muy pensativos, hasta que se le pusieron delante y le dijeron: "¿Estas buscando con la mirada tu felicidad?" ¡Qué importa la felicidad! -contestó él-. Hace tiempo que no aspiro a la felicidad: aspiro a mi obra. Eres como si estuvieras colmado de bienes, Zaratrústa -continuaron los animales-. ¿No te encuentras acaso descansando en un lago de felicidad tan azul como el cielo? ¡Pícaros! -respondió Zaratrústa sonriendo- ¡Qué bien habéis elegido la comparación! Pero también sabéis que mi felicidad es pesada y que no es como el vaivén de las olas; me oprime y no quiere dejarme; es tan pegajosa como la pez derretida. Entonces sus animales empezaron a dar vueltas en torno a él muy pensativos, hasta que se le pusieron delante otra vez, y le dijeron: "¿Es entonces esa la causa de que cada vez estés más amarillo y más oscuro de color, aunque tus cabellos quieran parecer blancos y como si fueran de cañamo? ¿No ves que estás sumido en la pez de tu desgracia?" "¿Qué decís, animales míos? -contestó Zaratrústa sonriendo-. Ciertamente he blasfemado al hablar de la pez. Me está pasando lo que a todos los frutos que maduran. Es la miel que me corre por las venas lo que espesa mi sangre; y lo que hace que mi alma se torne más callada". "Así ha de ser, Zaratrústa -replicaron los animales acercándose mucho a él-. ¿No te gustaría subir hoy a una cima elevada? El aire es allí transparente, y hoy mejor que nunca se puede contemplar el mundo". Contestó Zaratrústa: "Sí, animales míos, vuestro consejo es estupendo y se

acomoda a mi deseo. ¡Quiero subir hoy mismo a una alta montaña! Pero procurad que haya allí miel al alcance de mi mano; miel de colmenas doradas, amarillenta y blanca, buena, muy fresca. Porque sabed que, cuando esté allá arriba, quiero hacer una ofrenda de miel".

Pero cuando hubo llegado Zaratrusta a la cima despidió a los animales que le habían acompañado, y vio que estaba solo. Rióse entonces a sus anchas, miró en torno a sí y dijo: "He hablado de ofrendas, y de ofrendas de miel; pero eso no ha sido más que una treta, y, a fin de cuentas, una estupidez útil, porque en estas alturas puedo hablar con mayor libertad que en mi retiro de eremita delante de mis animales. ¿Que voy yo a ofrendar? Yo derrocho cuanto me dan, porque tengo mil manos para hacerlo. ¿Cómo le voy yo a llamar a esto una ofrenda? Y cuando pedí miel, lo que pedía era un cebo, ese dulce y dorado almibar que codician los osos gruñones y los pájaros raros y huidizos; pedía el mejor de los cebos, el que precisan los cazadores y los pescadores. Porque si el mundo es como un bosque sombrío poblado de animales, un coto que haría las delicias de todo cazador furtivo; a mí me parece que se asemeja más a un mar abundante e insondable, un mar lleno de peces multicolores y de cangrejos capaces de lograr que hasta incluso los dioses deseen convertirse en pescadores y echar las redes. ¡Así es de rico el mundo en prodigios grandes y pequeños!; y, sobre todo el mundo de los hombres, el mar de los hombres. A él arrojo ahora mi anzuelo de oro, diciendo: "¡Abrete, abismo del hombre! ¡Abrete y entrégame tus peces y tus relucientes cangrejos! Con el mejor de mis cebos voy a pescar para mí los más admirables ejemplares de peces humanos. Incluso mi felicidad lanzo a lo lejos, a todas las latitudes y lontananzas, entre el oriente, el mediodía y el poniente, para ver si hay muchos peces humanos que aprenden a morder el cebo y a quedar colgados de mi felicidad. Hasta que, víctimas de mi anzuelo afilado y oculto, tengan que ascender hasta mi altura los mejores gobios de las profundidades, hasta el más perverso de los pescadores de hombres. Porque esto es lo que soy desde el principio y desde mi origen: una fuerza que tira y que arrastra, que levanta y que eleva; un tirador que cría y que corrige; pues no en vano se dijo en otro tiempo: "¡Llega a ser el que eres!" Que suban, pues, ahora los hombres hasta mí; que yo sigo esperando los signos que me indiquen que ha llegado la hora de mi descenso, y todavía no me hundo en mi ocaso bajando hasta los hombres, como debo de hacer. Eso es lo que estoy aguardando aquí en las altas cimas, entre asunto y burlón, ni impaciente ni paciente, sino más bien como alguien que no sabe ya lo que es la paciencia, porque ya no padece. Es cierto que mi destino me concede tiempo. ¿Se habrá olvidado de mí? ¿O estará cazando moscas a la sombra de un enorme pedrusco? A decir verdad, he de agradecer a mi destino que no me hostigue ni me empuje; y que, al contrario, me deje tiempo para bromas y maldades. Por eso he podido subir hoy a esta montaña a coger peces. ¿Ha habido alguien que haya pescado peces en lo alto de un monte? Pero aunque sea una locura lo que pretendo hacer en esta cumbre, más vale esta locura que ponerme solemne, allá en el azul y verde, y amarillo, a causa de esperar, lleno de ira, a fuerza de esperar resoplando como una santa tempestad que desciende rugiendo de los montes, o como un impaciente que le gritara a los valles: "¡Escuchadme o tendré que fustigaros con el azote de Dios!" No quiere ello decir que me enojen esos iracundos. ¡Me hacen reír mucho! Comprendo que esos grandes tambores que retumban se muestren impacientes, porque o hablan hoy o no hablarán ya nunca. Pero mi destino y yo no nos dirigimos ni al hoy, ni al nunca. tenemos paciencia para hablar; tenemos tiempo, mucho tiempo. Nuestro gran milenio, es decir, nuestro gran y lejano reino del hombre, el reino de Zaratrusta, tendrá que venir un día, y no podrá pasar de largo. ¿Qué me importa que ese futuro esté lejos aún? No por eso es para mí menos sólido. Lleno de confianza, me asiento con mis dos pies en este fundamento, en esta base eterna, en estas duras y primitivas rocas, en estos bosques primigenios, los más altos y rectos, a los que acuden los vientos todos como a una divisoria meteorológica, preguntando por el dónde, el de dónde y el hacia dónde. ¡Ríete, ríete, santa y luminosa sabiduría! ¡Lanza desde lo alto de estos montes tu risotada centelleante de burla! ¡Atráeme con el anzuelo de tu centelleo los peces humanos más hermosos! Y péscame todo lo que en los mares me pertenece, todo lo que en las cosas hay de mí y lo que hay en mí de todas las cosas; tráelo hasta mí; eso es lo que aguarda el más maligno de todos los pescadores que soy yo. ¡Lejos, lejos, anzuelo mío! ¡Desciende hasta el fondo, cebo de mi felicidad! ¡Que gotee sobre mí tu más dulce rocío, miel de mi corazón! ¡Muerde, anzuelo mío, muere en el vientre de toda tenebrosa tribulación! ¡Lejos, lejos, ojos míos! ¡Cuántos mares me circundan, y cuántos futuros humanos se elevan con la aurora! Y sobre mi cabeza, ¡qué silencio rosado, qué silencio sin nubes!"

El grito de socorro

Al día siguiente estaba Zaratrusta otra vez sentado en su piedra, delante de la cueva, mientras sus animales vagaban por el mundo, en busca de más alimentos y de más miel, pues Zaratrusta había gastado y derrochado hasta la última gota de la que tenía. Estando allí sentado se puso a seguir con un palo que llevaba en la mano la silueta de la sombra que su cuerpo proyectaba en el suelo, mientras que reflexionaba, y no precisamente sobre su sombra ni sobre él. De pronto, se estremeció de un sobresalto, porque había visto otra sombra al lado de la suya. Giró sobre sí mismo y se levantó rápidamente, viendo ante sí a aquel mismo adivino que un día había sentado a su mesa, el que anunciaba el gran cansancio y predicaba que todo da igual, que nada vale la pena, que el mundo carece de sentido, y que el saber ahoga. Sin embargo, su rostro había cambiado desde entonces; y cuando Zaratrusta le miró a la cara, se aterrorizó en su corazón, porque su faz aparecía surcada de funestos presagios y de lúgubres rayos. Al darse cuenta el adivino de qué era lo que agitaba el alma de Zaratrusta, se pasó la mano por la cara, como intentando borrar lo que en ella se transucía. Zaratrusta hizo lo mismo. Cuando ambos se hubieron tranquilizado, cobraron ánimos y se dieron la mano en muestra de reconccimiento mutuo. Y Zaratrusta habló así: "Sé bienvenido, adivino del gran cansancio; no en vano fuiste un día mi huésped y mi comensal. Hoy puedes también comer y beber conmigo; y perdona que un viejo alegre se siente contigo a la mesa". A lo que contestó el adivino, moviendo la cabeza: "¿Un viejo alegre? Quienquiera que seas o que pretendas ser, Zaratrusta, ya lo has sido aquí arriba. Dentro de poco tu barca no estará ya varada." ¿Es que estoy varado? -preguntó Zaratrusta, riendo-. Y dijo el adivino: "Las olas que rodean tu montaña, subiendo sin parar, las olas de la inmensa necesidad y de la gran tribulación, no tardarán en levantar tu barca y arrastrarte con ella". Callóse Zaratrusta y se quedó maravillado. "¿No oyes nada aún? -continuó el adivino-. ¿No percibes el rumor y el bramido que suben del abismo?" Zaratrusta siguió callado, tratando de escuchar. Oyó entonces un grito prolongado, que los abismos se arrojaban entre sí, devolviéndoselo, pues ninguno quería retenerlo, a causa de lo lúgubre que era su sonido. "Agorero siniestro -dijo al fin Zaratrusta-, ¡eso es un grito de angustia, un grito de socorro de un hombre, que procede sin duda de algún siniestro mar! Pero ¿qué me importa a mí la angustia de los hombres? ¿Tú sabes cómo se llama el último pecado que me está reservado?" "Se llama compasión -contestó el adivino, con el corazón rebosante y alzando las manos. Yo vengo, Zaratrusta, para hacer que cometas tu último pecado." Dicho esto, volvió a resonar aquel grito de un modo más prolongado y angustioso que antes, y ya mucho más cerca. "¿Has oído, has oído, Zaratrusta? -exclamó el adivino-. Este grito va dirigido a ti; es a ti a quien le dice: ¡Ven, ven, ven! ¡Es el momento, ha llegado la hora!" Zaratrusta callaba, turbado y conmovido, hasta que al fin preguntó, como quien abriga una duda en su interior: "¿Quien me llama ahí

abajo?" "Bien lo sabes -replicó el adivino, con viveza-. ¿Por qué te escondes? ¿Te llama el hombre superior!" "¿El hombre superior! -exclamó Zaratrusta, lleno de terror-. ¿Y qué quiere? ¿Que pretende ese hombre superior?" Y su piel se cubrió de sudor. El adivino no reaccionó a la angustia de Zaratrusta; se quedó escuchando inclinado sobre el abismo. Mas como el silencio se prolongaba demasiado, se volvió y encontró a Zaratrusta de pie y temblando de espanto. "Zatrusta -empezó a decir con triste acento-, no parece que vayas a ponerte a saltar de alegría. Vas a tener que bailar para no caerte al suelo, mas aunque trates de hacerlo, exhibiendo ante mí todas tus piruetas, nadie podrá decir que ésa es la danza del último hombre alegre. Quien busque aquí a ese hombre habrá escalado en vano hasta estas alturas: encontrará cuevas y más cuevas, escondites para gente que quiere ocultarse, pero no manantiales de alegría, ni tesoros, ni vírgenes vetas del oro de la dicha. ¿Cómo iba a encontrar la dicha entre seres que yacen sepultados, y entre estos eremitas? ¿Habré de ir a buscar mi última felicidad a las islas afortunadas, allá en la lejanía, a través de mares olvidados? ¿Pero todo da igual, nada vale la pena, es inútil buscar! Ya ni siquiera hay islas afortunadas. Así habló el adivino entre suspiros. Pero al oír el último de ellos, Zaratrusta recobró su lucidez y su serenidad, como quien vuelve a la luz tras haber descendido a un abismo profundo. "¡No, no, y mil veces no! -exclamó Zaratrusta fuertemente, mesándose la barba-. ¡De eso sé yo más que tú! ¡Todavía hay islas afortunadas! ¡No hables más de eso, llorón, cúmulo de tristezas! ¡Deja de enfangarte en eso, nubarrón mañanero! ¿No ves que me has mojado con tu tribulación, y que estoy empapado como un perro? Ahora me voy a sacudir, lejos de ti, y volveré a estar seco. ¿Que no te parezco cortés? Pues no te asombres, que mi corte está aquí. Y respecto a tu hombre superior, ¡muy bien!, voy corriendo a buscarle por los bosques aquellos. De allí partió su grito. Quizá se vea acosado por alguna alimaña. Se encuentra en mis dominios, y no ha de sufrir daño. A decir verdad, hay muchas alimañas en mis dominios." Dicho esto, Zaratrusta, se dispuso a partir, mas antes le dijo el adivino: "Eres un tunante, Zaratrusta. Sé que quieres librarte ya de mí. Prefieres descender a los bosques a acechar alimañas. Mas ¿de qué va a servirte? Cuando caiga la noche me encontrarás de nuevo. Estaré sentado junto a tu propia cueva, tan paciente y pesado como un tronco, aguardándote." "Que así sea -respondió Zaratrusta, marchándose ya-. Todo lo que tengo en mi cueva, tuyo es también, puesto que eres mi huésped. Si aún encuentras miel en ella,, puedes lamerla toda, y endulza así tu alma, oso gruñón. Esta noche estaremos muy contentos los dos, felices y satisfechos de que haya acabado esta jornada. Hasta has de ponerte a bailar al son de mis canciones, como si fueras mi oso amaestrado. ¿No lo crees? ¿Te pones a dudar con la cabeza? ¡Muy bien, viejo oso! ¡Yo también soy un adivino!" Así habló Zaratrusta.

Coloquio con los reyes

1

No había pasado una hora desde que Zaratrusta se internara por sus montañas y por sus bosques, cuando se encontró de pronto con una singular caravana. Por el mismo camino por el que iba venían dos reyes, ataviados con coronas y con cintos purpúreos, con tantos colorines que parecían flamencos. Delante de ellos iba un asno muy cargado. "¿Qué andarán buscando por mis dominios?", -se preguntó Zaratrusta, asombrado, escondiéndose al punto tras unos arbustos. Cuando estaban los reyes cerca a él, añadió a media voz, como si hablara consigo mismo: "¿Qué raro! ¿Como puede ser que vayan dos reyes nada más que con un asno?" Entonces los dos reyes se detuvieron y miraron hacia el sitio de donde había salido la voz; luego intercambiaron una mirada. "Entre nosotros -dijo el de la derecha-, esas cosas se piensan, pero no se dicen. "El rey de la izquierda se encogió de hombros y señaló: "Debe ser algún cabrero o algún eremita que habrá estado viviendo durante mucho tiempo entre rocas y árboles; pues la falta de relaciones sociales hace que se terminen perdiendo las buenas formas." ¡Las buenas formas! -replicó el otro rey, entre enfadado y amargado-. ¿De qué venimos huyendo nosotros, sino es de las buenas formas y de nuestra buena sociedad? Más vale, ciertamente, vivir entre eremitas y cabreros que al lado de esa chusma nuestra, dorada, falsa y maquillada, que se considera a sí misma buena sociedad y nobleza. En ella todo es falso y podrido, empezando por la sangre, por culpa de antiguas y malignas enfermedades, y de curanderos peores aún. Hoy por hoy, considero que es mejor, y yo lo prefiero, el campesino sano, tosco, tenaz, y terco; ésa es hoy la estirpe más noble. En la actualidad, no hay nadie mejor que el campesino; su forma de ser debiera servir a todos de modelo; pero hoy quien impera es la chusma, no nos engañemos; y chusma equivale a mescolanza. En la mescolanza plebeya hay de todo: santos y pillos, hidalgos y judíos, y todos los animales del arca de Noé. ¡Las buenas formas! Entre nosotros todo es falsedad y podredumbre; nada parece digno de respeto, de eso precisamente venimos escapando. Son perros zalameros y pegajosos, que no hacen otra cosa más que dorar la píldora. No hay cosa que más asco me dé que el ver que hasta los reyes nos hemos vuelto falsos, tapándonos y disfrazándonos con el viejo y amarillento fausto de nuestros antepasados. Nos hemos convertido en maniquies para los más tontos y los más despabilados, y para todos los que hoy especulan con el poder. Ya no somos los primeros, pero tenemos que aparentar que lo somos. Al final nos hemos hartado y asqueado de tanta superchería. Hemos escapado de la chusma, de toda esa gente vocinglera y chupatintas, del mal olor de los tenderos, de los afanes impotentes de los ambiciosos, del aliento pestilente. ¡Qué asco de vivir entre la chusma! ¡Qué asco de pasar por ser los primeros en medio de la chusma! ¡Qué asco, qué asco, qué asco! ¿Qué importancia tenemos ya los reyes?" Al llegar aquí, intervino el rey de la izquierda: "Vuelve a aquejarte tu antigua enfermedad; ese asco que te acosa, ¡pobre hermano! Pero ten en cuenta que nos está oyendo alguien." Al momento, Zaratrusta, que había sido todo ojos y oídos durante este diálogo, salió de su escondite, se acercó a los reyes y dijo: "Quien os escuchaba, complacido por cierto, se llama Zaratrusta. Soy Zaratrusta, aquel que dijo un día: "¿Qué importancia tienen ya los reyes?" Perdonad, pues, que me haya alegrado cuando os he oído decir: "¿Qué importancia tenemos ya los reyes?" Estáis en mi reino y en mis dominios. ¿Qué venís a buscar aquí? Aunque tal vez os habéis topado en vuestro camino con quien yo ando buscando: el hombre superior." Al oírle, los reyes se golpearon el pecho y se dijeron a una: "¡Nos ha reconocido! Con el agudo acero de tus palabras, Zaratrusta, nos has desgarrado la espesísima oscuridad de nuestro corazón; dejando nuestra angustia al descubierto. Precisamente vamos buscando al hombre superior, al hombre que sea superior a todos, incluso a nosotros, aunque seamos reyes. Este asno que traemos es para él. Pues el hombre más excelso, el superior a todos, debe ser también el señor supremo de esta tierra. No hay una calamidad mayor en todo destino humano que el hecho de que los poderosos de la tierra no sean a la vez los hombres primeros y mejores. Entonces todo se hace falso, torcido y monstruoso. Y cuando, lo que es peor, resulta que son los últimos, y más animales que los hombres, entonces la chusma sube de categoría, y la virtud de la plebe termina diciendo: "¡Yo y sólo yo soy la única virtud!" "¿Qué dices -exclamó Zaratrusta-? ¡Cuánta sabiduría en unos reyes! Estoy estusiasmado, y me dan ganas de componer unos versos sobre esto, aunque no suenen bien a todos los oídos. Hace mucho que dejé de ser considerado con los que tienen las orejas largas. ¡Vamos allá! (En aquel mometo, el asno terció en la conversación rebuznando como si asintiera, lo que produjo un efecto cómico).

Cierto día, quizá en el año uno
exclamó la sibila, embriagada, aunque no de vino:
"¡Qué mal va todo, ay!
¡Ruina, ruina! Nunca el mundo había caído tan bajo.
¡Roma se ha convertido en ramera y ha bajado al burdel!
¡El Cesar de Roma se ha degradado en bestia,
y hasta el mismo Dios se ha tornado judío!

2

Los reyes festejaron mucho estos versos de Zaratrusta; y el de la derecha le dijo: "¡Qué bien hemos hecho Zaratrusta, al venir a verte!; porque tus enemigos nos habían mostrado tu imagen en su espejo, y en él aparecía como un demonio de sarcástica risa, hasta el punto que llegaste a darnos miedo. Pero ¿qué más da? Tú ibas entrando una y otra vez con tus máximas en nuestros oídos y en nuestros corazones, hasta que terminamos diciéndolo: "¿Qué importa el aspecto que tenga? hemos de oír directamente a quien enseña que debemos amar la paz como un medio para nuevas guerras, y que una paz breve es mejor que una larga. Nadie dijo nunca nada más belicoso que esto: "¿Qué es lo bueno? ¿Ser valiente es bueno! la guerra santifica todas las cosas." Oyendo estas palabras, Zaratrusta, la sangre de nuestros antepasados hervía en nuestras venas; era como cuando resuena la voz de la primavera en viejos toneles de vino. Cuando, cual serpientes teñidas del rojo de la sangre, se entrecruzaban las espadas, nuestros antepasados amaban la vida; el sol de la paz les parecía tibio y poco ardiente; y la paz duradera les causaba sonrojo. ¡Cómo suspiraban nuestros antepasados cuando veían colgando de los muros las espadas brillantes, pero inútiles! Al igual que esas espadas, estaban sedientos de guerra; pues una espada quiere beber sangre, y su ardiente deseo la hace relucir." Mientras los reyes hablaban con tanto ardor de la felicidad de sus antepasados, a Zaratrusta le entraron ganas de burlarse de su fogosidad; pues aquellos reyes que tenía delante eran muy pacíficos y sus semblantes resultaban envejecidos y delicados. Contúvose, no obstante, y señaló: "¡Id por este camino! Allí arriba está la cueva de Zaratrusta; y a este día le debe seguir una larga velada, pero ahora tengo que dejáros, pues un grito de socorro me aleja de vosotros. Mi cueva se verá honrada si unos reyes entran en ella y me esperan allí; mas tengo que advertiros que habréis de esperarme un largo rato. Y ¡bueno!, ¿qué más da? ¿No es en las cortes donde hoy se aprende mejor a esperar? ¿Y no es saber esperar la única virtud que hoy les queda a los reyes?" Así habló Zaratrusta.

La sanguijuela

Continuó Zaratrusta pensativo su camino, descendiendo siempre, atravesando bosques y orillando pantanos; pero, como le sucede al que reflexiona sobre temas difíciles, tropezó distraídamente con un hombre. Un grito de dolor, dos maldiciones y veinte insultos graves saltáronle a la cara de improviso. Tanto se asustó Zaratrusta que alzó su bastón para golpear al mismo al que acababa de pisar. Pero al momento recobró su flema, y su corazón se echó a reír de la torpeza que había cometido. "Perdóname -dijo el hombre a quien había pisado, el cual, tras alzarse colérico, se había vuelto a sentar-; perdóname, y escucha primero una parábola. A nosotros nos ha sucedido como a un caminante que, por ir soñando con cosas remotas, tropieza sin darse cuenta con un perro que dormita al sol en medio de un sendero, y ambos se llevan un susto de muerte, y se acometen. Y sin embargo, ¿qué poco ha faltado para que ese perro y ese caminante solitario se prodiguen caricias mutuamente!; pues ¿no son ambos dos grandes solitarios?" "Quienquiera que seas -contestó enojado aquel a quien había pisado Zaratrusta-, no sólo me pisas con el pie sino también con tus palabras. Fíjate en mí, y dime si es que soy un perro." Y dicho esto, se puso en pie y sacó su brazo desnudo del pantano, pues hasta ese momento había estado completamente tumbado en el suelo, oculto y camuflado, como quien está acechando caza a orillas de un pantano. "¿Qué haces? -exclamó Zaratrusta asustándose al ver correr mucha sangre por aquel brazo desnudo-. ¿Qué te ha pasado? ¿Te ha mordido alguna alimaña, desgraciado?" El que sangraba soltó una risa sarcástica y exclamó, enojado aún, tratando de continuar su camino: "¿A ti qué te importa? Esta es mi casa y estos mis dominios. ¿Crees que estoy dispuesto a contestarle a cualquier majadero?" "Te equivocas, te equivocas, -contestó Zaratrusta, compadeciéndose de él mientras lo retenía-. Estos no son tus dominios, sino los míos; y aquí no puede pasarle nada malo a nadie. Llámame como gustes; soy el que tengo que ser. Me llamo Zaratrusta, compadeciéndose de él mientras lo retenía-. Estos no son tus dominios, sino los míos; y aquí no puede pasarle nada malo a nadie. Llámame como gustes; soy el que tengo que ser. Me llamo Zaratrusta. ¡Vamos! Un poco más arriba se encuentra el camino que conduce a mi cueva; no está muy lejos. ¿No quieres venir allí a que te cure tus heridas? No has tenido suerte en este mundo, desdichado: primero te ha mordido una fiera y ahora te ha pisado un hombre." No obstante, cuando el individuo al que había pisado oyó el nombre de Zaratrusta, cambió de actitud. "¿Qué me sucede? -exclamó-. ¿Qué otra cosa me importa en esta vida que ese hombre singular llamado Zaratrusta, y ese otro animal que vive de la sangre, y que es la sanguijuela? Por las sanguijuelas estaba yo tumbado ahí, al borde del pantano, igual que un pescador, y en mi brazo extendido me habían mordido ya diez veces cuando una sanguijuela más bella todavía se había puesto a chuparme la sangre: ¡el propio Zaratrusta! ¡Qué dicha! ¡Qué milagro! ¡Bendito sea el día que me ha traído a este pantano! ¡Bendita sea esa gran sanguijuela de las conciencias, que es Zaratrusta!" Así habló el individuo aquel al que había pisado, y Zaratrusta se alegraba al oír sus palabras y ver sus nobles y respetuosos modales. "¿Quién eres? -le preguntó, mientras le tendía la mano-. Hay mucho que aclarar y que poner en orden entre nosotros dos; pero creo que ya despunta el día, un día transparente y muy claro." "Soy el concienzudo del espíritu -replicó al que le había preguntado-, y es difícil encontrar a alguien que, en los asuntos del espíritu, se comporte de un modo más riguroso, severo y duro que yo, excepto aquel de quien yo he aprendido: el propio Zaratrusta. Más vale no saber nada que saber muchas cosas a medias; más vale incluso ser un necio a la manera de uno mismo que un sabio en opinión de la gente. Yo voy al fondo de las cosas; ¿qué importa ser pequeño o grande; llamarse pantano o cielo? Me contento con un pedazo de tierra de un palmo de extensión, con tal que sea verdaderamente fondo y suelo. Para sostenerse en pie, basta un palmo de fondo. Nada hay grande o pequeño en el saber auténticamente concienzudo." "Te dedicas entonces a conocer a la sanguijuela -preguntó Zaratrusta-. Tú, que eres tan concienzudo, ¿la estudias hasta sus causas más profundas?" "Pero, Zaratrusta -prosiguió el otro-, ¡eso sería una empresa descomunal! ¿Cómo iba yo a poder atreverme a eso? Lo que yo conozco a fondo es el cerebro de la sanguijuela. Ese es mi mundo. ¡Y eso es también un mundo! Pero perdona que exteriorice aquí mi orgullo, pues en este campo no hay quien me iguale. Por eso dije antes que estos eran mis dominios. ¡Cuánto tiempo hace que no investigo otra cosa que el cerebro de las sanguijuelas, para que no se me escape

la escurridiza verdad! ¡Estos son mis dominios! Por ello he prescindido de todo lo demás; por ello todo lo demás me es indiferente; y al lado de mi ciencia, habita mi negra ignorancia. Mi conciencia del espíritu me exige que no sepa más que una sola cosa, y que ignore todo lo demás: ¡me asquean todas las medias tintas del espíritu, y todos los que tienen un espíritu nebuloso, flotante y soñador! Donde acaba mi honestidad empieza mi ceguera, y yo quiero esa ceguera. Pero donde deseo saber quiero también ser honrado, esto es, duro y severo, riguroso, cruel, implacable. Aquello que dijiste un día, Zaratrusta: "El espíritu es la vida que se saja a sí misma", me trajo a tu doctrina. Y ciertamente, yo he aumentado mi ciencia a costa de mi propia sangre". "¡No hay más que verlo! -intervino Zaratrusta, pues aún seguía corriendo la sangre por el brazo, desnudo del concienzudo del espíritu, al que se había agarrado diez sanguijuelas. ¡Cuántas enseñanzas encierra esta evidencia, que eres tú mismo, singular compañero! Pero quizá no deba verterlas todas en tus rigurosos oídos. ¡Bien! Separémonos al punto; aunque me agradaría que nos volviéramos a encontrar. Por ahí sube el camino que llega hasta mi cueva. Esta noche serás bien venido como huésped mío. También querría reparar en tu cuerpo el pisotón que te he dado; lo tengo en cuenta. Pero ahora un grito de socorro me obliga a que te deje al momento." Así habló Zaratrusta.

El mago

1

Al dar la vuelta a un peñasco, se encontró Zaratrusta, no lejos de él y en su mismo camino, con un hombre que estaba moviendo los brazos y los pies como si fuera presa de un rapto de locura, hasta que terminó desplomándose en el suelo. "¡Alto! -se dijo Zaratrusta-. Este debe ser el hombre superior que lanzó aquel siniestro grito de socorro. Veré si puedo ayudarle." Pero al llegar al sitio donde estaba el hombre tendido descubrió que se trataba de un viejo que temblaba y que tenía los ojos como ausentes; y por mucho que se esforzó en levantarlo y en ponerlo en pie, no lo consiguió. El desgraciado no parecía darse cuenta ni siquiera de que había alguien a su lado; seguía, por el contrario, con los ojos extraviados y haciendo gestos conmovedores, como si se encontrara desamparado y abandonado por todos. Por fin, tras muchos temblores, estremecimientos y contorsiones, empezó a lamentarse de este modo:

¿Quién me calienta y me ama todavía?
¡Dadme manos calientes!
¡Dadme corazones ardientes!
Tendido, temblando de terror,
como un moribundo al que le calientan los pies
consumido, ay, por fiebres desconocidas,
temblando ante los puntiagudos y helados dardos del escalofrío,
acosado por ti, pensamiento;
innombrable, velado, espantoso
tú, cazador al acecho más allá de las nubes;
fulminado por ti,
ojo burlón, que me observa desde las tinieblas:
aquí me hallo tendido, retorciéndome,
torturado por suplicios eternos;
herido por ti, el más cruel cazador,
por ti, ¡oh dios desconocido!
¡Hierde más hondo! ¡Hiérreme otra vez!
Traspasa y destroza este corazón.
¿Por qué me torturas con flechas despuntadas?
¿Por qué me miras, sin conmoverte ante el dolor humano,
con unos ojos crueles como rayos divinos?
¿Es que no quieres matarme, sino sólo torturarme sin tregua?
¿Cómo te acercas sigiloso en esta medianoche!
¿Qué deseas? ¡Habla!
Me acosas y me oprimes;
pero ya es demasiado, ¡fuera! ¡fuera!
Me escuchas respirar,
espías mi corazón.
Estás celoso. ¿De qué tienes tú celos?
¡Aparta, aparta! ¿Para qué es esta escala?
¿Pretendes penetrar en mi corazón,
penetrar en mis pensamientos más íntimos?
¿Desvegonzado, ladrón, desconocido!
¿Qué quieres arrancarme con torturas?
¡Oh tú, torturador; tú, dios-verdugo!
¿Es que me he de arrastrar ante ti como un perro,
y, ebrio de entusiasmo, enajenado
mover la cola dócil, manifestando amor?
¡Es inútil! ¡Sígueme pinchando, cruelísimo aguijón!
No soy un perro, tan sólo tu presa,
cazador, el más cruel cazador,
tan cautivo allanero,
salteador escondido más allá de las nubes.
¡Habla ya de una vez! ¿Qué pretendes de mí?
¡Salteador de caminos, oculto por el rayo,
desconocido, habla!
¿Qué pretendes, mi dios desconocido?
¡Pero cómo!, ¿Un rescate?
¿A cuánto asciende el mismo?
¡Pide mucho, mi orgullo te lo advierte!
¡Y di pocas palabras, así te lo aconseja mi otro orgullo!
Pero ¿es a mí a quien quieres; me quieres por entero?
¿Y me torturas, necio?
¿torturas tú mi orgullo?

¡Dame amor! ¿Quién me calienta aún?
 ¿Quién me sigue queriendo? ¡Dame manos calientes!
 ¡Dame corazones ardientes!
 A mí, el más solitario,
 al que el hielo más hondo hace que ansie tener hasta enemigos.
 ¡Date, sí, entrégate, enemigo,
 date a ti mismo a mí!
 ¡Huyó! ¡También él se ha marchado!
 ¡mi único y último enemigo,
 mi mayor enemigo, mi gran desconocido,
 mi dios-verdugo!
 ¡No! ¡Vuelve, vuelve de nuevo con todos tus tormentos!
 ¡Vuelve al lado del último de todos los solitarios!
 ¡El torrente completo de mis lágrimas se dirige hacia ti!
 ¡Y la lágrima última de mi corazón para ti se alza!
 ¡Vuelve, mi dios desconocido, mi dolor, mi ventura postrera!

2

Al llegar aquí, Zaratrusta, no pudiendo contenerse más alzó su bastón y empezó a descargarlo con todas sus fuerzas sobre el que así se lamentaba. "Cállate! -gritaba con iracundas voces-. ¡Cállate, histrión, embaucador, embustero de nacimiento, te conozco muy bien, impostor! ¡Voy a calentarte las piernas, hechizero siniestro! ¡Sé muy bien cómo hay que hacer entrar en calor a los que son como tú!" "¡Para ya, Zaratrusta! -exclamó el viejo levantándose rápidamente-. ¡No me pegues más! ¡Se trata tan solo de una broma! Todo esto forma parte de mi arte. Estaba queriendo ponerte a prueba con todas estas manifestaciones mías; pero ya veo que has captado perfectamente mis intenciones. Tú también me has dado una prueba de ti, y no pequeña, por cierto. ¡Eres duro, Zaratrusta! Pegas fuerte con tus verdades: tu bastón de nudos me hace confesar esta verdad." ¡No me adules, farsante -contestó Zaratrusta, muy enfadado aún y con aire ceñudo-. ¿Cómo te atreves a hablar de la verdad con lo falso que eres? Tú eres más fauto que un pavo real, eres un océano de vanidad; ¿qué farsa estabas representado, hechicero siniestro? ¿En quién tenía que pensar al ver cómo te lamentabas?" Estaba representado el papel de penitente del espíritu -contestó el viejo-. Tú fuiste el que inventaste esta expresión en cierta ocasión, para referirte al poeta, al mago que termina dirigiendo su espíritu contra sí mismo, al que se ha transformado en hielo por obra de su mala ciencia y de su mala conciencia. Y reconoce que has tardado mucho, Zaratrusta, en descubrir mi farsa y mi mentira. Creíste ciertamente en mi desgracia cuando me cogiste la cabeza entre tus manos y te oí gemir: "¡Le han amado poco, le han amado poco!" Ha satisfecho intimamente mi maldad el hecho de haberte engañado hasta ese extremo. Podrías haber engañado a otros más perspicaces que yo -dijo Zaratrusta con acritud-. Yo no estoy en guardia contra los embusteros, pues mi destino me exige renunciar a la cautela. Pero tú tienes que engañar: te conozco lo suficiente para saberlo. Tus palabras han de tener siempre dos, tres, cuatro y hasta cinco sentidos. Eso mismo que acabas de confesar no considero que sea ni lo bastante verdadero ni lo bastante falso. ¿Qué otra cosa ibas a poder hacer, mala persona, embaucador? Si te hubieras de desnudar delante de un médico, maquillarías antes tu enfermedad. Igual has maquillado tu mentira cuando me has dicho que todo esto no ha sido más que una broma. Algo de seriedad había también en eso; en cierto modo, eres un penitente del espíritu. Te entiendo: has encantado a todo el mundo, pero no te ha quedado ni una mentira ni un ardid para ti. ¡Ante mí no estás desencantado! Has cosechado el asco como tu única verdad. Todo lo que dices es mentira, pero tu boca es sincera; es decir, el asco que asoma a ella." "¿Quién te crees que eres? -exclamó entonces el anciano mago con altivez-. ¿Quién puede hablarme así, siendo como soy el más grande de los seres vivientes?" Y sus ojos brillaban de cólera mirando a Zaratrusta. Pero al punto cambió de expresión, y continuó un tanto sombrío: "¡Todo esto me harta, Zaratrusta; mis artes me asquean! Yo no soy grande. ¿Para qué engañarnos? Pero tú sabes que he ido en pos de la grandeza. He tratado de representar el papel de gran hombre, y he convencido a muchos de que lo era; pero esta farsa ha sido superior a mis fuerzas, y me he dado de bruces contra ella. En mí no hay más que falsedad, Zaratrusta: lo único cierto es que estoy destrozado". "Eso te honra -prosiguió Zaratrusta con tono triste apartando la mirada-; te honra el que hayas buscado la grandeza, pero también te delata. Tú no eres grande. Viejo y pérfido mago, lo mejor y más honrado que hay en ti, lo que me causa respeto, es que estés hastiado de ti mismo y que digas que no eres grande. Teniendo eso en cuenta, te honro como a un penitente del espíritu; y has sido veraz aunque no haya sido más que por un breve instante. Y ahora dime: ¿Qué buscas aquí en estos bosques y entre estos peñascos míos? ¿Qué prueba querías de mí; en qué querías tentarme, cuando te interpusiste en mi camino?" Así habló Zaratrusta, con los ojos brillantes. En esto se quedó un rato callado y luego dijo: "Zaratrusta, ando buscando a un hombre que sea sincero, recto, sencillo, incapaz de engañar, un dechado de honradez, un pozo de sabiduría, un santo del conocimiento, un gran hombre ¿No lo sabes, Zaratrusta? ¡A Zaratrusta es a quien ando buscando!" Se hizo entonces un largo silencio, durante el cual Zaratrusta se quedó ensimismado, hasta el extremo de cerrar los ojos. Luego se volvió hacia el mago, le tomó de la mano y le dijo con una mezcla de cortesía y de malicia: "¡Pues bien! Por ahí arriba pasa el camino que conduce a la cueva de Zaratrusta. Busca en ella a quien quieres hallar. Déjate aconsejar por mis animales: ellos te ayudarán en tu busca, pues mi cueva es muy amplia. A decir verdad, yo tampoco he visto nunca a un gran hombre. Hasta el ojo más sutil resulta hoy grosero para lo grande. La plebe es la que domina. He visto a tantos estirarse e hincharse, mientras la plebe gritaba: "¡Miradle, he aquí un gran hombre!" ¿Mas para qué vale un fuelle? Siempre acaban expulsando el aire. La rana que se empeña en hincharse en demasía termina reventando; y lo que sale entonces es aire. Siempre he pensado que pinchar el vientre de los que se hinchan constituye un entretenimiento honrado y razonable. ¡Tomad nota de esto, hijos míos! El presente pertenece a la plebe: ¿Quién sabe ya qué es lo pequeño y qué es lo grande? ¿Quién va a buscar hoy la grandeza con garantías de éxito? Sólo un loco: los locos realizan esa empresa. ¿Estas buscando grandes hombres, extraño loco? ¿Quién te ha inducido a ello? ¿Crees que es el momento apropiado? ¿Por qué me tientes, maligno buscador?" Así habló Zaratrusta, con el corazón reconfortado, y prosiguió su camino, riéndose para sus adentros.

El sin trabajo

Poco después de haberse desembarazado del mago se encontró Zaratrusta con otro hombre que estaba sentado a la vera del camino que él llevaba; se trataba de un hombre alto, vestido de negro, de rostro demacrado y falto de color. Su aspecto le impresionó desagradablemente a Zaratrusta. "¡Pobre de mí! -se dijo-. Esto es la aflicción embozada en persona. Ese rostro es típico de un sacerdote. ¿Qué querrá esta gente en mis

dominios? ¿Qué es esto? Acabo de desembarazarme de un mago y me vuelvo a topar con un nigromante, con un brujo que irá por ahí imponiendo las manos, como un tenebroso taumaturgo de la gracia de Dios, como un ungido difamador del mundo. ¿Que el diablo se lo lleve! Pero nunca aparece el diablo cuando se le necesita. Siempre llega tarde ese enano maldito y cojitranco." Así maldecía Zaratrusta para sus adentros, impacientándose mucho y pensando en la forma de pasar de largo sin reparar en aquel individuo vestido de negro. Pero no ocurrió así, pues en ese momento el que estaba sentado frente a él advirtió su presencia, y como aquel a quien le sale al encuentro una suerte inesperada, se puso de pie y se dirigió a Zaratrusta. "Quienquiera que seas, caminante -le dijo-, ayúdame, porque me he perdido y soy un anciano a quien le puede suceder cualquier desgracia. Estas tierras me son desconocidas y extrañas. He oído rugir a las fieras, y quien me hubiera podido ayudar ha desaparecido, ya no existe. Venía buscando al último hombre piadoso, a un ermitaño que en la soledad de su bosque no se había enterado de lo que todo el mundo sabe." "¿Y qué es lo que todo el mundo sabe? -preguntó Zaratrusta-. ¿Se trata de que ya nos sigue en vida ese antiguo Dios en el que todos creían?" "Tú lo has dicho -replicó el anciano con tristeza-. Y yo he estado al servicio de ese antiguo Dios hasta sus últimos instantes. Pero ahora estoy sin trabajo y sin patrón, aunque, a pesar de todo, no soy libre. He perdido la alegría, y no me queda más que contentarme con mis recuerdos. Por eso he subido a estas montañas, para celebrar por fin una fiesta, como cumple a un viejo papa y padre de la Iglesia, porque has de saber que yo soy el último papa; una fiesta conmemorativa, piadosa, un culto a Dios. Pero veo que también se ha muerto el más piadoso de todos los hombres, ese santo varón que daba gracias a Dios con cánticos y plegarias. Al llegar a su choza ya no le encontré: sólo oí a los lobos que aullaban por su muerte, porque todas las bestias le querían. Cuando ví aquello salí huyendo. ¿Había sido inútil para mí venir a estos montes y a estas montañas? Mi corazón decidió entonces buscar a otro hombre que es el más piadoso de los que no creen en Dios: ¡a Zaratrusta!" Así dijo el anciano, mirando fijamente al que tenía delante. Zaratrusta cogió de la mano al viejo papa y le estuvo observando un largo rato con admiración. "¿Qué mano más hermosa y afilada tienes; venerable anciano! Es la mano de quien no ha hecho otra cosa que repartir bendiciones. Esta mano está estrechando ahora la del que andas buscando: la de Zaratrusta. Soy Zaratrusta, el ateo, aquel que dijo: "¿Quién hay más ateo que yo, para que pueda aprovecharme de sus enseñanzas?" Así habló Zaratrusta, mientras con su mirada penetraba en los pensamientos y en las intenciones más íntimas del anciano papa. Al fin éste dijo: "Quién más le ha perdido ahora es el que antes más le amaba y poseía. ¿No soy yo el más sin dios de nosotros dos? Pero ¿a quién le puede alegrar eso?" "¿Tú le estuviste viendo hasta el último momento? -preguntó Zaratrusta, pensativo tras un largo y profundo silencio-. ¿Tú sabes cómo ha muerto? ¿Es verdad lo que dicen que le mató la compasión; que vio al hombre pendiente de la cruz y que no soportó que el amor por los hombres se convirtiera en su infierno y al final en su muerte?" Pero el anciano papa no respondió. Apartó los ojos con timidez, con una expresión dolorida y sombría, y tras mucho pensar, Zaratrusta fijó sus ojos en los del anciano y prosiguió: "Déjalo, ha desaparecido. Déjalo que se vaya. Y aunque te honra hablar bien de ese muerto, tú sabes como yo quién era y cuán extraños eran sus caminos." El anciano papa, que era tuerto, señaló, algo más animado: "A decir verdad, quiero decirte mientras se miran nuestros ojos, que, respecto a Dios, yo sé más que el propio Zaratrusta, lo cual no es de extrañar; le serví con amor durante muchos años; mi voluntad se acomodó siempre a la suya. Y un buen sirviente lo sabe todo de su señor, incluso muchas cosas que el propio señor se oculta a sí mismo. Era un Dios escondido, repleto de misterios. A decir verdad, sólo logró tener un hijo por métodos tortuosos. En la puerta de su fe se halla escrita la palabra "adulterio". Quien lo exalta como Dios del amor no sabe muy bien lo que es el amor. ¿Acaso ese Dios no quiso erigirse también en juez? Pues quien ama lo hace por encima de premios y castigos. De joven, ese Dios oriental se portó de un modo duro vengativo, y hasta creó un infierno, para delicia de sus favoritos. Pero acabó por hacerse viejo, débil y compasivo, pareciéndose más a un abuelo que a un padre; o, más exáctamente, a una abuela decrepita y acabada. Con la cara muy triste se sentaba al lado de la lumbre; quejándose de los débiles que tenía las piernas. Cansado del mundo y con la voluntad agotada, un día se ahogó en un exceso de compasión." Viejo papa -le interrumpió Zaratrusta-, ¿le viste con tus propios ojos? Así pudo suceder, pero también de otro modo: cuando mueren los dioses, lo hacen de muchas formas. Sea como sea, ya no existe. No era del agrado de mis ojos y ni de mis oídos. Es lo peor que puedo decir de él. A mí me gusta todo lo que tiene la mirada limpia y el hablar sincero. Pero eso -tú lo sabes, anciano sacerdote, tenía una forma de ser similar a la tuya, un estilo sacerdotal: era ambiguo, equívoco. Y también oscuro. ¿Cómo se enfadaba con nosotros, el muy soberbio, porque no le entendíamos! ¿Por qué no hablaba entonces de una forma más clara? Y si eran nuestros oídos los culpables, ¿por qué nos dió unos oídos tan apestosos? Si teníamos barro en los oídos, ¿quién los no puso? Demasiadas cosas hizo mal ese alfarero que no conocía bien su oficio. Pero fué un atentado contra el buen gusto el vengarse en sus cacharros y en sus criaturas, por el hecho de que le hubieran salido mal. También en la piedad hay buen gusto. Y ese buen gusto acabó por decir: ¡Fuera un Dios así! ¡Es preferible no tener ninguno! ¡Es preferible que cada cual se haga su destino con sus propios puños! ¡Vale más ser un loco, o, mejor, ser cada uno un dios!" "¿Qué dices -exclamó entonces el papa, que le escuchaba con atención-. A pesar de tu incredulidad, Zaratrusta, eres más piadoso de lo que crees. Tiene que haber algún dios en tu interior que te ha convertido a tu ateísmo. ¿No es tu propia piedad lo que no te deja seguir creyendo en Dios? Y tu escaso de honradez terminará arrastrándote mas allá del bien y del mal! ¡Mira lo que el destino te tenía reservado! Tus ojos, tus manos y tu boca están llamados a bendecir desde toda la eternidad. No se bendice tan solo con la mano. Aunque pretendas ser el más ateo, percibo en torno a ti un secreto perfume a incienso y a lentas bendiciones: un perfume que me causa gozo y al mismo tiempo me produce dolor. ¡Déjame que sea tu huésped, Zaratrusta, por una sola noche! No hay lugar en la tierra donde me sienta ahora más a gusto que a tu lado." "¡Amén, que así sea! -contestó Zaratrusta, sorprendido-. Por allí arriba está el camino que lleva a la cueva de Zaratrusta, me gustaría conducirte yo mismo, venerable anciano, porque me gustan los hombres piadosos; pero un grito de socorro me llama con urgencia, y me obliga a dejarte. Nadie debe sufrir mal alguno en mis dominios. Mi cueva es un puerto seguro; y nada me encantaría más que llevarte a tierra firme, y con pie firme, a todos cuantos están tristes. Pero ¿quién puede quitarte de encima tu melancolía? ¿Cuánto habría de esperar hasta que alguien viniera a resucitar a tu dios! Porque ese viejo Dios ya no existe y está bien muerto".

Así habló Zaratrusta.

El más feo de los hombres

Y Zaratrusta volvió a andar errante por montañas y bosques, mientras sus ojos buscaban sin cesar. Pero en ninguna parte consiguió ver lo que quería: a aquél tan angustiado que pedía socorro. Con todo, a lo largo del camino sentía que su corazón estaba pletórico de dicha y de gratitud. "¿Cuántas cosas buenas me ha deparado esta jornada -se decía-, para resarcirme de lo mal que empezó! ¿Qué interlocutores más singulares me he encontrado en mi camino! ¡Voy a masticar durante un largo rato sus palabras como si fueran buen

grano; mis dientes las desmenuzarán, las molerán y las volverán a moler, hasta que fluyan como leche en mi alma!" Pero al llegar a una revuelta del camino en la que había una roca, cambió de pronto el paisaje, y Zaratrusta entró en un reino de muerte. Gigantescas piedras rojizas y negras se alzaban por todas partes; no crecía ni una brizna de hierba, ni un árbol, ni se oía el canto de un pájaro. Se trataba de un valle que evitaban todos los animales, incluso los de rapiña. Sólo una especie de verduzcas serpientes de repelente aspecto acudían a morir allí cuando se hacían viejas: ésta era la razón de que los pastores llamaran a ese valle la Muerte de la Serpiente. Zaratrusta se sumió en un lóbrego recuerdo, pues le pareció que ya había estado antes en aquel valle. Le oprimían a su espíritu cosas tan pesadas que su andar se fué haciendo más lento, hasta que acabó parándose. Abrió entonces los ojos y vió sentada a la vera del camino una figura con aspecto de hombre, pero que apenas lo parecía: se trataba de algo que no podía expresarse con exactitud. Zaratrusta se sintió de pronto avergonzado por haber visto algo así. Ruborizado hasta la raíz de sus blancos cabellos, apartó la mirada y echó de nuevo a andar, dispuesto a dejar atrás aquel lúgubre paraje. Mas de pronto se produjo un sonido en aquel tético desierto. Del suelo empezó ascender una especie de gorgoteo, semejante al que ocasiona el agua de noche cuando trata de pasar por una tubería medio atrancada. A fin surgió de allí una voz humana y unas palabras humanas que dijeron: "¡Zaratrusta, Zaratrusta, descifre mi enigma! ¡Dime cuál es la venganza contra el testigo! Te aconsejo que te vuelvas atrás, pues el camino está cubierto de deslizante hielo. ¡Ten cuidado, procura que tu orgullo no se rompa aquí las piernas! Ya que te consideras sabio, descifra el enigma, engreído Zartrusta, tú que eres capaz de cascar hasta la nuez más dura. ¡Adivina el enigma que soy! ¡Dime quién soy!" ¿Qué creéis que le pasó al alma de Zaratrusta cuando oyó estas palabras? Le embargó la compasión y se desplomó de golpe, como una encina que, después de haber ofrecido resistencia a las hachas de muchos leñadores, cae de pronto pesada ante el susto de los que trataban de abatirla. Mas inmediatamente se volvió a levantar, y su cara adquirió una dura expresión. "Sé perfectamente quien eres -dijo con voz metálica-. ¡Eres el asesino de Dios! ¡Déjame que me vaya! No soportabas al que te miraba, al que te estaba constantemente mirando y por entero a ti, que eres el más feo de los hombres. ¡Y te vengaste de semejante destino!" Así habló Zaratrusta, y trató de irse de allí. Pero aquel individuo indescriptible le agarró por el borde de la ropa y empezó a gimotear otra vez, tratando de hablar. "¡Quédate -dijo al fin-; no pases de largo! ¡Has adivinado cual ha sido el hacha que te ha derribado! Afortunadamente, ya estas de pie otra vez, Zaratrusta. Se que has adivinado lo que siente en su alma quien ha matado a Dios, quien le ha asesinado. ¡No te vayas; sientate a mi lado, que no te arrepentiras! ¿A quien voy a acudir más que a ti? ¡No te vayas, siéntate! Y no me mires así: respeta mi fealdad. Me persiguen, y ahora tú eres mi último refugio. No es que me persigan con su odio y con sus esbirros, pues en tal caso me burlaría de su persecución y me sentiría orgulloso y feliz. ¿No han sido bienaventurados hasta los más perseguidos? Y quien bien persigue aprende fácilmente a seguir, porque marcha detrás. Pero de lo que huyo es de su compasión. Contra ella trato de refugiarme a tu lado. ¡Ampárame, Zaratrusta, que tú eres mi último refugio, el único que ha adivinado quien soy! ¡Has adivinado lo que siente el que le mató! No te vayas, pero si te quieres ir, no cojas la senda por la que yo vine. Este camino es malo. ¿Te has enojado conmigo porque no hago más que destrozar las palabras y chapurrearlas? ¿O es porque te aconsejo? Pues has de saber que yo, que soy el más feo de los hombres, tengo también los pies más grandes y más pesados. Por allí donde paso, echo a perder el camino. Todos los caminos que he hollado han quedado desiertos y estropeados. Pero te he reconocido, Zaratrusta, y muy bien por cierto; y ello porque has pasado sigiloso por mi lado y te has ruborizado. Cualquiera otro me habría tirado la limosna de su compasión, expresada en miradas y palabras; pero yo no soy lo bastante mendigo para eso. Tú lo has adivinado. Para eso soy demasiado rico en cosas grandes y formidables, en las más feas e indecibles. ¡Tu vergüenza me honra, Zaratrusta! Trabajo me ha costado escapar de ese enjambre de compasivos, hasta llegar al único que enseña lo inoportuna que es la compasión. Ese eres tú, Zaratrusta. la compasión constituye una afrenta a la vergüenza, ya venga de un dios o de los hombres. Y el negarse a ayudar puede ser más noble que esa virtud que acude a ayudar con prontitud. Pero a la compasión la llaman hoy virtud las gentes mediocres. Los mediocres no respetan el gran infortunio, la gran fealdad, el gran fracaso. Mis ojos miran por encima de los mediocres, como miran los perros por encima de los lomos de las ovejas del rebaño. Son gentes mediocres, grises, lanudas y benevolentes. Al igual que pasea su mirada despectiva la garza sobre los estanques húmedos poco profundos, así miro yo por encima del hormigueo de esas grises y pequeñas olas que son las almas y las voluntades grises y pequeñas. ¡Se les ha estado dando la razón a esas gentes pequeñas durante demasiado tiempo! Y de este modo se les ha acabado dando también el poder. Y ahora dicen que sólo es bueno lo que a las gentes pequeñas les parece bien. Y hoy se llama verdad a lo que enseñaba aquel predicador que procedía de ellas, aquel extraño santo y defensor de los pequeños que dijo de sí mismo que él era la verdad. Desde hace mucho tiempo, ese presuntuoso eleva la cresta de las gentes mediocres. ¡Menudo error cometió al enseñar que él era la verdad! ¿Se ha dado alguna vez una respuesta más cortés a un presuntuoso? Tú, Zaratrusta, pasaste de largo de él y dijiste: "¡No, no y mil veces no!" Tú alertaste contra la compasión, y no a todos ni a ninguno, sino a ti y a los que son como tú. Tú te avergüenzas del pudor que siente el que sufre mucho. Tú conoces los signos de los tiempos, Zaratrusta, cuando dices: "¡Tened cuidado, hombres, que de la compasión se eleva una gran nube!"; y cuando enseñas que todos los creadores son duros, y que todo gran amor está por encima de su propia compasión. Pues ¡alértate a ti mismo contra su propia compasión! Porque hay muchos que se dirigen hacia ti, muchos que sufren, que dudan, que se desesperan, que se ahogan, que se quedan helados. También yo te alerto contra mí. Tú has adivinado mi enigma mejor y peor: quién soy y qué es lo que he hecho. Yo conozco al hacha que te derriba. Pero ese Dios tenía que morir. Miraba con unos ojos que lo veían todo: veía las honduras y los abismos del hombre, toda la ignominia y la fealdad que encubre. Su compasión carecía de vergüenza; penetraba deslizándose hasta en mis repliegues más sucios. Ese extraordinario curioso, ese gran indiscreto, ese compasivo en exceso tenía que morir. Siempre me veía; yo tenía que o vengarme de semejante testigo o morir yo, el Dios que todo lo veía, incluso al hombre, ese Dios tenía que morir. El hombre no tolera que siga viviendo semejante testigo". Así habló el más feo de los hombres, y Zaratrusta se puso de pie dispuesto a marcharse, pues el frío le había llegado hasta las entrañas. "Ser innombrable -dijo-, me has alertado contra tu camino. En agradecimiento, voy a recomendarte el mío. Mira, allá arriba está la cueva de Zaratrusta. Mi cueva es grande y profunda, tiene muchos rincones; en ella encuentra su escondite el más escondido de los hombres. Cerca hay cien agujeros y cien grietas para los animales que se arrastran, que revolotean o que saltan. Tú que te has desterrado voluntariamente, ¿no deseas seguir viviendo entre los hombres, expuesto a su compasión? ¡Haz entonces lo que yo! Así aprenderás también de mí. Sólo aprende quien actúa. Y, ante todo y sobre todo, habla con más animales: el más orgulloso y el más astuto. Ellos son, sin duda alguna, quienes mejor nos pueden aconsejar a ti y a mí." Así habló Zaratrusta, y continuó su camino, más despacio y pensativo que antes, pues iba preguntándose muchas cosas a las que no sabía contestar. "¡Qué pobre es el hombre! -pensaba para sí-. Qué feo, que hinchado de hiel y qué lleno de oculta vergüenza. Dicen que el hombre se ama a sí mismo. ¡Qué grande, ay debe ser ese amor a sí mismo; cuánto desprecio tiene que superar! También ese individuo al que acabo de dejar se ama tanto como se desprecia; para mí, ama y desprecia mucho. Nunca he conocido a nadie que se despreciara tan profundamente. También esto alcanza una altura considerable. ¡Ay! ¿Sería ése el hombre superior cuyo grito oí? Yo amo a los que desprecian mucho; pero el hombre es algo que ha de ser

superado."

El mendigo voluntario

Una vez que Zaratrusta dejó atrás al más feo de los hombres, tuvo frío y se sintió solo; por su mente cruzaban muchas ideas frías y solitarias, que acabaron enfriándole también los miembros. Pero conforme iba haciendo camino hacia arriba o hacia abajo, unas veces por verdes prados, otras por agrestes y pedregosos barrancos, por los que en otro tiempo se precipitaría un estruendoso torrente, se sintió de pronto más animado y alegre. "¿Qué me ha pasado? -se preguntó-. Me siento reconfortado por algo caliente y vivo, que debe estar cerca de mí. Ya no estoy tan solo: intuyo que rondan en torno a mí mis hermanos y compañeros de viaje a los que no veo, pero cuyo cálido aliento me está llegando al alma." Pero cuando miró a su alrededor tratando de saber quienes eran los que le consolaban en medio de su soledad, comprobó que se trataba de unas vacas que estaban agrupadas en un cerro, y cuya cercanía y olor le habían animado el corazón. Daba la impresión de que aquellas vacas estaban escuchando atentamente a alguien que les hablaba, hasta el punto de que no se percataron de que alguien se estaba acercando a ellas. Al llegar a su lado, Zaratrusta oyó claramente una voz de hombre que salía de entre las vacas, observando que éstas tenían sus cabezas vueltas hacia quien les hablaba. Entonces Zaratrusta se metió apresuradamente entre los animales y los apartó, temiendo que le hubiera pasado alguna desgracia a alguien, al que poca ayuda le podía prestar la presencia de unas vacas. Pero se equivocaba: pues quien allí había era un hombre que, sentado en el suelo parecía que estaba tratando de convencer a las vacas de que no se asustaran de él, pues era un hombre pacífico y predicador de la montaña, cuyos ojos rebosaban bondad. "¿Qué estas buscando aquí?", preguntó Zaratrusta sorprendido. "¿Que qué busco? dijo el otro-; pues lo mismo que tú, aguafiestas. Busco la felicidad en la tierra, y para ello estoy tratando de aprender de las vacas. Llevo media hora hablándoles, y ahora precisamente me iban a contestar. ¿Por qué las molestas? Si no retrocedemos y nos hacemos semejantes a las vacas, no entraremos en el reino de los cielos. Tenemos que aprender de ellas a rumiar. Aunque el hombre conquistara el mundo entero, si no aprendiese a rumiar, ¿de qué le serviría? No se libraría de su tribulación, de esa gran tribulación suya a la que hoy se le da el nombre de asco. ¿Quién no tiene hoy llenos el corazón, la boca y los ojos? ¡Incluso tú! ¡Incluso tú! ¡Mira en cambio, estas vacas!" Así habló el predicador de la montaña, y luego miró a Zaratrusta, pues hasta ese momento había estado amorosamente pendiente de las vacas; pero entonces cambió. "¿Con quién estoy hablando? -exclamó asustado y levantándose de un salto-. ¡Pero si es Zaratrusta en persona, el hombre que no siente asco, el que ha superado el gran asco: éstos son sus ojos, su boca, el corazón de Zaratrusta en persona!" Y mientras hablaba, le besaba las manos a aquel a quien se dirigía, con los ojos llenos de lágrimas, comportándose como si súbitamente le hubiera caído del cielo un preciado regalo y un tesoro. Las vacas seguían extrañadas la escena. "¡No hables de mí, individuo singular y encantador! -dijo Zaratrusta, defendiéndose de sus caricias-. ¡Háblame primero de ti! ¿No eres el mendigo voluntario que una vez renunció a una enorme riqueza, que se avergonzó de su riqueza y de los ricos, y que se marchó junto a los pobres para entregarles su abundancia y su corazón, pero ellos no le aceptaron? "Tú lo has dicho: no me aceptaron -confirmó el mendigo voluntario-. Por eso acabé uniéndome a los animales, y en concreto a estas vacas." "Y entonces aprendiste -interrumpióle Zaratrusta- que es más difícil dar bien que tomar bien, y que regalar bien es todo un arte: el arte definitivo y más refinado de la bondad." "Sobre todo hoy en día -continuó el mendigo voluntario-, pues en la actualidad todo lo bajo se ha vuelto rebelde, intratable y arrogante a su modo; es decir, al modo de la plebe. Tú sabes muy bien que ha llegado la hora de la grande, perversa, larga y lenta rebelión de la plebe y de los esclavos: ¡una rebelión que aumenta cada día! Ahora, todo acto de beneficencia y todo pequeño regalo indignan a los de abajo; ¡y que se guarden muchos los muy ricos! ¡Pobre de aquel que, como una botella panzuda, se vierte gota a gota por un cuello demasiado estrecho; pues esa es la clase de botellas a las que la gente de hoy les encanta romperles el cuello! Codicia lasciva, envidia enconada, resentimiento malhumorado, orgullo plebeyo: todo eso se me ha enfrentado. Ya no es cierto que sean los pobres los bienaventurados. El reino de los cielos es de las vacas." "¿Y por qué no de los ricos?", preguntó Zaratrusta para ponerlo a prueba, mientras retiraba a las vacas, que acariciaban con su aliento a aquel hombre pacífico que ya les era familiar. "¿Por qué me pones a prueba? -replicó éste-. Tú lo sabes mejor que yo. ¿Qué fue lo que me impulsó a unirme a los más pobres, Zaratrusta? ¿No fue el asco que me daban nuestras gentes más ricas, los esclavos de la riqueza que con mirada fría y pensamiento codicioso buscan ventajas hasta en los desperdicios, esa chusma cuyo mal olor llega hasta el cielo, esa plebe dorada y pervertida, cuyos padres fueron rateros, buitres o traperos; esa plebe complaciente con las mujeres, lasciva y huidiza, que apenas se diferencia de una ramera? ¡Plebe arriba y plebe abajo! ¿Qué significado tiene hoy las palabras "pobre" y "rico"? Yo no veo la diferencia; por eso huí, cada vez más lejos, hasta que llegué a parar al lado de estas vacas." Así habló aquel pacífico individuo a la vez que resoplaba y sudaba entre la extrañeza de las vacas. Mientras decía estas palabras tan duras, Zaratrusta le estuvo mirando con atención, sonriendo y sacudiendo la cabeza en silencio. "Te estás violentando a ti mismo -le señaló-, al usar esas expresiones tan duras. Tu boca y tus ojos no están hechos para semejante dureza; y creo que tu estómago tampoco, pues le repugnan la ira, el odio y el furor. Tu estómago requiere alimentos más suaves: no eres un animal carnicero; mas bien me pareces un comedor de plantas o de raíces. Tal vez muelas grano; pero no hay duda alguna de que eres contrario a los placeres de la carne y que te gusta la miel.· "Me has captado bien -replicó el mendigo voluntario, muy aliviado-. Me gusta la miel y muelo grano, pues trato de agradar mi paladar y de purificar mi aliento, buscando a la vez algo que me lleve mucho tiempo y que ayude a pasar el día y a mantener la boca ocupada a este indolente y perezoso que soy. Por cierto, que nadie como las vacas para esto, pues ellas han inventado el arte de rumiar y de tumbarse al sol, a la vez que rechazan todo pensamiento pesado que pueda perturbar el corazón." "¡Muy bien! -exclamó Zaratrusta-. Creo que tú también debes de conocer a esos incomparables animales míos que son mi águila y mi serpiente. Por ahí pasa el camino que sube hasta mi cueva. Sé mi huésped esta noche, y habla con mis animales sobre la felicidad animal, hasta que yo regrese. Pues ahora me reclama un grito de socorro que me hace separarme de ti. En mi cueva encontrarás también miel reciente, de dorados panales, fresca como la nieve. Come de ella. Y ahora despidete de tus vacas, individuo singular y encantador, aunque te cueste; pues no en vano son tus amigas y tus más cordiales maestras." "Excepción hecha -aclaró el mendigo voluntario- de aquel a quien quiero todavía más. ¡Tú también eres bueno, Zaratrusta, y más aún que una vaca!" "¡Márchate, márchate, vil adulador! -exclamó Zaratrusta enfadado-. ¿Por qué tratas de corromperme con la miel de tus alabanzas y de tus adulaciones? ¡Vete, vete!", volvió a gritar, y levantó el bastón dispuesto a descargarlo sobre el zalamero mendigo. Pero éste echó a correr a toda prisa.

No bien se hubo marchado el mendigo, quedándose Zaratrusta a solas consigo mismo, oyó a sus espaldas otra voz que le gritaba: ¡Detente, Zaratrusta, espérame! Soy yo, Zaratrusta; ¡soy tu sombra!" Pero Zaratrusta no le prestó atención, pues de repente se apoderó de él un gran enojo al ver la gran cantidad de gente que había acudido a sus montañas. "¿Donde ha ido a parar mi soledad? -se preguntó-. ¡Esto es ya demasiado! Estos montes pululan de gente: mi reino no es ya de este mundo. Necesito nuevas montañas. Ahora es mi sombra quien me llama. ¿Qué me importa mi sombra? ¡Que corra tras de mí; yo escapé de ella!" Así habló Zaratrusta para sus adentros, y huyó de allí; pero le iba siguiendo quien se hallaba detrás; de forma que eran tres los que corrían, uno tras otro: delante, el mendigo voluntario; luego, Zaratrusta, y por último, su sombra. Pero no llevaban mucho tiempo corriendo así cuando Zaratrusta se dió cuenta de la tontería que estaba haciendo, y de un golpe se quitó de encima su fastidio y su enojo. "¡Pero cómo! -exclamó-; no es normal que a nosotros, los viejos eremitas y los santos, nos sucedan siempre las cosas más ridículas? ¡Cómo ha aumentado mi estupidez entre esos montes! Y ahora estoy aquí, oyendo cómo corren, una tras otra, seis viejas y estúpidas piernas. ¿Va a asustarse Zaratrusta de una sombra? Acabaré además de creer que ella tiene las piernas más largas que yo."

Así habló Zaratrusta, mientras se reía con los ojos y las entrañas. Súbitamente se detuvo, se volvió con brusquedad y casi tiró al suelo a su sombra que le perseguía, de lo pegada que la llevaba pegada a los talones y de lo débil que era. Pero al observarla se asustó, como si se le hubiera aparecido un fantasma: tan delgada, ennegrecida, decrepita y acabada era la apariencia de la que le seguía. "¿Quién eres? -le preguntó violentamente Zaratrusta-. ¿Qué haces aquí? ¿Porqué me dices que eres una sombra? No me gustas". "Perdóname que sea yo -le respondió la sombra, y si no te agrado, muy bien, te felicito por tu buen gusto. Soy un viajero que te lleva pisando los talones desde hace mucho: siempre en camino, sin tener donde ir y sin hogar. Poco me falta para ser el judío eternamente errante; aunque no soy ni eterna ni judía. ¡Cómo! ¿Voy a tener que estar siempre en camino, agitada y expuesta al impulso de todos los vientos? ¡Qué redonda, tierra, resultas para mí! En todos los lugares me he sentado. Al igual que el fatigado polvo, he dormido en espejos y cristales. Todo me quita algo, y nadie me da nada; cada vez me voy haciendo más delgada, y poco me falta ya para ser una sombra. Pero a ti, Zaratrusta, es a quien más tiempo he seguido, volando y corriendo, y aunque siempre me he ocultado de ti, no has tenido una sombra mejor; donde tú te sentabas, allí lo hacía yo. Contigo he ido errante por los mundos más lejanos y fríos, como un fantasma al que le gustara pasearse en el invierno, por los tejados recubiertos de nieve. Contigo he aspirado a todo lo prohibido, a todo lo peor y más lejano; y si alguna virtud hay todavía en mí, ésa no es otra que no haberme asustado ante ninguna prohibición. Contigo he quebrantado cuanto mi corazón veneró alguna vez; he derribado cuantas piedras señalaban confines y todas las imágenes. Me he dejado arrastrar por los deseos más peligrosos; y en verdad que no hay crimen por encima del cual no haya yo pasado. Marchando en pos de ti he perdido la fe en las palabras, en los valores y en los grandes nombres. Cuando el diablo cambia de piel ¿no se despoja al tiempo de su nombre? Porque el nombre no es más una piel; y hasta el propio diablo tal vez no sea mas que una piel. "Nada es cierto, todo está permitido", me decía yo para darme ánimos. En las más frías aguas me lancé de cabeza y de corazón. ¡Cuántas veces me he encontrado por ello desnudo como un rojo cangrejo? ¡Ay!, ¿Qué he hecho yo de toda mi bondad, de todo mi pudor, y de mi fe en los buenos? ¡Ay! ¿Qué he hecho yo de aquella engañosa inocencia que en otro tiempo tuve, la inocencia de los buenos y de sus nobles mentiras? Ciertamente que muchas veces he marchado en pos de la verdad; y entonces ella me pisaba la cabeza. A veces me creía que estaba mintiendo, y precisamente era entonces cuando estaba diciendo la verdad. He visto claramente demasiadas cosas, y ya no me importa nada. Ya no amo nada de cuanto sigue en vida, ¿cómo iba a continuar amándome a mí mismo? Lo que quiero - y lo que quiere el más santo- es vivir como me parezca, o no seguir viviendo. Pero, ay, ¿acaso obtengo ya placer de algo? ¿Acaso tengo todavía una meta, un puerto rumbo al cual se dirijan mis velas, un viento favorable? ¡Sólo quien sabe hacia dónde navega sabe también que vientos son buenos y cuál es favorable en su navegación! Y ¿qué me queda ya? Un corazón impudico y cansado, una voluntad inestable, unas alas que no pueden volar, un espinazo roto. Tú sabes, Zaratrusta, que esa búsqueda de mi hogar que me devora ha sido mi aflicción. ¿Dónde está mi hogar? Por él pregunto, lo busco intensamente pero no lo he encontrado. ¡Eterno "en todas partes", eterno "en ningún sitio", eterno inútilmente;"

Así habló la sombra y Zaratrusta se fue poniendo serio conforme la iba oyendo. "¡Tú no eres mi sombra! -dijo al fin con tristeza-. No es pequeño tu peligro, espíritu que viajas libremente. Has tenido un mal día; ¡ten cuidado no sea que le siga una noche todavía peor! Los que andan errantes como tú, incluso una cárcel llega a hacerles felices. ¿Has visto cómo duermen los criminales en la cárcel? Duermen tranquilamente, disfrutan de su nueva seguridad. ¡Procura no caer nunca prisionera de una fe más estrecha todavía, de una ilusión dura y rigurosa!; pues desde ahora te sentirás tentada y seducida por todo lo que es riguroso y sólido. ¡Has perdido tu norte! ¿Cómo vas a poder sobrellevarlo y consolarte de ella? porque al perder tu norte has perdido el camino. ¡Pobre vagabunda, soñadora y cansada mariposa! ¿Quieres tener esta noche descanso y cobijo?; Sube pues a mi cueva! Por ahí pasa el camino que conduce hasta ella. Pero ahora te tengo que dejar. Algo parecido a una sombra se ha proyectado en mí. Quiero correr a solas, para que todo se haga claridad de nuevo en torno mío; mas para eso aún tengo que mover las piernas mucho. Pero esta noche bailaremos en mi cueva".

Así habló Zaratrusta.

Mediodía

Y Zaratrusta echó a correr, no encontrando ya nadie en su incesante carrera. Estuvo a solas, encontrándose a sí mismo a cada paso; y saboreó con deleite su soledad, pensando a la vez en cosas buenas durante largas horas. Pero hacia el mediodía, cuando el sol estaba ya justo encima de su cabeza, Zaratrusta pasó junto a un árbol viejo, retorcido y lleno de nudos, al que se había abrazado con desbordante amor una viña, que ocultaba su tronco. De él pendían numerosos y dorados racimos, que parecían ofrecerse al caminante. Sintió entonces Zaratrusta deseos de calmar una ligera sed arrancando un racimo. Mas cuando ya extendía el brazo para hacerlo, se le antojó otra cosa: tumbarse bajo el árbol y ponerse a dormir, en pleno mediodía. Y esto fué lo que hizo Zaratrusta. Nada más tumbrase en el suelo en medio del silencio y de los secretos de la hierba de múltiples colores, se olvidó de su ligera sed, y se quedó dormido. Pues, como dice el proverbio de Zaratrusta, hay cosas que son más necesarias que otras. Seguía, no obstante, con los ojos abiertos, pues no se cansaban de ver y de alabar al árbol y al amor de aquella viña. Y mientras se dormía, se dijo Zaratrusta: "¡Silencio, silencio! ¿No ha llegado a ser perfecto el mundo en este instante? ¿Qué me pasa? Al igual que un viento delicioso baila invisible y leve como una pluma sobre el mar ondulado, así baila el sueño sobre mí. No me cierra los ojos, me deja el alma despierta. Es ligero, leve como una pluma. Me persuade no se cómo, me roza internamente con mano cariñosa, me obliga. Sí, me obliga a que mi alma se

ensanche. ¿Qué ancha y fatigada se ha puesto esta extraña alma mía! ¿Le ha llegado la hora de su séptimo día en pleno mediodía? ¿Ha estado andando ya durante demasiado tiempo, feliz, entre cosas buenas y en sazón? Mi alma se ensancha y se ensancha cada vez más; esta extraña alma mía ahora yace en silencio. Ya ha saboreado demasiadas cosas buenas, la oprime esta tristeza dorada, tuerce la boca. Como un barco que ha entrado en su puerto más seguro, se adosa ahora a la tierra, cansada de los largos viajes y de los mares inseguros. ¿No es la tierra más digna de confianza que el mar? Como un barco, se adosa y se aprieta contra la tierra. Sólo se necesita entonces que una araña teja sus tenues hilos desde la tierra al barco. No hacen falta amarres más tirantes. Como un barco cansado, en el más tranquilo de los puertos, así descanso yo, cerca de la tierra, fiel, confiado, esperando, atado a ella por los hilos más tenues. ¿Qué felicidad, qué felicidad! ¿Es que quieres cantar, alma mía? Reposas en la hierba. Pero ésta es una hora secreta y solemne en la que ningún pastor toca su flauta. Ten cuidado, que un ardiente mediodía duerme sobre los campos! ¿No cantes! ¡Silencio! El mundo es perfecto. ¡No cantes, pájaro de las paderas! ¡Mira ¡silencio!: el viejo mediodía está durmiendo, y ahora mueve los labios!: ¿no bebe en este instante una gota de dicha, una añeja y dorada gota de áurea felicidad, de áureo vino? Su dicha sonriente se desliza hacia él. Así es como ríe un dios. ¡Silencio! "¿Qué poco hace falta para ser feliz", dije yo en otro tiempo, y me tuve por sabio. Pero ahora he comprendido que eso es una blasfemia. Los locos inteligentes dicen cosas mejores. La mejor felicidad pertenece a la categoría de lo poco, de lo más pequeño, de lo más silencioso, de lo más liviano: el rozar de una lagartija entre la hierba, un crujido, un soplo, una mirada. ¡Silencio! ¿Que me ha ocurrido? ¡Escucha! ¿No se ha ido el tiempo volando? ¿No me estoy cayendo? ¿No me he caído ya -defendía, en el pozo de la eternidad? ¿Qué me pasa? ¡Silencio! ¡Me han pinchado -ay de mí- en pleno corazón! ¡Desgárrate, hazte pedazos, corazón mío, después de semejante herida de semejante felicidad! ¿Cómo? ¿No era perfecto, redondo y maduro el mundo hace apenas un instante? ¡Redondo aro de oro! ¿Adónde se marcha volando? ¡He de correr tras él! ¡Adelante, silencio! "Y al llegar aquí, Zaratrusta se desperezó, y sintió que se estaba durmiendo. "Arriba, dormilón -se dijo- durmiendo en pleno día! ¡Vamos ya, viejas piernas! ¡Es la hora, y la hora pasada!: os queda mucho trecho aún que recorrer. ¿Cuánto tiempo habéis estado dormida? ¡Media eternidad! ¡Vamos, levántate, viejo corazón mío! ¡Cuánto tiempo vas a necesitar para despertarte, tras semejante sueño?" Pero entonces se adormiló de nuevo, y aunque su alma se resistía y se defendía, acabó por echarse todo lo larga que era. "¡Déjame, silencio! ¿No era hace un instate perfecto el mundo? ¡Redonda bola de oro! ¡Levántate, levántate, ladronzuelo, perezosa! -continuó Zaratrusta-. ¿Qué es esto? ¿Continúas tumbada y bostezando, dando suspiros, descendiendo hacia el fondo de pozos muy profundos? ¿Quien crees que eres, alma mía?" Y en este momento Zaratrusta se sobresaltó, pues descendió del cielo un rayo de sol que le dió en plena cara. "¡Cielo que te levantas por encima de mí! -dijo tras un suspiro incorporándose-, ¿me estás mirando? ¿Estás escuchando a esta extraña alma mía? ¿Cuando te beberás la gota de rocío que ha caído sobre todas las cosas de la tierra? ¿Cuándo te beberás esta extraña alma mía? ¿Cuándo reabsorberás mi alma, reincorporándola a ti, oh, pozo de lo eterno, plácido y pavoroso abismo del mediodía?"

Así habló Zaratrusta, y levantándose del sitio donde se había tumbado junto al árbol, como si saliera de una extraña embriaguez; y he aquí que el sol seguía estando encima exactamente de su cabeza; de lo que se podría razonablemente deducir que Zaratrusta no había estado durmiendo mucho tiempo.

El saludo

Hasta muy entrada la tarde no volvió Zaratrusta a su cueva, después de haber buscado y vagado inútilmente durante mucho tiempo. pero cuando se encontraba frente a ella, a no más de veinte pasos, sucedió algo que en ese momento no esperaba: oyó otra vez el gran grito de socorro. Y lo sorprendente era que el grito salía de su propia cueva. Era un grito prolongado, múltiple y extraño, y Zaratrusta apreció con claridad que estaba compuesto de muchas voces, aunque, a distancia, sonara como si fuese producido por una sola garganta. Lanzóse entonces Zaratrusta hacia su cueva, y ¿cuál no fue el espectáculo que aguardaba a sus ojos después del que ya se había ofrecido a sus oídos! Allí estaban reunidos todos los personajes con los que se había encontrado Zaratrusta a lo largo del día: el rey de la derecha y el rey de la izquierda, el anciano mago, el papa, el mendigo voluntario, la sombra, el concienzudo del espíritu, el lúgubre adivino y hasta el asno. El más feo de los hombres se había puesto una corona y ceñido dos cinturones de púrpura, y, como a todos los feos, le gustaba disfrazarse y adornarse. En medio de aquella triste reunión, el águila de Zaratrusta se alzaba inquieta y con el plumaje erizado, pues tenía que contestar a muchas preguntas a las que su orgullo no encontraba respuesta, mientras que la astuta serpiente se le había enroscado al cuello. Zaratrusta se asombró mucho al contemplar semejante escena. Luego fue examinando con curiosidad y benevolencia a todos y a cada uno de sus huéspedes; leyó en sus almas, y volvió a asombrarse. Mientras tanto, todos los presentes se habían puesto en pie, esperando respetuosamente a que Zaratrusta les hablase. Y éste dijo lo siguiente: "Hombres singulares y desesperados ¿Con que era vuestro el grito de socorro que percibí? Ahora ya sé dónde he de encontrar a ese hombre superior al que ando buscando inútilmente a lo largo de hoy. Ese hombre superior está aquí, en mi propia cueva. Mas ¿por qué me ha de extrañar? ¿No lo he atraído con mis ofrendas de miel y con el malicioso reclamo de mi felicidad? Pero ¿A que quienes habéis lanzado ese grito de socorro no os entendéis bien entre vosotros; a que os exaspera el hecho de estar todos aquí reunidos? ¿No os parece que haría falta que viniera alguien a haceros reír otra vez; un buen payaso alegre, un bailarín, un ventarrón, un sujeto travieso, un viejo loco? ¡Perdonadme, hombres desesperados, que os hable con palabras tan infantiles y tan indignas de semejantes huéspedes! Pero no os podéis imaginar qué es lo que llena de petulancia mi corazón. ¡Sois vosotros y el espectáculo que ofrecéis, dicho sea con perdón! Porque no hay quien no cobre ánimos al ver a alguien desesperado. Todos nos sentimos lo bastante fuerte para consolar a quien está desesperado. También a mí me habéis insuflado esa fuerza, huéspedes míos, como unpreciado don y un auténtico presente de invitados. No os moleste, pues, que yo a mi vez os ofrezca el mío. Estos son mi reino y mis dominios, y yo os los ofrezco por esta tarde y por esta noche. Disponed de mis animales y usad mi cueva para descansar. Ninguno habéis de desesperaros mientras estéis albergados aquí, pues dentro de mi coto de caza protejo a todo el mundo contra los animales salvajes. Lo primero que os ofrezco es, pues, seguridad. Lo segundo, es mi dedo meñique; y al tenerlo, disponed también de mi mano, seguida luego de mi corazón. ¡Bienvenidos seáis, pues, huéspedes míos!"

Así hablo Zaratrusta, y se rió amable y malicioso. Después de este saludo, los huéspedes volvieron a sentarse y mantuvieron un respetuoso silencio. En nombre de todos ellos tomó la palabra el rey de la derecha y dijo: "Por la forma de ofrecernos tu mano y tu saludo, Zaratrusta, reconocemos que eres Zaratrusta. Te has humillado tanto ante nosotros que poco ha faltado para que hirieras nuestro respeto hacia ti. Pero ¿quién como tú es capaz de humillarse con tanto orgullo? Eso nos reconforta, constituyendo un bálsamo para nuestros ojos y para nuestros corazones. Sólo por contemplar esta escena escalaríamos gustosos montañas más altas todavía. Pero hemos venido ansiosos de contemplar espectáculos: queríamos ver

qué es lo que puede aclarar los ojos empañados. Ahora ya se han acabado todos nuestros gritos de socorro. Ya se han abierto en éxtasis nuestras mentes y nuestros corazones. Un poco más y nuestro valor se revestirá de petulancia. Nada hay más bello en la tierra, Zaratrusta, que una voluntad sublime y fuerte. No crece en la tierra una planta más bella. Con un sólo ejemplar de semejantes árboles, todo un paisaje queda embellecido. A quién crece como tú lo compararía yo con un pino alto, silencioso, duro, solitario, de la madera mejor y más flexible, magnífico. que tratara de tomar posesión de sus dominios con sus recias y verdes ramas, preguntando gallardemente a los vientos y a las tempestades y a cuanto habita en las alturas; y respondiendo con más energía aún, autoritario y victorioso. ¿Quien no subiría a las alturas con tal de contemplar un árbol semejante? Con este árbol que eres, Zaratrusta, se anima el triste, se alegra el fracasado; al verlo se serena el inquieto, curándose su corazón. Ciertamente, son muchas las miradas que hoy se dirigen a este monte y a este árbol! Se ha puesto en marcha un inmenso deseo, y ya son muchos los que han aprendido a preguntar quien es Zaratrusta. Y todos aquellos en cuyos oídos has vertido la miel de tu canción, todos cuantos se ocultan, cuántos están solos -individualmente o en pareja-, se han dicho a sí mismos ¿Sigue vivo Zaratrusta? Ya no vale la pena vivir, todo da igual, todo es vano, a no ser que vivamos con Zaratrusta. ¿Por qué no viene aquél que se nos anunció hace mucho?, se preguntaron no pocos. ¿Se lo ha tragado la soledad? ¿O hemos de ser nosotros los que vayamos en su busca? Ahora la propia soledad se resquebraja y se agrieta, como una tumba que se entreabiera por no poder contener ya tantos muertos. Por todas partes se ven resucitados. Ahora las olas suben en torno a tu montaña, Zaratrusta. Y muchos llegarán a ti a pesar de las alturas. Tu barca no ha de seguir varada durante mucho tiempo. El que hayamos venidos desesperados a tu cueva y ahora no lo estemos no constituye sino un símbolo y un presagio de que otros mejores que nosotros ya se encuentran en camino hacia ti. En camino hacia ti está también lo último que queda de Dios entre los hombres: esto es; todos los hombres que sienten el gran anhelo, el gran asco, el gran hastío; todos los que no quieren seguir viviendo, a menos que aprendan de ti, Zaratrusta, la gran esperanza."

Así habló el rey de la derecha, y le cogió la mano a Zaratrusta para darle un beso. Más éste rechazó sus muestras de veneración, sobresaltado y en silencio, como si huyera a un lugar remoto. Mas al poco rato ya estaba otra vez entre sus huéspedes, y mirándoles de una forma abierta y penetrante, les dijo: "Hombres superiores, huéspedes míos, voy a hablaros en alemán y con claridad: no era a vosotros a quienes estaba esperando yo en estos montes" "¿En alemán y con claridad! ¿Dios nos asista! -exclamó en un aparte el rey de la izquierda-. Se ve que este sabio de oriente no conoce a los buenos de los alemanes. Querrá decir más bien alemán y con grosería. Pero ¡bueno!, aún hay gustos peores hoy en día." "Es posible que todos seáis hombres superiores -siguió diciendo Zaratrusta-; mas para mí no sois lo bastante elevados ni lo bastante fuertes. Y al decir para mí, quiero decir para la voluntad inflexible que ahora guarda silencio, aunque no siempre se va a quedar callada. Y aunque me pertenecéis, no sois tan míos como mi brazo derecho. Quien como vosotros usa para andar unas piernas enfermas y débiles necesita ante todo, lo sepa o no, que se le trate con consideración. Pero yo no tengo consideración con mis brazos y con mis piernas. No tengo consideración con mis guerreros: ¿cómo podríais prestarme un servicio en esta guerra mía? Con vosotros echaría a perder incluso las victorias. Y muchos de vosotros os caeríais al suelo tan solo con que oyérais redoblar mis tambores. Tampoco sois para mí lo bastante bellos ni de una buena casta. Para recibir mis enseñanzas harían falta unos espejos limpios y bruñidos: reflejada en vuestra superficie, mi imagen aparece deforme. Vuestros hombres se doblan bajo el peso de muchos fardos y de muchos recuerdos. Más de un duendecillo maligno se agazapa en vuestros rincones. Todavía hay en vosotros algo de chusma oculta. Aunque seáis elevados y pertenezcáis a una stirpe superior, hay mucho en vosotros de torcido y deforme. No hay en el mundo entero un herrero capaz de enderezaros a mi entera satisfacción. No sois más que puentes: ¡ojalá que hombres superiores puedan servirse de vosotros para pasar a la otra orilla! Sois como escalones: ¡No os moleste, pues, que alguien os pise para escalar su altura! Puede que alguna vez brote para mí de vuestra simiente un auténtico hijo, un perfecto heredero, aunque eso está aún muy lejos. Respecto a vosotros, no tenéis derecho ni a mi nombre ni a mi herencia. No es a vosotros a quienes espero aquí en estos montes; no es con vosotros con quienes he de bajar, por última vez, hacia los hombres. No sois más que avanzadillas, presagios de que hombres más elevados se encuentran ya en camino para venir a mí. Y no se trata de los hombres del gran anhelo, del gran asco, del gran hastío, o de esos que habéis considerado como lo que queda de Dios entre los hombres. ¡No, no y mil veces no! Es a otros a quienes aguardo aquí en estos montes. y no he de echar a andar si no es con ellos. Son otros más elevados, más fuertes, más victoriosos, más alegres, con un alma y un cuerpo trazados a cordel: ¡Son leones rientes los que van a venir! ¡Huéspedes míos, sujetos singulares! ¿No habéis oído hablar aún de mis hijos?; ¿No sabéis si ya están en camino para venir a mí? Habladme de mis huertos, de mis islas afortunadas, de mi nueva y hermosa stirpe. ¿Por qué no me habláis de eso? Pido de vuestro amor, a manera de obsequio, que me habléis de mis hijos. Por ellos me hize rico, por ellos me hize pobre. ¿Qué no habré dado yo, que no daría, por tener una cosa de esos mis hijos, esos planteles vivos, esos árboles de vida, de mi voluntad y de mi más alta esperanza!"

Así habló Zaratrusta, e interrumpió de pronto su discurso, pues le abrumó su anhelo, y embargado de una intensa emoción, cerró los ojos a la vez que la boca. Todos sus huéspedes se quedaron callados, sin moverse siquiera, sumamente abrumados. Sólo el viejo adivino agitaba los brazos, como insinuando signos con gestos y con muecas.

La cena

Al llegar, pues, este momento, el adivino interrumpió la salutación de Zaratrusta y de sus huéspedes; se adelantó, como quien no tiene tiempo que perder, tomó a Zaratrusta de la mano y exclamó: "Pero Zaratrusta, hay cosas que son más necesarias que otras, como tú mismo dices; y en este momento hay para mí algo más necesario que todo lo demás. Una pregunta que viene al caso: ¿no me has invitado a cenar? Aquí hay muchos que han hecho una larga caminata. No pretenderás saciar nuestro apetito con discursos. Creo que todos os habéis referido durante bastante tiempo a lo que es morir de frío, ahogarse, asfixiarse y otras calamidades que pueden afligir al cuerpo; pero nadie se ha acordado de la calamidad que a mí me está aquejando: la de tener hambre." Así habló el adivino; y los animales de Zaratrusta, cuando le oyeron, salieron despavoridos, pues cayeron en la cuenta de que las provisiones que habían estado trayendo durante el día no bastaba ni siquiera para saciar el apetito del adivino. "Incluyendo también la de tener sed -continuó el adivino-; y aunque oigo correr agua en cantidad y sin parar, como un torrente de sabias palabras, yo lo que quiero es vino. No todos somos como tú, Zaratrusta: bebedores empedernidos de agua. Además no es agua lo que conviene a quién está cansado y decaído. Necesitamos vino: sólo el vino nos puede curar de una forma rápida y devolvernos repentinamente la salud." Al ver que el adivino reclamaba vino el rey de la izquierda y rompió su mutismo para decir: "Delo la derecha, y yo. Traemos vino suficiente, todo un asno cargado. No hace falta, pues, más que pan." "¿Pan?" -preguntó Zaratrusta sonriente-. Eso es

precisamente lo que no tenemos los eremitas. Pero no sólo de pan vive el hombre, sino también de buena carne de cordero, y yo tengo dos. Hemos de descuartizarlos en seguida, y prepararlos con especias, con salvia, que es como más me gustan. También tengo raíces y frutos que satisfacerían los paladares más exigentes y exquisitos, y nueces, así como otros enignas que hay que romper. Celebremos, pues, una buena cena. Pero quien quiera comer, habrá de colaborar en la preparación, incluidos los reyes, porque en la morada de Zaratrusta hasta un rey puede hacer de cocinero."

Todos acogieron muy bien esta propuesta; sólo el mendigo voluntario rechazó la carne, el vino y las especias. "¡Fijaos en el comilón de Zaratrusta! -decía bromeando-. ¿Se retira la gente a las cuevas y sube a las altas montañas para celebrar banquetes así? Ahora veo por qué alabaste una vez la pobreza sencilla, y por qué quieres suprimir a los mendigos. "Procura estar de buen humor, como yo lo estoy -replicó Zaratrusta-. Sigue tus costumbres, hombre excelente; muélele el grano, bebe agua y canta las alabanzas de esa cocina tuya que tanto te satisface. Mi ley es sólo para los míos, no para todos; pero quien es de los míos ha de tener unos huesos fuertes y unos pies ligeros; le han de gustar las guerras y los festines, no ser un hombre tristón y soñador; debe hacer frente a lo más difícil como si fuera una fiesta, ha de estar sano y a salvo. A los míos y a mí nos pertenece lo mejor, y si nos lo niegan, lo arrebatamos por la fuerza: el mejor alimento, el cielo más puro, los pensamientos más poderosos, las mujeres más bellas..."

Así habló Zaratrusta; y el rey de la izquierda, señaló: "¡Qué raro! ¿Cuándo se han oído palabras tan sensatas en boca de un sabio? Porque, a decir verdad, no abundan los hombres que, además de ser sabios, hablan con sensatez y no son unos asnos." Así habló, extrañado, el rey de la derecha; tras lo cual el asno asintió con un malicioso rebuzno. Y así comenzó ese largo festín al que en los libros de historia llaman "la Cena", y durante el cual no se habló de otra cosa que del hombre superior.

El hombre superior

1

La primera vez que habité entre los hombres cometí una torpeza propia del solitario: la de lanzarme a la plaza pública. Y al hablarles a todos no hablaba a alguien. Por la noche no tuve más compañía que la de volatineros y cadáveres; hasta yo mismo era casi un cadáver. pero la mañana siguiente me reportó una nueva verdad; y entonces aprendí a decir: ¡Qué me importa a mí la plaza pública y la plebe, con su bullicio y sus orejas alargadas! Aprended de mí esta lección, hombres superiores,: nadie de cuantos acuden a la plaza pública creen en hombres superiores. Y si os empeñáis en hablar allí, hacedlo en buena hora, pero sabed que la plebe dirá, giñando el ojo, que todos somos iguales, y un hombre vale tanto como otro. ¡Ante Dios, todos somos iguales! ¡Ante Dios! Pero ese Dios ha muerto, y ante la plebe no queremos ser iguales. ¡Huid de la plaza pública, hombres superiores!

2

¡Ante Dios! Pero ese Dios ha muerto. ese Dios ha sido vuestro mayor peligro, hombres superiores. desde que yace en su tumba, habéis resucitado. Sólo ahora llegará el gran mediodía. Sólo ahora se convierte en señor el hombre superior. ¿Entendéis lo que os digo, hermanos míos? ¿Os asusta? ¿Sienten vértigo vuestros corazones? ¿Veis que se abre un abismo delante de vosotros? ¿Se ha puesto a ladraros el perro del infierno? ¡Muy bien! Pues, ¡adelante, hombres superiores! Sólo en ese momento va a parir el monte del futuro. Dios ha muerto. Ahora nosotros queremos que viva el superhombre.

3

Hoy en día los más preocupados preguntan cómo se podría superar el hombre. Sólo Zaratrusta es el primero que pregunta cómo se podrá superar al hombre. Al superhombre es a quien amo: él es para mí lo primero y lo único; no el hombre, no el prójimo, no el más pobre, ni el más afligido, ni el mejor. Hermanos míos, lo que yo puedo amar en el hombre constituye un tránsito y un ocaso. También hay muchas cosas en vosotros que me hacen amar y tener esperanzas. Vosotros habéis despreciado, hombres superiores, y eso me hace concebir esperanzas; porque los que desprecian mucho son también los que veneran mucho. Os habéis desesperado, y eso os honra, pues no habéis aprendido a resignaros, no habéis aprendido la sensatez del mediocre. Hoy los mediocres se han convertido en amos: todos exhortan a la resignación, a la modestia, a la sensatez, a la laboriosidad, a la consideración para con los demás, y toda esa larga serie de virtudes pequeñas. La estirpe femenina, la estirpe servil, la mezcolanza de la plebe, es lo que ahora trata de adueñarse de todo destino humano. ¡Qué asco, qué asco, qué asco! Esas gentes no se cansan de preguntar cómo puede conservarse el hombre mejor, durante más tiempo y de un modo más agradable. ¿Y con eso son los amos del presente! ¡Superadme, hermanos míos, a esos amos de hoy, a esas gentes mediocres, pues ellas constituyen el peligro mayor para el superhombre! ¡Superadme, hermanos míos, las virtudes pequeñas, las sensateces minúsculas, las consideraciones mezquinas, el trajín de las hormigas, el bienestar miserable, la "felicidad del mayor número! "¡Caer en la desesperación antes que resignaros! ¡Os amo, hombres superiores, porque no sabéis vivir en el presente! ¡Pues no sabríais vivir de una forma mejor!

4

¿Tenéis valor, hermanos míos? ¿Sois personas intrépidas? No me refiero al valor delante de testigos, sino al valor del solitario, el valor del águila, a ese valor que ya no puede ser contemplado por ningún Dios. Las almas frías, las acémilas, los ciegos, los borrachos, no tienen lo que yo llamo corazón. Corazón tiene quien conoce el miedo, y lo domina; quien ve el abismo, pero con ojos de águila; quien lo aferra con garras de águila. Ese es el que tiene valor.

5

"El hombre es malo", dijeron, para consuelo mío, los más sabios. ¡Ay si eso fuera cierto hoy en día! Pues el mal es la fuerza mayor que puede tener el hombre. El hombre ha de volverse más bueno y más malo. Esto es

lo que os enseño. Se necesita un mal mayor para mejor bien del superhombre. A quien predica a las mentes mediocres le puede venir bien padecer y sufrir por los pecados de los hombres. Pero yo gozo del pecado grande, dado que constituye mi consuelo mayor. No digo esto para quien tiene las orejas largas; no todas las palabras resultan oportunas en cualquier boca. Estas cosas son sutiles y lejanas, y las pezuñas de las ovejas no deben alcanzarlas.

6

¿Creéis vosotros, hombres superiores, que estoy aquí para reparar lo que vosotros habéis estropeado? ¿O para prepararos a los que sufrís un lecho que os resulte más cómodo? ¿O para mostraros a los que andáis errantes, extraviados y perdidos por los montes, un sendero nuevo y más sencillo? ¡No, no y no, mil veces no! Hace falta que cada vez perezcan más de los de vuestro linaje, y que perezcan los mejores, pues vuestro destino debe ser peor y más duro cada vez. Sólo así desciende el hombre a las alturas donde el rayo lo alcanza y los destroza. Sólo así se hace el hombre lo bastante elevado para estar al alcance del rayo. Mi mente y mi anhelo me impulsan hacia lo escaso, hacia lo dilatado, hacia lo distante. ¿Qué me importa a mí esa miseria vuestra tan abundante, pequeña y corta! No creo que sufráis aún lo suficiente; porque seguís sufriendo por vosotros, pero no por el hombre. ¡Mentiríais si no dijéseis esto! Ninguno de vosotros sufre lo que he sufrido.

7

No me basta con que el rayo no dañe a nadie. No quiero desviarlo; quiero enseñarle a actuar para mí. Desde hace tiempo mi sabiduría se amontona, como una nube, que cada vez se hace más callada y sombría. Así actúa toda sabiduría que alguna vez ha de lanzar rayos. No quiero ser luz para los hombres de hoy, ni que me tengan por tal. A los hombres de hoy lo que quiero es cegarlos. ¡Arrancáales los ojos, rayo de mi sabiduría!

8

No aspiréis a nada que esté por encima de vuestras fuerzas. Quienes aspiran a algo que está por encima de sus fuerzas, presentan una perversa falsedad. Sobre todo cuando aspiran a algo grande. Pues esos sutiles farsantes, esos impostores, hacen que se desconfíe de las cosas grandes; hasta que terminan siendo falsos ante sí mismos, gentes bizcas, madera carcomida y blanqueada, que se disfrazan con grandes palabras, que designan virtudes espectaculares, y con obras falsas y deslumbrantes. Nada me parece hoy máspreciado y escaso que la sinceridad. ¿No pertenece al presente la plebe? Pero la plebe no sabe que és lo grande, ni lo pequeño, ni lo recto y lo honrado. La plebe es inocentísimamente engañosa, y siempre miente.

9

Tened hoy por un sano recelo, hombres superiores y de corazón valiente; y mantened en secreto vuestras razones; pues el presente pertenece a la plebe. Como la plebe ha aprendido a creer sin razones, ¿quién la va a disuadir de sus creencias con razones? En la plaza pública, además, se convence con gestos. las razones despiertan recelos en la plebe, y si alguna vez se abre paso en ella la verdad, preguntad con sano recelo qué gran error habrá luchado por ella. Tened también cuidado con los doctos, porque os odian a causa de su esterilidad. Tienen los ojos fríos y secos; ante ellos todo pájaro se queda desplumado. Ellos se jactan de que nunca mienten, pero la incapacidad de mentir no tiene nada que ver con el amor de la verdad. Tened cuidado con ellos. El no tener fiebre dista mucho del conocimiento. No creo en los espíritus que se conservan fríos. Quien no es capaz de mentir no sabe lo que es la verdad.

10

Si queréis subir más alto, servíos de vuestras piernas. No pretendáis que os suban, no os encaraméis en espaldas y en cabezas ajenas. ¿Te has montado en un caballo? ¿Estás cabalgando veloz hacia tu meta? ¡Muy bien, amigo mío! Pero date cuenta que también se ha subido al caballo tu pie cojo. Cuando hayas alcanzado la meta y te bajes del caballo, darás un traspiés, hombre superior, precisamente en tu altura.

11

Creadores, hombres superiores, sólo engendramos a nuestro propio hijo. No os dejéis engañar. ¿Quién es vuestro prójimo? Aunque obréis por el prójimo, no creéis por su causa. Olvidaos de ese "por", creadores: vuestra virtud exige que no hagáis nada "por", ni "porque", ni "a causa de". ¡Preservad vuestros oídos de esas pequeñas y falsas palabras! Ese "por el prójimo" constituye la virtud de los mediocres; para ellos, todos son iguales y "una mano lava a la otra". No tienen el derecho ni la fuerza para exigir que tiene vuestro egoísmo. Vuestro egoísmo, creadores, tiene la previsión y la cautela de la mujer encinta. Vuestro amor protege, mantiene y alimenta ese fruto que nadie ha visto aún. En ese hijo vuestro en el que está todo vuestro amor radica también toda vuestra virtud. Vuestra obra y vuestra voluntad constituyen vuestro auténtico prójimo. No dejéis que os hagan creer en falsos valores.

12

¡Creadores, hombres superiores! Quien ha de dar a luz está enfermo, pero quien ha dado a luz está impuro. Preguntádselo a las mujeres: no se ha de dar a luz por pura diversión. El dolor hace cacarear a las gallinas y a los poetas. En vosotros, creadores, hay mucha impureza, y ello se debe a que habéis tenido que ser madres. ¡Cuánta suciedad nueva viene al mundo con cada nuevo hijo! Por eso quien ha dado a luz ha de lavarse el alma.

13

No pretendáis ser virtuosos más allá de vuestras fuerzas, y no exigáis nada que sea inverosímil. Seguid las huellas que dejó la virtud de vuestros padres. ¿Cómo vais a pretender subir si no lo hace con vosotros la voluntad de vuestros padres? No vaya a quedarse el último quien quiere ser el primero. No pongáis santidad donde vuestros padres pusieron vicio. ¿Qué pasaría si aquél cuyos antepasados se dieron a los placeres de la mesa y de la carne se exigiera a sí mismo castidad? ¿Sería una estupidez! Para un individuo así ya me parece mucho que se contente con ser el marido de una, de dos o de tres mujeres. Y quien fundara conventos y pusiera en el dintel de su puerta "el camino hacia la santidad", tendría que preguntarle a que viene todo eso. Sería otra estupidez. ¿Que se construye un correccional y un asilo?; pues allá él, pero yo tengo mis dudas al respecto. En la soledad crece lo que llevamos dentro de nosotros, incluida la bestia que está en nuestro interior; por eso hay muchas personas a las que no se puede aconsejar que estén solas. ¿Ha habido en la tierra hasta hoy algo más inmundo que un santo de esos que se van a vivir al desierto? En torno a ellos no sólo ha rondado el demonio, sino también el cerdo.

14

¿Cuántas veces os he visto, hombres superiores, tímidos, avergonzados y torpes, como el tigre al que le ha fallado su embestida, apartándoos furtivamente! Os había salido mal una jugada. Pero ¿qué os importa eso a vosotros, jugadores de dados? ¿No habéis aprendido a jugar y a burlaros como es debido? ¿No estamos siempre sentados ante una gran mesa de burlas y de juegos? Y aunque halláis fracasado en algo grande, ¿habéis por ello fracasado vosotros?, ¿ha fracasado por ello el hombre? Y aunque haya fracasado el hombre, ¿qué importancia tiene? ¡Adelante!

15

Cuanto más noble y elevado es algo, más difícilmente es de encontrar. ¿No sois todos vosotros, hombres superiores, unos fracasados? Mas ¡tened valor, pese a todo! ¡Cuántas cosas podéis hacer aún? ¡Aprended a reiros de vosotros mismos, como hay que reír! ¿Que tiene, además de extraño el que hayáis fracasado o el que hayáis conseguido algo sóloamente a medias, si estáis destrozados? ¿No se agita en vosotros y os impulsa el futuro del hombre? ¿No hierve en vuestra marmita, entrechocando, lo más remoto, profundo, lo estelarmente elevado del hombre, sus inmensas fuerzas? ¿Qué tiene de extraño que estalle más de una marmita? ¡Aprended a reiros de vosotros mismos como hay que hay que reír! ¡Cuántas cosas podéis hacer aún, hombres superiores! ¡Y cuántas cosas se han conseguido ya! ¡Cómo abunda la tierra de pequeñas cosas buenas, perfectas y bien logradas! Rodearos de pequeñas cosas buenas y perfectas, hombres superiores. Su madurez dorada cura el corazón. Lo perfecto enseña a abrigar esperanzas.

16

¿Cuál ha sido hasta ahora el pecado mayor, aquí en la tierra? ¿No ha sido el que alguien dijera: "¡Ay de los que ahora ríen!" ¿No encontró en la tierra motivos de risa? Pues buscó mal, porque hasta un niño hallaría motivos. Ese tal no amó lo suficiente; de lo contrario nos habría amado también a los que reímos. Pero nos odió y nos insultó, prometiéndonos llanto y crujir de dientes. ¿Hay que maldecir cuando no se ama? A mí me parece de mal gusto, pero así lo hizo ese incondicional, que salió de la plebe. No amaba lo suficiente; de lo contrario se habría enojado menos porque no se le amase. Todo gran amor no quiere amor, sino algo más. ¡Alejaos de todos esos incondicionales! Son pobres gentes enfermas y plebeyas, que contemplan la vida con malicia, y quieren echarle a la tierra mal de ojo. ¡Alejaos de todos esos incondicionales! Tienen los pies y el corazón pesados; no saben bailar. ¿Cómo iba a ser ligera la tierra para ellos?

17

Todo lo bueno alcanza su meta por caminos sinuosos. Todo lo bueno ríe; al igual que los gatos, arquea el lomo y ronronea para sus adentros ante la cercanía de la felicidad. La forma de andar revela si un individuo camina ya por su propio sendero. ¡Miradme andar a mí! Pero el que se aproxima a su meta avanza ya bailando. No me he convertido, por supuesto, en una estatua, ni estoy aquí plantado, rígido, insensible, pétreo, como una columna. Me gusta correr con rapidez. Y aunque en la tierra hay lodo y una densa tristeza, el que tiene los pies ligeros corre hasta por encima del fango, y baila sobre él como pulido hielo. ¡Elevad vuestros corazones, hermanos; arriba, más arriba! ¡Y no os olvidéis de las piernas, mis buenos bailarines! ¡Levantádlas también! ¡O mejor aún, tratad de ir de cabeza!

18

Yo mismo me he ceñido esta corona de rosas, esta corona del que ríe. Yo mismo he santificado mi risa. No he encontrado hoy en día a nadie que fuera lo bastante fuerte para hacer otro tanto. Yo, Zaratusta, el bailarín, Zaratrusta el ligero, el que agita sus alas para echarse a volar, haciendo señas a todos los pájaros, dispuesto y ágil, contento de su ligereza. Yo, Zaratrusta, el que predica la verdad, el que ríe de verdad, el que no es impaciente ni incondicional, el que gusta de saltar y de hacer piruetas: ¡yo mismo me he ceñido esta corona!

19

¡Elevad vuestros corazones, hermanos; arriba, más arriba! ¡Y no os olvidéis de las piernas, mis buenos bailarines! ¡Levantádlas también! ¡O, mejor aún, tratad de ir de cabeza! También hay en el campo de la felicidad animales pesados, cojos de nacimiento. Es curioso ver cómo se esfuerzan, igual que un elefante que tratara de sostenerse sobre su propia cabeza. Pero más vale estar loco de felicidad que loco de dolor; vale más bailar torpemente que nadar cojeando. Aprended de esta sabiduría mía; hasta la peor de las cosas tiene dos lados buenos. Hasta la peor de las cosas tiene dos buenas piernas para poder bailar. ¡Aprended, pues de mí, hombres superiores, a manteneros rectos sobre vuestras piernas! ¡Rechazad las caras

melancólicas y la tristeza de la plebe! ¡Qué tristes me resultan hasta los payasos de la plebe! Pero el presente pertenece a la plebe.

20

Haced como el viento cuando sale de sus cuevas en el monte, tratando de bailar al son de su propio silbido, y haciendo temblar al mar y agitarse a su paso. ¡Bendito sea el que da alas a los asnos y ordeña a las leonas, ese espíritu bondadoso e indómito, que viene como un viento huracanado para todo presente y para toda plebe! ¡Bendito sea el enemigo de las cabezas reseca y espinosas, de las hojas mustias y de los abrojos, ese salvaje espíritu de la tempestad, bondadoso y libre, que baila sobre el pantano y sobre la aflicción como si fueran prados! ¡Bendito sea el que odia a los tísicos perros de la plebe y a toda esa ralea fracasada y sombría, ese espíritu de todos los espíritus libres, la tempestad que ríe mientras arroja polvo en los ojos de todo pesimista y de todo ulcerado! Lo peor de vosotros, hombres superiores, es que no habéis aprendido a bailar como hay que hacerlo; por encima de vuestras cabezas. ¿Qué importa que hayáis fracasado? ¡Cuántas cosas son posibles aún! ¡Aprended a reiros de vosotros, sin importaros nada! ¡Elevad vuestros corazones, mis buenos bailarines: arriba, más arriba! ¡Y no olvidéis la risa a carcajadas! ¿Os arrojo, hermanos, esta corona que se ciñe el que ríe, esta corona de rosas! ¡Yo he santificado la risa! ¡Hombres superiores, aprended a reír!

La canción de la melancolía

1

Zaratrústa pronunció este discurso de pie, al lado de la entrada de su cueva; y cuando dijo las últimas palabras, se evadió de sus huéspedes, saliendo un rato al aire libre. "¡Aromas puros y bendito silencio que estáis en torno a mí! -exclamó-. ¿Dónde están mis animales? ¡Ven, águila mía! ¡Ven, serpiente mía! Decidme, animales míos, ¿no huelen bien todos esos seres superiores? ¡Aromas puros que me rodeáis! Ahora comprendo y siento hasta que punto os amo, animales míos" Y repitió: "Os amo, animales míos!" Cuando dijo esto, se acercaron a él el águila y la serpiente, y le miraron. Así estuvieron los tres en silencio, oliendo y disfrutando juntos del aire puro; pues el aire era aquí mejor que dentro de la cueva, donde estaban los hombres superiores.

2

Pero apenas Zaratrústa hubo salido de su cueva, levantóse el anciano mago, miró a su alrededor con ojos perspicaces y señaló: "¡Ha salido! Y ahora, hombres superiores, dejad que os acaricie con este nombre de alabanza y lisonja, al igual que él ha hecho; pues ya me asalta mi espíritu perverso, embrujado y falaz, mi melancólico demonio; el cual es enemigo mortal de ese Zaratrústa: ¡no lo toméis a mal! Ahora quiero mostrar su magia delante de vosotros, pues acaba de llegarle su hora. Inútilmente luchó con este espíritu maligno. Este espíritu mío, este demonio y mago, os es propicio: a todos vosotros, cualesquiera que sean los honores que os tributéis, ya os llaméis "los espíritus libres", "los veraces", "los penitentes del espíritu", "los liberados de sus cadenas", "los hombres del gran anhelo". A todos vosotros que, como yo, sufrís a causa del gran asco, a quienes se les ha muerto el viejo Dios, sin que todavía ningún Dios nuevo se halle envuelto en pañales dentro de su cuna. A todos os conozco, hombres superiores, y le conozco a él; sí, también conozco a ese espíritu maligno, a quien amo a mi pesar, a ese Zaratrústa. Muchas veces me parece semejante a la máscara hermosa de un santo, a una nueva y extraña máscara, con la que se complace mi espíritu maligno, mi demonio melancólico. Con frecuencia creo que quiero a Zaratrústa, a causa de mi espíritu maligno. Pero ya me asalta y me domina este espíritu de la melancolía, este espíritu del crepúsculo triste, que ha querido venir desnudo -¡fijáos bien, hombres superiores!, no sé aún si con figura de hombre o de mujer: lo que sí sé es que llega, que me domina, ¡ay!; ¡abrid vuestros sentidos! Se extingue el día; para todas las cosas, incluso las mejores, llega ahora la noche. ¡Oíd y ved, hombres superiores, qué clase de demonio -ya sea hombre o mujer- es este espíritu de la melancolía del crepúsculo! Así habló el anciano mago, miró a su alrededor con ojos perspicaces, y después tomó el arpa.

3

Cuando el aire se va haciendo menos luminoso,
cuando ya el consuelo del rocío
desciende a gotas sobre la tierra,
sin que nadie lo vea ni lo oiga,
pues ese rocío consolador, como todo lo que consuela,
lleva un delicado calzado;
entonces tú te acuerdas, ardiente corazón,
de que en otro tiempo tenías sed,
que, acalorado y fatigado, tenías sed
de lágrimas celestes y gotas de rocío,
mientras en los senderos de hierba amarillenta
corrían maliciosas en torno a ti a través de la floresta umbría
miradas del vespertino sol,
ardientes y cegadoras miradas de sol, contentas de hacer daño.
¿Pretendiente tú de la verdad? -se burlaban-.
¡No! ¡No eres más que un poeta,
un animal astuto, ávido y rastrero,
que tiene que mentir,
que, a sabiendas, deliberadamente, tiene que mentir;
ávido de presa,
disfrazado de múltiples colores,
máscara para sí mismo,

presa de sí mismo!
 ¿Es eso pretender la verdad?
 ¡No! Eres sólo un necio, eres sólo un poeta,
 alguien que pronuncia discursos complicados,
 alguien que anda errante por engañosos puentes de palabras,
 que vaga y hace equilibrios
 por arcos iris de múltiples colores,
 entre cielos mentidos
 y entre mentidas tierras.
 ¡Sólo un necio, un poeta!
 ¿Es eso pretender la verdad?
 No está silencioso, ni rígido, ni frío,
 no se ha hecho una imagen,
 un pedestal de Dios;
 no está apostado delante de los templos,
 como guardian de un Dios.
 ¡No! El es enemigo de semejantes estatuas de la verdad,
 se encuentra más a gusto en los bosques que en los templos,
 lleno de petulancia felina,
 saltando por toda ventana,
 arrojándose encima de todos los azares,
 husmeando por todo bosque virgen,
 husmeando anhelante y ansioso
 de correr por selvas vírgenes,
 pecaminosamente sano, policromo y hermoso,
 entre bestias rapaces de pintado pelaje;
 ansioso de recorrer robando, de mentir y marcharse,
 con sus fauces lascivas,
 felizmente burlón; felizmente infernal,
 felizmente sediento de sangre.
 Semejante al águila que durante mucho tiempo
 contempla fijamente los abismos,
 sus abismos.
 ¡Cómo se despeñan esos abismos,
 hacia abajo, hacia dentro,
 hacia profundidades cada vez más terribles!
 Y luego,
 de repente, con un vuelo certero y extasiado,
 caer sobre los corderos,
 caer de golpe, voraz,
 ávido de corderos,
 irritado y furioso contra todo cuanto tiene
 miradas de cordero, ojos de cordero, lana rizada,
 aspecto gris, mansedumbre de oveja.
 Así son los anhelos de los poetas,
 anhelos de águila, anhelos de pantera;
 así son tus anhelos bajo miles de máscaras,
 ¡oh, necio; oh, poeta!
 Tú que en el hombre has visto
 a un Dios y a un cordero;
 tu felicidad consiste en despedazar al Dios que hay en el hombre,
 en despedazar al cordero que hay en el hombre,
 y en reírte al hacerlo.
 ¡Felicidad de poeta y de necio!
 Cuando el aire se va haciendo menos luminoso, y la hoz de la luna
 se desliza verde y envidiosa
 entre rojos de púrpura,
 enemiga del día,
 segando a cada paso y en secreto
 los planteles de rosas,
 hasta hacerlas caer,
 y que se hundan pálidas en la noche.
 Así también caí yo en otro tiempo
 de las locuras de mis verdades,
 de mis ansias del día,
 cansado ya del día, enfermo ya de luz,
 me hundi en la noche y me perdí en la sombra,
 abrasado y sediento de una sola verdad.
 ¿Tú te acuerdas, ardiente corazón?
 ¡Recuerdas esa sed que tenías entonces?
 ¡Ojalá me vea desterrado
 ya de toda verdad!
 ¡Sólo un loco, un poeta!

La ciencia

Así cantó el mago, y todos los reunidos cayeron, sin apenas darse cuenta, en la red de una astuta y melancólica voluptuosidad. Únicamente el concienzudo del espíritu no se dejó atrapar: le quitó al mago el arpa de las manos, exclamando: "¡Aire! ¡Que entre aire puro! ¡Que vuelva Zaratrusta! ¡Has viciado y envenenado el aire de la cueva, anciano y perverso mago! Falsa y sutilmente, llevas con tu seducción a deseos ignotos. ¡Ay, cuantas gentes como tú se ponen a hablar de la verdad y alabarla! ¡Pobres de los espíritus que no se ponen en guardia contra magos como tú! ¡Perderán su libertad, porque tú enseñas a inducir a volver a las cárceles! ¡Viejo demonio melancólico! En tu lamento puede apreciarse un atractivo

cebo: eres como esos que, al alabar la castidad, invitan solapadamente a entregarse a toda suerte de voluptuosidades." Así habló el concienzudo del espíritu, y el viejo mago miró a su alrededor, satisfecho de su triunfo y sintiéndose compensado de los insultos que le acababan de lanzar. "¡Cállate! -le dijo en voz baja el concienzudo del espíritu-. Una buena canción requiere una buena resonancia; tras una buena canción hay que guardar silencio durante un largo rato. Mira cómo lo hacen así estos hombres superiores; pero no hay duda de que tú no has entendido a fondo mi canción. Poco tiene tú de mago". "Me honras -repuso el concienzudo del espíritu- al distinguirme de ti. Eso está muy bien. Pero, ¿y vosotros?; qué veo? ¡Aún estáis sentados y mirando extasiados? ¿Qué ha sido, almas libres, de vuestra libertad? Casi estoy dispuesto a creer que sois como los que han estado un largo rato viendo bailar a un conjunto de muchachas lascivas y desnudas. Hasta vuestras almas están empezando a bailar. Tal vez haya en vosotros más que en mí de eso que el mago llama su espíritu maléfico y su falaz demonio. Es natural que seamos diferentes. Y, a decir verdad, hemos estado hablando y pensando durante bastante tiempo, antes de que llegara Zaratrústa, para que me diese cuenta de que somos distintos. También hemos subido aquí arriba en busca de cosas diferentes. Yo busco más seguridad, por eso he acudido a Zaratrústa, pues él es la torre más sólida y la voluntad más firme, en estos días en que todo se tambalea y tiembla la tierra entera. Pero, por las caras que ponéis, sospecho que lo que vosotros venís buscando en mí es más incertidumbre, más estremecimiento, más peligros, más temblores de tierra. Perdonadme mi presunción, hombres superiores, pero me parece que estáis ansiando la vida peor y más peligrosa, aquella a la que temo más que nada: la vida de las fieras salvajes. Buscáis bosques y cuevas, montañas escarpadas y terribles abismos. Quienes más os apartan de todos los caminos, hasta hacer que os perdáis. Pero aunque sintáis realmente ese deseo, se me antoja imposible, pues el miedo es un sentimiento innato y primario en el hombre; por él se explica todo pecado original y toda virtud original. También el miedo generó esa virtud mía que es la ciencia. Pues lo que Zaratrústa llama la bestia interior es el miedo que el hombre ha estado experimentando durante tanto tiempo a las fieras salvajes, incluida la que lleva dentro, y a la que mucho teme. Creo que a ese miedo prolongado en inveterado, que ha cabado por hacerse sutil, espiritual, intelectual, es a lo que hoy se llama ciencia."

Así habló el concienzudo del espíritu. Más Zaratrústa, que en ese momento regresaba a su cueva, y que había oído y captado la última parte de esta intervención, arrojó un puñado de rosas al que había acabado de hablar y se rió de sus "verdades". "Pero ¿cómo? ¿Que acabo de escuchar? O tú eres un necio, o lo soy yo; y voy enseguida a desmontarte tu "verdad". Porque en nosotros el miedo constituye una excepción. Toda la historia del hombre primitivo ha estado, más bien, dominada por el valor, la aventura, el placer de la incertidumbre. El hombre se hizo apeteciendo todas las virtudes de los animales más salvajes y valientes, y arrebatándoselas. Y ese valor, que ha acabado por hacerse sutil, espiritual, intelectual, ese valor del hombre, que tiene alas de águila y astucia de serpiente, creo que es a lo que hoy se le da el nombre de..." "¡Zaratrústa!", exclamaron a coro todos los presentes, prorrumpiendo en sonoras carcajadas, mientras se elevaba por encima de ellos algo parecido a un pesado nubarrón. También el mago se echó a reír, y dijo astutamente: "¡Vaya! ¡Por fin se ha ido el espíritu maligno! ¿No fui yo quien os alerté contra él, cuando os dije que era un impostor, un espíritu falso y engañoso? Máxime cuando se encuentra desnudo; pero ¿qué puedo hacer yo frente a su perfidia? ¿He sido yo quien lo ha creado?, ¿He creado yo el mundo? ¡Venga! ¡Recuperemos nuestra sensatez y nuestro buen humor! Y aunque Zaratrústa frunza el entrecejo -¡mirad cómo se está enfadando conmigo otra vez!-, antes de que caiga la noche habrá vuelto a quererme y a elogiarme, pues no puede estar mucho tiempo sin hacer semejantes estupideces. El ama a sus enemigos: no hay quien lo iguale en este arte. pero se venga de ello en sus propios amigos."

Así habló el viejo mago, y todos los hombres superiores le aplaudieron: de forma que Zaratrústa empezó a andar por su cueva estrechando las manos de sus amigos con una mezcla de malicia y de cariño, como quien tiene que pedir excusas a todo el mundo. Una vez hecho esto, se hallaba de nuevo a la puerta de su cueva, y entonces sintió deseos otra vez de respirar aire puro y de ver a sus animales, por lo que se dispuso a salir.

Entre las hijas del desierto

1

"¡No te vayas! -dijo entonces el viajero que se hacía llamar la sombra de Zaratrústa-, ¡quédate con nosotros!, porque si no podría volver a acometernos la agobiante aflicción que antes padecíamos. ya nos ha dado ese anciano mago lo peor que tenía, y mira cómo ese bueno y piadoso papa se ha vuelto a embarcar en el océano de su melancolía, con lágrimas en los ojos. Esos reyes, en cambio, pueden ponernos buena cara, pues, de entre todos, nosotros, son los que mejor dominan ese arte. Sin duda que si no estuvieran delante de testigos, también ellos se habrían abandonado a ese juego maligno de las nubes errantes, la húmeda melancolía, el cielo encapotado, el sol escondido, y los vientos silbantes del otoño; a ese juego maligno de nuestros gemidos y de nuestros gritos pidiendo socorro. ¡Quédate con nosotros, Zaratrústa! Hay aquí mucha miseria oculta que trata de expresarse, mucha noche, mucha nube, mucho aire denso y asfixiante. Tú nos has alimentado con fuertes y viriles manjares, y con máximas fortalecedoras, no dejes que, como postre, nos vuelva a sorprender el espíritu muelle y femenino. Sólo tú puedes revitalizar y clarificar el aire que nos circunda. Nunca he respirado un aire más puro que el que hay en tu cueva. He visto muchos países, y mi olfato ha aprendido a inspeccionar y a valorar muchos aires. Pero sólo a tu lado he encontrado mi olfato su deleite mayor. A no ser... A no ser... ¡Perdona que me venga a la mente un antiguo recuerdo!: una vieja canción de sobremesa que compuse una vez, entre las hijas del desierto. Pues entonces también había en torno a ellas un aire límpido y diáfano, luminoso, oriental. Nunca como entonces me sentí más lejos de la vieja Europa, nublada, húmeda y melancólica. Entonces amé a esas hijas de oriente y de otros reinos de cielos azulados, no empañados por nubes ni por pensamientos. ¡Si hubiérais visto con qué gracia se sentaban, cuando dejaban de bailar; profundas, aunque sin pensamientos, como pequeños misterios o esfinges adornadas; como nueces de sobremesa, coloreadas y extrañas, pero sin nubes; como enigmas que dejaran traslucir su secreto! El amor a esas muchachas me inspiró un salmo de sobremesa."

Así habló el viajero que se hacía llamar la sombra; y antes de que nadie pudiera interrumpirle cogió el arpa del anciano mago y se sentó sobre sus piernas, mirando en torno a sí con la actitud serena de un sabio. Aspiró luego el aire despaacio e inquisitivamente, como quien explora la atmósfera desconocida de un país extranjero. Y entonces empezó a cantar con una voz semejante a un rugido.

2

Crece el desierto. ¿Ay de aquéllos que albergan desiertos en su seno!

¡Qué solemne!
¡Qué realmente solemne!
¡Qué digno principio
de una solemnidad propiamente africana!
¡Digno de un león,
o de un mono moralista que aullara!
Pero esto no rima con vosotras,
mis amables amigas,
a cuyos pies, por vez primera,
le es dado sentarse, rodeado de palmeras,
a un europeo. ¡Selah!
Es realmente asombroso.
Aquí estoy sentado:
tan cerca del desierto y, no obstante,
¡qué alejado de él!
sin haberme convertido en desierto todavía,
pero si devorado por este oasis tan pequeño,
que abrió con un bostezo,
su boca encantadora,
la más perfumada de las bocas,
y en ella me caí,
abajo y a través, llegando hasta vosotras,
mis amables amigas. ¡Selah!
¡Gloria, gloria a aquella ballena,
si veló de este modo por el bienestar de su huésped!
¿Entendéis mi erudita alusión?
Bendito sea su vientre,
si es que fué como éste,
como el vientre tan agradable que es este oasis.
Pero lo pongo en duda,
pues yo vengo de Europa,
que es la más incrédula de las esposas maduras.
¡Que Dios la mejore!
¡Amén!
Ahora me encuentro sentado aquí,
en este oasis tan pequeño,
al igual que dátíl,
maduro, azucarado, chorreante de oro,
ansioso de una boca redonda de muchacha,
y, más aún, de helados y cortantes
dientes de muchacha, virginales,
añorados por el corazón de todo ardiente dátíl ¡Selah!
Semejante, demasiado semejante a esos frutos del sur,
estoy tumbado aquí,
rodeado de pequeños insectos voladores
que bailan y que juegan,
así como de ideas y de ansias
más pequeñas aún,
más locas, más malignas,
en medio de vosotras,
mis felinas muchachas,
calladas y llenas de presentimientos.
Dudú y Suleika;
rodeado de esfinges, si puedo expresar con pocas palabras
muchos sentimientos y muchos significados.
(Dios me perdone mi pecado lingüístico).
Estoy sentado aquí, respirando un aire inmejorable,
aire paradisiaco, ciertamente,
aire tenue, salpicado de oro,
todo el aire puro que una vez
cayera de la luna.
¿Sucedió por azar, o fué por presunción,
como dicen los poetas antiguos?
Mas yo, que soy dubitativo, lo dudo,
porque vengo de Europa,
que es la más incrédula de todas las esposas maduras.
¡Dios la mejore! ¡Amén!
Aspirando este aire delicioso,
con las fosas nasales rebosantes cual copas,
sin futuro ni recuerdos,
aquí estoy yo sentado,
agradables amigas;
y miro la palmera
que, como una bailarina,
se arquea, se dobla y mueve las caderas
(¡uno acaba imitándola si la contempla mucho!);
como una bailarina me parece;
tan largo rato ha estado sosteniéndose sobre una de sus piernas
que ha acabado olvidándose de la otra.
Ha buscado en vano su otra joya gemela
(es decir, la otra pierna)
en la santa proximidad
de su graciosa y encantadora
faldita de encajes, ondulante igual que un abanico.

Sí, lindas amigas,
 si me queréis creer:
 ¡la ha perdido!
 ¡ha desaprecido!,
 ¡ha desaparecido para siempre la otra pierna!
 ¡Qué lástima! ¡Con lo linda que era!
 ¿Dónde estará llorando su abandono esa otra pierna?
 ¡Quién sabe si se encuentra ante un fiero león de dorada melena,
 o si ha sido roída y devorada!
 ¡Ay!, ¡lastimosamente devorada! ¡Selah!
 ¡No sigáis llorando, tiernos corazones!
 ¡No lloréis, corazones de dátiles, senos de leche,
 corazones de regaliz!
 ¡No sigas llorando, pálida Dudú!
 ¡Sé hombre Suleika! ¡Valor, valor!
 ¿Acaso haría falta un tónico,
 un tónico cardiaco,
 una máxima ungida,
 una solemne exhortación?
 ¡Álzate, dignidad,
 dignidad de la virtud, dignidad de europeo!
 ¡Sopla, sopla de nuevo, fuelle de la virtud!
 ¡Oh! ¡Rugid una vez más, rugid moralmente,
 cual leones morales;
 rugid ante las hijas del desierto!
 Pues el rugido de la virtud,
 encantadoras muchachas,
 es, sobre todo, el ardiente deseo, el hambre voraz del europeo!
 Y aquí estoy otra vez, como europeo.
 ¡No puedo remediarlo! ¡Dios me ayude!
 ¡Amén!
 Crece el desierto. ¿Ay de aquéllos que albergan desiertos en su seno!

El despertar

Después de la canción del viajero que se hacía llamar la sombra, la cueva se llenó de murmullos y risas; y como todos los invitados se pusieron a hablar al mismo tiempo, hasta el asno rompió su silencio y se sumó al alboroto general. Zaratrusta no pudo menos que enfadarse ligeramente y sintió deseos de burlarse de sus huéspedes, aunque a la vez le agradaba el regocijo de éstos, pues ello indicaba que ya estaban curados. Así pues, salió al aire libre, y se dirigió a sus animales. ¿Dónde ha ido a parar su aflicción? -dijo cuando se le hubo pasado su ligero enojo-. Creo que desde que están a mi lado se han olvidado ya de gritar pidiendo socorro; aunque es una pena que no se hayan también olvidado de gritar." Y Zaratrusta se tapó los oídos, porque en ese momento los rebuznos del asno se combinaban asombrosamente con los gritos de júbilo de los hombres superiores. "Están alegres -continuó Zaratrusta-, y quién sabe si no es a costa de su anfitrión. Pero aunque hayan aprendido de mí a reirse, no han captado mi forma de hacerlo. Pero ¿qué más da? Son gente vieja, que se cura y se ríe a su manera; peores cosas han tenido que soportar mis oídos y no por ello me he enfadado. Esta jornada ha supuesto un triunfo, porque ese viejo enemigo mío que es el espíritu de la pesadez ha cedido y se ha retirado. ¡Qué bien va a terminar un día que empezó tan mal! Y va a terminar, pues ya llega el atardecer que, como buen jinete, cabalga sobre el mar. ¡Cómo se balancea, contento de regresar a casa, sobre la silla purpúrea de su caballo! El cielo lo contempla luminoso; abajo se dilata la tierra. ¡Ay, hombres singulares que habéis venido a mí, realmente vale la pena convivir conmigo!"

Así habló Zaratrusta, y de nuevo volvieron a oírse desde la cueva los gritos y las risas de los hombres superiores. Entonces Zaratrusta continuó: "¡Han mordido el anzuelo! Mi cebo ha sido eficaz. También se ha alejado de ellos su enemigo, el espíritu de la pesadez. Si no me equivoco, ya están empezando a reirse de sí mismos. Mis viriles alimentos y mis fuertes y sabrosas enseñanzas, están surtiendo efecto. Ciertamente, no han sido legumbres flatulentas lo que les he dado de comer, sino alimento de guerreros y de conquistadores; lo cual ha despertado en ellos nuevos apetitos. Sus brazos y sus piernas abrigan una nueva esperanza; su corazón se expande. Han dado con palabras nuevas, y pronto su espíritu respirará petulancia. Esta claro que este alimento no es ni para niños ni para débiles mujeres, ya sean viejas o jóvenes. A éstas hay que removerles las entrañas con medios diferentes. Yo no soy ni su médico ni su maestro. Desaparece el asco que sentían estos hombres superiores, y en ello consiste mi victoria. En mis dominios se sienten seguros, pierden toda vergüenza absurda, y se desahogan. Desahogan su corazón, las horas se les vuelven buenas, otra vez se solazan y rumian. Se vuelven agradecidos, y éste es para mí el mejor de los síntomas. Pronto inventarán fiestas y erigirán monumentos en memoria de sus antiguos gozes. ¡Son convalecientes!" Así habló Zaratrusta, regocijándose en su corazón, y se quedó mirando a lo lejos. Entonces se les acercaron sus animales, aunque respetaron su alegría y su silencio.

De pronto Zaratrusta se sobresaltó, pues en la cueva donde hasta entonces había reinado la algaraza y las risas se hizo súbitamente un profundo silencio; y Zaratrusta percibió un olor aromático y un humo perfumado, como si estuviern quemando piñas. "¿Qué sucede, qué hacen?", se preguntó, mientras se acercaba a hurtadillas a la entrada de la cueva, para contemplar a sus invitados sin que éstos lo notaran. Y, ¡oh maravilla!, ¿qué fue lo que vieron sus ojos? "¡Otra vez se han vuelto piadosos, y los muy locos se han puesto de nuevo a rezar!", se dijo Zaratrusta, preso de estupor. Pues, efectivamente, todos los hombres superiores -los dos reyes, el papa jubilado, el perverso mago, el viajero que se hacía llamar la sombra, el viejo adivino, el concienzudo del espíritu, y el más feo de los hombres- se había arrodillado como niños o como viejas beatas y estaban adorando al asno. En ese momento, el más feo de los hombres había empezado a lanzar sonidos sin articular y a resoplar, como si tratara de expresar algo que no le saliera. Cuando al fin logró hablar, se puso a recitar una piadosa y extraña letanía en alabanza del asno, al que estaban adorando e incensando. Y la letanía rezaba así: "¡Amén! ¡Alabanza y honor, sabiduría y gratitud, y alabanza

y fortaleza, a ti, nuestro Dios, por los siglos de los siglos!" Y el asno rebuznó: "¡I-A!" . "Él lleva nuestra carga, él adoptó la figura de siervo, él es paciente de corazón y nunca dice no; y el que ama a su Dios, lo castiga." Y el asno rebuznó. "¡I-A!" "No habla al mundo que ha creado sólo que para asentar, y de este modo alaba a ese mundo. Su astucia no le deja hablar, y así se equivoca raras veces." Y el asno rebuznó: "¡I-A!" "Camina por el mundo sin que le vean; gris es el color de su cuerpo, y en este color se esconde su virtud. Si tiene espíritu, lo oculta; pero todos creen en sus largas orejas." Y el asno rebuznó: "¡I-A!" "Cuánta sabiduría se esconde en este tener las orejas largas y decir sólo que sí y nunca que no! ¿No ha creado el mundo a su imagen, esto es, de la forma más estúpida posible?" Y el asno rebuznó: "¡I-A!" "Tú vas por senderos derechos y torcidos; no te importa lo que los hombres tengamos por derecho o torcido. Tu reino está más allá del bien y del mal. Tu inocencia consiste en desconocer la inocencia." Y el asno rebuznó: "¡I-A!" "No rechazas a nadie de tu lado, ya sea rey o mendigo. Dejas que los niños se acerquen a ti; y si te seducen los malos muchachos, tú dices simplemente I-A." Y el asno rebuznó: "¡I-A!" "Te gustan las burras y los higos frescos, no eres remilgado. Cuando tienes hambre, un cardo te acaricia el corazón. Hay en esto una sabiduría propia de un Dios." Y el asno rebuznó: "¡I-A!"

La fiesta del asno

Al llegar a este punto de la letanía, Zaratrusta ya no pudo contenerse más. Gritó imitando el rebuzno del asno, con voz más fuerte aún, y saltó en medio de sus enloquecidos invitados. "¿Qué estáis haciendo, hijos de los hombres? -exclamó, mientras levantaba del suelo a los que se había arrodillado. ¡Pobres de vosotros si os viera otro que no fuera Zaratrusta! Cualquiera pensaría que con esta nueva fe os habéis convertido en los peores blasfemos o en las viejas más estúpidas. Y tú, viejo papa, ¿crees que es propio de ti adorar a un asno como si fuera Dios?" "Perdóname, Zaratrusta -repuso el papa-, pero en lo referente a Dios yo sé más que tú. Y así debe ser. Es preferible adorar a Dios bajo esta forma que bajo ninguna. Medita estas palabras, noble amigo, y pronto verás la sabiduría que contienen. Quien proclamó que Dios es espíritu dió en la tierra el mayor de los pasos, el mayor de los saltos hacia la incredulidad. ¿Qué difícil es reparar el mal que han hecho en la tierra estas palabras! Mi viejo corazón brinca y salta de alegría al ver que aún hay sobre la tierra algo que adorar. ¡Perdónale esto, Zaratrusta, al corazón de un viejo y piadoso papa!" "¿Y tú? -preguntó Zaratrusta al viajero que se hacía llamar la sombra-. ¿Te consideras un espíritu libre, y te entregas a estos actos de idolatría y a estas comedias clericales? Esto de ahora es mucho peor que lo que hacías con aquellas muchachas morenas y perversas; tu si que eres un creyente perverso de esta nueva fe." "Tienes razón -contestó el que se hacía llamar la sombra-, pero ¿qué puedo hacer? Digas tú lo que digas, Zaratrusta, el viejo Dios ha vuelto a la vida. El más feo de los hombres es el que tiene la culpa. Él es quien le ha resucitado. Y aunque dice que lo mató una vez, tratándose de dioses, la muerte no es más que un prejuicio." "¿Y tú que has hecho, perverso y viejo mago? -dijo Zaratrusta-. ¿Quién va a seguir creyendo en ti en estos tiempos de liberación, si tú crees en semejantes burradas divinas? Has cometido una insensatez. ¿Cómo ha podido hacer una idiotez así un hombre tan astuto como tú?" "Tienes razón, Zaratrusta -repuso el astuto mago-. Ha sido una estupidez, y bien cara la he pagado." "¿Y tú? -preguntó Zaratrusta al concienzudo del espíritu-. Piénsalo bien. ¿No hay nada en esto que haga que te remuerda la conciencia? ¿No tienes un espíritu demasiado puro para semejantes rezos y para aspirar el vaho de estos santurrones?" Y replicó pensativo el concienzudo de espíritu: "Algo tiene este espectáculo que incluso le agrada a mi conciencia. Tal vez no pueda ya creer en Dios, pero ésta es la forma bajo la que Dios me resulta más creíble. ¿No dicen los más piadosos que Dios ha de ser eterno? Pues quien dispone de tanto tiempo puede tomarse todo el tiempo que quiera, y con la mayor de las lentitudes y de las estupideces se puede llegar muy lejos. No hay duda de que quien tiene demasiado espíritu disfruta encaprichándose de la estupidez y de la locura. Piensa en ti, Zaratrusta. Con tanta riqueza y sabiduría que tienes, ¿no podrías convertirte en asno? ¿No disfruta todo un sabio andando por los caminos más tortuosos? Lo enseña la evidencia, Zaratrusta: ¡tu evidencia!" "Y por último, tú -dijo Zaratrusta dirigiéndose al más feo de los hombres, que seguía en el suelo con los brazos extendidos hacia el asno, al que estaba dando vino de beber-. ¿Qué has hecho, di, tú, que eres indescriptible? Te encuentro muy cambiado: te arden los ojos y tu fealdad ha quedado encubierta por un manto de sublimidad. ¿Qué has hecho? ¿Es verdad lo que dicen éstos, que le has resucitado? ¿Para qué? ¿No estaba con razón muerto y bien muerto? Hasta tu mismo parece que hayas resucitado. ¿Qué has hecho? ¿Por qué te has vuelto atrás? ¿Por qué te has convertido?, dime." "Eres un bribón, Zaratrusta -repuso el más feo de los hombres-. ¿Quién de nosotros dos sabe mejor si él vive aún, si ha resucitado, o si está muerto del todo? Te lo estoy preguntando. Pero sé una cosa que aprendí de ti una vez, Zaratrusta: que para matar a conciencia no hay como reírse. Tú enseñaste una vez que lo que mata es la risa, no la cólera. ¡Tú si que eres un bribón, Zaratrusta, tú que te escondes y que matas sin cólera, tú si que eres un peligroso santurrón!"

2

Sucedió entonces que, asombrado Zaratrusta de las respuestas de semejantes bribones, se puso rápidamente a la entrada de su cueva, y volviéndose hacia sus invitados, enpezó a gritarles a grandes voces: "¡Tunantes! ¡Payasos! ¿Por qué disimuláis y os escondéis de mí? ¿Cómo os saltaba el corazón de alegría y de malicia porque al fin os habíais vuelto como niños pequeños, es decir, piadosos; porque habíais vuelto a actuar como niños, a juntar las manos y a decir: "¡Dios mío"! Pero salid ahora de este cuarto de niños en que habéis convertido mi propia cueva, y en donde hoy han tenido cabida todas esas niñerías. ¡Salid a refrescar vuestros ardores infantiles y el alboroto de vuestros corazones! Pues ciertamente si no volvéis a haceros como niños, no podréis entrar en ese reino de los cielos -y Zaratrusta señaló el cielo con el dedo-. Pero nosotros -continuó- no queremos entrar en el reino de los cielos. Nosotros nos hemos hecho hombres, y por eso queremos el reino de la tierra."

3

Y siguió diciendo Zaratrusta: "¡Nuevos amigos míos, hombres singulares, hombres superiores! ¿Cómo me gustáis ahora que os habéis puesto alegres otra vez! Sois como flores que se hubieran acabado de abrir; y creo que flores como vosotros necesitan nuevas fiestas: un pequeño y atrevido disparate, un culto divino y una fiesta del asno, un viejo alegre y loco como Zaratrusta, un vendaval que con su soplo os despeje el alma. ¡No os olvidéis de esta noche y de esta fiesta del asno, hombres superiores! La habéis inventado en mi morada, y eso lo considero un buen presagio. ¿Estas cosas sólo se les ocurren a los convalecientes! Y

cuando volváis a celebrar esta fiesta del asno, hacedlo por amor a vosotros y también por amor a mí.
¡Hacedlo en memoria mía!" Así habló Zaratrusta.

La canción del noctámbulo

1

Entretanto, uno tras otro, todos habían salido al aire libre y a la fresca y sosegada noche. El propio Zaratrusta llevó de la mano al más feo de los hombres para mostrarle sus dominios sumidos en la noche, la gran redondez de la luna llena, y las plateadas cascadas que caían muy cerca de su cueva. Al final, acabaron reuniéndose todos en un mismo lugar, y aunque se trataba de personas ancianas, se hallaban todas ellas serenas, animadas e interiormente asombradas de sentirse tan a gusto en la tierra. La quietud de la noche se iba adentrando cada vez más en sus corazones. Y Zaratrusta volvió a pensar hasta qué punto le agradaban entonces todos aquellos hombres superiores. Se abstuvo, sin embargo, de decirlo, pues prefirió respetar su felicidad y su silencio. Entonces sucedió lo más asombroso de aquella larga y ya de por sí asombrosa jornada: el más feo de los hombres volvió a empezar a emitir sonidos sin articular y a dar resoplidos; y cuando al fin logró hablar, surgió de su boca una pregunta redonda y pura, una pregunta buena, clara y profunda, que llegó a tocar el corazón de cuantos la escucharon. "¿Qué os parece, amigos míos? -señaló el más feo de los hombres-. Gracias al día de hoy, por primera vez estoy satisfecho de cuanto he vivido hasta ahora. Y eso no es todo: vale la pena vivir en la tierra. ¿Es esto la vida?, le diré a la muerte. ¡Muy bien! ¡Pues que vuelva a empezar! ¿No estáis de acuerdo, amigos? ¿No queréis, como yo, decirle a la muerte: ¿Es esto la vida? Pues gracias a Zaratrusta, ¡muy bien!; que vuelva a empezar!" Así habló el más feo de los hombres, cuando ya se acercaba la medianoche. ¿Y qué diréis que sucedió entonces? En cuanto los hombres superiores oyeron la pregunta, se dieron cuenta de que habían cambiado y de que se hallaban curados, teniendo muy claro a quién se lo debían. Se lanzaron entonces hacia Zaratrusta, dándole las gracias, manifestándole veneración, prodigándole caricias, besándole las manos, cada cual a su aire; pues mientras unos reían, otros derramaban lágrimas. El viejo adivino bailaba de alegría; y aunque algunos opinan que en ese momento se encontraba lleno de dulce mosto, lo cierto es que se hallaba más lleno aún de dulce vida, y que había superado todo su cansancio. Hay también quienes dicen que entonces el asno se puso a bailar, pues no en vano le había estado dando a beber vino el más feo de los hombres. De cualquier forma, y aunque no fuera verdad que el asno bailase aquella noche, lo cierto es que ocurrieron prodigios mayores y más raros que el hecho de que un burro se ponga a danzar. En suma, y como suele decir el propio Zaratrusta, ¿qué importancia tiene esto?

2

Mientras había estado hablando el más feo de los hombre, Zaratrusta se hallaba como si estuviera embriagado: sus ojos se apagaban, su lengua balbucía y sus pies vacilaban. ¿Quién podría adivinar los pensamientos que entonces cruzaban por el alma de Zaratrusta? Pero se vió que su espíritu se había alejado de él, que huía hacia adelante remontándose a distantes lejanías, y que se hallaba, por así decirlo, como "sobre una elevada cresta -según está escrito-, entre dos mares, entre el pasado y el futuro, avanzando cual negro nubarrón." No obstante, fue poco a poco volviendo en sí, mientras le sostenían en brazos los hombres superiores, y él rechazaba la solicitud de quienes le veneraban y estaban preocupados por su estado. Pese a todo, no dijo ni palabra. De pronto, volvió la cabeza, pues le pareció oír algo. Se llevó entonces el dedo a los labios, y dijo: "¡Venid!" Al punto se hizo un silencio y la calma en torno a él, pero de lo más profundo ascendió el sonido de una campana. Zaratrusta y los hombres superiores prestaron mucha atención. Luego, aquél volvió a ponerse el dedo en los labios pidiendo que guardaran silencio, y exclamó: "¡Venid, venid, que se acerca la medianoche!" Había cambiado el tono de su voz, mas él seguía sin moverse de su sitio. Se hizo entonces un silencio aún mayor, y reinó una quietud más profunda todavía. Todos prestaban atención, incluso el asno, los dos animales heráldicos de Zaratrusta -el águila y la serpiente-, y hasta la propia noche. Volvió Zaratrusta a llevarse el dedo a los labios por tercera vez, y dijo: "¡Venid, venid! ¡Caminemos! ¡Es la hora! ¡Caminemos a través de la noche!"

3

La medianoche está cerca, hombres superiores, y ahora quiero deciros una cosa al oído, como a mí me lo dice esa vieja campana; de ese modo tan íntimo, tan terrible y cordial como me habla a mí esta campana de medianoche, que ha vivido más intensamente que ningún hombre; que ya contó los latidos de dolor que experimentó el corazón de vuestros padres. ¡Ay! ¡Ay! ¡Como suspira! ¡Cómo se ríe, en medio de sus sueños, la vieja y profunda medianoche! ¡Callad, callad! Ahora se oyen mechas cosas que de día no pueden alzar la voz; pero ahora, que el aire es fresco y que el sonido de vuestros corazones se ha callado también, ahora esas cosas hablan, ahora se dejan oír, ahora penetran a hurtadillas en las almas nocturnas y desveladas. ¡Ay! ¡Ay! ¡Cómo suspira! ¡Cómo se ríe en medio de sus sueños! ¿No oyes cómo te habla a ti, de un modo íntimo, terrible y cordial, la vieja y profunda medianoche? ¡Presta, hombre, atención!

4

¡Ay de mí! ¿Adónde se ha ido el tiempo? ¿No se ha hundido en un pozo profundo? El mundo está durmiendo. ¡Ay! ¡Ay! Aúlla el perro, brilla la luna. Preferiría morir antes que revelaros lo que está ahora pensando mi corazón de medianoche. Yo ya no estoy muerto. Todo está consumado. ¿Por qué tejes, araña, tu tela en torno a mí? ¿Quieres sangre? ¡Ay! ¡Ay! Cae el rocío, ya se acerca la hora: la hora en que tiritó, la hora en que me hieló, la hora que me pregunta insistente: ¿Quién tiene corazón para esto? ¿Quién debe dominar la tierra? Quien se atreva decir: "Así debéis fluir, ríos grandes y chicos". Se acerca la hora. ¡Presta atención, hombre, hombre superior! estas palabras van dirigidas a oídos delicados, a tus oídos. ¿Qué dice la profunda medianoche?

5

Algo me arrastra, mi alma se ha puesto a bailar. ¡Tarea diaria! ¡Tarea diaria! ¿Quién debe dominar la tierra? La luna es fría; guarda silencio el viento. ¿Habéis volado ya bastante alto? Habéis bailado, pero las piernas no son como las alas. Expertos bailarines, se ha acabado el placer. El vino se ha trocado en vinagre, todas las copas se encuentran ya vacías, ya balbucean las tumbas. No habéis volado lo bastante alto; ahora las tumbas balbucean: "¡Redimid a los muertos! ¿Por qué dura tanto la noche? ¿No os embriaga la luna?" ¡Redimid los sepulcros, hombres superiores! ¡Despertad a los muertos! ¿Por qué siguen, ¡ay!, royendo los gusanos? Ya se acerca, ya se acerca la hora. Vibra la campana, jadea sin cesar el corazón, el gusano continúa royendo la madera, roe aún el gusano del corazón. ¡Ay! ¡Ay! ¡El mundo es profundo!

6

¡Dulce lira! ¡Dulce lira! ¡Alabo tu sonido, ese sonido tuyo embriagado, de rana! ¡Desde qué distancia temporal y espacial me llega ese sonido tuyo que surge de los estanques del amor! ¡Vieja campana, dulce lira! No hay dolor que no te haya destrozado el corazón: el dolor del padre, el dolor de los antepasados, el dolor de los abuelos... Tus palabras se encuentran ya maduras: maduras como el otoño y la tarde dorados, como mi corazón de eremita. Ahora hablas: también el mundo se encuentra ya en sazón, se ha dorado el racimo. Ahora quiere morir, morir de alegría. ¿No oléis nada, hombres superiores? Ascende misterioso un perfume, un aroma de eternidad, un efluvio rosa y oscuro, cual de vino dorado, de añeja felicidad; de ebria y mortecina felicidad de medianoche, que canta: ¡el mundo es profundo, y más profundo de los que el día pensaba!

7

¡Déjame! ¡déjame! Soy demasiado puro para ti. ¡No me toques! ¿No se ha vuelto perfecto mi mundo en ese instante? Mi piel es demasiado pura para tus manos. Déjame, día estúpido, sombrío y torpe. ¿Acaso no hay más luz en esta medianoche? Los más puros, los más desconocidos, los más fuertes, esas almas de medianoche que son más luminosas y profundas que el día, son los que deben dominar la tierra. ¿Andas a tientas, un día, tras de mí? ¿Me consideras rico, solitario, un tesoro escondido, una mina de oro? ¿Me quieres, mundo? ¿Me tienes por mundano, por espiritual y por divino? ¿Sois demasiado torpes, día y mundo! ¡Tened manos sabias, tendad hacia mí una felicidad y un dolor más profundos! ¡Buscad un Dios cualquiera, no me busquéis a mí! Mi dicha y mi dolor son profundos, ¡oh, día singular!, pero no soy un Dios, ni un infierno divino: profundo es su dolor.

8

El dolor de Dios es más profundo, ¡oh, hombre singular! Tiende al dolor de Dios, y no a mí. ¿Quién soy yo? Una lira dulce y embriagada, una lira de medianoche, una campana, una rana a la que nadie entiende, pero que tiene que hablar ante sordos, hombres superiores; porque vosotros no me comprendéis. ¡Todo está consumado! ¡Todo está consumado! ¡Oh juventud, oh mediodía, oh tarde! Ya han llegado el crepúsculo, la noche y la medianoche. Aulla ese perro que es el viento; pues, ¿no es el viento un perro? Gime, ladra, aulla. ¡Ay! ¡Ay! ¡Cómo suspira, cómo ríe, cómo respira violentamente, cómo jadea la medianoche! ¡Cómo habla, lúcida ya, esa poetisa ebria! ¿Habrá ahogado su embriaguez en más vino? ¿Se ha desvelado? ¿Rumia? Sí, rumia en medio de sus sueños su dolor y, sobre todo, su placer la vieja y profunda medianoche. Pues aunque el dolor sea profundo, el placer es más profundo aún que el sufrimiento.

9

¿Por qué me alabas, viña? ¡Si fui yo quien te podó! Soy cruel, pues he derramado tu sangre. ¿Qué pretende de mi ebria crueldad esa alabanza tuya? Tú dices que todo lo que ha alcanzado la perfección, lo que está ya en sazón, quiere morir. ¡Bendita, bendita sea la podadera del vendimiador! Pero, ¡ay!, todo lo que está maduro quiere vivir, para madurar, alegrarse y ansiar: ansiar lo más distante, lo más elevado, lo más luminoso. Todo cuanto sufre exclama: ¡Quiero herederos, quiero hijos, no me quiero a mí mismo! Pero el placer no quiere ni herederos, ni hijos: se quiere a sí mismo, quiere eternidad, quiere retorno, quiere todo lo que es idéntico a sí mismo eternamente. El dolor dice: ¡Rómpete y sangra, corazón! ¡Andad, piernas! ¡Volad, alas! ¡Arriba dolor! ¡Adelante! Viejo corazón mío, el dolor dice: ¡Pasa!

10

¿Qué os parece a vosotros, hombres superiores? Soy un adivino, un soñador, un borracho, un intérprete de sueños, una campana de medianoche? ¿Soy una gota de rocío, un efluvio y un perfume de eternidad? ¿No lo oís? ¿No le oléis? En este instante el mundo ha alcanzado su perfección; la medianoche es también mediodía, el dolor es también placer, la maldición es también bendición, la noche es también sol. ¡Marchaos!, porque si no os enteráis de que un sabio es también un necio. ¿Habéis dicho sí alguna vez a un solo placer? Entonces, amigos míos, dijisteis sí también a todo dolor. Todo está encadenado, trabado, enamorado. ¿Habéis querido en algún momento que una cosa sucediera dos veces? ¿Habéis dicho alguna vez: ¡Me gustas, felicidad! ¡Vamos, instante! Si es así, habéis querido que volviera todo: todo nuevo y eterno, todo encadenado, trabado, enamorado; entonces amasteis el mundo. Vosotros que sois eternos, amadle eternamente y para siempre. Y decidle igualmente al dolor: ¡Pasa, pero vuelve! Porque todo placer quiere eternidad.

11

Todo placer quiere la eternidad de todas las cosas; quiere miel, quiere heces, quiere medianoche embriagada, quiere sepulcros, quiere el consuelo del llanto junto al sepulcro, quiere dorada luz de atardecer. ¿Qué no querrá el placer? Es más cordial, más terrible, más secreto, y tiene más hambre y más sed que todo dolor. Se quiere a sí mismo y muerde el cebo de sí mismo: en él lucha la voluntad del anillo. Quiere amor, quiere odio, es inmensamente rico, regala, despilfarra, mendiga para que uno solo lo recoja, da las gracias a quien lo toma, hasta querrían que lo odiaran. Es tan rico el placer que tiene sed de

dolor, de infierno, de odio, de vergüenza, de lo lisiado, del mundo, pues ya conocéis cómo es este mundo. También está sediento de vosotros, hombres superiores, el placer, que es indómito y venturoso; todo placer eterno tiene sed de vuestro dolor, fracasados, de todo lo fracasado. Porque todo placer se quiere a sí mismo, y por ello quiere también el dolor. ¡Oh, felicidad! ¡Oh, dolor! ¡Rómpete corazón! Enteraos bien, hombres superiores: el placer quiere la eternidad de todas las cosas; quiere profunda, profunda eternidad.

12

¿Habéis aprendido mi canción? ¿Comprendéis lo que quiere decir? ¡Muy bien! Pues ¡adelante! Cantadla ahora vosotros esa canción cuyo título es "Otra vez", y cuyo sentido es "Por toda la eternidad!" ¡Cantadme, hombres superiores, cantadme a coro la canción de Zaratrusta!

¡Presta atención, oh hombre!
¿Qué dice la profunda medianoche?
"¡Yo dormía, yo dormía!
He despertado de un profundo sueño:
El mundo es profundo,
Y más profundo de lo que creía el día.
Profundo es su dolor.
El placer es más profundo que el dolor:
El dolor dice ¡Pasa!
¿Pero todo placer quiere eternidad!
¡Quiere profunda, profunda eternidad!"

El signo

A la mañana siguiente, Zaratrusta saltó del lecho, se ciñó el cinturón, y salió de su cueva, ardiente y fuerte como el sol mañanero cuando surge de unos montes oscuros. "¡Oh gran astro! -dijo, como en otra ocasión-. ¡Ojo profundo de felicidad! ¿Crees que serías feliz si no tuvieras a alguien a quien iluminar? ¡Cómo se enojaría tu orgullosos pudor si nos quedáramos en nuestros cuartos mientras tú estas despierto y vienes a dar y a repartir! Pues bien, esos hombres superiores están durmiendo aún, mientras yo estoy despierto; no son ellos mis auténticos compañeros, no son ellos los que yo espero aquí, en mis montañas. Quiero ir a realizar mi obra y a vivir mi jornada; mas ellos no comprenden cuáles son los signos de esta mañana mía. El ruido de mis pasos no es para ellos un toque de diana. Aún duermen en mi cueva, rumiando en sueños mi canción de medianoche. Aún no tienen sus cuerpos un oído que me escuche obediente."

Esto se dijo Zaratrusta, mientras el sol salía. Luego, miró hacia arriba, con aire inquisitivo, pues había oído por encima de su cabeza el grito agudo de su águila. "¡Muy bien! -exclamó, mirando a las alturas-. Así me gusta y me conviene. Mi águila se ha despertado, y, como yo, honra al sol. Sus garras aguileñas apresan la nueva luz. ¡Vosotros sois mis animales adecuados, y por eso os quiero! Mas me faltan aún mis hombres adecuados".

Así habló Zaratrusta. Pero entonces sintió de pronto como un revolotear de innumerables aves que en bandada giraban en torno a él. Era tan grande aquel batir de alas en torno a su cabeza, que cerró los ojos; pues sintió como si una nube de flechas lanzadas por un nuevo enemigo cayera sobre él. Era, sin embargo, una nube de amor, que caía sobre un amigo nuevo. ¿Qué me pasa?", se dijo Zaratrusta, presa de asombro, dejándose caer lentamente sobre la gran piedra que había a la entrada de su cueva. Pero en cuanto agitó las manos en torno a él para defenderse de las caricias de las aves, le ocurrió algo más raro aún: sus dedos se introdujeron insospechadamente en una espesa y cálida melena, mientras resonaba a su lado un rugido: era un suave y prolongado rugido de león. "¡Llega el signo!", se dijo Zaratrusta, mientras su corazón se transformaba. Y, ciertamente, cuando pudo ver claro delante de él, se encontró con un potente y amarillento animal que, tendido a su lado, estrechaba amoroso la cabeza entre sus rodillas, como dando muestras de no querer apartarse de él. Parecía un perro que hubiera vuelto a encontrar a su antiguo amo. No eran menos vehementes las palomas que el león en sus manifestaciones de cariño; y cada vez que alguna de ellas le rozaba el hocico, el león sacudía sorprendido la cabeza y se echaba a reír. Zaratrusta sólo llegó a decirles: "¡Mis hijos, qué cerca están mis hijos!"; y luego enmudeció. Su corazón se hallaba muy tranquilo; las lágrimas que le salían de los ojos le regaban las manos. No prestaba atención a nada: quedóse allí sentado e inmóvil, sin defenderse siquiera de los animales. Las palomas se pusieron entonces a volar de un lado a otro, posándose en sus hombros, acariciando sus blancos cabellos, y no cansándose de manifestarle su amor y su alegría. El potente león, en cambio, no hacía más que lamer las lágrimas que le caían a Zaratrusta en las manos, rugiendo y gruñiendo con mansedumbre. Así se comportaban aquellos animales.

No podría decirse si esto duró mucho o poco rato; pues tratándose de cosas así, no sería apropiado afirmar que transcurre el tiempo en la tierra. Entretanto, los hombres superiores que estaban en la cueva de Zaratrusta se habían despertado, y se estaban preparando para salir juntos a su encuentro a darle el saludo matinal. Al despertarse se habían dado cuenta de que él no se hallaba a su lado. Cuando llegaron a la puerta de la cueva, precedidos por el ruido de sus pasos, el león enderezó las orejas rápidamente, se apartó en seguida de Zaratrusta, y se lanzó, rugiendo ferozmente, hacia la cueva. Al oírles rugir, todos los hombres superiores empezaron a gritar a coro, echaron a correr despavoridos, y en un instante se perdieron de vista. Zaratrusta se levantó aturrido y ausente de su asiento, miró a su alrededor, se quedó de pie muy sorprendido, se preguntó a sí mismo, volvió en sí, y se dio cuenta de que estaba solo. "¿Qué es lo que he oído? -dijo al fin lentamente-. ¿Qué es lo que acaba de pasar?" De pronto se acordó de todo y se percató de cuanto había ocurrido el día anterior. "Aquí está, efectivamente, la piedra -añadió, mesándose la barba-; aquí estaba sentado ayer por la mañana; aquí me abordó el adivino, y aquí oí por primera vez el grito que acabo de escuchar, ese grito enorme de socorro. Esa necesidad vuestra, hombres superiores, fue lo que batinó el anciano adivino ayer por la mañana. Quería seducirme y tentarme para que acudiera a remediar vuestra necesidad. Me dijo que había venido a inducirme a que cometiera mi último pecado. ¿Mi último pecado? -exclamó Zaratrusta, riéndose furioso al decir estas palabras-. ¿Cuál era ese último pecado que me estaba reservado?" Nuevamente se hundió Zaratrusta en sí mismo, y volvió a sentarse en la piedra para reflexionar. De pronto se levantó de un salto: "¡Era la compasión! ¡La compasión por el hombre superior! -exclamó mientras sus facciones adquirían la dureza del bronce-. ¡Muy bien! ¡Ya ha pasado la hora de eso! ¿Qué importancia tienen mi sufrimiento y mi compasión? ¿Acaso aspiro yo a la felicidad? ¡A mi obra

es a lo que aspiro! ¿Muy bien! Ya ha llegado el león, mis hijos están cerca, Zaratrusta se encuentra ya en sazón, ha llegado mi hora. Esta es mi mañana, comienza mi jornada. ¿Sube, pues, sube, gran mediodía!"

Así hablo Zaratrusta, y abandonó su cueva, ardiente y fuerte como el sol mañanero cuando surge de unos montes oscuros.

ENDE

Así habló Zaratrusta. palabras que resultan oportunas en cualquier boca.